

# Juegos de escalas

## Experiencias de microanálisis

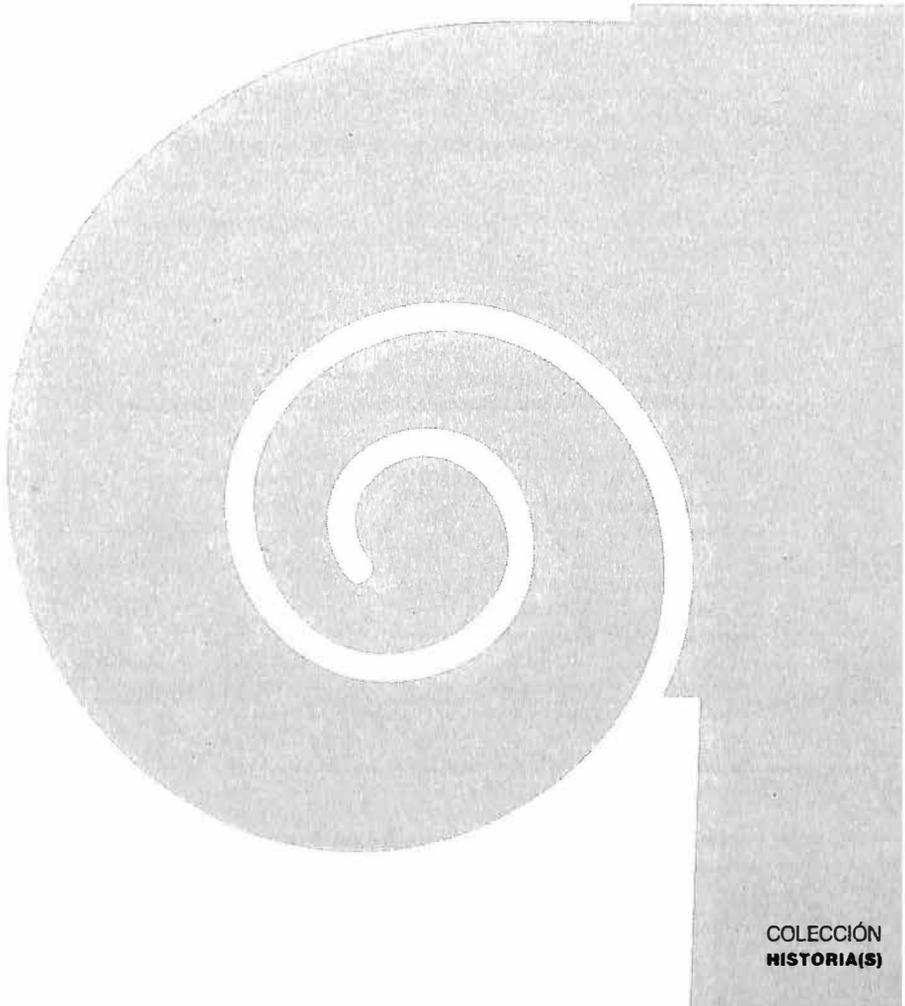
Jacques Revel  
(director)



UNSAM  
EDITA  
COLECCIÓN  
HISTORIA(S)



# Juegos de escalas





Colección: Historia(s)  
Director: Fernando Devoto

Jacques Revel ... [et al.]; dirigido por Jacques Revel.

Juegos de escalas: experiencias de microanálisis

1ª edición - San Martín: Universidad Nacional de General San Martín.  
UNSAM EDITA, 2015.

288 pp.; 21x15 cm. (Historia / Devoto, Fernando Jorge)

Traducción de: Margarita Polo.

ISBN 978-987-1435-96-8

1. Historia. I. Revel, Jacques II. Revel, Jacques, dir. III. Margarita Polo, trad.

CDD 909

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication  
de l'Institut français.

Esta obra ha recibido el apoyo del Programa de ayuda a la publicación  
del Institut français.

Título de la obra en francés: *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*  
© 1996 Seuil/Gallimard

1ª edición, octubre de 2015

© 2015 Jacques Revel

© 2015 de la traducción Margarita Polo

© 2015 UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín

Campus Miguelete, Edificio Tornavía

Martín de Irigoyen 3100, San Martín (B1650HMK), provincia de Buenos Aires

unsamedita@unsam.edu.ar

www.unsamedita.unsam.edu.ar

Diseño de interior y tapa: Ángel Vega

Edición digital: María Laura Alori

Corrección: Wanda Zoberman

Se imprimieron 1000 ejemplares de esta obra durante el mes de septiembre de 2015 en  
Albors Adrián y Trabucco Carlos S. H., California 1231, CABA.

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Editado e impreso en la Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa  
de sus editores.



# Juegos de escalas

**Experiencias de microanálisis**

**Jacques Revel**  
(director)



**UNSAM**  
EDITA  
COLECCIÓN  
HISTORIA(S)

<b>PRESENTACIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL</b> <b>Jacques Revel</b>	<b>9</b>
<b>1 MICROANÁLISIS Y CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL</b> <b>Jacques Revel</b>	<b>19</b>
<b>2 DE LA MICROHISTORIA HACIA UNA ANTROPOLOGÍA CRÍTICA</b> <b>Alban Bensa</b>	<b>45</b>
<b>3 DE LA ESCALA EN HISTORIA</b> <b>Bernard Lepetit</b>	<b>87</b>
<b>4 EL RACIONALISMO SOMETIDO A LA PRUEBA DEL ANÁLISIS</b> <b>Marc Abélès</b>	<b>115</b>
<b>5 ESCALA, PERTINENCIA, CONFIGURACIÓN</b> <b>Maurizio Gribaudi</b>	<b>135</b>
<b>6 CONSTRUIR LO "MACRO" A TRAVÉS DE LO "MICRO": FREDRIK BARTH Y LA MICROHISTORIA</b> <b>Paul-André Rosental</b>	<b>167</b>
<b>7 PROCESO Y EXPERIENCIA: INDIVIDUOS, GRUPOS E IDENTIDADES EN TURÍN, EN EL SIGLO XVII</b> <b>Simona Cerutti</b>	<b>189</b>
<b>8 COMPORTAMIENTOS, RECURSOS, PROCESOS: ANTES DE LA "REVOLUCIÓN" DEL CONSUMO</b> <b>Giovanni Levi</b>	<b>221</b>
<b>9 LA BIOGRAFÍA COMO PROBLEMA</b> <b>Sabina Loriga</b>	<b>245</b>
<b>10 ¿REPENSAR LA MICROHISTORIA?</b> <b>Edoardo Grendi</b>	<b>273</b>

## **PRESENTACIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL**

JACQUES REVEL

Este volumen es el resultado de un trabajo de seminario. En 1991, el Ministerio de Investigación y Tecnología tuvo la iniciativa de organizar un coloquio en el cual historiadores y antropólogos –entre otros– confrontarían opiniones en torno a un tema bastante amplio: “Antropología contemporánea y antropología histórica”. El proyecto no era demasiado original, ya que ese tipo de encuentros habían sido frecuentes a lo largo de los años 1970 y 1980. Las cuestiones que abordaban los etnólogos, así como sus modos de proceder, ejercían una fascinación duradera en los historiadores, tal como antes lo habían hecho los geógrafos y los economistas: la afirmación de la antropología histórica resultó de dicha influencia y de un intento de hibridación que de pronto parece, tal vez, menos homogéneo de lo que creían los protagonistas de esa aventura. La reunión disciplinaria que tuvo lugar abarcó varias temáticas, con frecuencia heterogéneas, a veces contradictorias, verdaderas experiencias de investigación y también novedades que no eran tales. No es este el marco para hacer un balance, que por otro lado sería prematuro. Así el juicio, sea positivo o totalmente negativo, y tal el ejemplo que se nos ha dado recientemente, no se puede negar que una buena parte de la renovación de los interrogantes y de los objetos de estudio de los historiadores es, para bien o para mal, el resultado de ese encuentro que incluso hoy sigue teniendo repercusiones. El movimiento fue particularmente sensible en Francia, pero también se lo percibe en gran medida en la historiografía internacional, donde presenta los mismos rasgos característicos: una notable generosidad intelectual impulsada por una sensibilidad difusa, un marco de referencias teóricas bastante laxo, una práctica, con frecuencia salvaje, de los préstamos conceptuales. Sería abusivo sostener que el nuevo interés de los historiadores se vio correspondido por un entusiasmo comparable de parte de los antropólogos. El momento estructuralista –en particular, la obra imponente de Claude Lévi-Strauss– hizo de su disciplina un modelo y una forma de potencia dominante dentro de las ciencias sociales, por lo que podría haberse visto tentada a considerarse autosuficiente;

en todo caso, no era particularmente proclive a abrirse a una perspectiva histórica. Sin embargo, toda generalización sería abusiva. En su calidad de ideología científica prescriptiva, el estructuralismo comenzó a ceder terreno ya a mediados de los años 1970. Lo que no impidió, por lo demás, que tuvieran lugar experiencias de investigación decididas a tomar en cuenta la dimensión del tiempo social: alcanza con pensar en los trabajos, tan disímiles por cierto, de Nathan Wachtel sobre las comunidades andinas, de Jean-Pierre Vernant o de Marcel Detienne sobre el mundo griego, de Emmanuel Terray sobre los reinos africanos. Los ejemplos serían mucho más numerosos en el mundo anglosajón: la obra de Marshall Sahlins podría considerarse un emblema de esa apertura, a la que ha contribuido desde hace unos veinticinco años.

En consecuencia, antropólogos e historiadores han adquirido la costumbre de leerse y encontrarse, a veces en torno a temáticas definidas en común, pero, con mayor frecuencia, para hacer el balance de una confrontación que nunca llegó a una verdadera estabilización –ni tampoco intentó producir, reconozcámoslo, una codificación rigurosa: allí podríamos ver, si quisiéramos, una marca del empirismo obstinado de la corporación histórica–. Por lo tanto, el coloquio que se nos propuso podría no haber sido sino una versión más de una obra muchas veces representada. Si ello no sucedió, sin duda fue gracias a sus organizadores, Yves Duroux y Marcel Detienne, a quienes debemos el reconocimiento. La modalidad que habían pensado se proponía dejar claramente de lado la definición de un estado de situación para adoptar una dimensión absolutamente problemática. Se trataba de identificar una serie de lugares y de cuestiones en torno a las cuales ambas disciplinas y, más ampliamente, el conjunto de las ciencias sociales parecían redefinir sus interrogantes y sus retos, poner a prueba sus certezas más asentadas, experimentar fórmulas inéditas. Se nos propusieron tres temas. El primero se refería a “Los regímenes de historicidad y los modelos de temporalidad”; el segundo se titulaba “Microhistoria y microsocio”; el tercero tomaba en cuenta las preocupaciones recientes sobre “El espacio público y los lugares de lo político”. Se sugirió, a los posibles disertantes, que prepararan el encuentro mediante un trabajo de reflexión en común, cuya fórmula dejaban a su cargo y cuyos resultados provisionarios circularían en forma escrita entre los participantes; estos, luego, los comentarían y criticarían.<sup>1</sup> Como puede verse, la regla

---

<sup>1</sup> A través de seis boletines difundidos por el Ministerio de Investigación y Tecnología en 1992, se realizó la difusión y el debate de ese trabajo de preparación. Los boletines

del juego era clara y flexible a la vez. La conducción del segundo tema fue confiada a un antropólogo, Gérard Althabe, y al historiador que firma estas líneas. De común acuerdo, decidimos dar a esta reflexión la forma de un seminario restringido en el marco de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*.<sup>2</sup> Los textos que siguen son el resultado colectivo de dicho seminario.

“Microhistoria y microsocioal”: la formulación del tema que se nos sugería remitía claramente a la propuesta historiográfica elaborada por un pequeño grupo de investigadores italianos y luego aplicada, sobre todo, a finales de los años 1970 y en los años 1980. Tal como se podrá comprender al leer este libro, la *microstoria* cumplió un papel decisivo, que intentaremos apreciar mejor. Sin embargo, conviene evitar dar una versión simplificada y demasiado unívoca de esa microhistoria, al menos por tres razones. En primer lugar, porque en Italia —y fuera de Italia—, las tesis de los microhistoriadores han tenido, en los últimos años, un recibimiento parsimonioso y reservado, en ocasiones claramente hostil, que hoy tendemos a olvidar. Además, porque, hasta la traducción del gran libro de Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, en 1989,<sup>3</sup> la temática microhistórica estuvo prácticamente ausente del debate francés; en todo caso, los pocos textos que habían circulado antes no habían suscitado demasiadas reacciones. Esa sordera relativa se explica, por último, por la cuasi ausencia de un programa unificado y articulado que, desde el inicio, le habría dado a la microhistoria la condición de una propuesta alternativa y la legitimidad de una escuela. Luego abordaremos con mayor detenimiento esta explicación: ella no buscó ninguna de esas dos dignidades; fue, en primer lugar, una experiencia de trabajo realizada por historiadores cercanos por su sensibilidad y sus trayectorias, pero cuyos proyectos, campos y referencias

---

incluyeron las primeras versiones de varios de los textos reunidos en este libro, así como las reacciones, numerosas y argumentadas, de una red internacional de antropólogos, historiadores y sociólogos. El coloquio propiamente dicho tuvo lugar en el Centro Interdisciplinario de la Antigua Caridad (*École des Hautes Études en Sciences Sociales*), en Marsella, en septiembre de 1992.

2 En este seminario se reunieron, de forma regular, M. Abélès, G. Althabe, A. Bensa, S. Cerutti, M. Gribaudi, B. Lepetit, G. Levi, S. Loriga y J. Revel, a quienes se les sumaron, al final del recorrido, P.-A. Rosental y M. Sinarellis. Agradecemos a los organizadores del coloquio y, en particular, a J.-P. Olivier de Sardan, el apoyo material que generosamente otorgaron a este proyecto.

3 Giovanni Levi. *L'Eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*. Turin, Einaudi, 1985. Trad. francesa: *Le Pouvoir au village. La carrière d'un exorciste dans le Piémont du XVII<sup>e</sup> siècle*. Paris, 1989. Existe traducción al español: *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990.

históricas podían ser muy diferentes.<sup>4</sup> Por consiguiente, sería una falacia conferirle, unos años después, una fuerza y una coherencia que no tuvo. Me parece más atinado preguntarse por qué esos trabajos, discretos en definitiva y durante largo tiempo desconocidos, en un momento dado fueron recibidos y comenzaron a producir efectos. Después de todo, esa era la cuestión en torno a la cual se nos invitaba a reflexionar.

Y cobra más pertinencia si se tiene en cuenta que la aventura de los microhistoriadores no estuvo aislada. Desde finales de los años 1970, se emprendieron varios proyectos en forma paralela, y a veces sin saber unos de otros. Pero no se los debe confundir. Sus premisas y los caminos que tomaron fueron muy diferentes, y algunos de sus supuestos, contradictorios: por ejemplo, la *Alltagsgeschichte*, la historia de la vida cotidiana –o, una mejor traducción: la historia de la experiencia cotidiana– en Alemania;<sup>5</sup> las múltiples tentativas de emparejar historia y antropología que antes mencionamos y, más particularmente, la fascinación que ejerció en numerosos investigadores de todo el mundo la antropología interpretativa y la *thick description* de Clifford Geertz; la reflexión crítica sobre la formación y los procedimientos de la historia social iniciada por los *Annales* en los últimos años. Pero, una vez más, evitemos atribuir a esas propuestas más unidad de la que tuvieron: más allá de sus exigencias y del rigor de su formulación, fueron contemporáneas de una época de anarquía epistemológica de la que, tal vez, apenas estemos comenzando a salir. Sin embargo, tienen varias características en común. Juntas, toman una distancia crítica con respecto al enfoque macrosocial que, con modalidades muy diversas y a menudo tácitamente, dominó durante largo tiempo la investigación en historia y en ciencias sociales; juntas, se esfuerzan por dar a la experiencia de los actores sociales –lo “cotidiano” de los alemanes, la “experiencia vivida” de sus homólogos italianos– un significado y una importancia frente al juego de las estructuras y a la eficacia de los procesos sociales masivos, anónimos, inconscientes, que durante largo tiempo parecieron ser los únicos en requerir la atención de los investigadores. En términos más generales, nos invitaban a una revisión de las convicciones adquiridas acerca

---

4 El artículo de E. Grendi que decidimos añadir a esta selección tiene, entre otros, el mérito de dar cuenta de esa diversidad y de las divisiones que pudieron interponerse entre las diferentes prácticas de la microhistoria.

5 Ahora contamos, en francés, con una selección de textos representativos de ese movimiento historiográfico: Alf Lüdtke (ed.). *Histoire du quotidien*. Paris, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1994. Un excelente estudio, todavía inédito, le fue dedicado por M. Lepetit, *L'Alltagsgeschichte: sa genèse et ses enjeux*, tesina de maestría, Universidad de París I, 1991, mimeo.

de la construcción de lo social, tal como la piensan las disciplinas que se asignan su estudio como tarea. Un programa amplio, conducido con cierto desorden y que solo pudo identificar paulatinamente sus propios retos. Sin embargo, ya ha logrado desplazar algunas certezas, incluso sustituirlas por otras. El hecho de que ya no se pueda dar cuenta hoy de la industrialización o de la urbanización, o incluso de la movilidad geográfica y social, como fenómenos abarcadores que impondrían su lógica propia a los comportamientos de los individuos o de los grupos es, probablemente, una afirmación que ya no escandaliza a casi nadie. El hecho de que la identidad de un grupo, de una profesión o de una clase ya no pueda ser considerada como obvia o basarse en la mera descripción estadística de las propiedades comunes, independientemente de las trayectorias y de la experiencia social de los miembros que lo componen, también puede darse por sentado, aunque sigue abierto el problema de cómo articular de manera rigurosa el vínculo entre la experiencia singular y la acción colectiva. Las tentativas que presentamos aquí pueden entenderse, entonces, como los síntomas de una insatisfacción frente al desgaste de los paradigmas científicos que habían inspirado a gran parte de la investigación en ciencias sociales desde finales del siglo XIX, la que con frecuencia privilegiaba los procedimientos de tipo macroanalítico. De modo que la elección de un enfoque microanalítico se presentó como una experimentación alternativa.

¿Qué sucede si, por convención, cambiamos la distancia focal del objetivo agrandando el objeto de observación? El reto era que surgiera otra trama, otra organización de lo social. No era obvio. Y no faltaron los críticos, que reprochaban a los microanalistas que cedieran ante la moda de que lo *small is beautiful*, incluso ante la tentación de un nuevo irracionalismo; o, entre otras ocurrencias, que se encerraran voluntariamente en un “placar de escobas” o, peor, que “le dieran el micrófono a las hormigas”. Pero dejemos de lado esas burlas que, por más excesivas que sean en su formulación, traducen una fuerte reticencia respecto de estrategias de investigaciones que tomaron la dirección contraria a una tradición científica poderosa, articulada y que —no lo olvidemos— resultó de una fecundidad excepcional. El enfoque microanalítico cuestionó convicciones muy fuertes, sobre todo porque se rodeaban de las ventajas de la evidencia y la simplicidad. Por ejemplo, la convicción según la cual la importancia de un fenómeno es proporcional, de cierta forma, a su tamaño. Raymond Queneau ofreció una graciosa ilustración del diálogo en el que, en *Las flores azules*, el duque de Auge, antes de partir a la guerra, confronta a su capellán:

El duque de Auge se frotó las manos, manifestando todos los signos de la mayor satisfacción, luego, bruscamente, su gesto se volvió preocupado.

–Y esta historia universal sobre la que te he interrogado, hace ya largo tiempo... Sigo esperando tu respuesta.

–¿Qué desea saber exactamente?

–Lo que piensas de la historia universal en general y de la historia general en particular. Te escucho.

–Estoy muy cansado –dijo el capellán.

–Descansarás más tarde. Dime, ¿el Concilio de Basilea forma parte de la historia universal?

–Sí, por supuesto. De la historia universal en general.

–¿Y mis pequeños cañones?

–De la historia general en particular.

–¿Y la boda de mis hijas?

–Eso es apenas historia evenemencial. Microhistoria, cuando mucho.

–¿Qué? –exclamó el duque de Auge. ¿En qué diablos hablas? ¿Acaso será hoy tu Pentecostés?

–Mis excusas, mi señor. Es el cansancio. Y los nervios. Estos grilletos son terribles: ¡diabólico invento!<sup>6</sup>

Al igual que el capellán Onesíforo, todos compartimos espontáneamente la convicción de que existe una historia grande y una pequeña que opone una jerarquía de importancia. Durante largo tiempo, fue la historia de los reyes y los grandes capitanes; recientemente, se ha convertido en la historia de las masas y los procesos anónimos que gobernarían la vida de los hombres. También aceptamos sin cuestionar la idea de que a grandes efectos necesariamente corresponden grandes causas. Sofisticados o simplificados, los modelos explicativos que aplican a la vez las ciencias sociales y el sentido común remiten, en mayor o menor grado, a esta evidencia. Pero es justamente esta la que hoy en día es cuestionada desde diversos puntos. No es seguro que las teorías del caos, cuya fortuna contemporánea conocemos, sean de gran ayuda para el historiador práctico, pese a que, al menos, tienen el mérito de atraer su atención sobre la importancia y la complejidad de los procesos no lineales. Pero en ese punto cobra todo su significado el hecho de volver a tomar en cuenta la experiencia de los actores sociales. Durante

---

6 Raymond Queneau. *Les Fleurs bleues*. Paris, Gallimard, 1965, pp. 84-85. Existe traducción al español: *Las flores azules*, trad. por Manuel Serrat Crespo. Madrid, Seix Barral, 2007.

mucho tiempo se la ignoró, porque no se la consideraba esencial. Pero ya no es así. La mayor parte de las historiografías occidentales se han abocado, desde entonces, a dar un lugar a quienes no han dejado ni nombre ni huella visible, y el célebre apóstrofe –con tanta frecuencia citado– de Brecht: “¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?” podría servir como epígrafe de ese vasto esfuerzo para escribir una historia “vista desde abajo”. Sin embargo, ese proyecto puede concebirse en términos muy diferentes. Por ejemplo, y este habría sido el camino tomado con mayor frecuencia, se lo podría haber pensado como un intento de aprehender conjuntos, caracterizar comportamientos globales y medios. También puede asignarse como tarea, y esta es la preocupación que comparten estos nuevos enfoques, rendir cuenta de la lógica y el significado de esas experiencias en su singularidad. No para ceder de nuevo al vértigo de lo individual, incluso de lo excepcional, sino con la convicción de que esas vidas minúsculas también participan, desde su lugar, en la historia “grande”, de la que dan una versión diferente, discreta, compleja. El problema no consiste tanto en oponer un arriba a un abajo, los grandes a los pequeños, sino en reconocer que una realidad social no es la misma según el nivel de análisis o, como diremos en múltiples ocasiones en este libro, la escala de observación en la que decidamos ubicarnos. Algunos fenómenos masivos que estamos acostumbrados a pensar en términos globales, como el crecimiento del Estado, la formación de la sociedad industrial, pueden ser objeto de una lectura diferente si intentamos aprehenderlos a través de las estrategias individuales, las trayectorias biográficas, individuales o familiares, de los hombres que participaron en ellos. No por eso pierden importancia, sino que se los construye de otra manera.

No sorprende que los historiadores hayan coincidido en ese punto con la reflexión de los antropólogos. ¿La experiencia de campo, al menos tal como la imaginamos desde el exterior, no es acaso una ilustración ejemplar del procedimiento que aquellos trataban de definir? Después de todo, consiste en tomar en serio briznas de información e intentar comprender cómo ese detalle individual, esos retazos de experiencias dan acceso a lógicas sociales y simbólicas que corresponden al grupo, incluso a conjuntos mucho más amplios. En todo caso, esa era la visión que nuestros historiadores, lectores atentos de sus trabajos, tenían de la labor de los etnólogos. Pero las cosas no fueron tan simples y, a lo largo del trabajo en común, pudimos ver que las preocupaciones de nuestros colegas se superponían con las nuestras –lo que no significa que fueran exactamente las mismas, ni que fueran simétricas–.

La elección de otorgar el lugar que le corresponde a la historicidad de las configuraciones estudiadas –la de los actores, de las situaciones relacionales, de los enunciados– sin duda fue determinante en ese acercamiento. No solo porque hablaba de historia a los historiadores. Sin duda fue más importante, al venir de una disciplina que legítimamente toma buena parte de su prestigio, hoy en día, de sus capacidades de generalización y de formalización, la preocupación de reflexionar también en términos diferentes a una totalización implícita; de privilegiar la experiencia de los actores reconstruyendo en torno a ella el contexto –o más bien los contextos– que le da sentido y forma. Aquí tampoco la elección fue entre un enfoque que privilegie la identificación de sistemas simbólicos generales, incluso universales, y otro que intentara comprender lo que sucede en el proceso inacabado de una historia. Pero debemos reconocer que ambas operaciones inducen construcciones diferentes de lo social.

Los textos que siguen pueden considerarse como variaciones sobre esos temas. Cada uno de ellos está firmado por su autor, pero todos fueron debatidos en forma conjunta. Abordan objetos muy diversos, pero tienen, creo yo, la misma preocupación por la experimentación: ¿Qué sucede si, hipotéticamente, se modifican las condiciones de la observación y del análisis que posibilitan? Todos los textos apuestan a la complejidad, basados en la convicción de que el carácter intensivo del proceder microanalítico tiene como mérito principal el de ayudarnos a comprender mejor el entramado de las lógicas sociales, resistir mejor también a la tentación de una reificación de las acciones y de las relaciones, así como de las categorías que nos permiten pensarlas. Pero no por ello deduciremos que quienes aceptaron lanzarse juntos a esta experiencia están de acuerdo en todos los puntos; lejos de ello. Su cultura disciplinaria, sus instrumentos técnicos, sus maneras de trabajar no son los mismos, y ese era, por lo demás, uno de los intereses de esta confrontación. Pero hay más. Al recorrer estas páginas, el lector podrá darse cuenta de lo siguiente: entre nosotros se esbozan dos posiciones esenciales en cuanto a las relaciones entre el enfoque microanalítico y el macroanalítico. La primera, que es la que sostiene quien firma estas líneas –y también M. Abélès, A. Bensa y B. Lepetit–, ve en el principio de variación de escala un recurso de una fecundidad excepcional, porque posibilita la construcción de objetos complejos y, por ende, la consideración de la estructura estratificada de lo social. A su vez, plantea que ninguna escala tiene privilegios por sobre otra, ya que su comparación es lo que procura el mayor beneficio analítico. La

segunda posición, que ilustran los textos de M. Gribaudi, S. Cerutti y P.-A. Rosental, y que halla su inspiración particularmente en la obra del antropólogo F. Barth, puede ser calificada como fundamentalista –con respecto a la primera, que sería relativista–. Esta plantea que, en la producción de las formas y las relaciones sociales, lo “micro” engendra lo “macro” y defiende, por ende, un privilegio absoluto de lo primero, ya que, según ellos, en ese nivel “operan los procesos causales eficientes”. Hay, allí, un debate de fondo, en absoluto teológico y que, por lo demás, no ha sido zanjado. No serviría de nada endurecer sus términos, pero sería en vano pretender ignorarlo. La fecundidad de cada una de estas propuestas tal vez permita llegar un día a un desempate; el trabajo de la investigación sin duda permitirá reformular sus retos. En lo inmediato, nos ha parecido útil mantener el desacuerdo que surgió y someterlo a quienes deseen prestarles atención. Es una manera de señalar que este libro es lo que se proponía ser: el producto de una reflexión en curso, que plantea tantos interrogantes como respuestas.





## MICROANÁLISIS Y CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL

Jacques Revel

1. En los últimos años, el análisis microhistórico se ha convertido en uno de los lugares importantes del debate epistemológico entre los historiadores. Sin embargo, una vez enunciada esta afirmación, conviene limitar su alcance, ya que el mencionado debate se ha concentrado dentro de un número relativamente restringido de grupos, instituciones, áreas de investigación –cuya cartografía sería interesante hacer–. Por otro lado, se ha de reconocer que la interpretación y los retos de la opción microhistórica no fueron concebidos en todas partes en forma homóloga; lejos de ello. Por ejemplo, es posible confrontar la recepción estadounidense y la versión francesa del debate. La primera se centró en el “paradigma indiciario”, propuesto por Carlo Ginzburg y que, en gran medida, se define como un comentario de la obra de este.<sup>1</sup> La segunda concibe la microhistoria más bien como una interrogación sobre la historia social y la construcción de sus objetos.<sup>2</sup> A decir verdad, estas modulaciones particulares del tema microhistórico ya están presentes en los trabajos de los historiadores italianos, quienes fueron los primeros que intentaron experimentar este enfoque, aunque se las pone de relieve en reformulaciones ulteriores. No son gratuitas ni indiferentes. Cada una de ellas remite a

---

1 Carlo Ginzburg. “Signes, traces, pistes. Racines d’un paradigme de l’indice”, *Le Débat* 6, [Torino, 1979] 1980, pp. 3-44. Un buen ejemplo reciente de esta recepción estadounidense es la introducción de Edward Muir, “Observing Trifles”, a la recopilación dirigida por Edward Muir y Guido Ruggiero. *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*. Baltimore-London, Johns Hopkins University Press, 1991, pp. VII-XXVIII.

2 En este punto, remito a la presentación que, con el título de “L’histoire au ras du sol”, di a la traducción francesa del libro de Giovanni Levi, *Le Pouvoir au village. Histoire d’un exorciste dans le Piémont du XVII<sup>e</sup> siècle*. Paris, Gallimard, 1989, pp. I-XXXIII. Existe traducción al español: *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990; ver también el editorial colectivo de la redacción de los *Annales*, “Tentons l’expérience”, *Annales ESC*, Vol. 44, N<sup>o</sup> 6, 1989, pp. 1317-1323.

una configuración historiográfica específica en la que el tema operó a la manera de un revelador. No nos detendremos aquí a identificar y analizar esas modulaciones, pero sí reconocemos que, en las páginas que siguen, solo se ofrece una versión posible del debate actualmente en curso.

La diversidad de las lecturas propuestas corresponde, sin duda, a la de los contextos de recepción. Pero también debemos relacionarla con características propias del proyecto microhistórico. Este se ha originado recientemente, a lo largo de los años 1970, a partir de un conjunto de cuestiones y de proposiciones formuladas por un pequeño grupo de historiadores italianos que participaban en proyectos comunes (una revista: *Quaderni storici*; a partir de 1980, una colección dirigida por C. Ginzburg y G. Levi en las ediciones Einaudi: "Microstorie"), pero cuyas investigaciones personales podían ser muy diferentes entre sí. De la confrontación entre esas experiencias de investigación heterogéneas, de una reflexión crítica sobre la producción histórica contemporánea, de una gama muy abierta de lecturas —antropológicas en particular, pero también en ámbitos menos esperados, como la historia del arte, por ejemplo— poco a poco surgieron formulaciones (interrogantes, una temática, sugerencias) comunes. El carácter muy empírico del proceso explica el hecho de que no haya un texto fundante, una carta "teórica" de la microhistoria.<sup>3</sup> Esta no es un conjunto de proposiciones unificadas ni una escuela, menos aún una disciplina autónoma, como muchos se apresuraron a creer. Es inseparable de una práctica de historiadores, de obstáculos y de incertidumbres halladas en el transcurso de iniciativas muy diversas; en una palabra: de una experiencia de investigación. La primacía de la práctica se debe, probablemente, a las preferencias instintivas de una disciplina que a menudo desconfía de las formulaciones generales de la abstracción. Pero, más allá de los hábitos profesionales, se puede reconocer aquí una decisión voluntarista: la microhistoria surgió como una reacción, como una toma de posición con respecto a cierto estado de la historia social, de la que propone reformular algunos conceptos, exigencias y procedimientos. En ese sentido, es posible que tenga el valor de un síntoma historiográfico.

---

3 Giovanni Levi. "On Microhistory", en P. Burke (ed.): *New Perspectives on Historical Writing*. Oxford, Polity Press, 1992, pp. 93-113. Existe traducción al español: "Sobre microhistoria", en P. Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, trad. por José Luis Gil Aristu. Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 119-143. El texto de C. Ginzburg, "Signes, traces, pistes", citado en nota 1, sin duda tuvo la ambición de fundar un paradigma histórico nuevo. Tuvo amplia repercusión y vasta circulación internacional. Sin embargo, no creo que permita dar cuenta de la producción microhistórica posterior a su publicación.

2. Una de las versiones dominantes, aunque no la única, de la historia social es la que se ha definido en Francia, y luego también con bastante repercusión fuera de Francia, en torno a los *Annales*. Su formulación no es constante desde hace sesenta años. A pesar de todo, presenta ciertos rasgos relativamente estables que, con todo derecho, podemos referir al programa crítico que un cuarto de siglo antes del nacimiento de los *Annales*, el durkheimiano François Simiand había elaborado para los historiadores.<sup>4</sup> Simiand les recordaba las reglas del método sociológico destinado, según él, a regir una ciencia social unificada y cuyas diferentes disciplinas no propondrían más que modalidades particulares. Lo importante era, a partir de entonces, alejarse de lo único, lo accidental (el individuo, el hecho, el caso singular), para abocarse a lo único que podía ser el objeto de un estudio científico: lo repetitivo y sus variaciones, las regularidades observables a partir de las cuales sería posible inducir leyes. Esa elección inicial, que retomaron en gran medida los fundadores de los *Annales* y luego sus sucesores, permite comprender los caracteres originales de la historia social a la francesa: el privilegio otorgado al estudio de los agregados más masivos posibles, la prioridad asignada a la medición en el análisis de los fenómenos sociales, la elección de una duración suficientemente larga para hacer observables las transformaciones globales –con el corolario del análisis de temporalidades diferenciales–. De estas exigencias iniciales, se desprendieron varias consecuencias que incidieron en forma duradera en los procedimientos aplicados. La elección de la serie y del número requería la invención de fuentes adecuadas –o el tratamiento *ad hoc* de fuentes tradicionales–, pero también la definición de indicadores simples o simplificados que, del documento de archivo, servirían para abstraer un número limitado de propiedades, de rasgos particulares, cuyas variaciones en el tiempo había que seguir: precios o ingresos al comienzo, luego, niveles de fortuna, distribuciones profesionales, nacimientos, matrimonios, fallecimientos; firmas, títulos de obras o géneros editoriales, gestos de devoción, etc. A partir de esos indicios era posible estudiar las evoluciones particulares, pero también, y sobre todo, tal como había hecho Simiand con el salario y luego, en 1933, Ernest Labrousse en el *Esquisse*, se los podía incluir en la constitución de modelos más o menos complejos.

---

4 François Simiand. "Méthode historique et science sociale", *Revue de synthèse historique*, 1903. Acerca de la importancia de la matriz durkheimiana en los orígenes de los *Annales*, ver Jacques Revel. "Histoire et sciences sociales. Les paradigmes des *Annales*", *Annales ESC*, Vol. 34, N° 6, 1979, pp. 1360-1376.

De Simiand y de los durkheimianos, Bloch, Febvre, luego, en la generación siguiente, Labrousse o Braudel, también habían retenido una suerte de voluntarismo científico: no hay objeto, salvo si se lo construye según procedimientos explícitos, en función de una hipótesis sometida a una validación empírica. Luego se tuvo la impresión de que, a veces, se perdían de vista esas reglas de método elementales. Por cierto, los procedimientos de trabajo se volvieron cada vez más sofisticados. Pero, probablemente a causa de la dinámica misma de la investigación, se olvidó con frecuencia que se trataba de una experimentación. Los objetos que se asignaba el historiador eran hipótesis sobre la realidad, pero cada vez más se tendió a considerarlas como cosas. En algunos casos, esa deriva comenzó muy pronto.<sup>5</sup> En ocasiones fue denunciada, en relación con la historia de los precios, el desgaste de las unidades espaciales de observación, las categorías socioprofesionales, pero esas advertencias no alcanzaron para frenar la tendencia general. Observemos, además, que esos proyectos se inscribían globalmente en una perspectiva macrohistórica que no explicitaban ni ponían a prueba. O, más exactamente, consideraban que la escala de observación no constituía una de las variables de la experimentación, porque suponían, al menos tácitamente, una continuidad de hecho de lo social que autorizaba a yuxtaponer resultados cuyo ordenamiento no parecía plantear problemas: la parroquia, el conjunto regional o el departamento, la ciudad o la profesión parecían poder servir de marcos neutros, aceptados como se los recibía, para la acumulación de datos.<sup>6</sup>

Este modelo de historia social entró en crisis a finales de los años 1970 y a comienzos de los años 1980, es decir, extraña ironía, en el momento en el que aparecía más triunfante, en que sus resultados se imponían más allá de las fronteras de la profesión y en que el “territorio del historiador” parecía poder ampliarse indefinidamente. El sentimiento de crisis fue insinuándose muy lentamente y, por lo demás, no es seguro que hoy en día sea mayoritario entre los historiadores. Digamos, más modestamente, que en ese momento la crítica del

---

5 Ver Jean-Yves Grenier y Bernard Lepetit. “L’expérience historique. À propos de C. E. Labrousse”, *Annales ESC*, Vol. 44, N° 6, 1989, pp. 1337-1360.

6 Ver las muy lúcidas reflexiones de Jacques Rougeri. “Faut-il départementaliser l’histoire de France?”, *Annales ESC*, Vol. 21, N° 1, 1966, pp. 178-193; y de Christophe Charle. “Histoire professionnelle, histoire sociale? Les médecins de l’Ouest au XIXème siècle”, *Annales ESC*, Vol. 34, N° 4, 1979, pp. 787-794. En el mismo sentido, ver también el debate que se inició a mediados de los años 1979 en torno a la naturaleza del hecho urbano a partir de la tesis de Jean-Claude Perrot. *Genèse d’une ville moderne: Caen au XVIIIème siècle*. Paris-La Haye, Mouton, 1975.

modelo dominante se volvió más insistente –aun cuando se la expresó, en muchas ocasiones, en forma desordenada–. Varias razones contribuyeron a ese retorno en sí. Mientras que la informática hacía posible la grabación, el almacenamiento y el procesamiento de datos considerablemente más abundantes que en el pasado, muchos sintieron que los cuestionarios no se habían renovado al mismo ritmo y que las amplias encuestas cuantitativas ahora se veían amenazadas por rendimientos decrecientes. Al mismo tiempo, la afirmación de especializaciones más marcadas tendía a dividir, desde el interior, un campo de investigación que siempre había sido pensado como abierto y unificado. Esta evolución hacía sentir sus efectos, sobre todo porque, en ese mismo momento, los grandes paradigmas que unificaban las ciencias sociales –o que, al menos, les servían de horizonte de referencia– eran cuestionados con severidad y, junto con ellos, algunas de las modalidades del intercambio interdisciplinario. La duda que en esos mismos años se apoderó de nuestras sociedades confinadas a formas de crisis que no sabían comprender ni, con frecuencia, describir, seguramente contribuyó a difundir la convicción de que el proyecto de una inteligibilidad global de lo social debía ser dejado entre paréntesis, al menos provisionalmente. Con ello, solo sugerimos algunas direcciones de reflexión para un análisis que se ha de construir por completo. Remiten a evoluciones cuyos puntos de partida pueden ser muy diferentes, pero cuyos efectos fueron en el mismo sentido y que, evidentemente, reaccionaron unas frente a las otras. Todas juntas, y con otras evoluciones también, sin duda contribuyeron a cuestionar las certezas de un enfoque macrosocial que no había sido debatido hasta entonces. La propuesta microhistórica fue el síntoma de esa crisis de confianza, al mismo tiempo que contribuyó, de forma central, a formularla y a otorgarle precisión.

3. El cambio de la escala de análisis es esencial para la definición de la microhistoria. Es importante comprender bien su significado y todo lo que pone en juego. Al igual que los antropólogos, los historiadores acostumbran trabajar sobre conjuntos circunscriptos, de tamaño reducido.<sup>7</sup> Estos no constituyen “terrenos” –aun cuando, desde hace unos

---

7 Sería interesante seguir, en paralelo, la formulación de estos problemas en historia y en antropología procurando identificar los desfasajes entre una disciplina y otra. Ver Christian Bromberger. “Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d’analyse dans l’histoire récente de l’ethnologie de la France”, en I. Chiva y U. Jeggle (eds.): *Ethnologies en miroir. La France et les pays de langue allemande*. Paris, Éd. de la Maison des sciences

veinte años, la fascinación de la experiencia etnológica se ha expresado, de manera insistente, del lado de la historia—. Más prosaicamente, la monografía, forma privilegiada de la investigación, está asociada a las condiciones y a las reglas profesionales de un trabajo: a la exigencia de una coherencia documental, a la familiaridad que se supone garantiza el dominio del objeto de análisis, a una representación de lo real que a menudo parecer requerir la inscripción de un problema en una unidad “concreta”, tangible, visible. El marco monográfico suele considerarse un marco práctico, en el que se reúnen datos y se construyen pruebas —y en el que se recomienda dar pruebas también—. Pero se lo supone inerte, tal como se ha dicho. Centenares de monografías formaron el zócalo de la historia social, construidas a partir de un cuestionario general. El problema planteado por cada una de ellas no era el de la escala de observación, sino el de la representatividad de cada muestra con respecto al conjunto en el que procuraba integrarse, del mismo modo que una pieza debe hallar su lugar en un rompecabezas. De modo que no había ninguna duda fundamental sobre la posibilidad de situar los resultados de la encuesta monográfica con respecto a una media o a una moda —estadística—, en una tipología, etcétera.

La microhistoria es profundamente diferente en sus intenciones y en sus procedimientos. Plantea, en principio, que la elección de una escala particular de observación produce efectos de conocimiento y que puede ser puesta al servicio de estrategias de conocimiento. Variar la focal del objetivo no significa solamente agrandar —o disminuir— el tamaño del objeto en el visor; significa modificar su forma y su trama. O, para recurrir a otro sistema de referencias, jugar con las escalas de representación en cartografía no equivale a representar una realidad constante en dimensiones más grandes o más pequeñas, sino a transformar el contenido de la representación —es decir, la elección de lo que es representable—. Observemos que la dimensión “micro” no goza al respecto de ningún privilegio en particular. Lo que cuenta es el principio de variación, no la elección de una escala en particular.

Cabe añadir que la óptica microhistórica corrió, estos últimos años, una suerte particular. La coyuntura historiográfica que hemos resumido brevemente más arriba permite comprenderlo. El uso del microanálisis debe comprenderse, en primer lugar, como la expresión de una toma de distancia respecto del modelo comúnmente aceptado, el de una historia social que, desde el origen, se había inscripto

---

de l'homme, 1987, pp. 67-94.

explícitamente o –cada vez más– implícitamente en un marco “macro”. En ese sentido, permitió romper con hábitos adquiridos y possibilitó un retorno crítico respecto de los instrumentos y los procedimientos del análisis sociohistórico. Pero, en segundo lugar, fue la figura historiográfica práctica a través de la cual se prestó renovada atención al problema de las escalas de análisis en historia –como había sucedido un poco antes en antropología–.<sup>8</sup>

4. En este punto, conviene reflexionar sobre los efectos de conocimientos asociados al pasaje a la escala “micro” –o, al menos, esperados–. Partamos de algunos de los pocos textos programáticos que contribuyeron a trazar los contornos y las ambiciones del proyecto microhistórico. En un artículo publicado en 1977, E. Grendi observa que la historia social dominante, al elegir organizar sus datos dentro de categorías que permiten su agregación máxima (niveles de fortuna, profesiones, etc.), deja escapar todo lo relativo a comportamientos y a la experiencia social, a la constitución de identidades de grupos, e impide, por su propio proceder, la integración de los datos más diversificados posible. A ese proceder, opone el de la antropología –anglosajona, en lo esencial–, cuya originalidad reside, según él, “menos en la metodología que en el acento significativo que pone en el enfoque global de los comportamientos”.<sup>9</sup> Dejemos de lado esta afirmación demasiado general y conformémonos con retener una preocupación: desarrollar una estrategia de investigación que no se funda prioritariamente en la medición de propiedades abstractas de la realidad histórica, sino que, a la inversa, proceda según la regla de integrar y articular entre ellas el mayor número de esas propiedades. Esta elección se vio confirmada dos años más tarde, en un texto algo provocador de C. Ginzburg y C. Poni,<sup>10</sup> en el que proponen hacer del “nombre”, el nombre propio, es

---

8 Cabe destacar aquí, la importancia que tuvo para varios microhistoriadores, además de la influencia más general de la antropología anglosajona, la reflexión de Fredrik Barth (ver F. Barth (ed.). *Scale and Social Organization*. Oslo-Bergen, Universitetsforlaget, 1978; *Process and Form in Social Life*. London, Routledge & Kegan Paul, 1981).

9 Edoardo Grendi. “Micro-analisi e storia sociale”, *Quaderni storici* 35, 1977, pp. 506-520; ver también, del mismo autor, su presentación de *Famiglia e comunità*, número especial de *Quaderni storici* 33, 1976, pp. 881-891.

10 Carlo Ginzburg y Carlo Poni. “La micro-histoire”, *Le Débat* 17, 1981, pp. 133-136 (trad. francesa parcial de “Il nome et il come. Mercato storiografico e scambio ineguale”, *Quaderni storici* 40, 1979, pp. 181-190). Existe traducción al español: “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, *Historia social* 10, 1991, pp. 63-70.

decir, la referencia más individual, la menos repetible posible, el marcador que permitiría construir una modalidad nueva de una historia social atenta a los individuos en sus relaciones con otros individuos. Pues la elección de lo individual no se piensa aquí como contradictoria respecto de lo social: debe propiciar un enfoque diferente siguiendo el hilo de un destino particular (el de un hombre, de un grupo de hombres) y, con él, la multiplicidad de espacios y de tiempos, la madeja de relaciones en las que se inscribe. Los dos autores están obnubilados, en este caso también, por

la complejidad de las relaciones sociales reconstruidas por el antropólogo en su trabajo de campo [que] contrasta con el carácter unilateral de los datos de archivo con los que trabaja el historiador (...) Pero el campo de la investigación está suficientemente circunscripto, las series documentales particulares pueden superponerse en la duración y en el espacio, lo que permite encontrar al mismo individuo en contextos sociales diferentes.<sup>11</sup>

En el fondo, Ginzburg y Poni se refieren al viejo sueño de la historia total, pero construida, esta vez, a partir de la base. Para ellos, esa historia es inseparable de una “reconstitución de lo vivido”: a esa formulación algo vaga y finalmente ambigua, puede ser preferible el programa de un análisis de las condiciones de la experiencia social, restituidas en su mayor complejidad.

Ya no abstraer, sino, en un primer momento, enriquecer lo real, si se quiere, tomando en cuenta los aspectos más diversos de la experiencia social. Ese modo de proceder ilustra, por ejemplo, G. Levi en su libro *La herencia inmaterial*. En un marco restringido, recurre a una técnica intensiva recogiendo “todos los hechos biográficos de todos los habitantes del poblado de Santena que dejaron una huella documental” durante unos cincuenta años, a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII. El proyecto consiste en hacer surgir, detrás de la tendencia general más visible, las estrategias sociales desarrolladas por los diferentes actores en función de su posición y de sus recursos respectivos, individuales, familiares, de grupo, etc. Es cierto que

a la larga, todas las estrategias personales y familiares tienden, quizá, a aparecer atenuadas, a reflejarse en un resultado común de equilibrio relativo. Pero la participación de cada uno en la historia general, en la formación y la modificación de las estructuras que soportan la realidad social no puede ser valorada solo por los resultados perceptibles: en el curso de la vida de cada

---

11 *Ibid.*, p. 134.

uno, cíclicamente, surgen problemas, incertidumbres, decisiones, una política de la vida cotidiana cuyo núcleo es el uso estratégico de las reglas sociales.<sup>12</sup>

En un sitio geográficamente cercano, pero histórica e historiográficamente lejano, M. Gribaudi propone la misma modalidad para el estudio de la formación de la clase obrera en Turín, a comienzos del siglo XX.<sup>13</sup> Allí donde se insistía esencialmente en una comunidad de experiencias (inmigración urbana, trabajo, lucha social, conciencia política, etc.) que fundaría la unidad, la identidad y la conciencia de la clase obrera, el autor se limitó a seguir itinerarios individuales que permiten ver la multiplicidad de experiencias, la pluralidad de sus contextos de referencia, las contradicciones internas y externas de las que son portadoras. Las reconstruye a través de los recorridos geográficos y profesionales, los comportamientos demográficos, las estrategias relacionales que acompañan el pasaje del campo a la ciudad y a la fábrica. A instancias de muchos otros, Gribaudi partió de la idea de una cultura obrera homogénea o, en todo caso, que homogeneizaba los comportamientos. En el camino —y, en particular, al recoger testimonios orales sobre el pasado familiar de los protagonistas de la historia que estudiaba—, descubrió la diversidad de las formas de ingreso y de vida en la condición obrera:

Se trataba de ver a través de qué elementos cada una de las familias de la muestra había negociado su propio recorrido y su propia identidad social; qué mecanismos habían determinado la fluidez de unos y el estancamiento de otros; a través de qué modalidades se habían modificado, con frecuencia en forma drástica, las orientaciones y las estrategias de cada individuo. En otras palabras, y planteando el problema desde el punto de vista de la condición obrera, significaba estudiar los diferentes materiales con los que se habían construido las diversas experiencias y fisionomías obreras, y echar luz así sobre las dinámicas que habían permitido tanto agregaciones como disgregaciones.<sup>14</sup>

Como vemos, el enfoque microhistórico se propone enriquecer el análisis social procurando que sus variables sean más numerosas, más

---

12 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, op. cit., p. 11.

13 Maurizio Gribaudi. *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XX<sup>e</sup> siècle*. Paris, Éd. de l'EHESS, 1987.

14 *Ibid.*, p. 25. Una vez más, las referencias mencionadas por el autor remiten a la antropología anglosajona; a F. Barth, ya citado, y a los análisis interaccionistas, más ampliamente.

complejas y más móviles. Pero ese individualismo metodológico tiene sus límites, ya que siempre se ha de intentar definir las reglas de constitución y de funcionamiento de un conjunto social, o mejor aún, de una experiencia colectiva.

5. En su versión “clásica”, la historia social ha sido concebida mayoritariamente como una historia de las entidades sociales: la comunidad de residencia (poblado, parroquia, ciudad, barrio, etc.), el grupo profesional, el orden, la clase. Sin duda, se podía discutir acerca de los límites de esas entidades y, más aún, acerca de su coherencia y su significado sociohistórico, pero no se los cuestionaba fundamentalmente.<sup>15</sup> De allí la impresión, al recorrer el enorme capital de conocimientos acumulado durante treinta o cuarenta años, de una suerte de *déjà vu* y de inercia clasificatoria. De un sitio al otro, las distribuciones varían, obviamente, pero los personajes de la obra no cambian. Algún día habrá que interrogarse sobre las razones, sin duda múltiples, que pueden explicar ese deslizamiento hacia la sociografía descriptiva. En todo caso, tuvo la fuerza suficiente como para lentificar duraderamente, en Francia, la influencia de un libro como el de E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (publicado en 1963, pero traducido al francés apenas en 1988), que se abstenía de partir de una definición preconstruida —o supuestamente adquirida— de la clase obrera para insistir sobre los mecanismos de su *formación*.<sup>16</sup> Tardíamente, a partir de proyectos aislados,<sup>17</sup> fue imponiéndose la convicción de que el análisis no podía realizarse solo en términos de distribuciones, por dos razones principales que deben distinguirse entre sí, aunque se interfieran en parte. La primera remite al problema, planteado desde hace largo tiempo, de la naturaleza de los criterios de clasificación sobre los cuales se basan las taxonomías históricas; la segunda remite al acento que mucho más

---

15 Recordemos el debate que inició, en los años 1950, E. Labrousse en torno al proyecto de una historia comparada de las burguesías europeas o, incluso, la discusión, hoy muy envejecida, entre E. Labrousse y R. Mousnier sobre “órdenes y clases” en los años 1960.

16 Edward P. Thompson. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. por Elena Grau. Crítica, Barcelona, 1989. Recordemos que el estudio de Thompson se inscribe en una perspectiva macrosocial.

17 Citemos, por ejemplo, la tesis de Michelle Perrot. *Les ouvriers en grève. France 1871-1890*. Servicio de producción de tesis, Lille, Universidad de Lille III, 1975, 2 tomos; la tesis de Jean-Claude Perrot. *Genèse d'une ville moderne, op. cit.*; o, del lado de la sociología, el estudio de Luc Boltanski. *Les Cadres. La formation d'un groupe social*. Paris, Éd. de Minuit, 1982.

recientemente ha puesto la historiografía en el papel de los fenómenos de las interrelaciones en la producción de la sociedad.<sup>18</sup>

En uno y otro caso, la elección de una óptica microhistórica tiene una importancia decisiva. Al tratarse de la naturaleza del análisis de lo social, el más marcado es el desfase entre categorías generales –o exógenas– y categorías endógenas. Reconocido desde hace largo tiempo, el problema se volvió más sensible en estos últimos años por influencia de problemáticas antropológicas –en particular, de la antropología cultural estadounidense–, que se ejerció preferentemente sobre análisis locales. No nos detendremos aquí en los detalles de las soluciones propuestas. Pero retengamos, al menos, que el balance de esa revisión necesaria –que, por lo demás, aún no ha concluido– es ambiguo. Sin duda, propició un retorno crítico al empleo de criterios y de recortes cuya pertinencia a menudo parecía obvia; inversamente, en general, promueve un relativismo de tipo culturalista, que es uno de los efectos del “geertzismo” en historia social que ha marcado tendencia.

La segunda dirección de investigación, la que invita a reformular el análisis sociohistórico en términos de proceso, sugiere una salida para ese debate. Plantea que no alcanza con que el historiador retome el lenguaje de los actores que estudia, sino que lo convierta en el indicio de un trabajo a la vez más amplio y más profundo: el de la construcción de identidades sociales plurales y plásticas que se produce a través de una red estrecha de relaciones (de competencia, de solidaridad, de alianza, etc.). La complejidad de las operaciones de análisis requeridas por ese tipo de proceder impone, de hecho, un estrechamiento del campo de observación. Pero los microhistoriadores no se conforman con registrar esa restricción fáctica; la transforman en principio epistemológico, ya que a partir de los comportamientos de los individuos intentan reconstruir las modalidades de agregación –o de disgregación– social. El trabajo reciente de Simona Cerutti sobre los oficios y las corporaciones en Turín, en los siglos XVII y XVIII, puede servir de ejemplo. Sin duda, ninguna historiografía es más espontáneamente organicista que la de los oficios y sus asociaciones: se trataría, en ese caso, de comunidades evidentes, funcionales, y supuestamente tendrían una fuerza integradora tal que serían casi naturales en la sociedad urbana del Antiguo Régimen. La apuesta metodológica de S. Cerutti consiste

---

18 Ver una presentación de esos debates en la introducción del libro de Simona Cerutti. *La Ville et les Métiers. Naissance d'un langage corporatif (Turin, XVII- XVIIIème siècle)*. Paris, Éd. de la EHESS, 1990, pp. 7-23.

en revocar esas certezas y mostrar, a partir del juego de las estrategias individuales y familiares y de sus interacciones, que las identidades profesionales y sus traducciones institucionales no están ya adquiridas, sino que son objeto de un trabajo constante de elaboración y redefinición. Lejos de la imagen consensuada y, en general, estable que daban las descripciones tradicionales del mundo de los oficios, todo es cuestión de conflictos, negociaciones y transacciones provisorias; pero, a la inversa, las estrategias personales o familiares no son puramente instrumentales: son socializadas, en la medida en que son inseparables de representaciones del espacio relacional urbano, de los recursos que ofrece y de las restricciones que impone, a partir de las cuales los actores sociales se orientan y toman sus decisiones. Se trata, entonces, de desnaturalizar, o al menos de no banalizar los mecanismos de agregación y de asociación, insistiendo en las modalidades relacionales que los hacen posibles, identificando las mediaciones que existen entre “la racionalidad individual y la identidad colectiva”.<sup>19</sup>

El desplazamiento que conllevan esas elecciones probablemente sea más sensible para los historiadores que para los antropólogos, porque la historia de las problemáticas y los modos de proceder es asimétrica entre ambas disciplinas.<sup>20</sup> Me parece que ese desplazamiento es portador de varias redefiniciones cuya importancia no ha de subestimarse:

-Redefinición de los supuestos del análisis sociohistórico, cuyas características principales acabamos de mencionar. La aplicación de sistemas clasificatorios basados en criterios explícitos (generales o locales) es reemplazada en el microanálisis por una consideración de los comportamientos, a través de los cuales se constituyen y se deforman las identidades colectivas. Ello no implica que se ignoren o se desatiendan las propiedades “objetivas” de la población estudiada, sino que se las trate como recursos diferenciales cuya importancia y significación deben evaluarse en los usos sociales de los que son objeto, es decir, en su actualización.

-Redefinición de la noción de estrategia social. El historiador, contrariamente al antropólogo o al sociólogo, trabaja sobre el hecho

---

<sup>19</sup> Ibid., p. 14.

<sup>20</sup> Si bien un trabajo como el de Marc Abélès sobre las formas y los retos de la política local en la Francia contemporánea (*Jours tranquilles en 89. Ethnologie politique d'un département français*. Paris, O. Jacob, 1989) retoma, y sin acuerdo previo, la mayoría de los temas y algunas de las formulaciones propuestas, en el mismo momento, por los microhistoriadores. Habría que señalar la posición de Abélès en el debate en antropología y en el análisis de la recepción de su libro en su propio medio profesional.

consumado —“lo que efectivamente ha sucedido”— y que, por definición, no es repetible. Es excepcional que las fuentes presenten por sí mismas las alternativas, y más aún las incertidumbres a las que se vieron confrontados los actores del pasado. De allí resulta un recurso frecuente y ambiguo a la noción de estrategia: a menudo sirve para expresar una hipótesis funcionalista general —y que normalmente suele estar implícita—; a veces sirve para calificar, de manera más prosaica, los comportamientos de los actores individuales o colectivos que han tenido éxito —y que generalmente son los que mejor conocemos—. Al respecto, la posición absolutamente antifuncionalista que adoptaron los microhistoriadores está cargada de significados. Al tomar en cuenta en sus análisis una pluralidad de destinos particulares, intentan reconstituir un espacio de los posibles, en función de los recursos propios de cada individuo o de cada grupo dentro de una configuración dada. G. Levi es, sin lugar a dudas, el que llegó más lejos en ese sentido, al reintroducir nociones como las de fracaso, incertidumbre y racionalidad limitada en su estudio de las estrategias familiares campesinas desarrolladas en torno al mercado de la tierra en el siglo XVII.<sup>21</sup>

-Redefinición de la noción de contexto. Con frecuencia, esta ha sido objeto de un uso cómodo y perezoso en las ciencias sociales y, en particular, en historia. Uso retórico: el contexto, a menudo presentado al inicio del estudio, produce un efecto de realidad en torno al objeto de la investigación. Uso argumentativo: el contexto presenta las condiciones generales dentro de las cuales encuentra su lugar una realidad particular, si bien no siempre se va más allá de una simple comparación de los dos niveles de observación. Uso interpretativo, con menor frecuencia: del contexto a veces se extraen las razones generales que permitirían dar cuenta de situaciones particulares. Una buena parte de la historiografía de los últimos veinte años, más allá de la microhistoria, ha manifestado su insatisfacción ante esos diversos usos y ha intentado reconstruir, con modalidades diversas, las articulaciones del texto con el contexto. La originalidad de la modalidad microhistórica parece ser el rechazo de la evidencia que subyace a todos los usos que acabamos de mencionar: a saber, que existiría un contexto unificado, homogéneo, dentro del cual y en función del cual los actores determinarían sus elecciones. Ese rechazo puede entenderse de dos formas complementarias: como un recordatorio de la multiplicidad de las experiencias y de las representaciones sociales, en parte contradictorias, en todo caso ambiguas, a través de las

---

21 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial*, op. cit., cap. 2.

cuales los hombres construyen el mundo y sus acciones –y ese es el eje de la crítica formulada por Levi a Geertz–;<sup>22</sup> pero también, en el análisis, como una invitación a invertir el procedimiento más habitual del historiador, el que consiste en partir de un contexto global para situar e interpretar su texto. Lo que se propone, por el contrario, es constituir la pluralidad de los contextos que son necesarios para la comprensión de los comportamientos observados. Obviamente, en ese punto se plantea el problema de las escalas de observación que, en mi opinión, merece ser objeto de una revisión drástica.

–A la jerarquía de los niveles de observación, los historiadores instintivamente refieren una jerarquía de los retos históricos: para expresarlo trivialmente, en la escala de la nación, se hace historia nacional; en la escala local, se hace historia local –lo que no implica necesariamente una jerarquía de importancia, en particular desde el punto de vista de la historia social–. Vista desde el ras del suelo, la historia de un conjunto social se dispersa, en apariencia, en una miríada de hechos minúsculos, difíciles de organizar. La concepción tradicional de la monografía trata de hacerlo asignándose como tarea la verificación local de hipótesis y de resultados generales. El trabajo de contextualización múltiple practicado por los microhistoriadores parte de premisas muy diferentes. En primer lugar, plantea que cada actor histórico participa, de cerca o de lejos, en procesos –y, por ende, se inscribe en contextos– de dimensiones y de niveles variables, de lo más local a lo más global. Por lo tanto, no hay hiato, menos aún oposición entre historia local e historia global. Lo que la experiencia de un individuo, de un grupo, de un espacio permite comprender es una modulación particular de la historia global. Particular y original, ya que lo que el punto de vista microhistórico ofrece a la observación no es una versión atenuada, o parcial, o mutilada de realidades macrosociales; lo que ofrece, y este es el segundo punto, es una versión diferente.

6. Pongamos un ejemplo que llamó la atención de varios microhistoriadores. Se puede analizar la dinámica de un macroproceso como la afirmación del Estado moderno en Europa, entre los siglos XV y XIX, en términos muy diferentes. Durante largo tiempo, los historiadores

---

22 Giovanni Levi. "Sobre microhistoria", *op. cit.*, p. 126 y ss.; ver también "I pericoli del geertzismo", *Quaderni storici* 58, 1985, pp. 269-277 [Existe traducción al español: "Los peligros del geertzismo", en Eduardo Hourcade *et al.*: *Luz y contraluz de una historia antropológica*. Buenos Aires, Biblos, 1995].

se interesaron sobre todo en los que de manera visible habían hecho historia. Luego, a instancias de los grandes teóricos del siglo XIX, descubrieron la importancia de las evoluciones masivas y anónimas. Entre ellos se impuso ampliamente la convicción de que la verdadera historia es la de lo colectivo y lo numeroso. Esa mutación puede explicar que, para ellos, las encarnaciones históricas del poder se hayan transformado sustancialmente. En los años 1880, se abordaba extensivamente la política de Richelieu y el imperioso ordenamiento político, administrativo, religioso, fiscal, cultural, que impuso en la Francia del siglo XVII. Hoy en día, se habla más bien de la afirmación impersonal del Estado absolutista tal como se inscribe implacablemente en el largo plazo, entre los siglos XIV y XVIII; a instancias de Max Weber, podemos referirnos al lento proceso de racionalización que afectó a las sociedades occidentales; a instancias de Norbert Elias, podemos citar el doble monopolio sobre el fisco y sobre la violencia que adquirió, entre la Edad Media y la modernidad, la monarquía francesa; con Kantorowicz, podemos interpretar la emancipación de una instancia laicizada en el centro mismo de la cristiandad medieval. Todas estas lecturas –y otras también– son valiosas y a menudo convincentes. Han enriquecido considerablemente nuestro entendimiento del pasado. Todas o casi todas –habría que dejar de lado aquí el caso de Elias– tienen en común el hecho de aceptar como tal la existencia de macrofenómenos cuya eficacia sería evidente. Lo que antes se atribuía a la majestad, al prestigio, a la autoridad, al talento de un personaje singular, hoy se ubica con mayor facilidad en la lógica de los grandes ordenamientos anónimos que cómodamente llamamos el Estado, la modernización, las formas del progreso, pero también, de forma más sectorial, fenómenos clásicos como la guerra, la difusión de la cultura escrita, la industrialización, la urbanización, entre muchos otros.

Como sabemos, estos fenómenos son sumamente complejos, a tal punto que la mayoría de las veces para los historiadores es imposible establecer sus límites. ¿Dónde termina la esfera del Estado, dónde terminan los efectos inducidos por el trabajo y la producción industriales, o dónde acaban los efectos de los que el libro es portador? Al describirlos, se puede dudar en cuanto a su morfología, a la descripción de su articulación interna. Pero sorprende observar que su eficacia, al menos la que se ha convertido en tendencia, casi nunca sea cuestionada. Las “máquinas” del poder se autorizan por sí mismas y son eficientes precisamente porque son máquinas –sería más correcto decir: son eficientes solo para los historiadores, porque las imaginan como máquinas–. Por

ello, tendemos a buscar en la regulación de la máquina misma la explicación de sus rendimientos, retomando ingenuamente una ideología de la racionalización y de la modernización que corresponde al sistema cuyo estudio nos hemos asignado como tarea. En el mejor de los casos, tratamos de identificar a los que parecen haber atravesado esas grandes transformaciones, a los que se han abocado a denunciarlas y bloquearlas en nombre de valores sociales alternativos. Sin duda, no es azaroso que la misma generación intelectual que hace veinte años solemnizaba los aparatos del poder sea también la que manifestó mayor entusiasmo por los marginales, los rechazados, los alternativos de la historia, bandidos de honor y brujas, heterodoxos y anarquistas, excluidos de todo tipo. Pero esa era también una manera de reconocer y de señalar con el dedo la realidad masiva del poder, ya que una minoría dispersa de héroes había sido capaz de alzarse por sí sola contra ella, desde afuera y sin verdadera esperanza.

Aceptar esa visión de las cosas, esa distribución de los papeles, equivale a admitir que, fuera de la lógica mayoritaria de los aparatos, fuera de las formas residuales de resistencia a su afirmación, los actores sociales están masivamente ausentes o son pasivos y que se han sometido históricamente a la voluntad del gran Leviatán que los englobaba a todos. Esta puesta en escena de la fuerza y de la debilidad ya no es admisible. No por razones morales, sino porque, una vez más, está demasiado ligada a las representaciones que no han dejado de sugerir las lógicas del poder mismas, que quisieran dictar hasta la manera de oponerse a ellas; y porque, aun si aceptamos la hipótesis de una eficacia global de los aparatos y de las autoridades, queda por comprender del todo cómo esa eficacia fue posible, es decir, cómo fueron retranscriptas las conminaciones del poder, en contextos indefinidamente variables y heterogéneos.

Plantear el problema en estos términos significa negarse a pensarlo en términos simples: fuerza/debilidad, autoridad/resistencia, centro/periferia; y desplazar el análisis hacia los fenómenos de circulación, negociación, apropiación en todos los niveles. Es importante ser claros en este aspecto: los historiadores trabajan, en su mayoría, sobre sociedades muy jerarquizadas y desiguales, en las cuales el principio mismo de la jerarquía y de la desigualdad estaba profundamente arraigado. Sería ridículo negar estas realidades y fingir que las operaciones que acabamos de mencionar (circulación, negociación, apropiación) puedan ser pensadas fuera de esos efectos de poder. Muy por el contrario, quisiera sugerir aquí que son inseparables y que, de hecho, han sido maneras de avenirse con los poderes; pero también que han deformado sus efectos

inscribiéndolos en contextos diferentes de los que les eran propios al principio y sometiéndolos a lógicas sociales particulares.

Retomemos el ejemplo del Estado monárquico en la edad moderna. Visto desde París y Versalles, o desde Berlín o Turín, se presenta como una suerte de amplia arquitectura cuyas formas no dejan de desmultiplicarse, ramificarse, hasta penetrar en lo más profundo de la sociedad que enmarca y que toma a cargo. Como bien sabemos, la realidad es un poco más complicada y menos armoniosa. En los hechos, las instituciones se superponen, entran en competencia, a veces se oponen unas a otras, algunas ya están fosilizadas –pero, según la lógica del Antiguo Régimen, en general son reemplazadas sin suprimirlas, lo que puede determinar inextricables enredos de autoridades, competencias, gestiones–, otras están en pleno auge, así sean las últimas que se crearon o las que provisionalmente se han adaptado mejor a una configuración dada de la sociedad.

Pero el pensamiento del Estado, el que tuvieron sus promotores de los siglos pasados, así como el que tienen los historiadores de hoy, es un pensamiento global que, a través de dudas, contradicciones, cambios de ritmo, reconoce un solo gran proceso que se desarrolla a lo largo de los siglos. Cuando se habla del crecimiento del Estado y se intenta dar una evaluación aproximada –es el famoso “peso global” en P. Chaunu–, por ejemplo midiendo el peso de la tributación pública o el número de funcionarios o los avances cuantitativos de la justicia real, se lo piensa sobre la base del modelo del crecimiento económico, planteando que un pequeño número de indicadores seleccionados permite dar cuenta de la evolución de conjunto de un sistema que a la vez sería continuo e integrado. Sin duda, es más delicado intentar una medición en términos de eficacia: pero cuando la relación entre el número de funcionarios públicos y el de la población global tiende a aumentar, se acepta casi sin discutir que el resultado será una mayor eficacia. En todas esas operaciones, se plantea como obvia, en todo caso, la existencia de una lógica común que unificaría el conjunto de las manifestaciones del Estado.

Sin embargo, nada es menos seguro. Se renunciamos a esa perspectiva central, aquella desde la cual se enuncia el proyecto estatal –y a partir de la cual se producen los argumentos ideológicos subyacentes–, si cambiamos la escala de observación, las realidades que surgen pueden ser muy diferentes. Es lo que recientemente ha demostrado Giovanni Levi en la investigación ya citada aquí, que dedicó a una comunidad rural del Piamonte, Santena, de finales del siglo XVII. ¿Qué sucede

cuando se observa el proceso de construcción del Estado desde el ras del suelo, en sus más lejanas consecuencias? Los grandes movimientos del siglo, la afirmación tardía del Estado absolutista en el Piamonte, la guerra europea, la competencia entre las grandes casas aristocráticas, sin duda existen, aunque sus huellas solo puedan identificarse a través de múltiples hechos minúsculos. Pero precisamente a través de esos hechos surge otra configuración de las relaciones del fuerte con el débil.

Puede haber sido tentador reducir toda esa historia a la de las tensiones que oponen una comunidad periférica a las exigencias insistentes de un absolutismo en pleno auge. Pero la escena tiene muchos más actores. Entre Santena y Turín se interponen e interfieren las pretensiones de Chieri, ciudad media que considera tener algo que decir; así como las pretensiones del arzobispado de Turín, del que depende la parroquia, y las pretensiones, rivales entre ellas, de los principales feudatarios del lugar decididos a afirmar su preeminencia. La sociedad misma del poblado se descompone, se fractura en función de los intereses divergentes de los grupos particulares que la constituyen. Esos actores colectivos se enfrentan, pero también se alían en función de las posibilidades que también son cambiantes. Los frentes sociales —y “políticos”, si se quiere— no dejan de dislocarse para reformarse. Precisamente, por la multiplicidad de los intereses en juego, por la complejidad del juego social, el burgo de Santena, durante la segunda mitad del siglo XVII, tuvo la suerte colectiva de seguir siendo un *paese nascosto*, de permanecer retirado de las grandes maniobras del Estado central. La neutralización recíproca de las estrategias dirigidas al poblado y también la inteligencia política de los frentes de aldeanos permiten comprender tal estado de cosas; pero también el papel de un negociador excepcional, el notario-*podestà* Giulio Cesare Croce, quien reinó en Santena durante cuarenta años: él supo aprovechar su conocimiento íntimo de las redes sociales, su dominio de la información —tan necesaria para las estrategias familiares— y de la memoria colectiva, para imponerse como mediador obligado dentro de la comunidad. Es significativo que no sea particularmente rico y que su estatus profesional no sea en absoluto excepcional. No pertenece al mundo de los poderosos reconocidos. Su poder es de otra índole: se basa en la disposición de un capital “inmaterial” compuesto de informaciones, inteligencia, servicios prestados que le permitieron afirmarse para administrar mejor los intereses de la aldea.

Sin duda, el notario Croce es un personaje fuera de lo común, y cuando desaparece, a finales del siglo XVII, no es reemplazado. Santena

sale entonces de la cuasi clandestinidad, la administración local de los poderes se disgrega y, por una crisis económica, social y política a la vez, el Estado central retoma sus derechos –o al menos una parte de ellos–. Pero, si prestamos atención, en los archivos aparece una multitud de personajes que, al cumplir el papel de enlaces, ordenaron, limitaron y también acreditaron la construcción del Estado. No todos pudieron o quisieron sustraer su grupo de pertenencia de la lógica del poder central, pero trabajaron para que los intereses locales –y primero los suyos– se avinieran con sus exigencias, sus prácticas, sus instituciones, su personal.<sup>23</sup> A decir verdad, no se trata de una elección alternativa entre dos versiones de la realidad histórica del Estado, una que sería “macro” y otra que sería “micro”. Ambas son “verdaderas” –y muchas otras también, en niveles intermedios que convendría identificar de forma experimental–, y ninguna de ellas es realmente satisfactoria, porque la construcción del Estado moderno está hecha precisamente del conjunto de esos niveles cuyas articulaciones quedan por identificar y pensar. La apuesta del análisis microsocia, y su elección experimental, si se quiere, es que la experiencia más elemental, la del grupo restringido, incluso la del individuo, es la que más luz arroja, porque es la más compleja y porque se inscribe en el mayor número de contextos diferentes.

7. Y aquí se plantea otro problema, que en realidad es consustancial con el proyecto mismo de una microhistoria. Supongamos que, limitando el campo de observación, surgieran datos no solo más numerosos, más finos, sino que, además, se organizaran según configuraciones inéditas e hicieran emerger otra cartografía de lo social. ¿Cuál puede ser la representatividad de una muestra circunscripta de ese modo? ¿Qué puede enseñarnos que sea generalizable?

La cuestión se planteó tempranamente y ha recibido respuestas que no suscitaron demasiada adhesión. En un artículo ya antiguo, Edoardo Grendi había prevenido la objeción forjando un elegante oximoron: proponía la noción de “excepcional normal”.<sup>24</sup> Este diamante oscuro hizo correr mucha tinta. Ejerce la fascinación de los conceptos que desearíamos poder utilizar si solo supiéramos definirlos con exactitud.

---

23 Todas estas afirmaciones según G. Levi, en *La herencia inmaterial*. Un ejemplo diferente, pero que va en el mismo sentido, a propósito de las regulaciones de la violencia en relación con la construcción del Estado genovés, en Osvaldo Raggio. *Faide e parentele. Lo Stato genovese visto dalla Fontanabuona*. Torino, Einaudi, 1990.

24 Edoardo Grendi. “Micro-analisi e storia sociale”, *op. cit.*

¿Ha de verse en lo “excepcional normal” una repercusión, totalmente consonante con la sensibilidad de los años posteriores a 1968, de la convicción de que los márgenes de una sociedad dicen más de esta que su centro? ¿Que los locos, los marginales, los enfermos, las mujeres –y el conjunto de los grupos dominados– son los poseedores privilegiados de una suerte de verdad social? ¿Ha de comprenderse en un sentido bastante diferente, el de un apartamiento significativo? –pero ¿apartamiento de qué?– ¿O, incluso, como una primera formulación del paradigma indiciario, que más tarde vuelve a proponer Carlo Ginzburg?

Es difícil zanjar entre estas diferentes lecturas posibles que tal vez coexistieron en el pensamiento de Grendi. Con prudencia, podemos proponer una lectura suplementaria, que parece coherente con las propuestas antes enunciadas. Grendi reflexiona a partir de los modelos de análisis social aplicados por los historiadores y que, en su mayoría, son modelos funcionalistas basados en la integración del mayor número de características. Pero varios de ellos se resisten a ese trabajo de integración; constituyen excepciones que nos acostumbramos a tratar como “excepciones” o “desvíos” con respecto a la norma que el historiador ha establecido. La propuesta de Grendi, que en este punto coincidiría con la reflexión inaugurada por el antropólogo F. Barth, sería construir modelos “generativos”, es decir, modelos que permitan integrar por completo –y no ya como excepciones o desvíos– los recorridos y las elecciones individuales. En ese sentido, se podría decir que lo “excepcional” se convertiría en lo “normal”.<sup>25</sup>

En el debate que sigue abierto, el trabajo de Giovanni Levi aporta, en mi opinión, cierto número de respuestas que desplazan útilmente la argumentación. En primer lugar, recuerda que es posible pensar la ejemplaridad de un hecho social de otra forma y no en términos rigurosamente estadísticos. El segundo capítulo de su libro *La herencia inmaterial*, dedicado a las estrategias desarrolladas por tres familias de colonos de Santena, establece una elección entre varios centenares de otros casos posibles, que no son objeto de ningún tratamiento comparable, pero que sí están presentes en el archivo prosopográfico. De modo que la modalidad de trabajo no consistió en referir esos tres ejemplos a la totalidad de la información constituida, sino en abstraer los elementos de un modelo. Esas tres biografías familiares, muy

---

25 Un buen ejemplo de esta lectura está dado, en mi opinión, por el estudio de Maurizio Gribaudi y Alain Blum. “Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social”, *Annales ESC*, Vol. 45, N° 6, pp. 1365-1402.

contrastadas, alcanzan para que surjan regularidades en los comportamientos colectivos de un grupo social particular, sin perder lo que cada una tiene de singular. Para poner a prueba la validez del modelo no habrá que efectuar una verificación de tipo estadístico, sino someterlo a condiciones extremas cuando una o varias variables que incluye sufren deformaciones excepcionales. La elaboración de un archivo sistemático es, precisamente, lo que permite una verificación de esa naturaleza.

8. Llego así a mi último punto. A veces nos hemos sorprendido al comprobar que algunos –no todos, ni siquiera la mayoría– de los microhistoriadores italianos recurrían, en ocasiones, a procedimientos de exposición, incluso a técnicas narrativas que se alejaban de las maneras de escribir tradicionales de la corporación historiadora. Fue el caso de *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, compuesto como una investigación judicial –al cuadrado, ya que el libro se basa, en lo esencial, en los archivos de los dos procesos del molinero Menocchio ante el Santo Oficio–; de la *Enquête sur Piero della Francesca*, del mismo autor, concebida esta vez como una intriga policial –anunciada desde el título–, con sus tanteos, sus fracasos, sus golpes de efecto cuidadosamente distribuidos; de *La herencia inmaterial*, de Giovanni Levi, en el que la investigación histórica se convierte en su propio espejo a través de una composición en abismo; o, más recientemente, del bello libro de Sabina Loriga sobre el ejército piemontés en el siglo XVIII, cuyo modelo explícito es el del *Rashomon* japonés.<sup>26</sup>

Por lo tanto, se trata de elecciones explícitas de formas de escritura, en el sentido amplio del término. ¿Cómo dar cuenta de ello? Observemos, en primer lugar, que no es la primera vez que historiadores “eruditos” utilizan recursos literarios. Sin remontarnos hasta las grandes obras de la historiografía romántica del siglo XIX, pensemos, entre muchas otras, en la producción del siglo XX, en el *Frederick II*, de Kantorowicz, o en el *César*, de Carcopino –escrito al modo de fuentes antiguas–, o en la biografía de Arnaldo da Brescia realizada por Arsenio Frugoni, en el *Regreso de Martín Guerre*, de Natalie Zemon Davis. Por otro lado, como todos sabemos, constantemente utilizamos, en forma consciente o no, procedimientos retóricos destinados a provocar efectos de realidad, a demostrar que aunque nosotros, los

---

26 Sabina Loriga. *Soldats. Un laboratoire disciplinaire: l'armée piémontaise au XVIIIème siècle*. Paris, Mentha, 1991.

historiadores, no hayamos estado en el lugar, sí podemos garantizar que las cosas efectivamente sucedieron tal como las narramos. Sin embargo, en el caso de los microhistoriadores, el problema me parece de otra índole. La búsqueda de una forma no responde fundamentalmente a una elección estética –aunque esta no esté ausente–. Me parece que se trata más bien de un orden heurístico, y de dos formas: invita al lector a participar en la construcción de un objeto de investigación y lo asocia a la elaboración de una interpretación.

Entre los instrumentos que los historiadores tienen a disposición, algunos son clásicos, o al menos reconocidos como tales por la profesión. Es el caso del material conceptual, de las diversas técnicas de investigación, de los métodos de medición, etc. Hay otros, que no son menos importantes, pero son aquellos sobre los cuales nos planteamos menos interrogantes porque son objeto de una suerte de convención tácita o porque, más simplemente, parecen obvios. Es el caso de las formas argumentativas, de los modos de enunciación, de las modalidades de la cita, del uso de la metáfora y, en general, de las maneras de escribir la historia. Rozamos aquí con un conjunto muy amplio de problemas que hoy emergen de manera salvaje, en todo caso desordenado, en las preocupaciones de los historiadores.<sup>27</sup> Durante largo tiempo, esas cuestiones no parecieron siquiera dar materia para la discusión. La escritura histórica se pensaba espontáneamente como el protocolo estricto de un trabajo científico. Cuanto más científica se hacía, menos se planteaba el problema. La masa de anexos –documentos y luego, cada vez más, un aparato en constante aumento de series, cuadros, gráficos, mapas– parecía garantizar la inasible objetividad del enunciado y dejaba suponer que era el único posible –o, en todo caso, el más cercano al enunciado perfecto–. Así, se llegaba a olvidar que incluso una serie de precios constituye una manera del relato –organiza el tiempo, induce una forma de representación– y que una noción tan compleja como la de “coyuntura”, tan destacada en la historiografía francesa de los *Annales*, une en ella un método de análisis, una hipótesis interpretativa y una manera de narrar, ligados indisolublemente.

De manera aún más difusa, la escritura de la historia se refería, sin saberlo siempre, al modelo clásico de la novela cuyo autor-organizador conoce y domina soberanamente los personajes, sus intenciones, sus

---

27 Y también de los antropólogos, de James Clifford a Clifford Geertz, si bien el problema ya está presente explícitamente en Malinowski, en Lévi-Strauss y en muchos otros. Ver C. Geertz. *El antropólogo como autor*, trad. por Alberto Cardín. Barcelona, Paidós, 1989.

acciones y sus destinos; incluso, como sabemos, hubo casos en que se intentó mestizar uno y otro género. Pero, desde entonces, la novela ha cambiado. Desde Proust, Musil o Joyce, su escritura no ha dejado de experimentar nuevas formas. Con un poco de retraso, la escritura histórica ha hecho lo mismo. No comienza a hacerlo hoy. Pongamos un ejemplo, que merecería un análisis más extenso: en el célebre libro de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, se destacó de entrada la aplicación original de una temporalidad triple que organiza las tres grandes partes del texto. ¿Sería totalmente iconoclasta leer allí un intento de narrar desde tres puntos de vista, en tres registros, a partir de tres sistemas de restricciones diferentes, una misma historia, disgregada entre sus relatos y luego recompuesta? En todo caso, el problema merece ser planteado. Lo que tal vez haya cambiado para nosotros es que la relación entre una forma de exposición y un contenido de conocimiento se haya convertido en el objeto de una interrogación explícita.

En esta evolución, los microhistoriadores cumplen un papel central, porque consideran que la elección narrativa forma parte de la experimentación histórica, del mismo modo que los procedimientos propios de la investigación. En realidad, ambos aspectos no son disociables. La invención de un modo de exposición no induce solamente efectos de conocimiento. Contribuye explícitamente a la producción de cierto tipo de inteligibilidad en condiciones experimentales definidas. La forma de la encuesta cobra aquí su cabal sentido: el lector participa en el trabajo del historiador, en la producción de su objeto de estudio. Pero no es la única. El libro reciente de Roberto Zapperi sobre Annibale Carracci demuestra, a través del itinerario de los tres Carracci, los dos hermanos y el primo, abocados a los oficios de la pintura en Boloña en la segunda mitad del siglo XVI, lo que puede ser la experimentación en el género que, en apariencia, menos se presta a ella: la biografía.<sup>28</sup>

El problema hoy se plantea en el nivel "micro". Naturalmente, nada impide plantearlo en otros niveles, en otras dimensiones de la investigación histórica, tal como acaba de recordarnos el ejemplo de Fernand Braudel.<sup>29</sup> Sin embargo, no es una casualidad que ciertas obras de la

---

28 Roberto Zapperi. *Annibale Carracci. Ritratto di artista da giovane*. Torino, Einaudi, 1989.

29 En Francia, se lo plantea hoy en el nivel de la historia nacional, en una escala absolutamente macrohistórica. Algunas referencias en André Burguière y Jacques Revel (eds.). "Présentation", en: *Histoire de la France. I. L'Espace français*. Paris, Éd. du Seuil, 1989, pp. 6-24; y, más recientemente, Pierre Nora. "Comment écrire l'histoire de France", en P. Nora (ed.): *Les lieux de mémoire*, III, *Les France, I. Conflits et partages*. Paris,

microhistoria hayan cumplido un papel determinante en el surgimiento de esta preocupación nueva –o, más exactamente, renovada–. Como hemos dicho, el cambio de escala cumplió el papel de un *extrañamiento*, en el sentido de los semióticos: un cambio con respecto a las categorías de análisis y a los modelos interpretativos del discurso historiográfico dominante; pero también con respecto a las formas de exposición existentes. Uno de los efectos del pasaje a lo “micro” es transformar, por ejemplo, la índole de la información y la relación que el historiador mantiene con ella. G. Levi compara su trabajo con el de una heroína de una novela corta de Henry James, *En la jaula*: una telegrafista encerrada detrás de su ventanilla, que reconstruye el mundo exterior a partir de los retazos de información que recibe para transmitir. No los elige, debe producir algo inteligible a partir de esos retazos. Pero la parábola tiene sus límites, y es importante señalarlos: lo que distingue al historiador de la telegrafista de James es que él sabe, por más que esté tan desprovisto como ella, que su información es una elección en la realidad que le es impuesta, a la cual añade sus propias elecciones. Luego, puede intentar medir los efectos y extraer las consecuencias necesarias de esa serie de sesgos sucesivos.

Pero, si se lee de cerca, no es fácil descifrar la trama del tapiz. En esa profusión de detalles, ¿qué es importante y qué no lo es? El historiador se encuentra, entonces, para pasar de James a Stendhal, en la posición de Fabrice en la batalla de Waterloo en *La cartuja de Parma*; de la gran historia, de la historia sin más, solo percibe el desorden. G. Levi se ha interrogado, en la apertura de su libro, acerca “de lo que es relevante y de lo que es irrelevante al escribir una biografía”.<sup>30</sup> En la organización de su texto, luego buscó la composición más apta para dar cuenta de una vida, la del cura Giovanni Battista Croce, que solo conocemos por fragmentos y que no cobra sentido sino por su inserción en una serie de contextos de referencias discontinuas. La elección de un modelo narrativo, o más exactamente, de exposición, también es la de un modo de conocimiento. Al respecto, no es indiferente el hecho de que sean antiguos géneros historiográficos (la biografía, el relato del hecho) los que han sido objeto de forma privilegiada de ese tipo de experimentación. En su forma tradicional, están desgastados y, admitámoslo, ya no son creíbles. Si fuera suficiente saberlo todo de un personaje, de su nacimiento a su muerte, o sobre un hecho, en todos sus aspectos, para comprenderlo, los

---

Gallimard, 1992, pp. 11-32.

30 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial*, op. cit., p. 16.

periodistas contemporáneos estarían mejor preparados que los historiadores; y, como sabemos, no es necesariamente el caso. Pero me parece que la biografía o el relato de un hecho cumplen el papel de una experiencia límite: dado que los modelos narrativo-analíticos clásicos dejaron de ser convincentes, ¿qué se debe o qué se puede hacer para narrar una vida, una batalla, un hecho policial? Si, por ejemplo, renunciáramos a las convenciones establecidas del género (la continuidad de una historia inscrita entre un comienzo y un fin, la descripción en el modo de la evidencia, el encadenamiento de causas y efectos, etc.), ¿en qué se convierten los objetos que se asigna el historiador?<sup>31</sup>

Objetos problemáticos. Una experiencia biográfica, la del sacerdote Croce o la del pintor Annibale Carracci, puede releerse como un conjunto de intentos, de elecciones, de tomas de posición frente a la incertidumbre. Ya no es pensable solo a partir de la necesidad —esta vida tuvo lugar y la muerte la transformó en destino—, sino como un campo de posibilidades entre las cuales el actor histórico tuvo que elegir. Un hecho colectivo, una revuelta, por ejemplo, deja de ser un objeto opaco —un mero desorden— o, por el contrario, sobreinterpretado (el accidente insignificante sobrecargado de significados implícitos): se puede intentar demostrar cómo, en el desorden, los actores sociales inventan un sentido del que toman conciencia simultáneamente. La elección de un modo de exposición participa aquí, de la construcción del objeto y de su interpretación.

Pero, una vez más, los privilegios del análisis microsociales no me parecen intangibles. Hoy en día, estos se basan en nuestro acostumbramiento indiscutido al macroanálisis. Pero no existe ninguna razón de principio para afirmar que los problemas narrativos-cognitivos que acabamos de mencionar no puedan plantearse en el nivel macrohistórico. ¿Acaso hace veinte años, la *new economic history* no fue pionera al introducir de manera razonada, controlable, el uso de hipótesis contrafácticas en el análisis histórico? Más que una escala, lo que aquí parece fundamental es, una vez más, la variación de escala. Los historiadores hoy se dan cuenta de ello, pero no son los únicos. En 1966,

---

31 Sobre la biografía, ver las pertinentes reflexiones de Giovanni Levi. "Les usages de la biographie", *Annales ESC*, Vol. 44, N° 6, 1989, pp. 1325-1336; de Jean-Claude Passeron. "Biographies, flux, itinéraires, trajectoires", *Revue française de sociologie*, Vol. 31, N° 1, 1990, pp. 3-22 (retomado en *Le Raisonnement sociologique*. Paris, Nathan, 1991 [Existe traducción al español: *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*, trad. por José Luis Moreno Pestaña. Madrid, Siglo XXI, 2011]). Sobre el hecho, me permito remitir a Arlette Farge y Jacques Revel. *Lógicas de la multitud. Secuestro infantil en París, 1750*, trad. por Eduardo Hourcade. Rosario, Homo Sapiens, 1998.

Michelangelo Antonioni: i relató en *Blow up* la historia, inspirada en una novela corta de Julio Cortázar, de un fotógrafo londinense que por casualidad registra con su cámara una escena de la que es testigo. La escena le es incomprensible, los detalles no son coherentes. Intrigado, agranda las imágenes –de allí el título del relato– hasta que un detalle invisible lo coloca en la pista de otra lectura de lo sucedido.<sup>32</sup> La variación de escala le permitió pasar de una historia a otra –y, por qué no, a varias otras–. Esa misma lección es la que nos sugiere la microhistoria.

---

32 Para el guión, ver Michelangelo Antonioni. *El grito, Las amigas, La aventura, Blow up*, trad. por Antonio Elorza y J. M. Alonso Ibarrola. Madrid, Alianza, 1970.

# DE LA MICROHISTORIA HACIA UNA ANTROPOLOGÍA CRÍTICA<sup>1</sup>

Alban Bensa

*En cuanto al servicio de mesa, era elegante y de gusto perfecto. Cada utensilio, cuchara, tenedor, cuchillo o plato, llevaba una letra de una divisa en exergo, cuyo facsímil exacto es el siguiente: Móvil en el elemento móvil.*<sup>2</sup>

La antropología y la sociología se constituyeron en la segunda mitad del siglo XIX, alejándose paulatinamente de la influencia de la historia. Por referencia a las ciencias de la naturaleza, esas disciplinas manifestaron la ambición de delimitar leyes generales del comportamiento del hombre en sociedad, aunque sus primeros modelos explicativos, el evolucionismo social y el difusionismo, se abocaron a reconstituir las etapas de la historia de la humanidad. En Francia, con Durkheim,<sup>3</sup> la sociología luego tomó sus distancias respecto de esas grandes pinturas murales, al afirmar que el hecho social, en su especificidad, escapaba a las restricciones temporales y que ello no era asimilable a un hecho histórico. En antropología, la ruptura es más radical aún, cuando Radcliffe-Brown y Malinowski oponen a la explicación histórica, el análisis funcional y sincrónico que relaciona la diversidad de las

---

1 Mi reflexión se alimentó de los intercambios entre historiadores y antropólogos en el marco del grupo de trabajo "Microhistoria/Microsocial", conducido por Jacques Revel. Quisiera agradecer también a Jean Bazin, Christiane Bougerol, Jean Chesneaux, Martine Cresswell, Benoît de L'Estoile, Maurice Godelier, Michel Naepels, Michel Pialoux, Jean-Louis Siran y Florence Weber, cuyas observaciones sobre las primeras versiones de este trabajo me ayudaron a elaborar el presente texto del que, por supuesto, asumo plena responsabilidad.

2 Julio Verne. *Vingt Mille Lieues sous les mers*. Paris, Hetzel, 1870. Existe traducción al español: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, trad. por Antonio Álvarez Práxedes. Barcelona, Edhasa, 2006.

3 Cuando se refiere a la historia, Durkheim privilegia el tiempo largo, aquel por el que pueden imaginarse las etapas de la evolución social. Por ejemplo, asimila a una "ley histórica" el que "la solidaridad mecánica, que en un principio se encuentra sola o casi sola, pierda progresivamente terreno, y que la solidaridad orgánica se haga poco a poco reponderante" (Émile Durkheim. *La división del trabajo social*, trad. por Carlos G. Posada. Barcelona, Planeta, 1985, p. 207).

sociedades concretas, comprendidas como totalidades, con principios generales y permanentes: la cohesión social, la satisfacción de las necesidades biológicas.

Sin llegar a una reflexión tan generalista, la historia, por su parte, conocerá en la misma época un movimiento comparable, cuando Simiand critique los estudios de las singularidades institucionales, los hechos políticos y los personajes más salientes de una época.<sup>4</sup> El interés por lo cotidiano, lo numeroso y la larga duración –credo de la escuela de los *Annales*– abrió el camino a un acercamiento entre la historia y la antropología. El idilio conoce sus mejores días después de la Segunda Guerra Mundial, con el desarrollo conjunto de la historia y la antropología estructurales. De todos modos, el encuentro de ambas disciplinas, cuando la larga duración se eterniza en la estructura, sigue siendo problemático. Así, a las reflexiones de Braudel sobre la “historia inconsciente” y el “tiempo estructural”, concesiones teóricas extremas que la historia pueda otorgar a la antropología,<sup>5</sup> responde la lacónica argumentación de Lévi-Strauss:

Por cuanto la historia aspira a la significación, se condena a elegir regiones, épocas, grupos de hombres e individuos en estos grupos, y a hacerlos resaltar, como figuras discontinuas, sobre un continuo que apenas si sirve como telón de fondo.<sup>6</sup>

Pero los estructuralismos antropológico e histórico, a los que intentan aliarse o de los que procuran distinguirse, pronto se juntarán codo a codo.

En antropología, desde 1961, Evans-Pritchard anuncia la necesidad de recurrir a la historia:

No veo una diferencia capital entre la historia sociológica y lo que algunos antropólogos se complacen en llamar la dinámica social, o la sociología diacrónica, o el estudio del cambio social, o el análisis de proceso [sic]. Por otro

---

4 François Simiand. “Méthode historique et science sociale”, *Revue de synthèse historique*, 1903 (reed. en *Annales ESC*, Vol. 15, Nº 1, 1960, pp. 83-119).

5 Sin embargo, con precauciones extremas: “en el lenguaje de la historia –tal y como yo lo imagino–, no puede en absoluto haber sincronía perfecta”, en Fernand Braudel. “Histoire et sciences sociales: la longue durée”, *Annales ESC*, Vol. 13, Nº 4, 1958, pp. 725-753 (reed. en *Écrits sur l'histoire*. Paris, Flammarion, 1969, pp. 62 y 63). Existe traducción al español: “La larga duración”, en *La historia y las ciencias sociales*, trad. por Josefina Gómez Mendoza. Madrid, Alianza, 1970, p. 83.

6 Claude Lévi-Strauss. “Histoire et dialectique”, en *La Pensée sauvage*. Paris, Plon, 1962, pp. 324-357. Existe traducción al español: “Historia y dialéctica”, en *El pensamiento salvaje*, trad. por Francisco González Aramburo. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1964.

lado, en un sentido amplio, diría que la antropología social y la historia son dos ramas de la ciencia social o de los estudios sociales.<sup>7</sup>

En Europa, este camino lo tomarán investigadores como Georges Balandier,<sup>8</sup> Pierre Bourdieu<sup>9</sup> y, más tarde, Jack Goody,<sup>10</sup> quienes reivindicarán, cada uno a su modo, la necesidad de no separar la antropología de la historia de los cambios sociales. En historia, a finales de los años 1970, se desarrollaron en Italia, mediante una renovación de las orientaciones de la investigación llamada “microhistoria”,<sup>11</sup> las críticas mejor construidas del acento dado al tiempo largo y a las “mentalidades”. El juego de las influencias recíprocas que vincula en parte la aventura de la escuela de los *Annales* con la de la antropología estructural dio lugar a múltiples comentarios,<sup>12</sup> pero la evaluación de las diferencias entre esa antropología y la microhistoria no suscitó el mismo interés.

Sin embargo, la paradoja que el presente texto quisiera ayudar a delimitar y superar es, por lo menos, sorprendente: la antropología que, en principio, a través de la práctica de “campo”, procura comprender a sus contemporáneos, tal como actúan y se expresan en los diversos universos sociales y culturales específicos, muy a menudo dirige su mirada más allá de las realidades presentes, para reconstruir las sociedades –mientras que las observa “en directo”– o para repensar problemas filosóficos generales. En tanto que la microhistoria, privada de toda experiencia vivida, intenta restituir, con una gran preocupación por el “realismo”, la contemporaneidad del ayer en toda su singularidad practicando un comparatismo controlado y, podríamos decir, concreto. No subestimo las dificultades que la microhistoria puede conllevar o

---

7 Edward E. Evans-Pritchard. “Anthropologie et histoire”, en *Les Anthropologies face à l'histoire et à la religion*. Paris, PUF, [1961] 1974, pp. 49-72.

8 Ver Georges Balandier. *Sociologie actuelle de l'Afrique noire. Dynamique des changements sociaux en Afrique centrale*. Paris, PUF, 1955.

9 Pierre Bourdieu. *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; y, en colaboración con Abdelmalek Sayad: *Le Déracinement. La crise de l'agriculture traditionnelle en Algérie*. Paris, Éd. de Minuit, 1964.

10 Ver Jack Goody, Joan Thirsk y Edward P. Thompson (eds.). *Family and Inheritance. Rural Society in Western Europe, 1200-1800*. Cambridge, Cambridge University Press, 1976; Jack Goody. *La Raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*. Paris, Éd. de Minuit, 1979.

11 Ver Giovanni Levi. “Sobre microhistoria”, en P. Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, trad. por José Luis Gil Aristu. Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 119-143.

12 Ver François Dosse. “Clio en exil”, *L'Homme et la société* 95/96, 1990, pp. 103-118.

encontrar, tampoco sus debilidades; pero, dejando a los historiadores la tarea de elaborar por sí mismos sus reservas respecto de una de las principales corrientes de pensamiento de su disciplina, he preferido intentar demostrar en qué medida las implicancias más fecundas, para mí, de la microhistoria pueden alimentar una crítica constructiva de la antropología tal como se la practica, sobre todo en Francia, pese a la obra pionera de Victor Turner,<sup>13</sup> las aperturas –sin duda ambiguas– (ver más adelante, p. 72) de Clifford Geertz, los trabajos de la llamada “escuela de Manchester” o, incluso, las investigaciones francesas que toman en consideración la reducción o el cambio de escala.<sup>14</sup>

Los desarrollos más actuales de la antropología pueden ser estimulados por la atención que, sostenidamente, han prestado las investigaciones de los microhistoriadores a las nociones de contexto, temporalidad, escala y símbolo; estas se refieren al método y la teoría a la vez, por lo que inducen necesariamente un recorrido epistemológico en espiral, por el cual se vuelve a la misma cuestión, pero captándola en otro nivel o desde otro ángulo. Para realizar una reflexión de ese tipo, me he basado en ejemplos diversos; he extraído la mayoría de ellos de mis investigaciones en la Francia rural del oeste y, sobre todo, en Melanesia del Sur (Nueva Caledonia).

## Contextos

*Los testimonios deberían satisfacer condiciones contradictorias: que el testigo salga del grupo cuando observa hechos sensibles y que, para dar cuenta de ellos, vuelva a integrarse en el grupo.*<sup>15</sup>

Al hacer del “análisis con lupa de hechos circunscriptos” una de las principales tareas de la microhistoria, Carlo Ginzburg da origen a

---

13 Ver Victor W. Turner. *Schism and Continuity in an African Society. A Study of Ndembu Village*. Manchester, Manchester University Press, 1961.

14 Citemos, como ejemplo, a Georges Condominas. *Nous avons mangé la forêt. Chronique d'un village mnong gar, hauts plateaux du Viet-Nam*. Paris, Mercure de France, 1957; Lucien Bernot y René Blancard. *Nouvelle: un village français*. Paris, Institut d'éthnologie, 1953; Patrick Williams. *Mariage tsigane. Une cérémonie de fiançailles chez les Roms de Paris*. Paris, L'Harmattan-SÉLAF, 1984; Marc Abélès. *Jours tranquilles en 89. Ethnologie politique d'un département français*. Paris, O. Jacob, 1989.

15 Maurice Halbwachs. *La Topographie des évangiles en terre sainte. Étude de mémoire collective*. Paris, PUF, [1941] 1971. Existe traducción al español: *La topografía legendaria de los evangelios en Tierra Santa: estudio de memoria colectiva*, trad. por Ramón Ramos Torre. Madrid, BOE, 2014.

una preocupación por el detalle, que apunta a pasar de propiedades de fenómenos muy individualizados a características generales de los conjuntos en los que se inscriben. Para ello, se inspira en el “método indiciario”,<sup>16</sup> aplicado en el último cuarto del siglo XIX por Giovanni Morelli. Este historiador del arte logró identificar a los pintores de cuadros sin firmar y distinguir las obras originales de sus copias detectando, en el nivel más ínfimo del motivo, lo que en la manera del artista debe menos a su pertenencia a tal o cual escuela. Para Morelli—cuyos argumentos merecieron la atención de Freud—, al igual que para Warburg o Saxl más tarde, se trata de ir más allá de las intenciones declaradas del pintor y sus referencias estilísticas manifiestas: su manera de dibujar una oreja, un dedo o un músculo, de tratar los colores o de insertar en su composición una figura enigmática, debe considerarse como un síntoma de su identidad y como una alusión inconsciente u oculta a sistemas de representaciones ubicados mucho más allá de las meras artes plásticas de la época. Por ejemplo, comenta Ginzburg, Saxl, en sus estudios sobre el arte del Renacimiento,

apela a la historia política, la egiptología, la mitografía del Cinquecento para resolver problemas que siempre son limitados y precisos pero que, una vez resueltos, entran en un contexto más amplio, que podríamos calificar—siempre y cuando este término no evoque una *Geistesgeschichte* insulsa y abstracta— de historia de la cultura.<sup>17</sup>

Los signos pictóricos son aquí paradigmas, es decir, modelos tipo establecidos por analogía de diferentes formas, según los registros donde puedan aparecer. Los defensores de la microhistoria transpusieron ese proceder al ámbito de la historia social: hechos en apariencia muy anecdóticos les permitieron “captar una realidad más profunda, de otro modo inaferrable”.<sup>18</sup> Lograr este objetivo implica darse los medios documentales y metodológicos para vincular un hecho histórico singular con sistemas más abarcadores de datos y significados.

De ese modo, a partir de piezas del proceso de un molinero friulano interpelado el 28 de septiembre de 1583 por la Inquisición o de una serie de acusaciones de brujería, Ginzburg supo iniciar una

---

16 Carlo Ginzburg. “Signes, traces, pistes: racines d'un paradigme de l'indice”, *Le Débat* 6, 1980, pp. 3-44, retomado en *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*. Paris, Flammarion, 1989. Existe traducción al español: *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, trad. por Carlos Catroppi. Barcelona, Gedisa, 1999.

17 Carlo Ginzburg. *Mythes, emblèmes, traces, op. cit.*, p. 58.

18 *Ibid.*, p. 146.

investigación metódica y amplia a la vez, sobre la antigua cultura campesina de tradición oral. El historiador coteja término a término las declaraciones del “herético” Domenico Scandella, con los textos que inspiraron sus reflexiones sobre el origen del mundo, la verdadera naturaleza de Cristo o los defectos del clérigo. En las diferencias que separan la letra de los libros leídos por el molinero y el contenido de las explicaciones de este último se percibe el surgimiento de un pensamiento específico: el que –independientemente de la cultura letrada de las clases dominantes– han desarrollado desde hace siglos los campesinos. Se hallan así las huellas tangibles en las declaraciones de los *benandanti*, aldeanos de la Italia del norte que, a finales del siglo XVI, dicen combatir “por la fe de Cristo” y “el amor de las cosechas” a bandas de brujos devotos del diablo y provocadores de hambrunas.<sup>19</sup> La palabra casi militante de los *benandanti* como la del molinero razonador toman sus referencias (imágenes, argumentos, pruebas) del fondo cultural regional que la Inquisición estigmatizó bajo el estereotipo de “brujerías”. Para poner en evidencia su influencia, sin perder de vista las intenciones circunstanciales de los acusados y sus jueces, se debe hacer un desvío por las mutaciones propias del Renacimiento, el folclore y la historia de las representaciones. Por ello, las batallas nocturnas de los *benandanti*, armados de tallos de hinojo, pueden recordar el rito en cuyo transcurso, en el campo, el Invierno es ahuyentado y golpeado por el Verano, al término de un enfrentamiento entre dos bandas de jóvenes, cada una de las cuales representa una de las dos estaciones en el combate. Pero la analogía sigue siendo formal, en la medida en que, observa Ginzburg, “el contenido de ambos ritos parece totalmente diferente. En los debates entre el Invierno y el Verano está simbolizada una sucesión pacífica de estaciones marcada por la inevitable victoria del Verano. En cambio, los combates entre *benandanti* y brujas son enfrentamientos de resultado incierto entre prosperidad y hambruna, una verdadera lucha, aunque se la conduzca siguiendo un ritual preciso. Aquí la oposición entre la antigua y la nueva estación se vive de manera dramática, como una batalla en la que se decide la supervivencia material de la comunidad.”<sup>20</sup> Los *benandanti* se inspiran en las

---

19 Carlo Ginzburg. *Les Batailles nocturnes. Sorcellerie et rituels agraires aux XVIème et XVIIème siècles*. Paris, Flammarion, [1980] 1984. Existe traducción al español: *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, trad. del italiano por Dulce María Zúñiga Chávez, y trad. del latín por Juan Carlos Rodríguez Aguilar. Guadalajara, Editorial Universidad de Guadalajara, 2005.

20 *Ibid.*, p. 45.

tradiciones campesinas europeas, pero las integran en nuevas prácticas que responden a los problemas específicos de su época. El análisis microsociológico, como vemos, permite captar los comportamientos “simbólicos”, en relación con retos sociales particulares y convertirse en uno de estos, sin referencias a un cierre hipotético de los sistemas.

La microhistoria no solo no separa los testimonios, que un procedimiento más altivo podría considerar simplemente como anécdotas, de los múltiples contextos en los que participan, sino que también halla su legitimidad en la relación afirmada entre lo “micro” y su contexto. El hecho de prestar atención ante todo a lo que efectivamente dijeron, opinaron, consideraron los actores en un momento dado plantea, en consecuencia, la cuestión de las escalas de interpretación de los fenómenos. El análisis, antes desplegado a nivel de la situación más singularizada en el tiempo y en el espacio, exige luego marcos explicativos tomados directamente del hecho; se los comprende como etapas sucesivas que ciñen y trabajan las realidades más mínimas. De modo que la microhistoria no rechaza la historia general, sino que se introduce en ella distinguiendo niveles de interpretación: el de la situación vivida por los actores, el de las imágenes y símbolos que movilizan, conscientemente o no, para explicarse y justificarse, el de las condiciones históricas de existencia de esas personas en la época en que se observaron sus palabras y sus comportamientos. Estas precauciones inhiben toda comprensión unívoca y delimitan estratos de significados que, si bien se interpenetran, conservan cierta autonomía estructural.

En muchos aspectos, entre los diversos avances de la microhistoria, los que acabamos de mencionar y resumir interpelan los métodos y los esfuerzos teóricos de la antropología.

Sin duda, la experiencia de campo<sup>21</sup> no es igual que la del archivo, pero la valorización de las expresiones, tanto las más humildes como las más ostentosas, de una vida social bien delimitada es común al proceder microhistórico y a la etnografía, con una diferencia de peso: durante mucho tiempo, las monografías etnológicas llamadas “de cajones” estuvieron asediadas por un ideal de inventario exhaustivo que debía, “sin omitir nada” –aconsejaba Mauss–,<sup>22</sup> colocar todas las observaciones en el mismo plano. Si, en efecto, ningún paradigma organiza la letanía de

---

21 Florence Weber. “L'enquête, la recherche et l'intime ou: pourquoi censurer son journal de terrain?”, *Espaces Temps Les Cahiers* 47/48, 1991, pp. 71-81.

22 Marcel Mauss. *Manuel d'ethnographie*. Paris, Payot, 1947, p. 5. Existe traducción al español: *Manual de etnografía*, trad. por Marcos Mayer. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

una enumeración obsesiva y lineal de las cosas vistas u oídas, es porque se supone implícitamente que el “material” formado de ese modo *di- ce*, por su propio espesor, el conjunto de la sociedad estudiada. Luego, eventualmente, el análisis recorta del exterior la materia etnográfica básica (“los datos”) según las medidas de los significados que le importan.

La microhistoria, por el contrario, se abstiene de una interpretación global a partir de una masa documental indiferenciada que se modela según las teorías: Ginzburg, Levi y sus émulos colocan en el centro de sus demostraciones las situaciones sociales precisas, a veces incluso excepcionales, que aíslan y desmenuzan. El detalle equivale a los trozos de realidad que revela por el peso de las circunstancias y de las consideraciones que sostiene, por la comprensión de los contextos que introduce. En cambio, cuando la antropología postula la homogeneidad de lo social bajo la mera yuxtaposición de sus observaciones organizadas en capítulos, aplasta los hechos, los despoja de su profundidad, de su naturaleza contradictoria y, por esa vía, de toda su dinámica.

La oscura claridad de numerosas monografías, que a veces confieren a lo empírico una extraña belleza inversamente proporcional a su inteligibilidad, resulta sobre todo de una extracción sistemática de los datos de su contexto. Sin embargo, el antropólogo Gregory Bateson subrayó la ventaja que las ciencias sociales podrían obtener de una elaboración de la noción de contexto con fines heurísticos:

Para mí, se ha vuelto claro que lo que definía la línea de separación entre la ciencia en la acepción “clásica” del término y el tipo de ciencia que yo trataba de construir era ese fenómeno del *contexto*, así como el de *sentido* (*significación*), con el que está estrechamente vinculado.<sup>23</sup>

Para Bateson, las relaciones entre los hechos observados y los diferentes contextos de los que dependen deben comprenderse, en primer lugar, como procesos.<sup>24</sup> El contexto es inmanente a las prácticas, forma parte de ellas. Por lo tanto, es imposible pensarlo en términos de estructura estática. Al igual que el intercambio de información, el aprendizaje o la movilización de la memoria no es continuo ni coherente en el

---

23 Gregory Bateson. *Vers une écologie de l'esprit*, I. Paris, Éd. du Seuil, 1977, p. 13. Existe traducción al español: *Pasos hacia una ecología de la mente*, trad. por Ramón Alcalde. Buenos Aires, Lohlé-Lumen, 1985.

24 Alban Bensa. "Individu, structure, immanence. Gregory Bateson et l'école française de sociologie", en Y. Winkin (ed.): *Bateson, premier état d'un héritage*, Coloquio de Cerisy. Paris, Éd. du Seuil, 1988, pp. 153-170. Existe traducción al español: *Bateson, primer inventario de una herencia*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

tiempo, sino que está habitado por múltiples contradicciones y fracturas internas. Por último, varios contextos a menudo antinómicos se hallan cristalizados dentro de los mismos comportamientos de los actores.

Por ejemplo, los rituales, o al menos las prácticas englobadas dentro de este rubro, recomponen permanentemente su puesta en escena: introducen imágenes, gestos y discursos característicos de situaciones y de épocas diferentes, pero que responden a las nuevas condiciones del momento. La fusión de contextos de orígenes distintos dentro de una práctica única le confiere a esta todo su poder de evocación. En Perche-Gouët, la fiesta votiva de San Marculfo concentra en un mismo protocolo, desde mediados del siglo XIX, la fecha de las fiestas de primavera (1º de mayo) y la sobria devoción a un santo que, al igual que los reyes de Francia antaño (de Felipe I a Carlos X),<sup>25</sup> cura la escrófula. El peregrinaje toma de esas superposiciones el exceso de significados que confiere a las tradiciones los medios de perennizarse y cambiar constantemente.<sup>26</sup> Del mismo modo, en Montbard, Borgoña, el 1º de mayo se colocan árboles recientemente cortados en las casas de las jóvenes (en francés, *mais*), se desplazan objetos usuales privados hacia espacios públicos y se organizan un carnaval y manifestaciones obreras, cristalizando en un mismo conjunto, después de la Liberación, prácticas festivas muy antiguas de inversión y los elementos de una cultura política reivindicativa más reciente.<sup>27</sup> En esos períodos de crisis social, es posible que esos contextos entrelazados se separen y retomen su autonomía, e incluso se enfrenten. Así, la crisis ideológica del siglo XVI, uno de los terrenos privilegiados de los estudios microhistóricos, evidencia las contradicciones entre sistemas antagónicos de pensamiento y la manera en que la realización del Sabbat tipo, por los procesos de brujería, intenta superarlas. El examen de la variabilidad de los ritos y los relatos en el transcurso del tiempo es más revelador que los análisis sinópticos que, en el fondo, participan de las liturgias que pretenden explicar.

Lo que designamos, por un período determinado, como “contexto” es bien distinto de lo que en general se entiende por “cultura”, es decir,

---

25 Marc Bloch. *Les Rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*. Paris, A. Colin, 1961. Existe traducción al español: *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, trad. por Marcos Lara y Juan Carlos Rodríguez Aguilar. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006.

26 Alban Bensa. *Les Saints guérisseurs du Perche-Gouët. Espace symbolique du Bocage*. Paris, Institut d'ethnologie, 1978, pp. 208-209.

27 Florence Weber. “‘Premier Mai fais ce qu'il te plaît’. Reinterprétations contemporaines d'éléments folkloriques dans une petite ville ouvrière de l'Auxois”, *Terrain* 11, 1988, pp. 7-28.

un hipotético reservorio de representaciones ordenadas que preexistiría a las prácticas y les daría sentido *a priori*. El contexto o la cultura no pueden ser asimilados a un marco de referencia; se los debe entender, más bien, como un conjunto de actitudes y de pensamientos dotados de su lógica propia, pero que una situación puede reunirse momentáneamente en un mismo fenómeno. Los microhistoriadores piensan la cultura en su inmanencia a nivel de las relaciones sociales; así redefinida “como la lengua”, observa Ginzburg, “la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada”.<sup>28</sup>

Probablemente, la antropología no ha destacado lo suficiente esas dimensiones problemáticas y contingentes de la vida en sociedad. Sin embargo, los comportamientos y los enunciados que observa el etnólogo son extraídos del desarrollo continuo de las relaciones de larga data entre las personas que observa e interroga. Sus experiencias acumuladas, sus evaluaciones de la situación del momento y del futuro inmediato pesan sobre las palabras y los actos que el procedimiento etnográfico transforma en “informaciones”. Esos datos, que son más bien tomas sucesivas que la encuesta retiene por considerarlas interesantes para pensar, se insertan en series de considerandos implícitos. El hecho de integrarlos en la inteligencia del material de investigación supone una atención extrema a la manera en que las cosas vistas y oídas –y el propio etnólogo– han participado de las situaciones.

El investigador de campo interviene en la vida de sus anfitriones, menos como el amo astuto de la situación, que simularía ser un nativo pero manteniendo oculto y vigilante sus reservas científicas, que como peón fuerte poco entendido de una partida cuyas implicaciones lo engloban y, a menudo, lo superan.<sup>29</sup> La sociedad de acogida hace de la estadía del investigador un hecho que tiene lugar entre las cuestiones del momento en la historia local. Las palabras y las acciones indígenas, que el etnógrafo tiende a considerar como “datos” independientes de su presencia e incluirlos sistemáticamente en una reserva supuestamente finita de tradiciones, son el resultado más visible de un trabajo coyuntural de producción de enunciados y de gestos. Por su forma y

28 Carlo Ginzburg. *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, trad. del italiano por Francisco Martín y trad. de citas en latín por Francisco Cuartera. Barcelona, Muchnik, 1999, p. 10.

29 Ver Jeanne Favret-Saada. *Les Mots, la Mort, les Sorts. La sorcellerie dans le Bocage*. Paris, Gallimard, 1977; Florence Weber. *Le Travail à-côté. Étude d'ethnographie ouvrière*. Paris, INRA-Éd. de l'EHESS, 1989.

su contenido, lo que se muestra y dice va tejiendo paulatinamente una historia, la de los lugares y los papeles sucesivos atribuidos al observador, la de las estrategias retóricas de los “informantes”.

La microhistoria se apoya en el examen de las rupturas, las incoherencias y las incomprensiones que surgen en los documentos, y atribuye una importancia considerable a los intercambios verbales: “Uno debe procurar apoyarse en los pocos casos en que la documentación tiene un carácter dialógico en un sentido que no es el del diálogo formal”.<sup>30</sup> Carlo Ginzburg aborda el siglo XVI italiano y europeo a partir de una lectura minuciosa de archivos judiciales, en los que están consignadas las palabras de los inquisidores y de sus acusados. Las personas son nombradas y situadas con bastante precisión en la época en que han actuado y hablado. Ginzburg reconstituye la historia de las situaciones sucesivas de interlocución, a través de las cuales se fueron entrelazando casos particulares de brujería que dejaron rastros en los archivos.

Como subraya Levi,

toda acción social se considera resultado de una transacción constante del individuo, de la manipulación, la elección y la decisión frente a la realidad normativa que, aunque sea omnipresente, permite, no obstante, muchas posibilidades de interpretación y libertades personales.<sup>31</sup>

Por la insistencia en las palabras proferidas –en detrimento de los comentarios de segunda mano sobre los hechos– y por poner de relieve actos de lenguaje en los procesos, los interrogatorios y, de manera general, los conflictos, la microhistoria se asemeja a la experiencia etnográfica. Sin embargo, sería necesario para esta presentar, sin dejar de medir las distorsiones inducidas por su trabajo de escribiente, las palabras indígenas en su encadenamiento efectivo, tal como se desarrolla, por ejemplo, en un diálogo, una conversación o un intercambio de discursos oficiales. Teniendo en cuenta la lógica institucional que preside la anotación de los enunciados (la del tribunal, el policía, el confesor, el etnólogo, etc.), la aclaración del sentido inmediato, para los hablantes (nativos), de los términos enunciados constituiría el primer círculo del análisis a partir del cual otras interpretaciones podrían elaborarse mediante la ampliación progresiva de la noción de contexto de enunciación.

Desde Durkheim, la sociología ha establecido claramente que los actos de los individuos y sus palabras cobran sentido si se los

---

30 Carlo Ginzburg. *Le Sabbat des sorcières*. Paris, Gallimard, 1992, p. 24.

31 Giovanni Levi. “Sobre microhistoria”, *op. cit.*, p. 121.

relaciona con las posiciones que cada cual ocupa de hecho en la sociedad. Durkheim, después de Marx, denunció así la ideología individualista y psicológica que propugna la autonomía del sujeto en relación con su medio social de origen. En tanto método, esa Vulgata determinista, que en su acepción más general no ha sido invalidada, conduce al sociólogo a describir todo espacio social como un sistema diferenciado de estatus, clave interpretativa de las actuaciones de sus miembros: las palabras de unos y otros se entienden como puntos de vista que reflejan experiencias sociales del mundo diversas, del mismo modo que la morfología social es heterogénea y está dividida en varios subconjuntos permanentes (clases, órdenes, categorías, estratos, etcétera).

Ese objetivismo tiene el mérito, como deseaba Durkheim, de “explicar los hechos sociales por otros hechos sociales”<sup>32</sup> y de aprehender el espacio social no como un *continuum* liso, sino a través de sus articulaciones. Sin embargo, presenta el inconveniente de toda teoría de las correspondencias: no ayuda a comprender ni el encadenamiento histórico de las transformaciones sociales ni el papel singular que cada individuo puede cumplir en ellas. La dificultad solo puede superarse mediante el recurso a las nociones de estrategia y de trayectoria, que restituyen el margen de maniobra de los actores y permiten reconstruir su sentido. En esa medida, los enunciados que recoge la investigación basada en entrevistas se relacionan con los grupos de los que forman parte los enunciadores y revelan los proyectos, las esperanzas y las decepciones por los que se encuentran inscriptos en una historia que siempre sigue su curso. Así, las “tradiciones” orales resultan muy cambiantes cuando se las recoge en un período largo y de las mismas personas, como hemos podido hacer, por ejemplo, en Nueva Caledonia.

Los kanak del centro de la Gran Tierra distinguen a la “gente común” de los “nobles”, quienes a su vez están divididos en dos categorías: los representantes del grupo de parentesco y/o del territorio (los “jefes”) y los fundadores de los espacios ocupados (los “amos de la tierra”). Los “jefes” son, en su origen, externos a la tierra de la que constituyen el emblema viviente cuando los amos de la tierra los reciben y los instalan en ella. Ese sistema de dos cabezas no está desprovisto de tensiones: el jefe depende de la buena voluntad de sus anfitriones, quienes pueden verse tentados, en caso de desacuerdo, a recordarle sus orígenes extranjeros, lo que desestabilizaría la legitimidad que antes le habían conferido. Para

---

32 Émile Durkheim. *Las reglas del método sociológico*, trad. por Ernestina de Champourcin. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2001.

evitar esa amenaza siempre latente, los “jefes” desarrollan estrategias de arraigo, entre las que cumple un papel esencial la relativización de su calidad de inmigrantes. Un relato que narra su llegada desde un territorio lejano “en un torbellino de viento” subrayaba que todo se lo debían a sus anfitriones, pero otra historia que nos fue transmitida unos diez años más tarde deja ver al “jefe” viviendo muy cerca de su lugar de residencia actual, del que forma parte no ya como un guerrero celeste y salvaje que vive de la caza, sino como un hábil horticultor que aporta sus ñames. De ese modo, los “jefes” procuran hacer valer su antigüedad relativa y ubicarse paulatinamente en la categoría de autóctonos o de “amos de la tierra”, al punto de incitar ocasionalmente a estos últimos a acoger a un nuevo extranjero para colocarse definitivamente ellos mismos como los antiguos habitantes del terruño.<sup>33</sup>

Pero el estatus del “amo de la tierra” tampoco está establecido de una vez y para siempre. El carácter autóctono de los fundadores —o del clan— nunca es incuestionable, porque las guerras incesantes de antaño, luego las expoliaciones de tierras por parte de Francia, obligaron a los grupos locales a dispersarse e instalarse más lejos. Esas incertidumbres llevan a algunos linajes, en general reconocidos como antiguos en determinadas regiones, a reivindicar una antigüedad mayor que los demás, garantía de un prestigio superior y, además, de una legitimidad mayor para ejercer una autoridad segura sobre los jefes y, en ocasiones, sobre el poder blanco. La competencia se realiza mediante varios tipos de estrategias, acusaciones de brujería, denuncias escritas ante la gendarmería de abusos de algunas personas, chismes descorteses, intimidaciones físicas, etc., que el registro de los “mitos de origen” a pedido del investigador europeo ha logrado transmitir ocasionalmente. Las historias que relatan la aparición de la superficie terrestre y sus primeros ocupantes siempre son narradas por personas que dicen pertenecer a la categoría de “amos de la tierra”. En ese tipo de relatos, la antigüedad se confunde con el origen del mundo. Una retórica de la exageración permite al narrador convertir a su ancestro en el de toda la humanidad y, por esa vía, asentar su posición de fundador del clan o del terruño. El mero hecho de tomar la palabra para narrar la aparición del mundo, la confección del texto y el juego de imágenes que despliega ponen en sistema alusiones que se dirigen todas hacia un único objetivo: decir el derecho del linaje al estatus de amo de la tierra y, mediante esa toma de la palabra, esforzarse por imponerlo. El

---

33 Ver Alban Bensa. “Terre kanak: enjeu politique d’hier et d’aujourd’hui. Esquisse d’un modèle comparatif”, *Études rurales* 127/128, 1992, pp. 107-131.

enunciado resulta eficaz. quien lo profiere da por descontado que persuadirá a sus oyentes de su validez. Y es probable que para él la narración ante el grabador de un europeo aumente el poder de influencia del relato, habida cuenta de las oportunidades que ofrece de dar publicidad a sus palabras (reescucha, publicación).

Más allá de este caso, los enunciados, de manera general, no pueden encerrarse en las posiciones o las trayectorias de los hablantes (nativos). Es evidente que, al entrar en comunicación unos con otros, abren espacios semánticos y, por ende, sociales, cuya estructura y tonalidad no constituyen una copia conforme de los que los han precedido. Sin duda, la continuidad de la realidad social está dada por actos de lenguaje, pero como estos nunca son ciertos, tienen la capacidad de autogenerarse de varias maneras diferentes e interpelan de forma parcialmente imprevisible a sus semejantes, poseen posibilidades de desarrollo y de transformación. Las funciones de los actos de lenguaje resultan diversas: a veces las palabras pronunciadas no hacen más que expresar el estatus social de los locutores —al declarar que “se abre la sesión”, el presidente confirma que, como tal, es el único que tiene el poder de abrir la sesión—; a veces determinan el curso de las cosas, al ejercer sobre los oyentes una influencia tal que, convencidas por el discurso, las personas modifican sus puntos de vista, sus actitudes e incluso las referencias que, hasta entonces, tenían fuerza de ley. Se puede demostrar así, cómo la palabra, con la condición de moverse en lo que Jean-Louis Siran llama justamente un “espacio de aceptabilidad”,<sup>34</sup> está en condiciones de generar campos sociales en retroceso o en expansión, cómo rehace, hace y deshace el mundo.<sup>35</sup> Pero se debe prestar atención a nunca reificar la palabra en categorías *sui generis* trascendentes a la práctica, sino que se ha de seguirla en su circulación efectiva.

Se puede demostrar entonces, por ejemplo, que los relatos que los antropólogos se han complacido en llamar “mitos”,<sup>36</sup> por debajo de las meditaciones transculturales que pueden inspirar, participan de

34 Jean-Louise Siran. “Rhetoric, Tradition and Communication: the Dialectics of Meaning in Proverb Use”. *Man*, Vol. 28, N° 2, 1993, pp. 225-242.

35 Como demuestra, por ejemplo, J. R. Bergmann en relación con los chismes: “el contexto no es asimilable a una variable externa y normativa que los actores deben seguir, sino que se debe concebir un contexto *dentro* de la conversación que los actores producen a través de sus acciones para establecer el marco de interpretación de sus acciones” (*Discreet Indiscretion. The Social Organization of Gossip*. New York, Aldine-de Gruyter, 1993). Agradezco a Christiane Bougerol haberme señalado esta obra.

36 Ver Alban Bensa y Jean-Claude Rivierre. “De l’histoire des mythes. Narrations et polémiques autour du rocher Até. (Le mythe et ses métamorphoses)”, *L’Homme*, Vol. 28, N° 106-107, 1988, pp. 263-295.

manera totalmente pragmática en una microhistoria social conocida del narrador y sus oyentes. Ese “saber compartido”<sup>37</sup> es solicitado en el relato por un sistema de imágenes y alusiones, de guiños y de sobrentendidos que el extranjero “a las palabras de la tribu” no puede comprender. El sentido no es comprensible desde el exterior; solo se devela al observador si este está en condiciones de ubicar el relato en el campo de las interlocuciones que lo anteceden y que le siguen. Esta dimensión interactiva y comunicante del “mito” da acceso a su inteligencia y a sus funciones inmediatas. Los efectos lúdicos y tácticos, las construcciones circunstanciales, el recurso a la cita y a las claves, en una sucesión de imágenes en apariencia fantásticas, remiten a un saber implícito, a una moral y a una historia comunes. El arte retórico vincula la forma con el fondo, la naturaleza del relato con su contexto de enunciación y con la identidad del narrador. El tipo de enunciado elegido, su forma, sus figuras y los nombres propios que utiliza están ampliamente determinados por la coyuntura.<sup>38</sup>

Al mostrarse atenta al encadenamiento de situaciones concretas, la etnografía debería poder evidenciar los diversos campos del discurso donde coexisten discursos oficiales, elucubraciones marginales, concepciones que gozan de unanimidad o que son apoyadas solo por algunos, enunciados prohibidos o excepcionales e, incluso, por debajo de todo lo que podamos oír, proposiciones impensadas, sin que estas se vean dotadas de un privilegio heurístico particular. De ese modo, los procedimientos por medio de los cuales se construyen los hechos, y sus repercusiones en la vida social, mantenidas o alteradas, resultan develados en toda su diacronía.

## Temporalidades

*El cronista que narra los hechos, sin distinguir entre los grandes y los pequeños, toma en cuenta, al hacerlo, la siguiente verdad: de todo lo que ha sucedido nada debe considerarse perdido para la Historia.*<sup>39</sup>

---

37 François Hartog. *Le Miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Paris, Gallimard, 1980, p. 27. Existe traducción al español: *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. 5ª ed, trad. por D. Zadunaisky, rev. del griego por César Guelerman. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

38 Ver Alessandro Duranti y Charles Goodwin (eds.). *Rethinking Context. Language as an Interactive Phenomenon*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

39 Walter Benjamin. “Thèses sur la philosophie de l'histoire. Thèses III”, en *Poésie et révolution*. Paris, Les Lettres Nouvelles, 1961.

Giovanni Levi capta la historia de un poblado del Piamonte en el siglo XVII a partir de dos largas generaciones de hombres, el padre y el hijo. El primero (notario y *podestà*) logra dominar el juego de las relaciones sociales, en un período en que el poblado se mantiene ajeno a las turbulencias regionales, mientras que el segundo (sacerdote), atrapado en los nuevos conflictos entre señores y con el poder central, usufructúa la importante herencia política que le ha legado su padre: para intentar enriquecerse, procurará aprovecharse, en un primer momento, de la posición prominente que ocupa en la aldea y del contexto de crisis y miseria; luego, reinvertiendo su capital de notoriedad en un nuevo campo más sensible a los caracteres “inmateriales” del poder, se lanzará a las rutas de la región ejerciendo el oficio de exorcista y curandero. Levi reconstituye en tiempo real las carreras del hijo y del padre y se acerca así a “comportamientos concretos, en toda su ambigua complejidad, al referirse a normas múltiples y contradictorias”.<sup>40</sup>

La microhistoria reconstruye, en torno a algunos personajes precisos, lo que fue el espacio social y, por esa vía, da cuenta de las incertidumbres de sus elecciones a causa de la coyuntura del momento. Las condiciones del presente tal como fue vivido se nos vuelven accesibles gracias a un recorte de la historia en secuencias que corresponden a las modalidades prácticas de uso del tiempo por las personas del siglo XVI. Ese “presente histórico” no es una instantánea fotográfica, ya que se descompone en realidades sociales articuladas en el tiempo; así se restituyen las situaciones en cuyo seno los individuos pudieron reorganizar su experiencia y hacer valer su propia estrategia, pese a la rigidez de las estructuras sociales del Antiguo Régimen. Ese análisis del pasado hizo estallar las coherencias y los efectos de homogeneidad con los que tal vez se conformaría una mirada más alejada: el pasado se convierte en un “presente de antaño”, es decir, “un sistema de contextos”<sup>41</sup> que no dejan de relacionarse unos con otros y a través de los cuales los individuos tejen su propio lienzo.

Mientras que la microhistoria da acceso a la presencia pasada del tiempo, la antropología se instala en un presente eterno. Para describir las sociedades estudiadas, el “presente etnográfico”—que limitaré aquí mediante el uso del presente gramatical— se libera de toda impronta

---

40 Giovanni Levi. *La herencia inmateral. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990, p. 36.

41 *Ibid.*, p. 13.

histórica.<sup>42</sup> ¿Debemos admitir, con Umberto Eco, que los etnólogos son “los periodistas de lo eterno” o bien subrayar lo irrealista que tiene esa actitud metodológica? Como ha demostrado Johannes Fabian,<sup>43</sup> la escritura de la etnografía en presente oculta las contradicciones, las rupturas, los inconvenientes de la vida social y subraya, en cambio, por una suerte de depuración de lo real, todo lo que en la sociedad tiene un carácter normativo. El tiempo inmóvil de la etnología recuerda el de la anatomía, que capta el cuerpo en la simultaneidad de sus componentes inertes.

Es poco frecuente que los etnólogos fechen sus informaciones de campo. Y en cuanto a los miembros de las sociedades estudiadas, se supone que se han expresado sin referirse a una temporalidad. A través de esa doble omisión, la etnografía da a entender que describe “sistemas” que resisten el desgaste del tiempo. Los historiadores a veces se sorprenden de esa ausencia de referencias, que confiere a las sociedades cierta inmaterialidad intemporal. Al expresarse preferentemente en presente, parece que la antropología quisiera hacer de la sincronía la palabra clave de sus interpretaciones y, a su vez, alejar esa candente nostalgia del pasado que suele habitarla. Sucede, incluso, que los fenómenos sociales que retienen principalmente la atención de los etnólogos no son lo que tienen ante sus ojos, sino sus rastros en las memorias, en objetos o en comportamientos considerados “residuales”. La etnología religiosa gusta particularmente de la interpretación de las creencias y los cultos contemporáneos en términos de supervivencia y sincretismo. Sin embargo, relacionar, por ejemplo, algunos elementos de una práctica guadalupeña actual de curación a una tradición antigua que data de la época de la esclavitud es mucho menos explicativo que evidenciar la adición de esos elementos a otros de orígenes diversos: “Los videntes curanderos (...) y las personas que pasan de secta en secta (...) son actores de un movimiento de creación cultural marcado por la lógica de la acumulación y de la yuxtaposición”.<sup>44</sup> Más generalmente, observa Marc Augé, “el problema del origen [de las prácticas llamadas sincréticas] está muy relativizado por el carácter eminentemente actual de su pertinencia”.<sup>45</sup>

---

42 Roger Sanjek. “The Ethnographic Present”, *Man*, Vol. 26, Nº 4, pp. 609-628.

43 Johannes Fabian. *Time and the Other: How Anthropology Makes its Object*. New York, Columbia University Press, 1983.

44 Christiane Bougerol. “Le cumul magico-religieux à la Guadeloupe”, *Journal de la Société des américanistes* LXXIX, 1993, p. 101.

45 Marc Augé. “Les “sincrétismes”, en: *Le Grand Atlas des religions*. Paris, Encyclopaedia Universalis, 1988, p. 131.

Así pues, se debe tomar con cautela el trabajo que consiste, con frecuencia sin efectuar, al modo del historiador, en una crítica de las fuentes, en redibujar los contornos de universos antiguos, implícitamente considerados como originales. Malinowski se colocó contra este desvío y, en parte, contra sí mismo, al invitar a sus colegas a fundar, más que una etnología escrita en presente, una verdadera etnología del presente, de lo actual y de lo contemporáneo:

La antropología, incluso en la generación que nos precede, prefería estudiar al hombre muerto más que al vivo: era, ante todo, la ciencia de los cráneos y de los esqueletos, del hombre neolítico o pleistoceno, de las eras y las formas conocidas solamente por magras supervivencias y audaces reconstrucciones (...). La antropología del futuro se ocupará del estudio del indígena en mutación y de las razas "intermedias" o "bárbaras"; se interesará tanto por el hindú como por el tasmano, por los campesinos chinos como por los aborígenes australianos, por los negros de las Antillas como por los trobriandeses melanesios, por los africanos destrribalizados de Harlem como por los pigmeos de Perak (...). En suma, esa antropología no tendrá solo una mayor importancia práctica, sino que será al mismo tiempo una verdadera ciencia, aunque deje de ser una romántica evasión o la ocasión de un maravilloso sueño despierto.<sup>46</sup>

La nueva mirada que Malinowski proponía a sus colegas implica que los hechos etnográficos sean tratados como hechos históricos, es decir, como palabras o comportamientos inscriptos en un período dado. Los sistemas descriptos adquieren entonces otro relieve; definen una época, una respuesta a un conjunto circunstancial de determinaciones. La noción de estructura no remitiría ya a la idea de una osamenta perenne, sino a la de una relación siempre tensa entre las herencias del pasado y las exigencias del presente. La referencia a la sincronía no sostendría ya la idea muy artificial, por atemporal, de equilibrio, sino que constituiría simplemente una técnica de exposición que podría hacer surgir una lógica social en un momento dado. En esas condiciones, ya no es legítimo asimilar el estado real de la sociedad —yuxtaponiendo, según se necesite, informaciones obtenidas en diferentes etapas históricas del mundo estudiado— a las exigencias argumentativas que permiten dar cuenta de ella y deducir de una sincronía puramente metodológica la permanencia de las estructuras.

---

46 Bronislaw Malinowski. "La rationalisation de l'anthropologie et de l'administration", *Genèses* 17, 1994, p. 148 (1ª ed. en *Africa*, Vol. III, N° 4). Debo a B. de L'Estoile el haber tomado conocimiento de este texto importante para la historia de la antropología.

Esos artefactos –“alteraciones producidas artificialmente en un examen de laboratorio”–<sup>47</sup> se revelan con claridad cuando se interroga la variabilidad de uso de los nombres propios en un conjunto histórico-cultural dado. En un buen método, ¿su relevamiento etnográfico no debería relacionarse con los otros procedimientos de identificación, con los cuales los miembros de la sociedad estudiada eventualmente ya se han confrontado?<sup>48</sup> Por ejemplo, para descifrar las organizaciones sociales kanak del centro norte de Nueva Caledonia, se debe recopilar y analizar el sistema de nombres con los que se designan individuos, grupos y lugares. Pero ese aparato simbólico arrojado como una red de malla cerrada sobre la sociedad, tal como se proyecta en el espacio, conoció, al parecer, numerosos avatares desde comienzos de la colonización oficial en 1853. Así, los apellidos dados a la administración en 1946 para la constitución del primer Estado civil melanesio en general, aunque no siempre, son nombres de antiguos hábitats que los kanak debieron abandonar entre 1860 y 1890, bajo la presión de los colonos y de medidas de distribución territorial. Sin duda, la designación de las unidades de parentesco por topónimos correspondientes a sitios de residencia es una práctica antigua. En los mapas militares del siglo XIX, encontramos los nombres de los lugares retomados después de 1946 como patronímicos. Pero su atribución a tal o cual familia y la manera en que cada una justifica después su vinculación con el topónimo que la designa parece resultar de una interpretación kanak de la situación en el momento en que se efectuó el registro del Estado civil. En la medida en que el sistema social que hoy podemos describir es totalmente tributario de las relaciones complejas establecidas entre todos esos apellidos, no es erróneo pensar que combina la herencia de una sociedad kanak más antigua con la situación impuesta a los melanesios por el poder colonial después de la Segunda Guerra Mundial. La hipótesis se vuelve más verosímil si se toma en cuenta que el despoamiento, a raíz de la represión, las epidemias o el exilio, de las zonas libremente ocupadas antes por los kanak dejó vacío un gran número de sitios y hábitats, es decir, nombres. Las personas interrogadas más de medio siglo más tarde tenían así, a su disposición, una amplia cantidad de topónimos por medio de los cuales podían afirmar su autoridad sobre

---

47 “Artefact”, en *Le Petit Robert. Dictionnaire de la langue française*. Paris, Le Robert, 1987.

48 Ver Gérard Noiriel. *La Tyrannie du national. Le droit d’asile en Europe, 1793-1993*. Paris, Calmann-Lévy, 1991.

los lugares ubicados fuera de sus reservas. De hecho, estamos ante una recomposición circunstancial del sistema de nombres propios, tal como lo hizo posible y políticamente eficaz el establecimiento del Estado civil a partir de 1950. Nada permite demostrar que las observaciones realizadas en este período reproduzcan fielmente el sistema sociopolítico que funcionaba antes de las expoliaciones territoriales y el advenimiento del código del Indigenato (1880).

Análogamente, resultó que varios relatos y discursos de confección muy tradicional fueron elaborados en los últimos cuarenta años en reacción a situaciones directamente inducidas por la política colonial: vinculación con tal distrito y no con otro, cuestionarios de las jefaturas administrativas instaladas por la administración francesa, conflictos de propiedad suscitados por la redistribución de las tierras. Nada ha sido más historizado que esa etnografía que se engañaría a sí misma si ella no se brindara los medios metodológicos para efectuar la crítica de sus fuentes, a fin de determinar las modalidades según las cuales los comportamientos y las palabras que ha observado participaban de una evolución histórica local.

Al no relacionar los documentos con su contexto, es decir, según Bateson, con su “estructura en el tiempo”,<sup>49</sup> la antropología cree tener fundamentos para no distinguir lo actual de lo antiguo, para identificar lo singular con lo general, lo coyuntural con lo estructural. Esta disciplina ha podido aprehender preferentemente el contexto como el lugar semántico de la repetición y acreditar la idea de que la cultura y la tradición consagran la influencia del eterno retorno, la primacía del pasado sobre el presente, de lo previsible sobre lo incierto. La repetición de lo mismo, según las teorías fijacionistas de las ciencias naturales de la edad clásica, es consustancial a las nociones de organismo social, sistema cultural y estructura profunda. Sin duda, es imposible concebir una materia o una especie viva sin recurrencias; pero al asignar a las sociedades la estabilidad aparente de las piedras, las plantas o los animales, la antropología ha corrido el riesgo de no ver la especificidad misma del fenómeno humano, es decir, su inscripción en una temporalidad propia, independiente del tiempo largo de la geología y la biología. Los hechos sociales no son cosas, y la antropología se ubica junto a las

---

49 Gregory Bateson. *La Nature et la Pensée*. Paris, Éd. du Seuil, 1984, p. 23. Existe traducción al español: *Espíritu y naturaleza*, trad. por Leandro Wolfson. Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

ciencias sociales que toman en cuenta la dimensión del tiempo.<sup>50</sup> Por ello, los contextos a los cuales se remiten ineluctablemente el etnólogo y sus cuadernillos deben ser aprehendidos como procesos. A través de ellos, la cultura se vuelve un fenómeno historizado.

Alcanza con multiplicar las investigaciones sobre un período muy largo en una misma zona, para ver aparecer, en la oscura densidad de la cotidianidad, secuencias temporales que permiten sostener que un conjunto de informaciones corresponde a un estado del mundo social en determinada época, aquella a lo largo de la cual una misma problemática se ha impuesto en la mentalidad de los encuestados. Las anotaciones de “campo” se inscriben en una temporalidad específica. Por ejemplo, toda la documentación que pude reunir en Nueva Caledonia entre 1973 y 1978 resulta estar totalmente dominada por la preocupación de mis interlocutores kanak de que les restituyeran las tierras de las que la colonización los expulsó un siglo antes.<sup>51</sup> Las actitudes y los testimonios tendían a reconstituir el mapa de la ocupación kanak del espacio antes del acantonamiento en las reservas (1876-1890). Esa fuerte exigencia, a la cual la investigación ofrecía un medio de expresión inesperado, reforzaba la autoridad de las personas de mayor edad, cuya memoria era la fuente principal de ese intenso trabajo. En el mismo momento, las repercusiones financieras de la disparada de la cotización del níquel abrían más ampliamente el acceso al mercado económico europeo a los kanak, sin por ello insertarlos en la sociedad caledonia dominante. Y esas contradicciones hallaban en gastos ostentosos, el consumo excesivo de alcohol y otras conductas tan paroxísticas como desesperadas, su descarga más manifiesta. Así, la febril actividad intelectual de mis interlocutores, decididos a poner todo su saber y su habilidad retórica al servicio de la recuperación de sus derechos territoriales, se ejercía en un curioso ambiente donde lo serio y la borrachera convivían perfectamente, un poco como en las tabernas de Saint-Germain-des-Près en la posguerra.

Quisiera insistir menos aquí en el tono de un período particular que en la necesidad, para el etnógrafo, de determinar los momentos en que se efectúan sus investigaciones de campo, aunque tan solo sea porque

---

50 Jean-Claude Passeron. *Le Raisonnement sociologique. L'espace non poppérien du raisonnement naturel*. Paris, Nathan, 1991. Existe traducción al español: *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*, trad. por José Luis Moreno Pestaña. Madrid, Siglo XXI, 2011.

51 Ver Joël Dauphiné. *Les Spoliations foncières en Nouvelle-Calédonie*. Paris, L'Harmattan, 1989.

los modos de comportamiento nunca son independientes de las modas. “So pena de naturalizar las estructuras”,<sup>52</sup> la etnografía tiene interés, en la medida de lo posible, en integrar a su experiencia las condiciones históricas de su realización. No solo en cuanto a la inteligibilidad de la experiencia de campo, sino también de los modelos explicativos que pueden derivarse de ella. Catherine Alès, por ejemplo, demostró, en relación con los indígenas yanomami, que, según se inserten las observaciones etnográficas en la lógica del “tiempo corto”, del “tiempo medio” o del “tiempo largo”, se insiste respectivamente en las fragilidades del grupo local, en su estabilidad relativa o en el equilibrio global de los segmentos sociales que se recomponen enfrentándose: “por ello es importante tomar en cuenta la escala de tiempo para definir los niveles de lectura de la estructura social, pues el estatus del modelo es relativo al tiempo que se haya elegido para estudiar la sociedad”.<sup>53</sup>

La singularidad de una época, es decir, su manera propia de organizar y expresar su historicidad, reside, es cierto, en el efecto de tensión que genera la contemporaneidad de actitudes heredadas del pasado y de comportamientos inducidos por nuevos retos. El “espíritu del tiempo” (*Zeitgeist*), pese a su fugacidad, mantiene una relación compleja de continuidad y de singularidad con el “espíritu del pueblo” (*Volkgeist*) arrastrado por las costumbres adquiridas de larga data; sin embargo, “los *ethos* de los grupos permanentes no están establecidos de manera absoluta, sino que dependen de procesos de cambio”.<sup>54</sup> Para captar ese movimiento que confiere al hecho social su especificidad, conviene discernir en qué medida los equilibrios actuales han integrado las “luchas anteriores para transformar o conservar la estructura” y contienen, en germen, en las relaciones de fuerza del momento, “el principio (...) de las transformaciones ulteriores”.<sup>55</sup>

Concretar esa ambición muy a menudo equivale, como nos invita la microhistoria, a volver a dar un estatus teórico fuerte al hecho. Para Marshall Sahlins, la manera en que su irrupción es tratada por la sociedad nos revela si esta privilegia las actitudes *prescriptivas*, conformes a normas preestablecidas, o bien los actos *performativos*, que por sí

52 Pierre Bourdieu. *Choses dites*. Paris, Éd. de Minuit, 1987. Existe traducción al español: *Cosas dichas*, trad. por Margarita Mizraji. Buenos Aires, Gedisa, 1988.

53 Catherine Alès. “Chroniques des temps ordinaires. Co-résidence et fission yanomami”, *L'Homme*, Vol. 30, N° 113, 1990, pp. 92-93.

54 Gregory Bateson. *La Cérémonie du Naven*. Paris, Éd. de Minuit, 1971, p. 130.

55 Pierre Bourdieu. *Choses dites*, *op. cit.*, p. 56.

mismos generan nuevos contextos.<sup>56</sup> Las respuestas varían según las civilizaciones. Los polinesios de Nueva Zelanda, por ejemplo, habrían integrado a sus tradiciones ancestrales perennes la sorprendente llegada de los blancos a sus costas: “Para los maoríes, esos hechos son apenas únicos o nuevos, pero inmediatamente los perciben, según el orden recibido de la estructura, como idénticos al hecho original (...) el mundo maorí se desarrolla como un eterno retorno”.<sup>57</sup> Los hawaianos, por su parte, habrían reevaluado y reordenado sus categorías religiosas y sociales por el impacto de las actividades que realizaban entre ellos los comerciantes europeos tras la muerte de Cook. Entonces, el hecho a veces reproduce el orden social (Nueva Zelanda) y otras veces lo modifica (Hawái): pero, en todo caso, revela una estructura cultural, además de propiciar la comprensión de un proceso temporal. Sahlins plantea el principio de la historicidad de los sistemas culturales y destaca la importancia del hecho, sin por ello seguir un razonamiento de tipo histórico que articularía entre ellas diferentes secuencias de hechos temporalizados.<sup>58</sup>

Al sucederse en el eje del tiempo, los hechos sociales participan objetivamente de una evolución histórica, así sus actores la piensen como tal o no. Los actores, a su vez, acceden a la historicidad de lo social por medio de su propia experiencia cultural del tiempo. En ese aspecto, la etnografía debe examinar con las “representaciones” del tiempo los procedimientos según los cuales el tiempo debe intervenir para trabajar la vida social. La memoria, el olvido, la predicción, seleccionan los hechos sociales, hacen de ellos elementos significantes y de diversas formas según las culturas. Lévi-Strauss, sin embargo, cree poder establecer que “lo característico del pensamiento salvaje es ser intemporal”.<sup>59</sup> Pero, para ello, oblitera las funciones cognitivas y sociológicas de las relaciones con el tiempo. Al evacuar la dimensión del tiempo de la observación etnográfica, la antropología corre el riesgo de quedar prisionera de las filosofías rígidas de la historia o, lo que no es muy diferente, de las hipótesis estructuralistas atemporales.

---

56 Marshall Sahlins. *Des îles dans l'histoire*. Paris, Gallimard-Éd. du Seuil, 1989 (1ª ed. Chicago-London, 1985). Existe traducción al español: *Islas de historia: La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, trad. por Beatriz López. Barcelona, Gedisa, 1988.

57 *Ibid.*, pp. 68-69.

58 Ver la vehemente crítica del “estructuralismo histórico” formulada por N. Thomas. *Out of Time. History and Evolution in Anthropological Discourse*. Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

59 Claude Lévi-Strauss. “Histoire et dialectique”, *op. cit.*, p. 341.

Como recuerda Giorgio Agamben, “cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo, y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia”.<sup>60</sup> Esta se halla alojada en lo más profundo de nuestra aprehensión “espontánea” del mundo, de manera que es difícil captar su carácter construido. Sin duda, es por ese motivo que para el Occidente contemporáneo es difícil objetivar sus propias experiencias y filosofías del tiempo. Su etnocentrismo en la materia, más intenso tal vez que en otros ámbitos, lo lleva a juzgar otras concepciones de la temporalidad con la vara de la suya. Solo una difícil crítica de las ideologías modernas del tiempo, que siga las reflexiones de, por ejemplo, Walter Benjamin,<sup>61</sup> podría atenuar esa ceguera y abrir al conocimiento –y al reconocimiento– de la historicidad específica de las sociedades no industriales.<sup>62</sup>

Las informaciones entregadas de forma más espontánea por los kanak son de apariencia “histórica”: “Nos fuimos de este lugar para instalarnos allí antes de venir aquí; nuestros ancestros aparecieron en un lugar llamado X”. Los enunciados establecen caminos entre puntos fijos y destacan la importancia del lugar de origen. La acumulación de los diferentes hábitats ocupados a partir de un hábitat de origen ofrece la trama de relatos presentados como la memoria del pasado cuyos depositarios son los “viejos”. Los kanak aplican aquí una figuración lineal del tiempo, cuyas etapas se inscriben conjuntamente en el espacio. El tiempo remite, entonces, a la ocupación de un área y a la distancia recorrida entre dos lugares de residencia, mientras que las referencias a la horticultura remiten a la sucesión repetitiva, año tras año, de momentos idénticos vividos en la misma área. Esa concepción profundamente espacializada de la temporalidad hace de la lectura del paisaje el soporte de la rememoración. La nostalgia del pasado en la literatura oral kanak es nostalgia de los lugares que hubo que abandonar. Y esta se vuelve más intensa, porque las identidades colectivas se señalan a través de topónimos. Al remontar la cadena de los lugares donde residieron sus ancestros, el informante llega al sitio original cuyo nombre lleva. Los relatos

---

60 Giorgio Agamben. *Enfance et histoire. Dépérissement de l'expérience et origine de l'histoire*. Paris, Payot, 1989, p. 113. Existe traducción al español: *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, trad. por Silvio Mattoni. Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2007.

61 Walter Benjamin. “Thèses sur la philosophie de l'histoire”, *op. cit.*

62 Ver Jean Chesneaux. “L'axe passé-présent-avenir”, *Transversales Science & culture* 26, 1994, pp. 3-6.

convierten al pasado en la mejor garantía del presente. La memoria trabaja los enunciados; individualiza los grupos revelando lo que liga su presente a su origen.

El tiempo acumulado construye la identidad y funda esas instituciones políticas que son las jefaturas kanak. El procedimiento, habitual en Nueva Caledonia, Polinesia y África, según el cual se asigna la jefatura a un extranjero es en sí mismo una referencia al tiempo. Con la entronización de un nuevo jefe comienza una era política nueva. No hay jefatura sin migración, sin la historia del recién llegado que se ve promovido al rango de jefe de su territorio de acogida. La nueva situación marca el comienzo de un período que culminará con la cesión del título supremo a otro grupo. Cada hecho de esta naturaleza es singular debido a las identidades diversas de los protagonistas; por ello, no es posible considerar que la aplicación del principio general de acogida del extranjero como jefe no signifique más que marcar la reproducción idéntica de configuraciones sucesivas. Los relatos califican las particularidades de cada institución formada.<sup>63</sup> A través de ellos, los kanak pueden intentar que sus enunciados cumplan un papel ventajoso en relación con la construcción política del período que valorizan. Así, intenten abolir el tiempo en rituales de fusión con los ancestros o, por el contrario, aumentar su alcance, la relación con el tiempo nunca es neutra, al igual que los usos de la información provista al etnólogo; en efecto, los kanak movilizan intelectualmente y afectivamente una constelación de relaciones más o menos profundas con las cosas pasadas, actuales o previsibles.<sup>64</sup> Así pues, la antropología no puede solo asignarse como tarea la identificación de las “representaciones” del tiempo; también debe demostrar en qué medida los modelos de la temporalidad preconditionan todas las informaciones recogidas en el transcurso de la investigación.

Esta puesta en perspectiva temporal, es decir, esta inmersión en la temporalidad tanto del “indígena” como del etnólogo tiene como efecto principal dificultar la estandarización y la inmovilización de la visión del mundo social. Siempre hipotética, la norma se borra ante

---

63 Alban Bensa y Jean-Claude Rivierre. *Les Chemins de l'alliance. L'organisation sociale et ses représentations en Nouvelle-Calédonie (région de Touho, aire linguistique cèmuhi)*. Paris, SELAF, 1982.

64 Esta aprehensión multidimensional del tiempo sin duda caracteriza más ampliamente, como sostiene Agamben, el conjunto de las sociedades que se han mantenido a resguardo de la experiencia del trabajo en las fábricas, cuya especificidad indujo las concepciones modernas de un tiempo rectilíneo, irreversible, homogéneo y vacío. Ver Giorgio Agamben. *Enfance et histoire, op. cit.*, pp. 113-130.

las singularidades cuando la investigación pone de relieve la manera en que cada cual crea el hecho, asume la duración e intenta torcer a su favor el destino de las cosas. Toda concepción historizante de la antropología, recuperando la originalidad del “presente pasado” –del pasado en la medida en que fue un presente–, subraya la potencia del hecho y el papel determinante de las individualidades que participaron en él. Pero ¿debemos renunciar por ello a las generalidades?

Los estudios microhistóricos nos facilitan una conciencia aguda del tiempo corto, el que los hombres efectivamente aplican en sus vidas. Pero, a su vez, lo que también se pone en evidencia es el peso del tiempo largo, ya que numerosas formas que los actores integran en su propio presente se hallan en otras épocas e incluso en otros lugares. Por ejemplo, mientras que los procesos de brujería tienen lugar en una urgencia bien política, las palabras que en su transcurso se pronuncian revelan creencias, ideas, imágenes, que van más allá de los momentos en que son proferidas. Por ello, en su estudio sobre *Le Sabbat des sorcières*, Ginzburg se ve obligado a comprobar que

testimonios incluso muy recientes podían conservar rastros de fenómenos mucho más antiguos; inversamente, testimonios alejados en el tiempo podían aclarar fenómenos mucho más tardíos (...) En los procesos se enfrentaban no solo dos culturas, sino también dos tiempos radicalmente heterogéneos.<sup>65</sup>

Los microhistoriadores se niegan a considerar que uno rija el otro. Intentan no oponer morfología e historia, relacionar lo que el alejamiento y la discontinuidad de la información nos hacen ver como inscripto en la misma temporalidad en instituciones históricamente establecidas. Simultáneamente, “el carácter concreto superficial del hecho”<sup>66</sup> se inserta en su propia duración. Así se determinan, al igual que contextos, estratos temporales que el historiador recorre vertical y horizontalmente. En efecto, como recuerda Ginzburg, “en la sección transversal de cualquier presente, se hallan también las incrustaciones de numerosos pasados, de espesor temporal diferente –sobre todo en el caso de los testimonios folclóricos–, que pueden remitir a un contexto espacial mucho más amplio”.<sup>67</sup>

---

65 Carlo Ginzburg. *Le Sabbat des sorcières*, op. cit., pp. 25-26.

66 Ibid., p. 36.

67 Ibid., p. 34.

### Variaciones de escalas y recurso a lo “simbólico”

*A menudo deseamos que cambie la iluminación, así como la ubicación de los objetos que miramos; disminuimos o aumentamos los intervalos, y multiplicamos nuestras visiones hasta que el aspecto del objeto dé fe del juicio que le es propio.*<sup>68</sup>

Una situación social, es decir históricamente definida, combina, por más coyuntural y actual que sea, fenómenos que tienen, cada uno, su propia escala temporal y espacial. En ese sentido, G. Levi sostiene que “la naturaleza precisa de la escala que opera sobre la realidad es puesta en evidencia por el tamaño de los universos sociales propios de diferentes categorías de personas y de campos diferentes de relaciones estructuradas”.<sup>69</sup> Aplicando un buen método, el análisis debería poder ajustar su foco a las dimensiones pertinentes del objeto e identificar las articulaciones que las vinculan. En efecto, la microhistoria ha privilegiado el análisis de las variaciones de escalas, de la mayor (referencia primera) a la menor, de modo tal que los investigadores y también los actores estudiados pueden beneficiarse: los primeros, para la inteligibilidad de sus investigaciones; los segundos, para realizar sus estrategias. “La manipulación deliberada de ese juego de escalas”, cuya productividad heurística han señalado Jacques Revel y Bernard Lepetit,<sup>70</sup> es entonces interna al método y a la sociedad; revela y utiliza series de “contextos encastrados”<sup>71</sup> que confieren a la vida social, según Patrick Williams, su “tornasolado”.<sup>72</sup> Sin embargo, mientras que la microhistoria se ha apropiado de ese cambio de escala, la antropología, en general,<sup>73</sup> se ha conformado con relacionar las observaciones más

---

68 Cicerón. “Premiers Académiques, II, VII (19)”, en *Les Stoïciens*. Paris, Gallimard, 1962.

69 Giovanni Levi. “Sobre microhistoria”, *op. cit.*, p. 124.

70 Jacques Revel. “L’histoire au ras du sol”, préface à G. Levi, en *Le Pouvoir au village. Histoire d’un exorciste dans le Piémont du XVII<sup>e</sup> siècle*. Paris, Gallimard, 1989, p. XXXII; y Bernard Lepetit. “Architecture, géographie, histoire: usages de l’échelle”, *Génèses* 13, 1993, p. 126.

71 Jacques Revel. “L’histoire au ras du sol”, *op. cit.*

72 Ver Patrick Williams. *Mariage tzigane*, *op. cit.*

73 Ver Christian Bromberger. “Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d’analyse dans l’histoire récente de l’ethnographie de la France”, en I. Chiva y U. Jeggle (eds.): *Ethnologies en miroir. La France et les pays de langue allemande*. Paris, Éd. de la MSH, 1987, pp. 67-94. Sin duda, es significativo que uno de los textos más esclarecedores en cuanto a los usos de la noción de escala en antropología aborde trabajos de etnología de Francia, como si la antropología se hubiera vuelto más sensible a esta cuestión esencial de método y teoría cuando sus campos (comuna, región, etc.) ya han sido abordados y señalados por la historia.

detalladas con significados generales, sin detenerse en el examen de eventuales niveles semánticos intermedios. Cuando Clifford Geertz describe “el ritmo conceptual interno” de sus análisis como “el vaivén dialéctico continuo entre lo más local de los detalles locales y la más global de las estructuras globales de forma tal que se logre verlos simultáneamente”,<sup>74</sup> se coloca en la línea de Mauss, quien asigna a la antropología la tarea de destacar “al hombre promedio” o “total” de cada sociedad estudiada. Ese objetivo solo puede alcanzarse si se supone que un francés por sí solo pueda significar Francia toda, un balinés, la sociedad de Bali, etc. En pocas palabras: que es posible establecer una correspondencia inmediata entre lo individual y lo colectivo, lo circunstancial y lo permanente. Para mostrar que existe una manera bien francesa de presumir, bien balinesa de solucionar los conflictos o bien alemana de caminar, se necesita tanto sostener y manipular el pincel descriptivo, como retirar las escalas sucesivas que permiten construir un objeto tan signifiante. En efecto, cómo establecer una conexión unívoca entre lo singular (determinada inglesa en una calle de Londres en determinada fecha) y lo general (la sociedad británica) sin aplanar todas las divisiones internas (clases, generaciones, estatus, etc.) propios de la sociedad inglesa, sin convertir todos los espacios sociales diferenciados en uno solo, en un todo homogéneo. Se debe suponer que “el melanesio de tal o cual isla” adhiere plenamente al conjunto social más amplio con el cual también tiende a confundirse: como dice Mauss, “está afectado en todo su ser por la menor de sus percepciones o por el menor choque mental”.<sup>75</sup> Al no mantener ninguna distancia con el mundo, esa persona sería, en cada instante, un resumen tipo de su sociedad, “una individualidad de síntesis”, observa Marc Augé, “expresión de una cultura considerada también ella como un todo”.<sup>76</sup>

Decididamente metonímico, el argumento que asimila sin ambages la parte con el todo no lleva a una reflexión sobre las incidencias empíricas y teóricas de las variaciones de escalas. La mayoría de las veces, la antropología ha descripto indistintamente las sociedades, sin evaluar en qué medida los marcos de observación muy diversos de un “campo” al otro determinan la construcción del modelo presentado

74 Clifford Geertz. *Savoir local, savoir global. Les lieux du savoir*. Paris, PUF, 1986, p. 88.

75 Ver Marcel Mauss. *Sociologie et anthropologie*. Paris, PUF, [1950] 1966, pp. 276, 304 y 306. Existe traducción al español: *Sociología y antropología*, trad. por Teresa Rubio de Martín-Retortillo. Madrid, Tecnos, 1979.

76 Marc Augé. *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, trad. por Margarita Mizraji. Barcelona, Gedisa, 1996, p. 28.

y la problemática elegida. La aldea, la región o la nación no pueden apprehenderse en las mismas condiciones ni dar lugar al mismo tipo de razonamiento. Estudiar, por ejemplo, una subcasta del sur de la India a partir de una aldea supone realizar una investigación directa por observación y entrevistas. Inversamente, analizar el conjunto del sistema de castas, como ha hecho también Louis Dumont,<sup>77</sup> ya no es posible sin hacer un largo desvío por las tradiciones escritas milenarias de la India. Y las lógicas sociales y culturales observables en cada uno de esos dos niveles no son necesariamente homotéticas. Del mismo modo, si efectúa un seguimiento cotidiano de los intercambios de bienes preciosos de un trobriandés con un pequeño número de interlocutores, el etnólogo no obtiene la misma comprensión del fenómeno que si reuniera de punta a punta el conjunto de transacciones de las que haya podido tomar conocimiento multiplicando las encuestas en diversos puntos del archipiélago.<sup>78</sup>

Sin embargo, la antropología prefiere generalizar antes que singularizar, hacer como si el todo metódicamente reconstituido dirigiera los elementos empíricamente separados, reabsorber los hechos particulares en una lógica global que los contendría a todos. El culturalismo procede de esa homogeneización de principio que transforma las prácticas singulares en signos pertinentes de un conjunto. Pero el efecto de totalización producido recorta las informaciones del alcance con frecuencia mucho más limitado y menos erudito que tenían en el juego de preguntas y respuestas generado por la encuesta. Según la época, el interlocutor y la situación del momento, los mismos datos etnográficos son portadores de mensajes diferentes o, en ocasiones, algunos datos reemplazan a otros que pueden haber sido emitidos en otros contextos. Además, todos los discursos son producidos por individuos que mantienen relaciones más o menos distantes, dubitativas o críticas con el universo social e intelectual de la colectividad:

Las culturas “trabajan” como la madera verde y no constituyen nunca totalidades acabadas –por razones intrínsecas y extrínsecas–; y los individuos, por simples que se los imagine, no lo son nunca lo bastante como para no

---

77 Louis Dumont. *Une sous-caste de l'Inde du Sud. Organisation sociale et religion des Pramalai Kallar*. Paris-La Haye, Mouton, 1957; *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes*. Paris, Gallimard, 1966.

78 “Todos los tipos de transacciones pueden estudiarse a partir de casos reales conexos, que figuran en cuadros sinópticos”, advierte Bronislaw Malinowski en *Les Argonautes du Pacifique occidental*. Paris, Gallimard, 1963, p. 71. Existe traducción al español: *Los argonautas del Pacífico occidental*, trad. por Antonio J. Desmonts. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1986.

situarse con respecto al orden que les asigna un lugar: no expresan la totalidad sino bajo un cierto ángulo.<sup>79</sup>

Así pues, las sociedades no constituyen bloques compactos; su fragilidad estructural, que se debe a su inscripción en el tiempo, se alimenta de las tensiones entre las personas y los grupos: el holismo, punto de vista que privilegia el interés general, y el individualismo, basado en el interés particular, coexisten de hecho en forma permanente como dos tipos de argumentos necesarios, pero cada uno es incapaz de caracterizar por sí solo una formación social tipo.

Es cierto que empíricamente una sociedad no puede captarse en su cotidianeidad sino a través de flujos disímiles e inacabados de prácticas y de discursos individuales. Cada uno intenta hacer coincidir en su provecho los intereses dominantes –que el etnólogo a veces toma como “el interés colectivo”– con su propia desiderata, reconstruir a su favor la coyuntura, modificar las normas en razón de los proyectos del momento. Tejida de múltiples estrategias que se entrecruzan, se enfrentan o se equilibran temporalmente, la colectividad estudiada se define como un espacio de interlocuciones y de comportamientos repetidos: en los hechos mismos, en los intercambios de palabras inducidos por la encuesta, la sociedad resiste toda cosificación. Plantearla como un objeto cerrado y determinado por sus contornos implica apartarse deliberadamente de los movimientos que hacen cuerpo con la realidad.

El distanciamiento de las prácticas es la condición previa de la construcción de la sociedad como totalidad. Visto desde un avión, el conjunto parece más importante que las partes y, dada la velocidad del aparato, casi inmóvil; mientras que el “piloto antropólogo”, con su ángulo de visión amplio, tiene la sensación de englobar con una sola mirada la finalidad última de los comportamientos de los actores, estos son considerados parcialmente ciegos, ya que dan a sus celestes observadores la impresión de estar pegados al piso. Desde lo alto de la posición de *deus ex machina* o de director de marionetas, en la cual se ha instalado autocráticamente, el investigador puede decidir acerca del sentido oculto de las acciones y los testimonios de los indígenas. Con frecuencia, estos quedarían muy sorprendidos al saber que su universo mental es tripartito, que sus intercambios no tienen ninguna finalidad práctica o que su modo de pensamiento es “sociocósmico”. La sobreimposición de lógicas definidas fuera de contexto sobre un campo

---

79 Marc Augé. *Los “no lugares”, op. cit., p. 29.*

social del que desean dar cuenta suele producir efectos ridículos que alimentan todas las caricaturas de la antropología:<sup>80</sup> los etnólogos, para el sentido común y para un gran número de “etnologizados”, serían esos extranjeros que pretenden que todas las francesas sean pelirrojas, que los africanos sigan degollando los pollos girando hacia el oeste o que las entradas precedan al plato principal porque lo crudo es anterior a lo cocido. A veces, alcanza con las observaciones de sentido común de un observador sin pretensiones etnológicas para que se derrumbe el castillo de naipes de las interpretaciones que sistemáticamente privilegian la autoridad de las creencias y de las prohibiciones indígenas: ese espacio que el etnólogo se imagina “tabú” termina siendo simplemente impracticable en razón de la densidad de la vegetación; sin duda, es ofensivo sentarse sobre la almohada de un anciano porque su cabeza es sagrada, sostienen los kanak; pero ello no impide que el descortés o el torpe que infrinja esa norma de decoro no sea reprendido, porque la aplicación de la norma siempre es función de la apreciación de las circunstancias.

Al sobrecargar de significados y de condiciones “simbólicas” los menores hechos y gestos que su trabajo de observación aísla, la antropología no solo fuerza el trazo con cierta ingenuidad, sino que también arroja al pantanal de la empiria microsocia las placas de una lógica sólida que apisona la complejidad de las situaciones bajo simplificaciones generalizadoras. Si se tratan los actos y las palabras indígenas como muestras impávidas de una realidad supuestamente más homogénea y unánime que articulada y problemática, no es difícil saltar de golpe de lo local a lo global.

La voluntad antropológica de trascender los particularismos circunstanciales vertiéndolos en el molde prefabricado y todopoderoso de significaciones que los superan halla el principal medio de sus ambiciones en el recurso de la noción de “simbólico”. Se sabe que “simbólico”, a veces adjetivo (función, sistema, orden simbólico, etc.), a veces sustantivo (lo simbólico) sustituyó a “sagrado” y a “representación” con el auge del estructuralismo en antropología y en psicoanálisis. El uso del término se ha generalizado sobre la base de la analogía postulada entre sociedad y lenguaje. Si las actitudes y los pensamientos son a la sociedad lo que los fenómenos son a la lengua, el antropólogo debe

---

80 Philippe Barrot. *High Light. Cigarettes*. Paris, M. Nadeau, 1992. Esta novela parodia con humor la prosa etnológica cuando adopta un tono perentorio y necesariamente “erudito” para decretar *ex cathedra* el sentido de las cosas.

considerar los actos y las palabras de los indígenas como los elementos de un sistema de significaciones, de un código. Este último tiene la función de establecer la pertinencia de los hechos sociales tratándolos como elementos vinculados entre ellos a la manera de los fonemas de un idioma. Son “simbólicos” en la medida en que no significan cada uno por separado, sino unos con respecto a otros, al punto de constituir cadenas de significantes mutuamente convertibles. André-Georges Haudricourt y Georges Granai han criticado este punto de vista, porque reduce las funciones de comunicación social del lenguaje al sistema de la lengua y privilegia la sincronía en detrimento de la diacronía.<sup>81</sup>

Al llevar el símbolo hacia el signo,<sup>82</sup> la importación del modelo lingüístico a la antropología deja suponer que los comportamientos sociales son asimilables a términos descontextualizados. Los locutores no tienen conciencia de las estructuras de su lengua; análogamente, a los miembros de una colectividad se les impondrían conexiones entre signos constitutivos de un orden lógico previo a la sociedad misma. Si, según el idealismo lévi-straussiano, lo simbólico se sitúa en el origen de la sociedad,<sup>83</sup> toda actitud o todo discurso son inmediatamente significantes por referencia a un orden lógico que los engloba: las palabras y los gestos más ínfimos se inscriben de manera automática en el firmamento de una lógica totalizadora, trascendente a la práctica y única escala pertinente de los fenómenos.

Por ello, Pierre Clastres no duda en ver en los gestos que acompañan el nacimiento de un niño guayaquí la “ilustración”<sup>84</sup> de un breve pasaje “del” mito de origen de los hombres que pudo recoger en esa comunidad indígena del Paraguay: los primeros ancestros de

---

81 André-Georges Haudricourt y Georges Granai (“Linguistique et sociologie”, *Cahiers internationaux de sociologie* 19, 1955) denuncian la confusión entre la lengua en tanto “objeto concreto y particular para el lingüista” y el lenguaje como “todo sistema de signos capaz de servir de comunicación entre individuos” (pp. 114-114); se alzan también en contra de una concepción ahistórica de los sistemas lingüísticos y sociales: “el análisis estructural efectuado en sincronía tiende a aislar el sistema de su contexto sociológico y escapa difícilmente al formalismo” (p. 127). Existe traducción al español: “Lingüística y sociología”, en *Estructuralismo y lingüística*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1969.

82 Ver Vincent Descombes. “L'équivoque du symbolique”, *Confrontations* 3, 1980, pp. 77-95.

83 Ver Claude Lévi-Strauss. “Introduction à l'œuvre de Marcel Mauss”, en M. Mauss: *Sociologie et anthropologie*, op. cit. Existe traducción al español: “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en M. Mauss: *Sociología y antropología*, op. cit.

84 Pierre Clastres. *Chronique des Indiens Guayaki. Ce que savent les Aché, chasseurs nomades du Paraguay*. París, Plon, 1972, p. 16. Existe traducción al español: *Crónica de los indios guayaquis. Lo que saben los ache, cazadores nómadas del Paraguay*, trad. por Alberto Clavería. Barcelona, Alta Fulla, 2001.

los guayaqui vivían bajo el suelo, como tatúes en su madriguera; “para transformarse en humanos, tenían que salir de su guarida subterránea y, para lograrlo, *se elevaban* a lo largo de la pared que remontaban”.<sup>85</sup> Sin embargo, apenas nace el niño (*waa*), “cae”, dicen los indígenas, una mujer lo toma en sus brazos. Esa benévola persona se llama “la que ha levantado”, nombre compuesto a partir del verbo *upi* (“levantar”). Clastres se apoya en ese término para relacionar un gesto con el movimiento de los ancestros míticos que también *se elevaban* (*upi*) hacia la superficie terrestre:

el acto de “nacimiento” de los primeros guayaqui fue una *elevación* que los separó de la tierra. Del mismo modo, el nacimiento de un niño se realiza en el acto en que el individuo toma su verdadero origen, no en la *waa*, caída que reanuda la vieja conjunción del hombre y la tierra, sino en el *upi* que rompe ese lazo. La mujer alza al niño, y lo arranca así de la tierra donde se lo había dejado yacer (...). Texto e imagen, el mito de origen y el ritual [*sic*] de nacimiento se traducen y se ilustran mutuamente, y los guayaqui, *para cada recién nacido*, repiten sin saberlo [*sic*] el discurso inaugural de su propia historia en ese gesto que debe leerse como si se escuchara una palabra.<sup>86</sup>

Por su parte, los indígenas no establecen, ni durante ni después del alumbramiento, conexiones entre el nacimiento de los niños y el surgimiento de los ancestros; lo que es peor: se mantienen callados, al punto que, en varias ocasiones, Clastres, como sorprendido, se siente obligado a explicar esa actitud: elogia su “discreción” o bien su total participación en la acción, luego imagina que una misma lógica simbólica vincula algunos hechos que, sin embargo, *a priori* parecen bien distintos, incluso inconmensurables: una mujer cuya función es alzar a un niño —a medida que avanza el análisis, el gesto se convierte en un “ritual”, luego en una ¡“ceremonia”!— y el episodio fabuloso de una narración por la cual los miembros de una pequeña sociedad forestal evocan sus orígenes. El verbo “alzar” sirve de clavija para pasar de simples movimientos individuales de brazos (cargar al niño, lavarlo) a un pensamiento colectivo sobre el advenimiento de la humanidad, de un detalle comportamental a la cosmogonía guayaqui. La construcción, a partir de argumentos en este caso bien fundamentados, de un metalenguaje que confiere sentido a todo lo que sucede, más allá de los contextos y las escalas de observación, permite al etnólogo revelar “el

---

85 *Ibid.*

86 *Ibid.*, p. 17.

orden secreto de las cosas”.<sup>87</sup> Clastres se instala con mayor facilidad en esa posición de doctor ventrílocuo en teología amazónica, porque está convencido de que, en el fondo, los indígenas no tienen mucho qué decir, porque hasta en su silencio serían portadores de un “pensamiento salvaje, inconciencia de sí hasta el punto en que solo los gestos la dicen” y, por ende, decididamente muy distinta del “logos más poderosamente dueño de sí del pensamiento occidental”.<sup>88</sup>

La primacía de la lengua sobre la palabra, de lo simbólico sobre lo social, de la forma sobre el contenido, desvaloriza la interpretación “indígena”. Escribe Lévi-Strauss:

[si] redujéramos la realidad social a la concepción que el hombre, incluso salvaje, se hace de ella, (...) la etnografía se disolvería en una fenomenología verbosa, mezcla falsamente ingenua donde las oscuridades aparentes del pensamiento indígena solo serían presentadas para cubrir las confusiones, de otro modo demasiado manifiestas, de aquellas del etnógrafo.<sup>89</sup>

Por lo tanto, no habría que elevar la teoría indígena al rango de la argumentación discursiva tal como la define Lalande (“operación del pensamiento que alcanza el objetivo al que tiende por una serie de operaciones parciales intermedias”),<sup>90</sup> sino aprehenderla como una realidad mental estática, reflejo de un pensamiento fundamentalmente externo a los actores. Se pasa así de la sociedad del espíritu humano, según un modelo que vincula –como el significante con el significado– las proposiciones particulares de los indígenas –consideradas oscuras– con las generalidades esclarecedoras del antropólogo. La invocación de lo “simbólico”, en el sentido definido más arriba, es absolutamente indispensable en este procedimiento, porque reconduce, dentro de una grilla interpretativa clara, autónoma y colectiva, la confusión aparente de los enunciados singulares e individuales. Esos últimos se funden juntos, como si la sociedad se expresara con una sola voz y para la eternidad, sin que ninguno de sus miembros hable nunca en nombre propio, en una época determinada, a partir de una posición precisa. Eludir el examen *in situ* de los testimonios indígenas permite erigir la menor frase oída en “palabra de verdad” sobre la “cultura”, reforzada

---

87 *Ibid.*, p. 18.

88 *Ibid.*, p. 35.

89 Claude Lévi-Strauss. “Introduction à l’œuvre de Marcel Mauss”, *op. cit.*, pp. XLVI.

90 André Lalande. *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*. Paris, PUF, [1926] 1988. Existe traducción al español: *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, trad. por Oberdan Caletti y rev. por Gregorio Weinberg. Buenos Aires, El Ateneo, [1953] 1967.

así en su homogeneidad y su inmovilidad presupuestas.

Un razonamiento macroscópico de malla tan amplia abandona lo individual, lo temporal y lo evenemencial a lo marchito de la historia, para trazar mejor el esbozo de un mundo que se considera finalmente comprensible porque está liberado de lo sagrado, del poder y de las pasiones. Esa desvinculación lógica nos libera, a fin de cuentas, de seres sin espesor, descompuestos en “estructuras estratificadas”, reducidos a perchas en las que el antropólogo cuelga formas calificadas de “simbólicas” porque participarían de un lenguaje codificado, de un metalenguaje finalmente identificado con la sociedad toda. La eficacia simbólica tan elogiada funciona como un resorte de la acción en un tipo de análisis que, al dejar la mejor parte a la automaticidad de los comportamientos, se asemeja a la puesta en escena: todo sucede como si los actores, envueltos en sus disfraces y máscaras, se expresaran sin saberlo en un solo registro, el de la obra de teatro permanente que la sociedad o el antropólogo habrían escrito y montado. Para que el espectáculo se atenga a los límites del proyecto, solo se debe aprehender las realidades en una sola escala, la más global posible; así, lo particular y lo general se confunden permanentemente.

Tal visión unificada del mundo social estalla cuando se procede a una diversificación de las escalas de análisis y, singularmente, cuando se privilegia la observación microetnológica. Si la idea de un inconsciente autorregulado se sostiene a partir de una lógica de las formas, generalizable y exportables porque es puesta en evidencia por una investigación comparatista y sincrónica que cubre un gran número de sociedades y de épocas, las relaciones de proximidad a partir de las cuales se elabora el sentido práctico de los comportamientos solo se revelan, en cambio, mediante el examen de situaciones particulares y locales. En ese caso, las individualidades concretas, insertas en redes operacionales de relaciones y, por ello, participantes en una historia tanto personal como colectiva, se hallan en el centro de una investigación científica que no separa el trigo estructural de la paja coyuntural. La investigación y el análisis microsociológicos desenredan los hilos de una empiria que se vuelve más tupida cuando la observación es más minuciosa. Los efectos de sentido se relacionan con los vínculos que las personas establecen entre todos los hechos, pequeños o grandes, pasados y presentes, que suceden. Los encadenamientos de gestos y de palabras de cada una de las personas que toman parte en la situación presente tejen la trama estrecha y permanentemente recompuesta de las interpretaciones locales. Es peligroso descontextualizar de oficio esos discursos,

descomponerlos en figuras que serían los signos de un nuevo lenguaje, el de las “estructuras profundas”. Los procedimientos dialógicos aplicados en la interacción son inseparables de las normas que proclaman en contextos particulares. Luego se debe evaluar la capacidad de algunos juicios y clasificaciones convencionales de operar en varios contextos de escalas diferentes.

Estos esquemas interpretativos generales y flexibles sostienen un lenguaje verbal y no verbal general compartido por los miembros de un mismo conjunto cultural. La antropología ha insistido en describir ese léxico de las formas más corrientes de comportamientos intelectuales, corporales o afectivos en términos de “categorías” o de “modos de pensamiento” que darían cuenta simultáneamente de casos particulares y de fenómenos más globales. Las prácticas cotidianas o excepcionales, permanentes o temporarias, marginales o centrales, serían así la proyección, en los lugares más recónditos de la realidad social, de grandes esquemas morfológicos, cosmogónicos o naturalistas. Por ejemplo, Sahlins sostiene, en relación con enunciados hawaianos, que las narraciones más cotidianas presentan “una serie de distinciones y de relaciones entre la tierra y el mar, la agricultura y la pesca, el anciano y el joven, el nacimiento y la adopción: los mismos tipos de diferencias que cumplen un papel en el rito o el mito real”.<sup>91</sup> Pero este análisis elimina toda distinción eventual entre lo que los lingüistas llaman los “niveles de lengua”. En efecto, tenemos derecho a preguntarnos si todos los tipos de interlocución aplican las mismas categorías y si lo hacen del mismo modo. Además, la consideración de los datos etnográficos por lo que son, a saber, como diría Bateson, “unidades de la corriente comunicacional”,<sup>92</sup> permite pensar que las “categorías” presentan contornos menos claros y características menos unívocas que lo que creen los fundadores de la escuela francesa de sociología y sus émulos:<sup>93</sup> se

91 Marshall Sahlins. *Des îles dans l'histoire*, op. cit., p. 63.

92 Yves Winkin (ed.). *La Nouvelle Communication*. Paris, Éd. du Seuil, 1981, p. 127. Textos de Bateson, Birdwhistell, Goffman, Hall, Jackson, Schefflen, Sigman, Watzlawick. Existe traducción al español: *La nueva comunicación*. Barcelona, Kairós, 1984.

93 Como observábamos (ver Patrick Beillevaire y Alban Bensa. “Mauss dans la tradition durkheimienne de l'individu à la personne”, *Critique* 40, 1984, p. 535), para Durkheim, “las categorías son las ‘cosas sociales’” que “no están hechas para aplicarse únicamente al reino social”, sino que “se extienden a la realidad entera”. Su función es “dominar y envolver todos los demás conceptos: son los marcos permanentes de la vida social”. Ver Émile Durkheim. *Les Formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*. Paris, PUF, [1912] 1968, pp. 593-638. Existe traducción al español: *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*, trad. por Ramón Ramos. Madrid, Akal, 1982.

elaboran según las condiciones de la interacción sin reflejar mecánicamente una estructura semántica trascendente y tratando con prudencia cierta ambigüedad de sentido.

Las distinciones entre los niveles “micro” y “macro” no son las que opondrían el caso particular a la generalidad, el ejemplo a la teoría, sino las que se pueden establecer si se presta atención a los modos de comunicación escogidos por nuestros interlocutores. Estos se expresan en registros diferentes; es abusivo considerar que el alcance de sus palabras siempre es el de la mayor totalidad, así lo deseen o no. Al volver las escalas de expresión más amplias –las menos contextualizadas– sobre las más pequeñas, los etnólogos suelen convertir a sus informantes en una suerte de poetas que atribuirían al más ínfimo y material de los detalles un significado casi cósmico y desarrollarían teorías tan eruditas como aquellas que la antropología sueña tener. Así pues, para que el llamado “pensamiento simbólico” se convierta en la especialidad de la antropología cultural, ha sido necesario construir en parte un objeto de estudio *ad hoc*, sin que la noción de simbólico haya sido totalmente esclarecida.

La capacidad de simbolizar define toda forma de lenguaje: sonidos y gestos coordinados producen formas por las cuales el mundo es dicho, mostrado. En ese sentido, lo simbólico es coextensivo del lenguaje. La relación de la cosa consigo misma es lo imposible real, la noche autista y su misterio. La mediación por lo simbólico coloca en el mundo, hace ser porque hace comunicar. Como condición de toda comunicación, lo simbólico pertenece a una realidad antropológica esencial pero tan general que no es operatoria para el análisis de los fenómenos sociales.

Entre los sistemas de comunicación, las lenguas habladas y las artes confieren al hombre y solo a él un dominio de sus posibilidades adquiridas de expresión. En un *après-coup* permanente, la lengua, forma rígida y materia maleable, está a disposición del hombre. En antropología, también se designa como “simbólica” a la capacidad de decir una cosa con otra; sin embargo, esa comunicación “en segundo grado”, por correspondencia de términos preconstituidos en la lengua, no es asimilable al régimen necesario y general de toda comunicación. Se trata de un uso retórico particular, bien distinto de otras prácticas del lenguaje: todas las sociedades establecen una distinción entre una expresión indirecta, “simbólica” y una palabra más directa. Este juego de los hombres con los signos, que la atención a lo microsociedad evidencia con claridad, es el producto de una actitud intelectual perfectamente controlable, una forma de discurso,

y no la expresión de una hipotética “mentalidad”.<sup>94</sup> Los enunciados son jerarquizados por quienes los pronuncian. Las figuras retóricas pertenecen a sistemas de argumentación que demuestran, prueban o cuestionan; coexisten con otros tipos de discursos, y cada uno de ellos establece una distancia específica con lo que desea significar. Conviene considerarlos como técnicas de comunicación y relacionar el fondo con la forma, los pensamientos con los soportes de su transmisión, es decir, finalmente, con la historia de la cultura de la que se han tomado los documentos estudiados. La memoria, el debate, el conocimiento, en una época determinada, son inseparables de los medios y de las formas retóricas que los transmiten. Las ideas y los pensamientos no abordan la realidad sino a través de las relaciones que establecen y mantienen con los hombres.

Lo simbólico es un medio de comunicación, un tropo que se ha de ubicar en el juego de las enunciaciones. Pero la antropología ha hecho de él un modo de pensamiento o una categoría cognitiva utilizando el equívoco que atribuye las propiedades significantes generales del lenguaje al ordenamiento contextual de las imágenes, a la retórica. Por ello, la noción de simbólico tiende a confundir metáfora y lógica de la mente, construcciones circunstanciales y causas estructurales. Por esa vía, una lógica universal de la comunicación sustituye las diversas producciones locales de efectos de sentido; las que desarrollan reflexiones y administran pruebas, o bien las que proceden por sobrecarga de significaciones, en un mismo punto, a través de los ritos y el recurso a los afectos. Estas experiencias, tan intelectuales como sociales y psicológicas, no pueden reducirse a una combinatoria de formas cuyas reglas estarían planteadas fuera de las situaciones observadas, porque las configuraciones verbales concretas, que hacen cuerpo con las realidades sociales empíricamente tangibles, se generan en y por el contexto histórico.

Ese tipo de perspectiva invalida todo intento de instaurar una primacía o una anterioridad de las formas sobre los contenidos. Por ejemplo, la historia del arte debe poder relacionar una lectura puramente estilística de las obras con las condiciones sociales (pedido, papel de los mecenas, estado del mercado, etc.) en las cuales fueron elaboradas.<sup>95</sup> Análogamente, la antropología no debe disociar las

---

94 Ver Geoffrey E. R. Lloyd. *Pour en finir avec les mentalités*. Paris, La Découverte, 1994. Existe traducción al español: *Las mentalidades y su desenmascaramiento*. Madrid, Siglo XXI, 1996.

95 Ver Carlo Ginzburg. *Enquête sur Piero della Francesca*. Paris, Flammarion, 1983.

formas que observa de la historia que les provee contenidos. Pero la antropología estructural ha reducido el símbolo a un signo impermeable a la duración.

Al renunciar a los análisis atemporales que acabamos de criticar, ¿quedamos condenados al historicismo, a un relativismo cultural e histórico absoluto, incapaz de abstraerse de los contextos para comparar y llegar a explicaciones generales que den cuenta de fenómenos similares observados en sociedades diferentes? La inteligencia de las situaciones más circunscriptas por la microhistoria o la etnología pone en evidencia procedimientos, reglas de enunciación, facultades para comunicar cuya lógica no es irreductiblemente específica de los contextos, sino que se halla e interviene en otras partes también. Ninguna de las singularidades y de las configuraciones particulares que el historiador estudia es absolutamente única; pero se ven similitudes importantes entre, por ejemplo, las estructuras políticas del Japón antiguo, Madagascar y Polinesia, sin que podamos establecer relaciones históricas precisas entre esas regiones. Si bien los comportamientos parecen elaborarse por completo paso a paso en el juego de las interacciones que caracterizan cada situación particular, la estrategia sigue estando limitada por el *habitus*, y las capacidades de construcción y de simbolización del lazo social dependen de restricciones que se imponen a los actores como herencias parcialmente independientes de cada contenido relacional concreto. A las ciencias sociales se les plantea una cuestión teórica esencial: determinar la naturaleza de esa autoridad invisible y evaluar en qué medida puede incidir en contextos diferentes. Si la microhistoria, al asignar una gran importancia a las capacidades individuales de los actores, corre el riesgo de olvidar que las nociones de estrategia y de interés también están construidas históricamente, la antropología estructural, al calificar como “inconsciente” la influencia del *déjà-là* (ya ahí) sobre el *ici-bas* (aquí abajo) decreta, sin convencernos, que en todas las circunstancias la impronta del inconsciente sociológico –de estatus incierto, sin embargo– siempre es más fuerte; y ello lleva, profundizando la brecha entre antropología e historia,<sup>96</sup> a asignar a las prácticas conscientes y a la dinámica de las coyunturas históricas un papel residual.

---

96 Como hizo, por ejemplo, Lévi-Strauss, al sostener que “la historia y la etnología se distinguen sobre todo por la elección de perspectivas complementarias: la historia organiza sus datos en relación con las expresiones conscientes de la vida social, y la etnología en relación con las condiciones inconscientes” (en *Antropología estructural*, trad. por Eliseo Verón. Barcelona, Paidós, 1985, p. 66).

Sin embargo, queda por descubrir, detrás de la diversidad de las expresiones culturales asimiladas a los lenguajes, una lógica universal de las formas. Ese objetivo neokantiano no se ha traducido necesariamente en la definición de categorías y de ecuaciones. Así se suponga que reflejan la realidad sociológica (Durkheim) o las constituyan en virtud de la eficacia casi mágica de lo simbólico (Lévi-Strauss), estas nociones y relaciones permanentes dan a la práctica marcos preestablecidos de realización. Para obtener ese tipo de datos trascendentales, la antropología estructural reduce la diversidad de los sistemas de signos observables en el mundo<sup>97</sup> a matrices lógicas que los generarían. El comparatismo introduce una traducción de los códigos locales unos en otros, hasta la aplicación de una suerte de esperanto antropológico. Los juegos particulares de las formas se relacionan entonces con categorías, con las “restricciones inherentes al funcionamiento de la mente”,<sup>98</sup> dice Lévi-Strauss, y por esa vía, con las reglas más generales. La teoría supone aquí que los signos y su lugar en el espíritu humano preexisten a la interacción entre las personas. Así pues, las homologías entre sistemas culturales serían imputables a la aplicación de las mismas reglas del espíritu a contextos históricos diferentes, sin ofrecer las razones de esta muy curiosa epifanía. Pero las sociedades no son los dialectos de una misma lengua, como dejan pensar las comparaciones pseudolingüísticas que sustituyen con lógicas simbólicas formales las lógicas sociales concretas, sin ver que los procesos de simbolización dicen las relaciones, pero no las crean.

La antropología y su tarea comparativa podrían volver a ponerse de pie si abandonaran esa suerte de sacerdocio que consiste en ubicar el origen del sentido fuera de las prácticas efectivas, conscientes e inconscientes, de los actores. Para ello, conviene considerar los enunciados y los actos no como las proyecciones de modelos atemporales e inmanejables, sino como soluciones a los problemas de comunicación que surgen de las interacciones situadas con precisión. La similitud de las producciones simbólicas de diversas sociedades no podría deducirse de una lógica abstracta y universal de las formas: resulta de la homología de los procedimientos aplicados en situaciones concretas homólogas. Las referencias al espíritu humano o a las “mentalidades”, en su

---

97 Observemos que, la mayoría de las veces, muchos antropólogos limitan sus investigaciones a vastas áreas regionales sin dar el salto a lo universal.

98 Claude Lévi-Strauss. *Le Regard éloigné*. Paris, Plon, 1983, p. 160. Existe traducción al español: *La mirada distante*, trad. por Juan Manuel Azpitarte. Madrid, Argos Vergara, 1984.

generalidad, impiden ver el verdadero nivel de pertinencia: el de las configuraciones sociales<sup>99</sup> y lógicas necesarias que inducen expresiones similares en culturas muy diferentes. Una misma lógica histórica separa a un rey de sus sujetos, establece lazos entre *gravitas* y *celeritas*, entre autóctono y origen lejano, etc., tanto en Fiyi como en Roma, en Tokio como en Segú o en el país kanak. En este último caso, por ejemplo, la distinción entre amos de la tierra, antiguamente instalados en una región, y recién llegados, considerados como “extranjeros”, se establece *primero* de hecho, a través del encuentro de dos grupos de personas en un mismo lugar. Lo importante es investigar por qué y cómo esa situación *luego* sirve para elaborar, a través de los estatus de “autóctono fundador” y “extranjero jefe”, una conceptualización dual fuerte y trasladable a otros contextos. El modelo nace de las circunstancias, y no a la inversa. “Nuestro hablar obtiene su sentido del resto de nuestra actuación”, recuerda justamente Wittgenstein.<sup>100</sup>

---

99 Ver Norbert Elias. *La Societé des individus*. Paris, Fayard, 1987. Existe traducción al español: *La sociedad de los individuos: ensayos*. Barcelona, Península, 1990.

100 Ludwig Wittgenstein. *Sobre la certeza*, trad. por Josep Lluís Prades y Vicent Raga. Barcelona, Gedisa, 1998, p. 233, § 229.



## DE LA ESCALA EN HISTORIA

Bernard Lepetit

### De lo particular a lo general

La historia es una buena chica, un poco indolente pero siempre dispuesta a seguir, sin discutir demasiado, a quien acaba de seducirla. Hoy en día, la microhistoria está de moda. Las propuestas formuladas por el grupo de historiadores italianos reunidos en torno a la revista *Quaderni storici* y a la colección de las "Microstorie" ofrecen una referencia y un modelo. Algunas prácticas dicen adoptar esas propuestas, se organizan algunos debates –cuyas repercusiones habría que medir– y, en la incertidumbre por la que en este momento se caracteriza la historia como las demás ciencias humanas, constituyen un punto de referencia.<sup>1</sup> Parece fácil decir que se adoptan esas propuestas: la elección de un episodio minúsculo o de un horizonte limitado parece garantizar por sí sola la obtención de un diploma de microhistoriador. Pero los métodos de la *microstoria* son diversos, sus implicaciones teóricas son analizadas de una manera más prolija que precisa por sus promotores, y la referencia a ella (¿cuántos libros, cuántos artículos realmente se citan?) es a veces más fascinante que efectiva. Por ello, el estatus que se le confiere a la microhistoria y el papel heurístico que se le asigna todavía son poco claros. Un análisis de caso permitirá sugerirlo.

El último libro que Guy Bois dedicó a la mutación de la cristianidad occidental alrededor del año mil es un libro ambicioso.<sup>2</sup> Intenta

---

1 Sobre este contexto intelectual y sobre las propuestas que induce: "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?", *Annales ESC*, Vol. 43, N° 2, 1988, pp. 291-293; "Tentons l'expérience", *Annales ESC*, Vol. 44, N° 6, 1989, pp. 1317-1323; Bernard Lepetit y Jacques Revel. "L'expérimentation contre l'arbitraire", *Annales ESC*, Vol. 47, N° 1, 1992, pp. 261-265.

2 Guy Bois. *La Mutation de l'an mil, Lournand, village mâconnais de l'Antiquité au féodalisme*. Paris, Fayard, 1989 [Existe traducción al español: *La revolución del año mil. Lournand*,

proponer un modelo que pueda dar cuenta del pasaje, en Europa, de un sistema social heredado de la Antigüedad a otro, nacido de la revolución feudal y resultante, poco a poco, de los efectos del trabajo de los hogares campesinos y de las comunidades aldeanas. Sin embargo, esa importante mutación de toda una “economía-mundo” está sostenida, en el orden empírico, con una punta de alfiler. Al argumentar solo a partir del poblado maconnais de Lournand –350 personas que viven a pasos de la abadía de Cluny–, Guy Bois optó deliberadamente por la microhistoria. Despliega varios argumentos para justificar esa opción metodológica. El primero es del orden de la necesidad: la observación intensiva de una célula elemental es tan indispensable para el análisis del historiador como para el del biólogo. El segundo motivo es el deseo de invertir la mirada sobre la sociedad, orientando el proyecto de abajo hacia arriba, a partir de las explotaciones campesinas y de los poblados, y no del Estado y las ciudades. La inversión de perspectiva, a la vez, por el hecho de que “la construcción del sistema feudal se produce desde la base”,<sup>3</sup> pero también porque “lo general no puede aprehenderse por la simple adición o yuxtaposición de situaciones particulares”. El tercer motivo está vinculado con el papel de la observación localizada respecto de la teoría: por un lado, cumple un papel de protección frente a los riesgos de esquematización teórica abusiva; por otro lado, obliga a modificar los modelos interpretativos y a recomponer de otra forma la materia histórica, oponiéndole la variedad de lo real.

El lector habrá podido observar que estas razones, explicitadas en el libro, se inscriben en tradiciones e implican prácticas que no coinciden. Del lado de los métodos, la observación intensiva, en ciencias sociales, remite menos a la biología celular que a los modos de validación de la ciencia interpretativa y de la *thick description* antropológica; en cambio, la puesta a prueba de las hipótesis teóricas por la observación empírica particular conduce hacia el positivismo lógico. Del lado del objeto, lo local aparece como una suerte de modelo reducido de una dinámica general: una muestra, a veces aleatoria, otras veces razonada. Pero, de una manera muy diferente, también se lo presenta como el elemento constitutivo de un proceso de conjunto que halla su origen en la interacción

---

aldea del Mâconnais, de la Antigüedad al feudalismo, trad. por Jordi Beltrán. Barcelona, Crítica, 1991]. Sobre los primeros momentos de la suerte crítica del libro: “L’An Mil. Rythmes et acteurs d’une croissance”, *Médiévaux* 21, otoño de 1991.

3 *Ibid.*, p. 239.

eficaz de las situaciones locales. Se podría añadir a estas tradiciones diferentes algunos rastros de realismo histórico: lo local es asimilado a lo real y obliga a contenerse contra toda tentación demasiado teorizadora. El libro ha sido leído y discutido, pero rara vez en relación con el método: si los historiadores pudieron ver, con unas pocas líneas de intervalo en una misma obra, proposiciones tan poco compatibles, sin duda se debió a que se encuentran en una situación de gran incertidumbre frente al enfoque monográfico. De modo que el riesgo consiste en que el análisis de caso ocupe una posición simétrica al de la estadística descriptiva en una historia serial tradicional: como los cuadros y los gráficos, la presentación de los datos locales se reduce a un uso simbólico, a una suerte de convención cuya función es exhibir la validez de la investigación. Pero, por el contrario, sostendremos que las virtudes heurísticas de la microhistoria son más fuertes y que una práctica más productiva del oficio del historiador derivará de un conocimiento más explícito de las modalidades diversas del razonamiento histórico y de sus implicaciones. Aquí nos esforzaremos por añadir una pieza a ese proyecto, sobre las cuestiones vinculadas a la escala y a la generalización.

La última noción es equívoca. Un diccionario filosófico usual define de tres maneras el pasaje de lo particular a lo general que aquella designa. La primera marca el pasaje del objeto singular al concepto. La segunda remite a la operación por la cual se extiende a toda una clase lo que ha sido observado sobre un número limitado de individuos o de casos pertenecientes a esa clase: la generalización es, entonces, una forma de la inducción. Cuando Pierre Deyon, por ejemplo, veía en el análisis de la sociedad de una capital provincial francesa una contribución al estudio de las promociones y las diferenciaciones burguesas y, más generalmente, del funcionamiento social del siglo XVII, su trabajo se inscribía en ese tipo de operación. La última operación acerca la generalización a la analogía: sobre la base de similitudes entre clases, se extiende a una lo que se ha reconocido como verdadero en otra. La última obra de Carlo Ginzburg, *Historia nocturna*, me parece un buen ejemplo en ese sentido. No elegiremos ninguna de estas definiciones, pero rendiremos de ellas varias indicaciones triviales. La generalización es un procedimiento abstracto y un proceso de abstracción: su resultado se inscribe por completo en el orden de las representaciones. Opera por selección de los términos comunes y por la pérdida de la singularidad, del detalle, de la diferencia concebida como secundaria. Los cartógrafos lo saben por su práctica cotidiana: generalizar para poder dibujar un mapa significa sacrificar los detalles del trazado de un río o de una línea

costera en función de la escala de la representación escogida, significa disminuir el número de las variaciones reconocidas como pertinentes. El trabajo cartográfico subraya lo que la definición filosófica implicaba: la definición de la generalización no indica nada —salvo decir, como hemos visto, que es abstracto— sobre el nivel en el cual debe ubicarse la operación, nada en cuanto a la naturaleza o a la extensión de las clases que se propone caracterizar.<sup>4</sup> Estas definiciones, y las observaciones a que dan lugar, servirán para el resto de la grilla analítica.

### El ideal de la totalización

En 1941, en una conferencia ofrecida ante los alumnos de la École Normale Supérieure, Lucien Febvre explicaba los motivos del empleo del adjetivo “social” en el título de la revista que había fundado doce años antes con Marc Bloch:

Sabíamos bien que *social*, en particular, es uno de esos adjetivos a los que se ha hecho decir tantas cosas, con el correr del tiempo, que finalmente ya no quiere decir casi nada (...) Estábamos de acuerdo para pensar que, precisamente, un término tan vago parecía haber sido creado (...) por un decreto nominativo de la providencia histórica para servir de insignia a una revista que pretendía no rodearse de murallas (...) No existe la historia económica y social. Existe la historia, punto, en su unidad. La historia que es toda social, por definición.<sup>5</sup>

El proyecto es menos propio de la disciplina que lo que una retórica de uso interno en un momento pudo hacer suponer a los historiadores: al igual que las demás ciencias humanas, la historia aspira a establecer, según el punto de vista que le es particular, los principios generales del funcionamiento social. Pero tal vez porque defiende la originalidad del proyecto de los *Annales*, Lucien Febvre resume el problema al de la geografía de las fronteras disciplinarias. Dos

---

4 André Lalande. *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*. Paris, PUF, [1926] 1991. [Existe traducción al español: *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, trad. por Oberdan Caletti y rev. por Gregorio Weinberg. Buenos Aires, El Ateneo, [1953] 1967]; Pierre Deyon. *Amiens capitale provinciale. Étude sur la société urbaine au XVII<sup>e</sup> siècle*. Paris-La Haye, Mouton, 1967; Carlo Ginzburg. *Le sabbat des sorcières*. [Torino, 1989] Paris, Gallimard, 1992; Roger Brunet. *La Carte, mode d'emploi*. Montpellier, Reclus/Paris, Fayard, 1987.

5 Lucien Febvre. “Vivre l'histoire. Propos d'initiation”, en: *Combats pour l'histoire*. Paris, A. Colin, 1953, pp. 19-20. Existe traducción al español: “Vivir la historia. Palabras de iniciación”, en: *Combates de la historia*, trad. por Francisco Fernández Buey y Enrique Argullol. Barcelona, Ariel, 1982.

condiciones previas parecen alcanzar para permitir el acceso a la totalidad histórica: el cuestionamiento de los recortes tradicionales según los cuales la ciencia histórica analizaba el pasado –lo económico y lo social en forma separada, por ejemplo– y la fragmentación intelectual entre los saberes. Lo esencial de la reflexión metodológica de los historiadores que participaban en el movimiento luego sería movilizado por ese esfuerzo de recomposición de los territorios. Hallaban allí el fundamento de su dinamismo y de su fortuna, y parecía que el resto les estaba dado por añadidura.

De ello resultó un déficit analítico en cuanto a las cuestiones que aquí nos ocupan. La distinción entre los niveles micro y macro analíticos remiten, en las ciencias sociales, a opciones conceptuales muy diferentes, en general heredadas de la historia de las disciplinas. La diferencia de los métodos –encuestas estadísticas contra encuestas monográficas, por ejemplo– importa menos que la oposición de los marcos de referencia –la sociedad o la economía en su totalidad en un caso, la situación en su singularidad en otro–, de los seres pertinentes –los agregados, o bien las personas, aunque fueran abstractas–, de las formas de solidaridad entre los actores –restricción no necesariamente consciente, o bien negociación e interacción– cuya elección *a priori* no depende de propuestas verificables, sino de preferencias fundamentales no conmensurables.<sup>6</sup> Contra esas oposiciones, que estructuran las querellas de la sociología o los programas de enseñanza de la economía, la disciplina histórica se halló, a falta de examen, casi totalmente inmunizada. Como espontáneamente, es decir sin reflexión crítica, la profesión practicaba la macrohistoria.

La totalidad social formaba el objetivo último de la investigación. Un procedimiento analítico absolutamente cartesiano permitía lograrlo a quien se esforzara, para luego poder practicar la cuantificación, recortar cada objeto complejo en agregados de dimensión intermedia. El estudio de la Francia del Antiguo Régimen se efectuaba mediante el análisis de sus provincias; el conocimiento de la sociedad campesina resultaba de la descripción de los grupos que, de los obreros a los labradores, la componían; el análisis de la coyuntura

---

6 Roger Guesnerie, "Microéconomie et macroéconomie" y Luc Boltanski, "Micro-analyse et macro-analyse en sociologie", en *Problèmes et objets de la recherche en sciences sociales*, Jornadas de los días 5, 6, 12 y 13 de junio de 1987 organizadas por la École des Hautes Études en Sciences Sociales; Christian Bromberger. "Du grand au petit. Variations des échelles et des objets d'analyse dans l'histoire récente de l'ethnologie de la France", en I. Chiva y U. Jeggle (eds.): *Ethnologies en miroir. La France et les pays de langue allemande*. Paris, Éd. de la MSH, 1987, pp. 67-94.

consistía en la individualización de movimientos de duración diferente. Se suponía que el conocimiento del todo nacía de la medición, más accesible, de sus partes. Las nuevas maneras de proceder hoy se elaboran a partir del cuestionamiento de ese modelo historiográfico. Los motivos del fracaso de la práctica de entonces de la historia cuantitativa han sido descriptos en varias ocasiones: en el orden epistemológico, su límite esencial residía en la debilidad del vínculo analítico entre las descripciones estadísticas y las hipótesis explicativas. Se prestó menor atención a las modalidades de acceso al nivel más general previsto. El tratamiento de la coyuntura servirá aquí como punto de apoyo para hacerlo.

Para la “historia historizante” que denunciaban los fundadores de los *Annales*, el hecho formaba la unidad temporal elemental que la exploración de los archivos permitía restituir. Luego, la crónica narrativa constituía la totalidad cuya construcción por concatenación de los hechos que se consideraban verdaderos agotaba la descripción histórica. Del lado opuesto, luego de los trabajos de Labrousse y de Braudel, la historiografía francesa, en la posguerra, concibe cada momento histórico como la combinación de varios tiempos, cada uno de los cuales se desarrolla siguiendo ritmos propios y en una escala espacial que también le es particular. La explicación resulta del proceso de identificar y desmontar esas temporalidades múltiples. El procedimiento no postula nada en cuanto a la secuencia cronológica por explicar: la época de Felipe II y la breve crisis revolucionaria de la primavera y del verano de 1789 se someten al mismo tipo de análisis. La inversión no afecta solo el procedimiento, sino también el estatus de los objetos temporales. El hecho –en el sentido de objeto histórico, sin postular nada en cuanto a su duración– constituye ahora la totalidad, y las múltiples crónicas en las que se inscribe forman las partes que explican las modalidades de combinación.

Entre la pluralidad de los tiempos, en general dos dimensiones han sido privilegiadas por la historiografía: las tendencias largas y las oscilaciones cíclicas. El acoplamiento de esas categorías temporales se ha basado durante mucho tiempo en el orden de exposición de los resultados de las investigaciones: por un lado, la estructura, “realidad que el tiempo desgasta mal y vehiculiza durante largo tiempo” y, por el otro, el relato de la coyuntura. La tarea de reducir la complejidad del momento histórico aislando sus componentes temporales corresponde a la técnica estadística. Las etapas de los métodos tradicionales de descomposición de las series cronológicas pertenecen al bagaje de todo historiador.

La mayoría de las veces, se trata de evidenciar el movimiento más largo, eliminarlo, aislar el movimiento de una duración inmediatamente inferior al anterior, eliminarlo también, y así sucesivamente. Por lo general, una representación gráfica ilustra el discurso: cada movimiento se enrolla alrededor del eje formado por el movimiento de duración inmediatamente superior.

Este procedimiento establece, de hecho, una jerarquía entre los movimientos de duración diferente. Cada uno de ellos, con respecto al movimiento inmediatamente más largo, tiene el carácter de un resto. El estatus del hecho –en el sentido tradicional, en este caso–, simple revelador de estructuras o de coyunturas de las que no es más que la manifestación visible de sus efectos, señala que lo más fundamental se halla del lado de la duración mayor. Pero la técnica estadística y el orden en el cual aísla los movimientos son los que justifican una jerarquía que, la mayoría de las veces, no halla en una descripción fenomenológica o un análisis teórico de los procesos más que una explicación *ad hoc*. De allí resulta que, si bien el método provee los medios de una descomposición de la complejidad del momento histórico, por otro lado impide pensar la recomposición de la globalidad de otra forma que no sea el apilamiento. El carácter alternativo de los programas de la historia coyuntural, por un lado, y de la “historia inmóvil”, por otro, revela la dificultad intelectual contra la que tropieza el proyecto. Subraya una incapacidad para recomponer, en su complejidad, la totalidad histórica considerada al término de la operación de descomposición analítica que debía permitir ver.

La demostración hubiese sido más fácil aún, si hubiéramos analizado las modalidades previstas del ordenamiento de los resultados de las monografías locales que, durante una generación, fueron el marco más frecuente de la investigación histórica, o en la manera en que la historia social insertaba sus datos en una suerte de cuadros cruzados que permitían, a la vez, totalizaciones en línea –la sociedad en 1789 está formada por los campesinos, más la población de las ciudades, más la burguesía, más la nobleza; y cada uno de estos grupos es divisible a su vez siguiendo el mismo principio– y en columna –la burguesía es una posición económica, más una posición social, más un nivel de cultura–. La historia total no inscribe su proceder bajo la insignia de la generalización, sino de la totalización. El interés por el realismo histórico, la primacía del corpus archivístico que ofrece la evidencia de sus series y la ausencia mayoritaria de familiaridad con toda forma de razonamiento probabilístico tal vez den cuenta de una actitud epistemológica que

ve en la investigación de la exhaustividad el medio de cumplir el programa de la historia total.<sup>7</sup>

De ello resulta una manera de plantear los problemas y una incapacidad de resolverlos. A la pregunta sobre si las economías preindustriales son suficientemente complejas para presentar regulaciones coyunturales, se responderá mediante la descripción de los movimientos sucesivos del alza y la baja de los precios en un espacio y por un período determinados, movimientos cuya identificación depende por completo de las elecciones estadísticas efectuadas. El razonamiento no se refiere al problema de la existencia de ciclos coyunturales, sino a las modalidades de descripción y la configuración de un encadenamiento de ciclos que caracterizan una situación en particular. Aun cuando se las examina, las cuestiones de la escala cronológica de la observación y de la descomposición del movimiento coyuntural no tienen solución ni virtud heurística: la curva es divisible en varios elementos cíclicos cuya manipulación estadística determina la pertinencia del número y de la duración. Porque la carga explicativa depende de las técnicas de descomposición, el principio de la división inicial y el significado de la reconstrucción coyuntural no son verdaderamente puestos a prueba. Porque no existe adecuación entre la problemática, por un lado, y los supuestos epistemológicos y el método, por otro, el programa de investigación no puede llegar a buen puerto. La existencia de una regulación cíclica del Antiguo Régimen sigue siendo, en lo esencial, una cuestión de opinión.

## El sistema de los contextos

Al practicar el estudio intensivo de objetos muy limitados (un hecho policial, un proceso, un ritual, un individuo casi común), la *microstoria* propone desde hace varios años otras maneras de proceder. La influencia de la historiografía francesa y la imposibilidad habitual de encontrar en la universidad italiana las estructuras necesarias para realizar las encuestas colectivas seriales que permitían llevar a cabo el programa explican, a

---

7 Sobre las categorías sociales: Jean-Claude Perrot. *Caen au XVII<sup>e</sup> siècle. Genèse d'une ville moderne*. Paris-La Haye, Mouton, 1975. Sobre las series temporales: Jean-Yves Grenier. "Questions sur l'histoire économique: les sociétés préindustrielles et leurs rythmes", *Revue de synthèse* 116, 1984, pp. 451-481. Sobre las divisiones del espacio: Bernard Lepetit. "Deux siècles de croissance régionale en France: regard sur l'historiographie", en L. Bergeron (ed.): *La Croissance régionale dans l'Europe méditerranéenne, XVIII<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècles*. Paris, Éd. de l'EHESS, 1992, pp. 21-42.

la vez, el proceder y sus primeros rasgos. Las justificaciones epistemológicas iniciales de la *microstoria* dan prueba de la influencia del modelo macroanalítico. Por un lado, los microhistoriadores pretenden deslizarse en los intersticios del análisis serial accediendo a lo vivido y a la experiencia individual, inaccesibles para los estudios agregados. Por otro lado, pretenden dar a los problemas de la validación del análisis respuestas de la misma índole que las que se suponía encontraría la historia cuantitativa en la manipulación de los números. Las definiciones variables dadas a la noción de “excepcional normal”, forjada para afrontar la cuestión de la representatividad del caso, son su marca, así se trate de defender la capacidad reveladora o bien la normalidad de la excepción en las sociedades antiguas.<sup>8</sup> La generalización parecía poder realizarse a ese precio.

Pero, así planteado, el problema no tenía solución. A mediados del siglo XIX, como alternativa a la estadística social que se desarrollaba entonces, Frédéric Le Play proponía, para el estudio de las familias obreras, un método en tres etapas, que conviene recordar.<sup>9</sup> En primer lugar, en el transcurso del trabajo de campo, había que observar hechos particulares relativos a una sola familia –o a un pequeño número de familias–. Una vez finalizado ese microestudio, había que obtener proposiciones generales por inducción. Por último, las conclusiones eran sometidas al juicio de los expertos, en general de los notables locales: alcaldes, notarios, médicos... La particularidad de esos expertos era pertenecer tanto al universo observado –vivían en la misma comunidad humana que las familias que eran objeto de las encuestas– como al del observador erudito –al igual que este, aunque solo por razones sociales, mantenían una distancia crítica respecto de las maneras de ser de las familias obreras–. Su lugar en el dispositivo de encuesta es importante, porque forma la instancia de validación que permite romper con el carácter circular de un análisis que induce observaciones particulares de las conclusiones generales, sin poder ponerlas a prueba respecto de otros datos más que los que aquellas mismas permitieron forjar. Pero ¿entre el molinero herético del siglo XVI y el historiador de hoy, quién cumplirá el papel del experto? El método de Le Play es interesante

---

8 Jacques Revel. “L'histoire au ras du sol”, préface à G. Levi. *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIème siècle*. Paris, Gallimard, 1989, pp. I-XXXIII, ofrece las referencias de los primeros textos programáticos del grupo [Existe traducción al español: *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990].

9 Frédéric Le Play. *La Méthode sociale. Abrégé des “Ouvriers européens”*, présentation d'A. Savoye. Paris, Méridiens/Klincksieck, 1989.

aquí como índice. La respuesta que da a la cuestión de la validación señala *a contrario* que el problema de la representación, preliminar a toda forma de generalización en ese marco analítico, no halla solución fuera de un razonamiento probabilístico y de métodos de muestreo.

La *microstoria* hallaría los procedimientos interpretativos diferentes que le permitirían eludir la fascinación del paradigma cuantitativo del lado de la antropología anglosajona. Contra un primer modelo inspirado en las propuestas de Clifford Geertz, que ofrecía los recursos de una ciencia interpretativa, los historiadores italianos rápidamente levantaron una muralla de críticas.<sup>10</sup> Como sabemos, la antropología cultural considera como un texto signifiante el conjunto de las acciones, los comportamientos, los ritos y las creencias que forman el tejido social, y asigna a las ciencias humanas la tarea de descifrar el sentido de ese texto. Define la cultura como un mundo de símbolos compartidos, como las palabras y las estructuras de una lengua que son el horizonte de posibilidad de toda toma de la palabra. En ese caso, acceder a un conocimiento general consiste en restituir el lenguaje que está a disposición de los actores que se limitan, en las situaciones particulares en las que participan, a articularlo. Un postulado implícito es fundador del proyecto antropológico: la estabilidad de la relación que asocia el “texto” de la acción social localizada y la “lengua” de la cultura de la que es la expresión. “Los sistemas de signos y de símbolos son compartidos, como el aire que respiramos”, escribe Robert Darnton a instancias de Clifford Geertz; o incluso: “Realmente han existido gramáticas culturales”.<sup>11</sup> Naturalmente, cada práctica social y cada toma de la palabra pueden modificar la composición de la atmósfera o de las estructuras gramaticales, pero a la escala de la acción humana, esas alteraciones son despreciables. En el universo de los textos, para Darnton en particular, la igualación de las características contextuales del momento –las maneras francesas de pensar el mundo en el siglo XVIII, por ejemplo– es una garantía contra la interpretación libre y la condición de la generalización, fuera de la cual las posibilidades de saber si el análisis

---

10 Los apartados que siguen remiten a Clifford Geertz. *Savoir social, savoir global. Les lieux du savoir*. Paris, PUF, 1986 (1ª ed. New York, 1983); Robert Darnton. *Le Grand Massacre des chats. Attitudes et croyances dans l'ancienne France*. Paris, R. Laffont, 1985 (1ª ed. New York, 1984) [Existe traducción al español: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. por Carlos Valdés. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006]; Giovanni Levi. “I pericoli del geertzismo”, *Quaderni storici* 58, 1985, pp. 269-277 [Existe traducción al español: “Los peligros del geertzismo”, en E. Hourcade et al.: *Luz y contraluz de una historia antropológica*. Buenos Aires, Biblos, 1995].

11 Robert Darnton. *Le Grand Massacre des chats*, *op. cit.*, p. 300.

histórico ha tocado una nota de idiosincrasia individual o el rasgo fundamental que recorre una cultura deben considerarse minúsculas.

La ausencia de autonomía de los actores sociales y la saturación interpretativa de los esquemas analíticos son los dos rasgos que resultan de ese postulado y que justifican el rechazo del modelo por parte de la *microstoria*. Porque el contexto que confiere sentido al “texto” es, a la escala de la observación, una invariante, el análisis presta más atención al sentido que establece el “texto” que a los procesos sociales, y particularmente a los conflictos de interpretación, que producen su fijación. Porque el texto deja ver el contexto y el contexto da sentido al texto, el análisis interpretativo acaba siendo circular: “*e insomma un processo circolare in cui i criteri di verita e di rilevanza, tutti chiusi nell’attivit a ermeneutica, costitutiva, appaiono (...) troppo arbitrari*”.<sup>12</sup> La inversión analítica que implican estas objeciones es doble. Niega la permanencia en beneficio del cambio; lleva al lugar protagónico, antes ocupado por la actividad interpretativa del investigador, las capacidades y los esfuerzos de desciframiento del mundo de los actores del pasado.

*Historia de un exorcista, Itinerarios obreros, Nacimiento de un lenguaje corporativo*: ¿quién no se ha dado cuenta de que los subtítulos de estos libros, insignia de la microhistoria, dibujan una misma estructura analítica? Cambio del mundo campesino y de las relaciones de poder en el siglo XVII, dinámicas familiares e individuales de la integración obrera en la ciudad, modificación de los aspectos y de los marcos de la solidaridad colectiva en una capital del Antiguo Régimen: lo que se restituye, cada vez, es un cuadro en movimiento.<sup>13</sup> Ninguno de esos libros yuxtapone recortes temporales regularmente espaciados para hacer el inventario de sus similitudes y sus diferencias, a fin de deducir los procesos en práctica. Y, sin embargo, ninguno está construido como una crónica: sus ambiciones no son ni la exhaustividad de lo contado ni la linealidad de la narración. Lo que rige su desarrollo no es el encadenamiento de los episodios, sino el de los puntos de vista analíticos y las modalidades sucesivas de la observación —elección de las grillas interpretativas “locales”, selección de las fuentes, métodos de tratamiento—.

---

<sup>12</sup> Giovanni Levi. “I pericoli del geertzismo”, *op. cit.*, p. 273.

<sup>13</sup> Giovanni Levi. *La herencia inmaterial, op. cit.*; Maurizio Gribaudi. *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXème siècle*. Paris, Éd. de l’EHESS, 1987; Simona Cerutti. *La Ville et les Métiers. Naissance d’un langage corporatif (Turin, 17ème et 18ème siècle)*. Paris, Éd. de l’EHESS, 1990. Por otro lado, he tratado de aplicar las ideas que expongo aquí: ver *Les Villes dans la France moderne (1740-1840)*. Paris, A. Michel, 1988.

Explícitamente organizados según protocolos razonados de estudio, responden a la definición de lo que podría ser una historia experimental. El análisis del cambio no es el objetivo porque el tiempo constituiría la preocupación particular de la historia en las ciencias humanas, sino porque la sociedad es dinámica por naturaleza –retomaremos esta cuestión– y porque la capacidad de dar cuenta de la evolución es un instrumento de validación de los modelos. Si en el marco de una historia experimental –o de una historia problema, si se quiere–, el objeto histórico es construido y no dado por anticipado, lo que lo lleva a la luz y lo explicita es el proceder de la investigación. Pero, al mismo tiempo, los dos procesos, el de la evolución del funcionamiento social y su elucidación, no son separables. El modelo histórico se halla sometido a dos niveles de validación. Cada uno de sus eslabones explicativos es localmente sometido a la prueba de las observaciones empíricas correspondientes. Luego, en su conjunto, se lo confronta al desmentido eventual de la dinámica social: los procesos teóricos que explicita obtienen su validez de su no contradicción con el cambio social observado. Proceso y experiencia: de cierta manera, la generalización opera por analogía. La correspondencia entre las evoluciones previstas por el modelo y los procesos observados permite aplicar al funcionamiento social pasado los principios explicativos –localmente verificados en la práctica– cuyo ensamblado forma el modelo.

La microhistoria social se opone al geertzismo y a sus avatares historiográficos en un segundo punto, como hemos dicho: la atención prestada a las capacidades interpretativas de los actores. Los modelos alternativos le son provistos por una antropología social menos atenta a los recortes estructurales de la sociedad que a las representaciones y los roles sociales, y a los procesos de estructuración de la sociedad que inducen por su interacción. Quisiera sugerir, siguiendo a Paul-André Rosental, que la *microstoria* se instala con estos modelos en posiciones poco conformes a las que algunas lecturas de su programa le han atribuido.<sup>14</sup> Una herramienta de análisis y una grilla teórica dan a la *microstoria* los medios para la valorización de los actores. Los métodos del *network analysis* permiten reconstruir las redes de relaciones de los individuos y de las familias. Esas redes resultan del espacio de experiencia social de cada cual y trazan su horizonte. Su identificación permite restituir las formas del agrupamiento social a partir de la multiplicidad

---

14 Ver en esta misma obra, Paul-André Rosental. "Construir lo 'macro' a través de lo 'micro': Fredrik Barth y la microhistoria", p. 167.

de las prácticas individuales. Los elementos teóricos más importantes se hallan en el antropólogo noruego Fredrik Barth. La microhistoria toma de él el modelo de un individuo activo y racional, que por su parte efectúa elecciones en un universo caracterizado por incertidumbres y restricciones que dependen, en particular, de la distribución desigual de las capacidades individuales de acceso a la información. Del conjunto de las elecciones individuales resultan procesos macroscópicos, como por ejemplo la penetración de la ideología fascista en los medios obreros de Turín en el siglo XX, o bien la consolidación variable de las corporaciones de oficios y la formación del Estado moderno tres siglos antes.

De modo que la consideración de las variaciones de escala se ubica, ante todo, del lado del objeto. La importancia diferente de los recursos de que disponen los actores y la diversidad de la extensión de los campos en los que pueden actuar son algunos de los rasgos esenciales del panorama social y forman las fuentes principales de su modificación. La variación de escala no es exclusiva del investigador ni, principalmente, el producto del proceso de construcción de la investigación. Es, sobre todo, la suerte de los actores. Por ello, la manipulación deliberada del juego de escalas no persigue el objetivo de sugerir otro espacio social: la virtud de extrañamiento de la microhistoria solo se debe a la fuerza de evidencia que los cuadros agregados habían adquirido. Su función es identificar los sistemas de contextos en los cuales se inscriben los juegos sociales. La ambición de esa cartografía dinámica es identificar y dibujar, en su variedad, un conjunto de mapas que correspondan a los diversos territorios sociales. En cuanto al principio de funcionamiento social, es único y no privilegia más que una escala: la de lo microscópico, en la que intervienen los procesos causales de los que dependen todos los demás.

Así se organiza en los trabajos de microhistoria, sino una contradicción, al menos una tensión entre una modalidad muy atenta a los procedimientos de trabajo que hacen surgir objetos históricos inéditos y el papel de sanción final que asignan a la experiencia individual de los actores del pasado. El sistema de los contextos restituído por la serie de las variaciones del ángulo de visión y del acomodamiento de la óptica posee un doble estatus: resulta de la combinación de miles de situaciones particulares y, al mismo tiempo, les da sentido a todas. Por ejemplo, la evolución del Estado moderno en el siglo XVII se realizó en los miles de poblados como el de Santena, en el Piamonte, pero al mismo tiempo el modelo que se da de esa evolución garantiza que ya no será necesario reproducir miles de veces la experiencia de Santena para asegurarse del

valor general del caso. El conjunto de los contextos construido en el transcurso de la experimentación historiográfica es, a la vez, el marco más abarcador y el nivel de generalización. Pero no tiene solución la cuestión de determinar si el que ha sido restituído está completo, o incluso si es el único posible. Recurrir a la experiencia de los actores parece un medio de romper con tal incertidumbre. Un relativismo metodológico termina por instalarse en una forma de realismo epistemológico.

“Todo lo importante es macroeconómico, todo lo fundamental es microeconómico”: tal vez la *microstoria* podría adoptar la fórmula del economista Serge-Christophe Kolm. Los microhistoriadores contribuirían entonces a hacer surgir la figura inédita en historia de la oposición entre dos modelos conceptuales alternativos de lo social, con objetivos y esquemas interpretativos divergentes. Algunos de los bloqueos denunciados en economía y en sociología alientan a explorar otra vía, esforzándose por mantener del lado del método la variación de escala. De los avances que acabamos de leer deduciremos que no se ha de buscar sus medios principalmente en las tres disciplinas citadas más arriba. Lo que se necesita es un recorrido más amplio. Pero de un campo al otro del saber, las transferencias de modelos son delicadas, sobre todo cuando se refieren a proposiciones eclécticas. Convengamos que aquí haremos un uso metafórico de esas proposiciones, con las funciones de extrañamiento y exploración.

## La escala y la construcción del objeto

La siguiente definición que ofrece la *Encyclopédie* permite orientar la investigación:

En geografía o en arquitectura, una escala es una línea dividida en partes iguales y colocadas en la parte inferior de un mapa, de un dibujo o de un plano, para servir de medida común a todas las partes de un edificio o bien a todas las distancias y todos los lugares de un mapa.<sup>15</sup>

Designa dos disciplinas que determinarán su campo –observemos que su arraigamiento en los saberes prácticos es considerable en el siglo XVIII: el conocimiento del mundo y la teoría de la arquitectura tienen una finalidad utilitaria que acaba en las Geografías comerciantes y las Artes de construir– y dos cuestiones principales: la de la medida; la

---

15 “Échelle”, en: *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Paris, Lebreton, 1755, vol. 5, p. 248.

del doble objetivo potencial de la escala que establece una homología entre la realidad y su imagen y, en cada una de esas dos esferas, una relación de proporción entre las partes.

Una aplicación mecánica del concepto explica, a la vez, el descrédito en el que ha caído la noción de escala en la geografía contemporánea y la poca atención teórica que se le ha prestado. Paradójicamente, solo una escala cronológica, la escala secular, figura en el índice de los "términos principales útiles para el análisis de los espacios y de los sistemas espaciales" que cierra el volumen geográfico de la *Nouvelle Encyclopédie des sciences et des techniques*.<sup>16</sup> La puesta en escala pertenece a los procedimientos de instrumentación, y su conocimiento, a las instrucciones de uso. "Se ha de recordar siempre que un mapa es una reducción de un territorio. La escala es la relación entre una longitud medida en el mapa y la medida real en el terreno".<sup>17</sup> Detrás de la operación cartográfica, figura un realismo. La escala del geógrafo asocia un representante, el mapa, con un referente, el territorio cuya configuración se ofrece y precede a la operación intelectual que es la realización del mapa. Por ello, es posible imaginar dos jerarquías paralelas, la de las "escalas", que corresponde al ámbito de la cartografía, y la de los "niveles" de los fenómenos y de las organizaciones espaciales, que se relaciona con la naturaleza de las cosas y la estructuración del mundo. La dificultad del manejo de la escala proviene de esa dualidad: "según la escala, se cambia también la 'óptica' y el nivel de información",<sup>18</sup> pero "nada dice que los fenómenos y las estructuras cambien si se modifica la mirada sobre ellos".<sup>19</sup> De modo que elegir una escala consiste en seleccionar un nivel de información que sea pertinente con el nivel de organización por estudiar. A un geógrafo que deseara interrogarse sobre la configuración de una red de carreteras regional, un mapa a

---

16 François Auriac y Roger Brunet (eds.). *Nouvelle Encyclopédie des sciences et des techniques. Espaces, jeux et enjeux*. Paris, Fondation Diderot/Fayard, 1986. Sobre la noción de escala en geografía, se puede partir de Peter Haggett. "Scale Components in Geographical Problems", en R. J. Chorley y P. Haggett (eds.): *Frontiers in Geographical Teaching*. London, E. Arnold, 1965, pp. 148-163; J.-B. Racine, C. Raffestin y V. Ruffly. "Échelle et action. Contributions à une interprétation du mécanisme de l'échelle dans la pratique de la géographie", *Geographica helvetica* 5, 1980, pp. 87-94; Jean-Claude Boyer. "Échelles et acteurs", en Collectif français de géographie sociale et urbaine: *De la géographie urbaine à la géographie sociale. Sens et non-sens de l'espace*. Caen, Paradigme, 1984, pp. 81-86.

17 Roger Brunet. *La Carte, mode d'emploi*, op. cit., p. 45.

18 *Ibid.*, p. 47.

19 Roger Brunet (ed.). *Géographie universelle. I. Mondes nouveaux*. Paris, Hachette/Montpellier, Reclus, 1990, p. 127.

una escala de 1:25.000 no le diría nada, mientras que sería muy valioso para quien quisiera comprender la relación entre la distribución del hábitat y el trazado de los caminos rurales.

De esta posición epistemológica, resultan tres dificultades. La primera, más propiamente geográfica, se refiere a la cuestión de la continuidad. ¿Cómo conciliar la continuidad fundamental del espacio real –se pasa, sin cesura, de la aldea al mundo– con el carácter discreto en la práctica de las escalas? ¿Cómo conciliar, simétricamente, la continuidad inherente a la representación cartográfica con sistemas de relaciones que no siempre tienen una traducción espacial continua? Las dos otras dificultades son más generales. Se trata, en primer lugar, del riesgo de tautología: ¿cómo asegurarse de la existencia de una realidad geográfica, salvo que se elija previamente la escala que se utilizará para dar su imagen? Por ejemplo, ¿quién conoce el grado de realización y las características de la red vial nacional si solo se cuenta, como en Francia hasta finales del Primer Imperio, con mapas regionales o departamentales? El deslizamiento, en el texto de Roger Brunet, de la noción de territorio a la de terreno es el síntoma de la segunda. Terreno remite aquí a una configuración del relieve y a operaciones de triangulación y agrimensura, y la cuestión de la escala no se plantea sino en un solo universo de medición, topográfico. El territorio, por el contrario, es una formación espacial que no se refiere solo a la organización de un espacio, sino a prácticas de actores que se desarrollan siguiendo lógicas poco commensurables. ¿De qué forma la variación de escala puede asumir la complejidad de lo real y su inscripción en universos de medida dispares? Conviene buscar propuestas menos reduccionistas en otras partes. Para ello, distinguiremos las nociones de proporción y reducción de la noción de escala.<sup>20</sup>

Sin duda, Viollet-le-Duc es el primero en dedicar un artículo especial de un diccionario de arquitectura a la noción de escala, diferenciada de la de proporción.<sup>21</sup> La proporción no establece relación entre universos distintos, sino que se ubica por completo del lado del objeto:

---

20 En este aspecto, seguiré a Philippe Boudon. "Une architecture mesurée", *Critique*, enero-febrero de 1987, pp. 121-133, y Philippe Boudon (ed.). *De l'architecture à l'épistémologie. La question de l'échelle*. Paris, PUF, 1991.

21 Eugène Viollet-le-Duc. "Échelle", en: *Dictionnaire de l'architecture française du XIème au XVIème siècle*. Paris, A. Morel, 1861, vol. 5, pp. 143-153; y "Proportion", en: *Dictionnaire de l'architecture française du XIème au XVIème siècle*. Paris, A. Morel, 1864, vol. 7, pp. 532-561.

“Por proporción se entiende las relaciones entre el todo y las partes”.<sup>22</sup> Se establecen según dos modalidades generativas: una, aritmética, no posee ninguna otra referencia más que el universo de los números y su combinación –caracterizaría la arquitectura de Grecia y de Roma–; la otra, geométrica, halla en la dimensión del hombre el módulo elemental del sistema armónico –sería la de los arquitectos de la Edad Media occidental–. Pero la referencia al tamaño del hombre no alcanza para establecer una diferencia entre prácticas matemáticas. “En esos dos sistemas, se halla un mismo elemento: relaciones de números, relaciones de ángulos y de dimensiones dadas por triángulos similares”.<sup>23</sup> La escala aritmética o geométrica produce armonía, pero esta se convierte *ipso facto* en una propiedad de ese solo objeto construido.

La escala arquitectónica es un operador más complejo. Designa la relación entre un edificio y lo que no es ese edificio –ya no entre sus diferentes partes–. En un pensamiento a veces vacilante –el estatus de la arquitectura medieval cambia de un artículo al otro, según se va subrayando la escala humana–, Viollet-le-Duc utiliza primero la noción de dimensión para introducir el armazón en el universo de los usos. La arquitectura griega, dice, establece una proporción entre el diámetro de las columnas de un pórtico y la altura de los grados del zócalo sobre el cual descansan, pero no se preocupa por la relación que une la altura de esos escalones con la de las piernas de los ciudadanos que deberán remontarla: hablando estrictamente, carece de escala. La arquitectura occidental se encuentra en una posición diferente: “de ahora en más, una puerta ya no se agrandará en forma proporcional al edificio, porque la puerta está hecha para el hombre; conservará entonces la escala de su destino”.<sup>24</sup> Luego, observa la diversidad de los elementos que determinan la dimensión del armazón: el uso, como acabamos de ver, pero también la función del edificio –y sobre todo su función simbólica– y la naturaleza de los materiales empleados. A la unicidad de la escala del cartógrafo, el arquitecto opone la pluralidad de las escalas de referencia.

Philippe Boudon relata que Miguel Ángel instaló, en el lugar de la cornisa del Palacio Farnesio que estaba construyendo, una cornisa de madera de las dimensiones del edificio.<sup>25</sup> Esta cornisa, de escala 1:1, no está reducida. Técnicamente, el modelo no es conforme a la realidad:

---

22 Eugène Viollet-le-Duc. “Proportion”, *op. cit.*, p. 532.

23 *Ibid.*, p. 560.

24 Eugène Viollet-le-Duc. “Échelle”, *op. cit.*, p. 145.

25 Philippe Boudon. “Une architecture mesurée”, *op. cit.*

evidentemente, la madera no es el material definitivo que se empleará. Pero en ese momento del diseño, es una dimensión del objeto que no interesa al arquitecto. En el conjunto de los universos posibles en los cuales debe dar medidas a la cornisa, su selección es diferente: al descartar la escala técnica, formula un juicio sobre el elemento arquitectónico desde el punto de vista óptico. La cornisa de madera del Palacio Farnesio es un modelo reducido, aun cuando la reducción no toca la dimensión que habitualmente afecta.

Conocemos la virtud que conlleva la reducción.<sup>26</sup> El proceso cartesiano de conocimiento, como hemos dicho, supera la resistencia vinculada a la complejidad del objeto dividiéndolo previamente en elementos que son sometidos por separado a un análisis particular: el saber sobre el todo depende de un saber previo sobre las partes. El procedimiento en el que se inscribe la fabricación –material o metafórica– de modelos reducidos es inverso. No introduce una distinción entre las diferentes partes del objeto, sino entre las diferentes dimensiones en las que se despliega. No espera restituir del objeto una imagen similar, sino solamente homóloga. En ese marco, aunque no es más que una ilusión, es decir, aunque el saber es incompleto, el conocimiento del todo precede al de las partes. El modelo reducido posee también otro atributo: es construido y manifiesta su artificialidad. Por ello, no es un homólogo pasivo del objeto, sino el resultado de una experimentación, controlable, renovable, modificable en función de los parámetros escogidos y de puntos de vista particulares. Exhibe, a la vez, su carácter razonado, su poder de inteligibilidad y su naturaleza artificial.

Dibujar un plano a escala no consiste solamente en establecer entre lo real y su representación relaciones posibles de una aplicación del teorema de Tales. Dibujar un plano es construir un modelo reducido de la realidad después de haber seleccionado una dimensión –en este caso, su despliegue en el suelo– y haber renunciado a las demás. Se podría subrayar la pérdida (de detalles, de complejidad, de información) que conlleva tal operación. Pero es más justo hacer hincapié en la elección, en la intención que supone, ya que la opinión precedente se basa en la idea perezosa de que lo real se devela espontáneamente, en su riqueza, antes de toda actividad de análisis –necesariamente en déficit–. La cuestión de cuánto mide la costa de la Bretaña admite infinitas respuestas.

---

26 Claude Lévi-Strauss. "La science du concret", en: *La Pensée sauvage*. Paris, Plon, 1962. Existe traducción al español: "La ciencia de lo concreto", en: *El pensamiento salvaje*, trad. por Francisco González Aramburo. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1964.

Cuando una bahía o una península que se había dibujado en un mapa a escala de 1:100.000 se vuelve a trazar en otro mapa a escala de 1:10.000, se ve en su perímetro incontables subbahías y subpenínsulas. En un mapa de 1:1000, se ve también subbahías y subsubpenínsulas, y así sucesivamente.<sup>27</sup>

En definitiva, “con las escalas extremadamente pequeñas, el concepto de costa deja de pertenecer a la geografía”.<sup>28</sup> Por ello, no solo es sensato escoger una escala, sino que además la aprehensión de lo real es imposible sin efectuar esa elección. Sin embargo, el militar, el personal de aduanas o el pescador, por ejemplo, no mantienen la misma relación con la costa de la Bretaña, y la diferencia de sus puntos de vista sobre el territorio daría lugar a cartografías de escalas diferentes. Por ello, más que una relación de similitud con lo real, lo que la escala dibuja es su reducción. Expresa una intención deliberada de poner un objeto en la mira e indica el campo de referencia en el cual se piensa el objeto. La adopción de una escala es, ante todo, la adopción de un punto de vista de conocimiento.

El carácter virtual de los objetos a los que se apega el arquitecto –de los edificios o de las ciudades por venir– explica tal vez que asigne a la noción de escala un contenido más complejo que el cartógrafo. Como hemos señalado, la escala cartográfica vincula un representante, el mapa, con su referente, el terreno. En cambio, la escala del arquitecto vincula un representante, el plano o el modelo reducido, con un representado, el edificio proyectado. Como todavía no existe, la realidad constituye solo el horizonte del trabajo de representación. La reducción arquitectónica no pone en su mira un objeto preexistente, sino que se esfuerza por concebir las diferentes dimensiones –espaciales, pero también socioculturales o técnicas, por ejemplo– en las que se inscribe un objeto por venir. Una sola reducción a una escala elegida, con exclusión de otras, no alcanza para agotar su complejidad. Si un modelo reducido es pertinente con respecto a una dimensión particular de la realidad, para el arquitecto existen varias modelizaciones deseables de un edificio futuro. La pluralidad de las pertinencias legitima la multiplicidad de las reducciones. Por ello, el proyecto, en arquitectura, es una dinámica y un arbitraje. Es una dinámica, en la medida en que

---

27 Benoît Mandelbrot. “Combien mesure la côte de la Bretagne?”, en: *Les Objets fractals*. Paris, Flammarion, 1984, 2ª ed. revisada, pp. 25 y 32. Existe traducción al español: *Los objetos fractales*, trad. por Josep Llosa. Barcelona, Circulo de Lectores, 1996.

28 Ibid.

el modelo apela a otros, que responden a otras pertinencias. Es un arbitraje, en la medida en que logra hacer coexistir diferentes escalas y diferentes pertinencias, y en que el juego entre las escalas permite dominar la imagen global y coherente del proyecto. Para terminar, retomaremos las sugerencias epistemológicas de esta práctica. Pero antes nos retendrá un último análisis, ya que el objetivo de la reducción de escala no es solo descriptivo, sino también explicativo.

### **Escala y causalidad**

El mapa no es el territorio: dos figuras, una a 1:25.000 y otra a 1:500.000, no ofrecen la misma lectura de la organización del espacio. Al borrar las variaciones que se revelarían a otras escalas y darían otra imagen del mundo, ambas se ubican, a partir de un punto de vista de conocimiento específico y con la intención de responder a un uso particular, en un nivel escogido de generalización. Pero ninguna de las dos es más verdadera que la otra. Un coloquio internacional organizado en 1985 en torno a la relación de la evolución agraria y el crecimiento demográfico permite hallar situaciones equivalentes en historia y precisar sus consecuencias.<sup>29</sup> En un debate se oponían la economista Ester Boserup, que consideraba la presión demográfica como el principal motor del desarrollo agrícola, y un grupo de historiadores. Para estos, el crecimiento de la población no era sino, en el mejor de los casos, una causa entre otras del progreso agrícola: los avances técnicos, la apertura de los mercados, la inversión urbana, la diversificación del consumo tenían efectos de arrastre más o menos importantes, afirmaban. Pero, la mayoría de las veces, invertían la relación y veían en el desarrollo agrícola la causa del aumento del número de hombres. Conclusiones contradictorias y debate sin salida. Pero, si se mira con atención, las diferencias no se refieren solo a los mecanismos explicativos, sino que remiten también al marco en el que se establecen. Boserup trabaja en espacios amplios (China, el continente africano) y con duraciones muy largas, al menos milenarias (la Antigüedad, la Edad Media en su totalidad), o, por el contrario, con grupos muy pequeños y aislados en un territorio con muy baja densidad de población (los indígenas del desierto de Kalahari, algunas tribus amazónicas). Los historiadores, en cambio, establecen sus

---

29 Antoinette Fauve-Chamoux (ed.). *Évolution agrarie et croissance démographique*. Liège, Ordina, 1987.

conclusiones a la escala máxima de una región (el sur de Inglaterra, la Provenza, Flandes) y en duraciones comprendidas entre unas decenas de años y de dos a tres siglos. Como no se ubican en el mismo nivel, los interlocutores no pueden comprenderse. Del mismo modo que el mapa a 1:25.000 no es más verdadero que el mapa a 1:500.000, las conclusiones de los historiadores –aunque estuvieran más cerca de la escala humana y de la experiencia de los actores, susceptibles de conocer en las decenas de años de sus vidas el puñado de pueblos o cantones sometidos a la observación– no son más verdaderas que las de Boserup. Ofrecen explicaciones diferentes de la realidad que no son excluyentes y, por ende oponibles, sino cuando se cree que son válidas a la misma escala.

Por estar confrontada a escalas cronológicas y espaciales desmesuradamente variables, la geomorfología está más acostumbrada a manejar esquemas explicativos de causalidades múltiples y no necesariamente coincidentes.<sup>30</sup> Al inicio de uno de sus proyectos metodológicos más sistemáticos, se halla una reflexión sobre el ámbito de validez de las leyes físico-químicas –no juzgaremos su pertinencia factual, por falta de competencias, pero nos parece una ventaja que se refiera a las llamadas ciencias exactas–. Se basa en la contradicción entre la verificación experimental ordinaria de la ley de Lavoisier de conservación de la materia, por un lado, y el uso que se hace del principio opuesto de su degradación progresiva y de la desintegración atómica sobre la que se basan los medios de datación de la historia de la Tierra y la otra historia. Una de las maneras de resolver la contradicción es la que acabamos de mencionar; consiste en admitir que los dos principios son concurrentemente válidos a escalas diferentes: el de la experimentación, en el primer caso; el de los tiempos geológicos, en el segundo. De la doble comprobación de la discontinuidad de los principios explicativos y del papel de las variaciones de escala para comprenderla se desprende un proyecto taxonómico. Las formas del relieve que el geomorfólogo debe conocer están repartidas en clases de extensión y de duración decrecientes. Las primeras, los continentes, se desarrollan a escala de varios millones de kilómetros cuadrados y varios miles de millones de años. En el otro extremo de la clasificación, las microformas tienen un tamaño de un metro, aproximadamente, y una duración de vida del orden del siglo.

---

30 Jean Tricart. "La géomorphologie et la notion d'échelle", *Revue de géomorphologie dynamique* III, 1952, pp. 213-218; André Cailleux y Jean Tricart. "Le problème de la classification des faits géomorphologiques", *Annales de géographie*, Vol. LXV, N° 349, 1956, pp. 162-186; Jean Tricart. *Principes et méthodes de la géomorphologie*. Paris, Masson, 1965.

No habría allí más que la combinación de dos escalas de magnitud, si esa taxonomía no fuera genética y explicativa. La geomorfología se da por objeto la superficie de contacto entre la parte sólida del globo terrestre y la cubierta atmosférica que la rodea, y cada una de las clases creadas asocia una unidad morfológica y una unidad climática para definir un principio de evolución. El interés de este esquema metodológico es que busca la explicación de la dinámica de las formas en la combinación de fenómenos que tienen su sede en la litosfera, para unos, y en la atmósfera, para otros, y no en la combinación de mecanismos causales eficaces a diferentes escalas. Al nivel de los grandes conjuntos estructurales, la investigación geomorfológica ve en los movimientos de la corteza terrestre el principio generativo fundamental de la evolución del relieve. A las escalas intermedias de las unidades tectónicas y de los accidentes elementales (una fosa, un anticlinal, un monte), la atención se dirige principalmente a la acción conjugada de las oscilaciones climáticas y de los datos estructurales (disposición de las capas, naturaleza de los materiales). La litología, por último, se constituye como variable explicativa principal de las formas más pequeñas (suelos poligonales, decapado por chorreo continuo, descamación) de las que depende la formación de las vertientes. A esa escala, la geomorfología se aleja de la geología para acercarse a otras disciplinas: la física, la química, la biología.

Evidentemente, ello no significa que cada una de las causas consideradas deje de cumplir un papel apenas se abandona el nivel en el que se evidencia su eficacia particular: la naturaleza de las rocas, por ejemplo, es un dato que debe tomar en cuenta el análisis de las microformas tanto como el de los relieves de dimensiones intermedias, y la tectónica es una variable importante tanto a nivel medio como a nivel superior. Entre las clases morfológicas, las divisiones no son herméticas. Pero la naturaleza de los fenómenos, las relaciones de causalidad y los métodos de observación varían según el tamaño, temporal y espacial de los objetos considerados. A cada escala se debe imaginar un modelo genético particular que restablezca el sistema de las causas nuevamente. La descomposición tipológica del universo de las formas no produce un conjunto de conocimientos parciales separados. A cada escala, lo que interviene es la capacidad explicativa de la disciplina. La cuestión no es saber cómo articular formas parciales de explicación, sino cómo dar una explicación total de la forma parcial considerada. ¿Es posible objetar que se trata de un efecto de la fuerte evidencia individual de los relieves que analiza la geomorfología? Sería olvidar

que las formas de relieve no tienen más existencia que la que les da el observador, y que las nociones de escudo continental, vertiente sedimentaria o desprendimiento también pertenecen a una historia de la innovación intelectual.

Los desarrollos recientes del estudio de las series cronológicas confirman y refuerzan la lectura que acabamos de hacer del esquema geomorfológico de análisis. El realismo posible de las categorías espaciales no tiene contrapartida en el orden temporal. Al parecer, la materialidad de los lugares ofrece a las operaciones de recorte del espacio puntos de apoyo y líneas de diferenciación más sólidas que los que el desarrollo lineal del tiempo ofrece a los recortes cronológicos. Algunos economistas insisten en ello mucho más que los historiadores: los movimientos seculares o cíclicos en los que pueden descomponerse las series temporales no tienen realidad.<sup>31</sup> Son movimientos abstractos, idealizados, contruidos con fines de investigación y que permiten reducir, introduciendo regularidad y afectando cada uno de los principios explicativos, la opacidad de la evolución observada de las magnitudes económicas. Pueden aparecer principios de sentido contrario —el salario y la productividad en especie evolucionan en sentido inverso en el corto plazo, pero en el mismo sentido en el largo plazo, por ejemplo—, pero la hipótesis de adición permitía reducir, en una suerte de totalización algebraica, esas oposiciones de escala. Como la historia, de la que había tomado todos sus métodos en la materia, el análisis económico esperaba acceder a la totalidad al término de un proceso de descomposición y, luego, combinación de escalas encastradas.

Un argumento de irrealismo y la denuncia del carácter mecánico de los procedimientos estadísticos empleados condujeron el análisis de las series temporales, al precio de innovaciones rápidas, a una renovación profunda de las herramientas disponibles. Estas, en particular, invierten el proceder para intentar aplicar métodos de explicación integral y técnicas de descomposición simultánea que no postulan un esquema *a priori* de estructuración temporal, sino que se esfuerzan, por el contrario, por determinar de la serie una clasificación de los riesgos según su periodicidad e identificar los fenómenos de dependencia a lo largo del tiempo.<sup>32</sup> Si bien no se les prestó una atención sistemática, estos métodos tienen consecuencias importantes para el

---

31 Henri Guittou. *Statistique et économétrie*. Paris, Dalloz, 1959.

32 *Séries temporelles*, número especial de *Histoire et mesure* 1-2, 1991, coordinado por J.-Y Grenier, es, para los historiadores, una sugestiva introducción.

estatus de la escala temporal de observación. A la espera de un verdadero estudio, que contribuiría a enriquecer la noción histórica del tiempo, aquí nos limitaremos a formular algunas observaciones elementales, de finalidad local. Utilizaremos el índice Dow Jones como punto de partida. La trayectoria descrita por ese índice bursátil desde hace un siglo es un “paseo al azar”, un *random walk*. La caminata al azar posee varias propiedades matemáticas que dan cuenta de las características de su comportamiento temporal: los retornos de la serie a su punto de partida son ciertos; los intervalos entre dos pasajes al punto de partida no tienen valor medio, es decir que el movimiento no presenta un ciclo privilegiado; una caminata al azar de esperanza nula no tiene tendencia –oscila alrededor de una horizontal–, pero la amplitud de sus fluctuaciones aumenta con el tiempo. Por último, y es lo que aquí subrayaremos,

todas esas propiedades no están vinculadas con un período privilegiado. Es posible encontrarlas en todas las escalas. (...) Se dice que las propiedades del paseo al azar son invariantes con respecto a la escala utilizada en la observación y con respecto a las referencias temporales.<sup>33</sup>

Esa invariabilidad con respecto a la escala temporal tiene varias consecuencias: para el economista de cara al futuro, la imposibilidad de una previsión que no sea aleatoria; para el historiador, que mira al pasado, la imposibilidad de desarrollar, como análisis de la serie, algo más que una descripción, o una racionalización *ad hoc*; para todos, la inutilidad de la investigación de un sistema causal interno y totalizador para dar cuenta del conjunto de la serie. Esta es una seguidilla de estados independientes.

Invirtamos el modelo. La operación, al menos en economía, no es una mera hipótesis de escuela; entre otras magnitudes, el volumen de los capitales, el estado de la producción o del empleo son *stocks* modificados en cada momento por flujos de ingreso y egreso que dependen de estados económicos anteriores. En ese caso, a la inversa del esquema anterior, la existencia comprobada –por el análisis espectral, por ejemplo, pero el examen de los modelos “arima” también llevaría a plantear, aunque de manera algo diferente, la cuestión de la elección de la escala– de ciclos privilegiados en una serie cronológica supone, a la vez, en el orden del conocimiento la elaboración posible de un sistema

---

33 Daniel Zajdenweber. “Chronique d’un randonneur centenaire: le Dow Jones”, *Histoire et mesure* 1-2, 1991, pp. 132-133.

explicativo causal y, en el orden de los determinantes, la importancia de las referencias temporales y de la escala cronológica adoptada. En la hipótesis en que podamos tomar series cada vez más largas, el alargamiento del período de observación, en particular, produce dos efectos. El primero es el cambio de la longitud de los ciclos que el análisis espectral aísla, es decir, la ausencia de periodicidad absoluta de la crónica: la periodicidad –y, por ende, el sistema de las causas susceptibles de dar cuenta de ella– es relativa a la longitud de la secuencia temporal estudiada. Esa a-periodicidad absoluta de las crónicas significa, en cuanto a los procesos, que las variables dependen de fenómenos de muy largo plazo o incluso de choques aleatorios muy antiguos, cuya lista no terminaría sino con el comienzo del mundo. Así pues, por un lado, “un proceso económico que se desarrolla en el tiempo no puede analizarse independientemente de su pasado” y, por otro lado, a cada instante, el estado presente de una crónica no resume todo su pasado: las series cortas son ciegas a los efectos de larga duración.<sup>34</sup> Existen técnicas que permiten distinguir las series de memoria corta de las series de memoria muy larga. Pero no podrían precisar su dimensión ni agotar la lista de estremecimientos pasados cuyo efecto se desliza en todo momento del pasado hacia el futuro. A la necesidad de recomponer a cada escala de observación un esquema explicativo, los últimos métodos de análisis de las series cronológicas añaden una dimensión: la imposibilidad de toda explicación de alcanzar lo real y agotar su complejidad.

### **De lejos, una ciudad, un campo...**

Imagino que se podrá atribuir varios sentidos a la sucesión de puntos de vista que acabamos de reseñar. Por mi parte, voy a proponer la transposición siguiente para la práctica del oficio de historiador:

1. Se puede conferir a la fórmula a menudo citada de Lucien Febvre “la historia es hija de su tiempo” un significado débil: la fuente documental, heredada del pasado, no impone su evidencia, y la investigación histórica restituye los objetos del pasado a partir de las cuestiones del presente. Conviene comprenderla de una manera más fuerte: el pasado no conserva, sino que es objeto de una reconstrucción que recomienza permanentemente. La historia no puede creer que inventa problemas y restituye objetos a la vez: construye conjuntamente unos y otros.

---

34 Daniel Zajdenweber. *Hasard et prévision*. Paris, PUF, 1976, p. 86.

2. El modelo –es decir, la inteligibilidad histórica del mundo– y la modelización –es decir, el proceso de investigación histórica– no son separables. El modelo no es primero el resultado de un movimiento de concepción. Es en sí mismo un proceso que adquiere su forma transformando un saber inicial, cuestionamientos, materiales documentales en objeto construido. Halla en su propio despliegue los procedimientos y las herramientas de control –específicos o no del oficio de historiador– que permiten apreciar la validez del sistema de proposiciones que constituye. Todo modelo es reducción, y del objeto solo retiene algunas dimensiones. Pero estas no son limitadas, y cada reducción exige otras nuevas: la investigación es una dinámica sin fin.

3. En ese proceso, la elección de una escala particular tiene el efecto de modificar la conformación y la organización de los objetos. Sin embargo, ninguna escala goza de un privilegio particular. Los macrofenómenos no son menos reales, los microfenómenos no son más reales –o a la inversa–: no hay jerarquía entre ellos. Las representaciones a diferentes escalas no son proyecciones de realidades que se hallarían detrás de ellas. “Detrás de ellas, no hay más que otras ‘vistas’ (...) Lo real está entre ellas, por debajo de ellas”.<sup>35</sup> Así pues, la multiplicación controlada de las escalas de observación puede producir mayores conocimientos si se postula la complejidad de lo real –los principios de la dinámica social son plurales y se leen según configuraciones causales diferentes– y su inaccesibilidad –la palabra final nunca está dada y la modelización siempre debe recomenzarse–.

4. La cuestión de la generalización debe plantearse menos en términos de representatividad que de campo de validez. El proceso de generalización no consiste en alcanzar la totalidad por adición o por multiplicación. La búsqueda de una inaccesible exhaustividad –heredada de la historia positivista– o la apreciación a menudo imposible de la representatividad –tomado del modelo estadístico de las ciencias sociales– no constituyen en historia las mejores maneras de plantear la cuestión de la generalización –y, sin duda, menos aún de resolverla–. Como todas las ciencias sociales, la historia aspira a establecer, a partir del punto de vista que le es propio y utilizando la totalidad de la capacidad explicativa de la disciplina, los principios generales del funcionamiento social a una escala siempre particular. Esta no induce solo

---

35 Maurice Merleau-Ponty. *Le Visible et l'Invisible*. Paris, Gallimard, 1964 (nota de trabajo del 20 de enero de 1960, pp. 279-281, cita p. 280). Existe traducción al español: *Lo visible y lo invisible*, trad. por José Escudé. Barcelona, Seix Barral, 1970.

la configuración del objeto, sino también el ámbito de extensión del análisis –ya que sin duda es vano creer, por ejemplo, que el estudio de la combinación de los intereses locales alcanza para agotar la comprensión de la construcción del Estado–.

5. La cuestión de determinar en qué campo de validez puede ubicarse la explicación en función de la escala de observación escogida tal vez no tenga otra solución más que la práctica. Si existen algunas escalas más pertinentes que otras para desarrollar algunas problemáticas y verificar algunas hipótesis, se debe intentar, en relación con cada tema en particular, establecer lo más sistemáticamente posible las consecuencias provocadas por las variaciones de escala del campo elegido en el contenido de las grillas explicativas. De la determinación empírica de los umbrales que separan niveles de observación significativos que procuran imágenes y esquemas de comprensión diferentes de la realidad estudiada se podrá esperar, cuando mucho, reglas de correspondencia –o simplemente tipologías de asociaciones– entre hipótesis y escalas de análisis. La apreciación de los efectos de reducción analítica sobre el saber producido corresponde a una ciencia práctica.

6. Las conclusiones que resultan de un análisis realizado a una escala particular no pueden oponerse a las conclusiones obtenidas en otra escala. No son acumulables, salvo que se tengan en cuenta niveles diferentes de los que fueron establecidos. Dios no reinventa el mundo cada día, pero de cierta manera los historiadores lo hacen. Escribir un libro de síntesis, por ejemplo, siempre significa, con respecto a los estudios particulares que existen, cambiar de escala, es decir, de objeto y de problemática. A menos que esté inscrita en un improbable plan de conjunto predeterminado –que definiría la escala del proyecto–, la investigación histórica debe iniciarse cada vez y por completo. De ello resulta que, contrariamente a la opinión positivista común, la comparabilidad y la acumulación conciernen, sin duda, menos fundamentalmente en historia a los resultados de la investigación que los procedimientos y los métodos de análisis. Pero ese tal vez sea uno de los elementos de definición de una actividad científica.

¿Trivialidades? En todo caso, no caben dudas de que todo esto ya ha sido dicho de una manera más concisa y elegante. Louis Marin dedicó a dos pensamientos de Pascal sobre la cuestión de la infinita diversidad del mundo una bella meditación, de la que habría que retomar la totalidad de los elementos. En el sistema de variación infinita de los objetos, señala, el observador acomoda permanentemente su mirada. Ese movimiento, sin solución de continuidad, de acercamiento o de

alejamiento regular, no tiene como único efecto pasar de lo grande a lo pequeño, o recíprocamente, en una serie continua. El acomodamiento progresivo de la óptica revela elementos que no son homólogos, pero cuya naturaleza difiere: al acercarnos, el jardín es sucesivamente parra, racimo, semilla de uva, etc. “El ojo ha franqueado continuamente los límites de las clases de los géneros, las especies”.<sup>36</sup> El saber, en una configuración de ese tipo, choca contra dos obstáculos considerables. Por un lado, el observador no puede, para describir el mundo, reconocer y adoptar el punto de vista y la distancia correctos: su condición humana se opone a ello. Por otro lado, la elección de la escala de observación nunca llega verdaderamente a una reducción de la diversidad del mundo y de la singularidad de las cosas; un racimo no tiene dos semillas iguales. Sin embargo, la renuncia al conocimiento no es el resultado de esa comprobación sin ilusión. La reflexión pascaliana sobre la unidad de la naturaleza no rechaza una representación de la heterogeneidad del mundo sino, por el contrario, se basa en ella —recordemos el gran fragmento “La desproporción del ser humano”—. Y el lenguaje, por el uso regulado de las convenciones, interrumpe, a la escala elegida para un momento, una regresión sin fin.

Una ciudad, una campiña, de lejos, son una ciudad y una campiña; pero a medida que nos acercamos son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, patas de hormigas, hasta el infinito. Todo se encierra bajo el nombre de campiña.<sup>37</sup>

---

36 Louis Marin. “Une ville, une champagne, de loin...: paysages pascaliens”, *Littérature* 61, febrero de 1986, p. 10.

37 Blaise Pascal. *Pensées*, n. 65-115, en L. Lafuma (ed.): *Œuvres complètes*. Éd. du Seuil, 1963, p. 508. Existe traducción al español: *Pensamientos*, trad. por Xavier Zubiri. Madrid, Espasa Calpe, 1940.

## **EL RACIONALISMO SOMETIDO A LA PRUEBA DEL ANÁLISIS**

Marc Abélès

El punto de partida de las reflexiones que siguen son los debates mantenidos entre historiadores y antropólogos en torno a enfoques que privilegian el microanálisis. En efecto, la corriente de la microhistoria cuestionó los métodos y los conceptos que prevalecían hasta entonces en sus disciplinas, a fin de promover un verdadero cambio de escala en la apreciación de los fenómenos. Uno de los aportes de esos trabajos ha sido aclarar la historia social y cultural a partir de enfoques localizados y de “campos” muy circunscriptos. Paralelamente, el desarrollo de una antropología de las sociedades llamadas “complejas” planteaba el problema de la capacidad de esa disciplina para dar cuenta de procesos de gran amplitud partiendo de la observación de colectividades de tamaño restringido.

### **El enfoque “micro” en antropología**

En la bibliografía etnológica, el enfoque “micro” aparece, de entrada, como una condición indispensable para obtener una información exhaustiva sobre el grupo que es objeto de la investigación. La noción de hecho social total, que constituye uno de los aportes esenciales de la tradición durkheimiana, está implícita allí. Mauss, que la introdujo en ese campo de investigación, consideraba que la inmersión etnográfica debía permitir captar y restituir la complejidad de una sociedad. El campo ofrecía la posibilidad de aprehender simultáneamente aspectos muy diferentes de la realidad social, sin dejar de dar cuenta de sus interrelaciones. Delimitar un territorio, inscribirse en un grupo, de alguna manera significaba darse un laboratorio y la posibilidad de una experimentación *in vivo* de los elementos de la vida colectiva. Mauss

concentró sus investigaciones en fenómenos como el intercambio y la donación, que ponían en juego las diversas dimensiones de lo real. Por su parte, Boas, Malinowski, Radcliffe-Brown manifestaban la misma preocupación por tomar en cuenta la totalidad del hecho social, profundizando permanentemente su conocimiento del dato empírico.

El recurso al microanálisis es una exigencia *metodológica* y se inscribe en un proyecto más amplio que pone en práctica, además del ideal de totalización, una preocupación intelectual muy precisa: construir, a partir de la experiencia de campo, generalidades coherentes y sólidas. Es el ideal de la modelización que también se halla en la tradición antropológica y que han ilustrado los trabajos de C. Lévi-Strauss sobre las estructuras de parentesco. No es inútil recordar que este último distinguió claramente tres niveles de investigación: la etnografía, la etnología y la antropología. Para él, la etnografía “corresponde a las primeras etapas de la investigación: observación y descripción, trabajo de campo”, el trabajo del etnógrafo es, en lo esencial, monográfico, y se refiere a “un grupo lo bastante restringido para que el autor haya podido recoger la mayor parte de su información gracias a la experiencia personal”.<sup>1</sup>

La segunda etapa es aquella en la que el investigador da prueba de un esfuerzo de síntesis.

Esta síntesis se puede operar en tres direcciones: geográfica, si se desea integrar conocimientos relativos a grupos vecinos; histórica, si se intenta reconstruir el pasado de una o varias poblaciones; sistemática, en fin, si se aísla, para dedicarle una atención particular, tal o cual tipo de técnica, costumbre o institución.<sup>2</sup>

La etnología corresponde a ese esfuerzo por dominar los datos y recortar de ellos algunos aspectos, a fin de someterlos a la reflexión. La etnología se apoya en la etnografía. Pero toma su sentido de un proyecto más ambicioso, puesto que se inscribe en el horizonte de una ciencia del hombre que debe ser el punto de llegada de toda la empresa. Esa ciencia del hombre, o antropología, se define por su aspiración: “conocer al *hombre total*, considerado en un caso [la antropología social] a partir de sus *producciones* y en el otro [la antropología cultural] a partir de sus *representaciones*”.<sup>3</sup>

---

1 Claude Lévi-Strauss. *Antropología estructural*, trad. por Eliseo Verón. Barcelona, Paidós, 1987, p. 367.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.* p. 370.

Un buen ejemplo de ese proceder nos lo dan los trabajos de los etnólogos en el ámbito de los parentescos. Básicamente, se trata de investigaciones relativas a sociedades muy localizadas. Se consideran las terminologías de parentesco, las actitudes y los rituales. Se efectúa un trabajo considerable de recopilación de genealogías. A partir de ese corpus, se opera de manera comparativa, cotejando los datos recogidos en grupos restringidos en la misma área cultural. También se puede extender esas comparaciones a otros universos. Así, los especialistas llegan a construir reglas de interpretación.

Los conceptos de Lévi-Strauss de intercambio recíproco e intercambio generalizado, la oposición entre estructuras elementales y estructuras complejas de parentesco tienen su origen en ese vaivén entre lo singular y lo general. Los desarrollos ulteriores de la teoría, sobre todo con las investigaciones de F. Héritier sobre las estructuras semicomplejas de parentesco, son inseparables de los trabajos de esta antropóloga sobre una sociedad de Burkina Faso, los samo, donde realizó una recopilación sistemática de genealogías procesadas luego por ordenador.<sup>4</sup> Pasamos aquí de lo concreto a un nivel elevado de abstracción. El análisis de hechos localizados, circunscriptos en el espacio y en el tiempo, resulta indispensable para la elaboración teórica.

Al producir la famosa distinción entre modelos mecánicos y modelos estadísticos, Lévi-Strauss puso de relieve la posibilidad de llegar a un alto grado de abstracción, sin por ello subordinarse al imperio de lo cuantitativo. Está claro que, contrariamente a las ideas preconcebidas en materia de científicidad, la regularidad estadística no alcanza para garantizar la validez de una teoría. En lo relativo a la construcción de los modelos, el enfoque cualitativo parece, en algunos ámbitos, un elemento heurístico esencial. El análisis de escala reducida resulta fecundo porque, a la inversa de los procedimientos estadísticos, no toma de entrada un conjunto de hipótesis que la experiencia "local" verificaría o invalidaría, sino que genera y manipula, de ser necesario, esas hipótesis tomando como punto de partida las construcciones indígenas. Eso es lo que confiere al campo su lugar tan particular en ese tipo de experiencias y garantiza su fecundidad.

El ideal de modelización debe distinguirse del ideal de totalización que mencionaba antes. Si se pone el acento, como hace la mayoría de los etnólogos, en el hecho social total, la voluntad de saber se cumplirá en gran parte en la experiencia de campo. En efecto, este

---

4 Françoise Héritier. *L'Exercice de la parenté*. Paris, Gallimard-Éd. du Seuil, 1981.

último ofrece en la simultaneidad todo el conjunto de los rasgos propios de una sociedad. Es la imagen del microcosmos, de la sociedad encerrada sobre sí misma. Todo conspira para formar la imagen de esa totalidad que el investigador finalmente entrevé materializarse. La compulsión por la exhaustividad halla aquí un lugar para ejercerse. Una empresa de esa índole privilegia el espacio: se lleva mal con el tiempo. A veces se ha identificado las nociones de “sociedades frías”, “sociedades sin historia” con el objeto mismo de la antropología. Con la historia, es como si el gusano se introdujera en la fruta: disfunciones, contradicciones, conflictos que empañan el espectáculo ofrecido por el “todo social”. No es casualidad que la mirada de los etnólogos se haya apegado tanto a las sociedades aparentemente poco permeables al cambio.

### **El paradigma comunitario**

Esta concepción que coloca a la comunidad encerrada sobre sí misma en el centro de las preocupaciones del etnólogo señala el triunfo de lo “micro” en antropología. Como escribe Redfield, “la comunidad aislada, autónoma, sigue siendo la imagen abstracta en torno de la cual se ha formado la antropología social”.<sup>5</sup> En lo relativo al área cultural europea, ha hallado su expresión más ejemplar en las monografías dedicadas a las sociedades campesinas. Cuando se consideró oportuno aplicar los métodos de los etnólogos al mundo moderno, naturalmente la atención se inclinó hacia lo que parecía más cercano a esos universos: las sociedades campesinas y sus aldeas.

La aldea se consideró durante largo tiempo como el objeto “correcto” para una etnografía preocupada por la exhaustividad y la precisión. Lévi-Strauss insistió en la necesidad, para los que trabajan en nuestras sociedades, de limitar el objeto de estudio a grupos aislados (aldeas, barrios, entre otros).<sup>6</sup> Veía allí el modo de encontrar la “autenticidad” que caracteriza a los universos generalmente estudiados por los etnógrafos, donde priman las “relaciones personales”, los “vínculos concretos entre individuos”. De allí la importancia

---

5 Robert Redfield. *The Little Community. Peasant Society and Culture*. Chicago, The Chicago University Press, 1956. Existe traducción al español: *La Pequeña comunidad, sociedad y cultura campesina*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973.

6 Claude Lévi-Strauss. *Antropología estructural*, op. cit., p. 378.

conferida al “interconocimiento”, a los lazos de proximidad; de ello dan prueba los múltiples estudios de comunidades aldeanas efectuados en la Francia rural: investigaciones aisladas, pero también trabajos multidisciplinarios, como fue el caso de Plozévet a comienzos de los años 1960. Algunas características presentadas por esa comuna (la alta tasa de endogamia local, la existencia de una particularidad genética como la luxación congénita de la cadera) fueron la fuente de encuestas en las que colaboraron demógrafos, etnólogos, historiadores y sociólogos.<sup>7</sup>

Así podríamos citar los trabajos realizados por el equipo del Laboratorio de Antropología Social de Minot, un poblado del Châtillonnais: parentesco, transmisión y herencia, simbología, todos estos ámbitos son abordados a partir de análisis tendientes a restituir el contexto del poblado y las tradiciones autóctonas.<sup>8</sup> No podríamos enumerar las cuantiosas obras donde la aldea sirvió como marco pertinente de la investigación. Curiosamente, la antropología urbana que se desarrolló más tardíamente partió de las mismas premisas. Pero, desde 1925, uno de los fundadores de la escuela de Chicago, R. E. Park, inscribía explícitamente su proyecto en la filiación de la antropología:

Hasta ahora, la antropología, la ciencia del hombre, se ha dedicado principalmente al estudio de los pueblos primitivos. Pero el hombre civilizado también es un objeto de investigación interesante, por no mencionar que es más fácil de observar y estudiar. La vida y la cultura urbanas son más variadas, sutiles, complejas, pero los elementos fundamentales son los mismos en ambos casos. Los métodos de observación pacientes aplicados por los antropólogos como Boas y Lowie para estudiar la vida y las maneras de ser de los indígenas de América del Norte pueden aplicarse de manera incluso más fructífera al estudio de las costumbres, las creencias, las prácticas sociales y las concepciones generales de la vida que imperan en el barrio de Little Italy o en los barrios bajos de North Side en Chicago, o incluso para relatar las costumbres más sofisticadas de los habitantes de Greenwich Village o del barrio de Washington Square en Nueva York.<sup>9</sup>

---

7 Ver André Burguière. *Bretons de Plozévet*. Paris, Flammarion, 1977; Edgar Morin. *Commune en France. La métamorphose de Plozévet*. Paris, Fayard, 1967.

8 Marie-Claude Pingaud. *Paysans en Bourgogne: les gens de Minot*. Paris, Flammarion, 1978; Yvonne Verdier. *Façons de dire, façons de faire: la laveuse, la couturière, la cuisinière*. Paris, Gallimard, 1979; Françoise Zonabend. *La Mémoire longue. Temps et histoires au village*. Paris, PUF, 1980.

9 Robert E. Park, en Y. Grafmeyer e I. Joseph (eds. y trads.). *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*. Paris, Éd. du Champ urbain, 1979, p. 81.

## Los usos de lo "micro"

Queda planteada, asimismo, la cuestión del *uso* que se hace de esa referencia a los microuniversos en esa disciplina. Como subrayó Geertz, es importante distinguir entre estudio de la aldea y estudio *en* la aldea: "*The locus of the study is not the object of the study. Anthropologist don't study village (tribes, towns, neighborhoods...); they study in village*".<sup>10</sup> Al hipostasiar el campo, al privilegiar la experiencia monográfica, ¿no se corre el riesgo de perder de vista lo esencial: la temática y la problemática que determinan la investigación?

En el espíritu de los fundadores de la disciplina, el campo nunca ha sido más que un *dispositivo metodológico*. La elección de una escala limitada solo cobra sentido a partir del proyecto intelectual que guía la investigación. Lo "micro" que practicamos no es sino el fruto de un recorte cuya pertinencia no está garantizada *a priori* por la referencia a un modelo aldeano o comunitario. Se ha de insistir en la necesidad imperiosa de evitar la ilusión según la cual la proximidad generaría casi mecánicamente un mejor conocimiento del objeto. Una de las trampas que acechan en forma constante a los antropólogos es esa propensión a hacer de lo "micro" un fetiche. Hasta el punto que, en algunos ámbitos, la pulsión monográfica puede convertirse en un verdadero obstáculo epistemológico.

Así, he podido comprobar, cuando intenté efectuar investigaciones sobre la política en Francia,<sup>11</sup> la escasa frecuencia de trabajos dedicados por los etnólogos europeístas a esa dimensión de la actividad social. Esa situación, lejos de ser producto del azar o de las elecciones subjetivas de los investigadores, debe relacionarse con el desfase entre los métodos dominantes y las restricciones de la investigación en nuestros Estados centralizados. El recorte comunitario aún no ha sido adaptado a una empresa que ponga en evidencia interrelaciones entre poderes pertenecientes a niveles territoriales diferentes. La investigación en antropología política ofrece el ejemplo de una perpetua tensión entre, por un lado, la necesidad de profundizar un conocimiento de las relaciones políticas que se base en la experiencia muy íntima de una colectividad bien delimitada y, por otro lado, la exigencia de dar cuenta

---

10 Clifford Geertz. *The Interpretation of Cultures*. New York, Basic Books, 1973, p. 22. Existe traducción al español: *La interpretación de las culturas*, trad. por Alberto L. Bixio. Barcelona, Gedisa, 1992.

11 Marc Abélès. *Jours tranquilles en 89. Ethnologie politique d'un département français*. Paris, O. Jacob, 1989.

de conexiones entre micro y macro poderes, que obliga a recurrir al cambio de escala para aprehender los fenómenos.

Sin lugar a dudas, uno de los aportes más importantes de ese enfoque se debe a su anclaje en un universo de prácticas y de discursos localizados. En ese sentido, no podemos imaginar la posibilidad de eludir el recurso a la etnografía. Al mismo tiempo, la transferencia de una metodología que ha dado resultados en el estudio de sociedades alejadas implica una reflexión sobre su pertinencia, en razón de los tipos de objetos que privilegie el investigador. Es una obviedad decir que nuestras sociedades presentan una gran complejidad; pero tal comprobación no es inútil, ya que nos incita simultáneamente a hacer un esfuerzo de profundización en la medida en que ofrece una herramienta idónea para aprehender los diversos estratos de lo real, su estructura "hojaldrada". El análisis localizado constituye el mejor punto de partida para toda generalización ulterior, pero con dos condiciones: 1) que no se encierre en elecciones de escalas limitativas; 2) que no pretenda exceder sus competencias haciendo un cortocircuito con el procedimiento comparativo.

Puede introducirse fácilmente una confusión entre dos acepciones del vocablo "local": en efecto, este funciona en dos géneros de oposiciones semánticas muy distintas: local/global, por un lado, local/general, por otro. La antropología de las sociedades tradicionales se ha detenido, sobre todo, en la segunda oposición, y teorías como el estructuralismo de Lévi-Strauss o la orientación hermenéutica propuesta por Geertz presentan respuestas posibles al interrogante del paso de lo *local* a lo *general*. En lo relativo a la primera oposición, que pone en juego orientaciones metodológicas, las cosas son menos claras: todo sucede como si el desarrollo histórico de la antropología en un contexto exótico tuviera como efecto acentuar el primer término de la oposición. Al privilegiar la aldea o la tribu, al limitar la investigación a las fronteras de la comunidad, los etnólogos se han preocupado poco por la articulación de lo local con lo global. Hoy redescubren esa cuestión y se interrogan sobre la pertinencia de clasificaciones que durante largo tiempo han orientado sus trabajos. Ese esfuerzo por reinscribir grupos aislados artificialmente en un contexto de relaciones y de antagonismos capaz de volver inteligibles prácticas y expresiones endógenas que, de otro modo, escaparían al observador, coincide con las preocupaciones de los etnólogos que estudian la modernidad y construyen instrumentos de análisis que les permiten efectuar un vaivén entre lo local y lo global. Siguen un proceso de profundización que los conduce

a repensar, en el contacto con otras disciplinas, conceptos que merecen ser precisados a la luz de los datos.

Entre los problemas a los que se enfrentan los antropólogos en su búsqueda de lo real, voy a mencionar, entre otros, el tema de la *historicidad*. Uno de los peligros de un enfoque fetichista de lo “micro” es evacuar lisa y llanamente las dinámicas y el cambio social. Una de las críticas que se le han formulado al enfoque monográfico es que borra la inserción histórica de las formaciones estudiadas, de alguna manera las “enfría”. La puesta en evidencia de permanencias, la búsqueda de las condiciones de reproducción de la estructura social, eran centrales para los etnólogos. Al releer hoy los escritos de Radcliffe-Brown, que influyeron considerablemente en la disciplina, sorprende la resonancia de un concepto que se inspira en el método experimental. Lo “micro” es percibido como un laboratorio donde se pueden aislar fenómenos artificialmente. La referencia a metáforas biológicas es significativa, ya que cada sociedad es percibida a través de sus diferentes órganos como tendiente a reproducir su integridad y su equilibrio propio. Como ha demostrado Evans-Pritchard, quien estaba muy fuertemente marcado por esa concepción funcionalista, la antropología no podría hacer caso omiso de las dinámicas sociales y de la diacronía: se ha desprendido del modelo de las ciencias naturales y merece ser considerada como “una suerte particular de historiografía”.<sup>12</sup> Con esa perspectiva, el análisis localizado puede constituir un excelente revelador de los movimientos históricos que recorren una sociedad.

## Retos epistemológicos

En el plano epistemológico, no se puede minimizar el alcance crítico de los nuevos avances de la microhistoria y del desarrollo de una antropología de las sociedades complejas que se ejerce a partir de análisis localizados, con la preocupación permanente por contextualizar los enfoques propios. En efecto, su dinámica conduce a repensar algunos supuestos de las ciencias sociales. La mayoría de las veces, estos son trabajados a partir de macroconceptos.

En primer lugar, la concepción clásica que consiste en elaborar hipótesis determinando entidades objetivas como “clase social”, pero

---

<sup>12</sup> Edward E. Evans-Pritchard. *Les Anthropologues face à l'histoire et à la religion*. Paris, PUF, [1962] 1974, pp. 25-28.

también como “mentalidad”, “comportamiento lingüístico”, etc., parece ser cuestionada directamente por el trabajo que nosotros realizamos. Como demuestra Jacques Revel en torno a la microhistoria, este modo de proceder tiene el efecto de desustancializar objetos que eran centrales para el análisis. Se produce entonces una suerte de *implosión* en ámbitos donde durante largo tiempo se ha desarrollado una concepción de la ciencia basada en un modelo experimentalista ya antiguo. Al seguir a Durkheim, adoptamos también a Stuart Mill y, con este, esa especie de motor en tres tiempos: hipótesis, experimentaciones, conclusiones. El método de las variaciones concomitantes es, para el sociólogo, “el instrumento por excelencia de las investigaciones sociológicas”.<sup>13</sup> Permite establecer una relación de causalidad entre dos fenómenos: “la concomitancia constante es pues, por sí misma, una ley”.<sup>14</sup> Mientras mantuvimos una visión de lo “micro” entendida como un proceder esencialmente monográfico, esta se integraba perfectamente en la lógica experimental: se hablaba de hipótesis “macro”, y el trabajo sobre lo “micro” cobraba el aspecto de una verificación de premisas que, de vez en cuando, lo superaban. Lo “micro” era, en el mejor de los casos, la *prueba* de lo “macro”, pero este último era el que daba a esa prueba su significado y delimitaba sus contornos. Si la prueba invalidaba algunas hipótesis, se volvía a lo “macro” para redefinir las condiciones de la prueba. La monografía estaba entonces “enmarcada”. De allí la irritación de los durkheimianos respecto de Le Play y su escuela, ya que cultivaban la monografía por sí misma, sin preocuparse por relacionarla con las entidades constitutivas de la sociedad global.

Lo que se observa más particularmente en los microhistoriadores es el cuestionamiento de la jerarquía implícita entre lo “macro” y lo “micro”. En efecto, lo “micro” adquiere una dimensión explícitamente heurística. Se reconstruyen las identidades sociales y políticas a partir de datos locales; se toman como objeto itinerarios individuales, hechos biográficos para producir *a posteriori* tipos ideales, categorías que al término de la investigación parecen más densas y ricas. Al provocar la implosión de la concepción funcionalista de una sociedad global definida como conjunto coherente de grupos, instituciones y representaciones, los investigadores que dicen hacer microhistoria se exponen

---

13 Émile Durkheim. *Las reglas del método sociológico*, trad. por Ernestina de Champourcin. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 190 (1ª ed. francesa 1895).

14 *Ibid.*, p. 188.

a la crítica. ¿No hay allí una forma de empirismo que termina por impregnar la teoría de lo social? ¿No volvemos, así, a un individualismo metodológico? A fuerza de deconstruir las categorías “macro” que ayudan a pensar lo social, ¿los historiadores no se condenan a la impotencia epistemológica?

La cuestión que se plantea a los microhistoriadores, así como a los antropólogos que trabajan en universos localizados y limitados, es la posibilidad de producir enunciados generales y deducciones válidas. ¿Cómo pensar los fenómenos sociales más allá de los casos particulares, si las identidades colectivas se fragmentan según los contextos, si las categorías sociales se borran detrás de la irreductibilidad de los destinos individuales? El enfoque desarrollado en microhistoria –y por algunos antropólogos–, es decir, las variaciones de escala que permanentemente efectúa, ponen a prueba una concepción en cierto modo fija de la racionalidad humana. Desde hace algunos años, el debate que ha opuesto a los defensores del universalismo y a los partidarios del relativismo no ha contribuido, a decir verdad, a aclarar estas cuestiones. Los primeros, en nombre del racionalismo, nos proponen una concepción tan depurada como empobrecida de los procesos culturales, reducidos a representaciones surgidas del espíritu humano, de los que se podría dar cuenta solo con la psicología. Los segundos, si toman en serio los determinantes históricos y sociológicos, llegan a privilegiar la diferencia y la polisemia, con el riesgo de perderse en los meandros de la interpretación. Para ellos, la verdad es plural y la asignación de un objetivo científico es sospechosa en sí misma.

Sin duda, este debate es el fruto de una doble insatisfacción: por un lado, refleja una voluntad de rigor entre aquellos que quedan descontentos con los fundamentos conceptuales de los discursos de la antropología estructural y la “nueva historia”; por otro lado, expresa una propensión a liberarse del yugo estructuralista para desarrollar una práctica a la vez más literal y más literaria de la historia y la etnología. Por más opuestas que estén, la orientación racionalista y universalista y la orientación interpretativa y relativista sintomáticamente tienen dificultades para pensar los procesos sociales y culturales, y son conscientes de las implicaciones epistemológicas de nuestras prácticas científicas. Al respecto, está claro que hemos entrado en una etapa de reflexión crítica, tras un período que vio la irrupción triunfal del estructuralismo y de la escuela de los *Annales*. Sin embargo, podemos preguntarnos si el debate entre universalistas y relativistas podrá favorecer nuestras empresas: la necesidad de una tercera vía se siente

con cada vez más crudeza, tal como indica la convergencia de trabajos surgidos de disciplinas e incluso de escuelas diferentes. En efecto, se trata de promover un procedimiento racionalista de pretensión generalizadora y demostrativa que tome en consideración los datos concretos, culturales y localizados.

### ¿El regreso de Leibniz?

Para comprender lo que está en juego, un breve retroceso permitirá, espero, poner en perspectiva la situación actual. Nos encontramos aquí con un antiguo debate epistemológico: el punto de vista desarrollado por los microhistoriadores es anticartesiano, por excelencia. En sus investigaciones, van en contra del ideal de conocimiento del filósofo francés. Pero se adhieren a las tesis propugnadas por Leibniz, sobre todo en el opúsculo titulado *Meditaciones sobre el conocimiento, la verdad y las ideas*, en el que se halla una crítica explícita del cartesianismo, sin por ello abandonar la perspectiva del racionalismo analítico.

Para Descartes, como sin duda recordará el lector, solo el conocimiento claro y distinto es productor de verdad. El primer precepto del método es “no recibir jamás por verdadera cosa alguna que no la reconociese evidentemente como tal (...) y no abarcar en mis juicios nada más que aquello que se presentara a mi espíritu tan clara y distintamente que no tuviese ocasión de ponerlo en duda”.<sup>15</sup> El entendimiento procede según dos operaciones: la intuición y la deducción. En el punto de partida de todo proceder intelectual válido, la intuición parece “la concepción de un espíritu puro y atento, concepción tan fácil y tan distinta que no queda duda alguna sobre lo que comprendemos”.<sup>16</sup> La deducción se define como “un movimiento continuo e ininterrumpido del pensamiento que tiene una intuición clara de cada cosa”.<sup>17</sup> En la búsqueda de la verdad, el espíritu “puro y atento” es aclarado por la “luz de la razón”. La metáfora óptica es omnipresente en Descartes. Lo verdadero se presenta en el modo de la evidencia, resplandeciente para la intuición que la aprehende en la pureza del instante. Es cierto que, para llegar a ese resultado,

---

15 René Descartes. *Discurso del método*, trad. por Eugenio Frutos. Barcelona, Planeta, 1989, p. 16.

16 René Descartes. *Reglas para la dirección del espíritu*, trad. por Juan Manuel Navarro Cordón. Madrid, Alianza, 1984.

17 *Ibid.*, p. 44.

previamente habrá que poner en duda las opiniones preconcebidas, los testimonios que engañan a los sentidos. Gracias a esa ascesis previa, el sujeto se encuentra en posición de acceder al conocimiento verdadero, desarticulando a todos los astutos genios.

El punto de vista cartesiano da prueba de un formidable aplomo epistemológico. Por supuesto, el hombre, al ser mixto, es decir pensante y corporal, está sujeto al error, pero siempre le es posible acceder a la verdad en el acto puro del conocimiento intuitivo. Partiendo del conocimiento de las cosas simples, paulatinamente se elevará al conocimiento de cosas más complicadas. Así se genera el saber, por encadenamiento de verdades. El intuicionismo del que Descartes se erige en heraldo también marca los límites del método. En nombre del criterio de verdad que constituye la evidencia, se ha de retener algunos ámbitos del conocimiento que sin embargo pertenecen a la actividad matemática: es el caso, en particular, de lo infinitamente pequeño y las probabilidades. “El intuicionismo es, por esencia, restrictivo”, señalaba Michel Serres, poniendo en evidencia el aporte innovador del filósofo germánico en el ámbito matemático.<sup>18</sup> Los trabajos que efectuaba Leibniz, sobre todo en el ámbito del cálculo infinitesimal, lo condujeron a poner en evidencia las fallas de la teoría cartesiana, al punto de alzarse en contra de esta filosofía del conocimiento y de cuestionar la estructura conceptual que la sostenía.

Como ha demostrado Yvon Belaval,<sup>19</sup> Leibniz objeta todos los aspectos de la teoría cartesiana: del método a la metafísica, pasando por la matemática, la lógica y la física, ninguno de los enunciados cartesianos halla su aceptación. En el texto preciso y denso de *Meditaciones sobre el conocimiento, la verdad y las ideas*, Leibniz procede a una verdadera crítica de su adversario —“este tema [las ideas falsas y las ideas verdaderas], si bien es de suma importancia para el conocimiento de la verdad, no es tratado en forma satisfactoria por Descartes”—<sup>20</sup> y, al mismo tiempo, expone su propia teoría del conocimiento. Efectúa un análisis crítico de las nociones de claridad y distinción, y demuestra su carácter parcial e insuficiente. Una idea puede ser clara, pero confusa: nos permite solamente reconocer la cosa representada; el testimonio de

18 Michel Serres. *Hermès ou la communication*. Paris, Minuit, 1968, p. 134. Existe traducción al español: *La comunicación: Hermes I*, trad. por Roxana Páez. Barcelona, Anthropos, 1996.

19 Yvon Belaval. *Leibniz, critique de Descartes*. Paris, Gallimard, 1960.

20 Gottfried W. Leibniz. *Opusculum philosophicum choisis*, trad. del latín por P. Schrecker. Paris, Vrin, 1966 p. 9.

los sentidos, el “no sé qué” estético: seguimos estando, sin embargo, en el ámbito de lo indefinible.

Para superar ese primer enfoque, se ha de lograr enumerar las “marcas suficientes para distinguir la cosa de las otras”. Se accede así a la idea distinta, como las nociones comunes que tenemos de números, magnitudes o cifras. Pero lo distinto tiene sus propios grados. Una idea distinta puede ser adecuada o inadecuada, según se puedan analizar o no sus diferentes componentes. La noción de oro es distinta, pero *inadecuada*, ya que conocemos clara pero *confusamente* el peso, el color, el efecto del aguafuerte comprendidos en esa noción. La noción de número, por su parte, se acerca mucho a la de conocimiento adecuado.

¿Es posible obtener un conocimiento adecuado? “Dudo, sin embargo, de que los hombres puedan dar de ello un ejemplo perfecto”,<sup>21</sup> responde Leibniz. Es que la adecuación implica un conocimiento distinto de *todos* los ingredientes que componen esa idea. Un conocimiento de ese tipo es verdaderamente intuitivo: quien lo posee abraza entonces “a la vez, por el pensamiento, todas las nociones que envuelve”; comprende (*com-prebendere*) en el sentido etimológico del término. Para Leibniz, y aquí se separa de Descartes, solo el entendimiento divino es verdaderamente intuitivo. La idea del círculo no está en nosotros, sino en Dios: “En nosotros existe una imagen del círculo, una definición del círculo, las ideas de todo lo que es necesario para pensar el círculo”.<sup>22</sup> Pero solo Dios piensa “toda junta y al mismo tiempo la esencia del círculo”; nosotros solo la conocemos “por sus partes”.

Para Leibniz, trabajamos con nociones *compuestas*, de las que no es posible tener una aprehensión intuitiva. No vamos de lo simple a lo complejo, como recomendaba Descartes, porque estamos inmersos en un universo de nociones compuestas del que a menudo solo tenemos un conocimiento *ciego* o incluso *simbólico*. El uso de los signos, del lenguaje natural o algebraico, es el medio para trazar la ruta a través de lo que al principio puede parecer claro y simple, pero que implica el uso de mediaciones conceptuales que alargan considerablemente el recorrido previsto al inicio.

Es interesante confrontar nuestras prácticas de historiadores y de antropólogos con los enunciados de Leibniz. No veamos en este diagnóstico de los límites del entendimiento la expresión de un pesimismo

---

21 *Ibid.*, p. 11.

22 *Elementa philosophiae arcanae de summa rerum*, citado en Y. Belaval. *Leibniz, critique de Descartes*, *op. cit.*, p. 240.

irreductible, sino más bien un aliento para seguir adelante teniendo en cuenta los obstáculos concretos a los que se confrontan las ciencias sociales. Sumergiéndonos en los arcanos de lo local, tomando los atajos de la microhistoria o de la etnografía, aceptamos como un supuesto epistemológico la idea de conocimiento ciego (*cogitatio caeca*). Que el análisis nunca finalice, pero que se logre producir procedimientos pertinentes a lo largo de un trayecto plagado de dificultades significa situarse en la perspectiva de un *ars inveniendi* de un nuevo tipo, capaz de fecundar un procedimiento que, de otra forma, está destinado a marchitarse, con la única preocupación de atenerse a las “ideas claras y distintas” que hoy abundan en nuestros ámbitos respectivos.

Es el caso, por ejemplo, en el ámbito político, de las categorías en vigor: Estados, elites, comportamientos políticos, política nacional, política local, etc. La claridad y la distinción aparentes de esas nociones ocultan la cuestión de su adecuación. El acto de probar, una vez que esas nociones han sido aceptadas, no consiste más que en desplegar pertinencias estadísticas, cuando en realidad en el campo sentimos muy crudamente la pobreza de esos instrumentos. De allí la necesidad de proceder a la inversa y de construir los conceptos a partir de un procedimiento analítico, puesto que las categorías básicas se consideran, al inicio, como datos intuitivos y, por definición, insuficientes y teóricamente insatisfactorios. Para proceder de ese modo, de nada sirve salir corriendo a la búsqueda de nuevas evidencias. Antes bien, como hacen los microhistoriadores o algunos antropólogos, se trata de determinar zonas sensibles, de aislar artificialmente momentos, configuraciones, espacios, que bien pueden estar localizados en lo que consideramos como el centro o como la periferia de una sociedad y pasarlos por el escalpelo.

### Variación de escala: el objeto europeo

Para ilustrar esa orientación, permítaseme referirme a la investigación que realicé sobre el Parlamento europeo.<sup>23</sup> Al parecer, era algo arbitrario elegir esa institución como lugar de una investigación de antropología política. Tras haber estudiado largamente la vida política en la Francia de los terruños, el cambio de campo parece brutal. En realidad, esa decisión se inscribe en una perspectiva coherente si se admite lo positivo del principio de variación de escala. Analizar la cuestión de la

---

23 Marc Abélès. *La Vie quotidienne au Parlement européen*. Paris, Hachette, 1992.

representación política desde el punto de vista de la elección europea era prolongar una investigación en la que se habían considerado exclusivamente los contextos local y nacional. Me pareció indispensable pensar en la posibilidad de un punto de vista que superara los límites dentro de los cuales solemos razonar para pensar la política. Al considerar las resistencias de los propios políticos –por ejemplo: “¿Qué interés tiene el Parlamento? No hay ningún poder”, “La Europa política no existe”–, me di cuenta de que había un verdadero malentendido. En la medida en que el objeto “real” no es considerado importante, o incluso “consistente”, el trabajo de análisis resulta mecánicamente devaluado. El malentendido se debe a una confusión entre el valor de uso del objeto y el interés de conocimiento que puede encerrar o no.

Sin embargo, el objeto en cuestión, en la medida en que introduce un espacio de variación inédito en la consideración de las prácticas políticas, no puede sino retener la atención. A su vez, no caben dudas de que ese trabajo de vaivén entre escalas diferentes trastoca los principios de clasificación, incluso de división del trabajo, que orientan el funcionamiento de las disciplinas constituidas. Al poner en perspectiva el marco del Estado-nación a partir de lo local y lo supranacional, se introduce la incertidumbre en un sector muy bien señalado. Pero es ese, precisamente, el desafío de este tipo de investigaciones: aclarar procesos que tienden a ser identificados en una categoría reificada, en este caso el Estado, cuya fragilidad histórica queda en evidencia cada día que pasa. Se introduce así la complejidad en un ámbito donde el estereotipo a veces eclipsa la investigación. Pero, como escribió J. Revel a propósito de la microhistoria: “¿Por qué hacerlo simple cuando podemos hacerlo complicado?”.

Al fijarse como objetivo la exploración de zonas sensibles –conceptualmente hablando–, se trata de actuar en el horizonte de ese conocimiento “ciego o simbólico” que recomendaba Leibniz. Continuar el análisis en su interminabilidad, pero con la preocupación de aplicar lúcidamente las condiciones de su realización. Este modo de proceder ofrece la posibilidad de comprender mejor lo que está en juego en lo que desde hace unos años se designa como crisis de la política y que sin duda corresponde a una mutación bastante profunda de las relaciones entre sociedad civil y política. Mutación que afecta, a la vez, los espacios políticos y las prácticas políticas, y que interesa particularmente a la antropología.

Los debates recientes en torno a la construcción europea ilustran el alcance de los desplazamientos que se han producido. Se cristalizan en

el cuestionamiento de la forma del Estado-nación. Tanto los defensores como los adversarios de la Europa de Maastricht aluden sin cesar a esa cuestión; unos, con el discurso de la denuncia, otros, con el discurso de la negación. En relación con esa Europa, P. Thibaud habla de

pérdida de política, ya que el sistema de gestión pública restaurado al término del proceso está muy desconectado de los valores cívicos de los diferentes pueblos y se refiere a un espacio que es el del consenso técnico y no el de la voluntad política, y la libertad de actuar recuperada al término de la europeización puede no ser sino la de la comunidad supranacional que los tecnócratas forman entre ellos,<sup>24</sup>

una “federación al revés”,<sup>25</sup> una “institución que espera encontrar las grandes cuestiones después de haber agotado las pequeñas, que uniformiza sin llegar a dar un sentido a la unidad, que es lo menos subsidiaria posible”.<sup>26</sup>

Presentando un punto de vista contrario en relación con Europa, J. M. Ferry formula un diagnóstico bastante similar, cuando observa que

la Comunidad europea ha realizado, en suma, una *sociedad civil que supera el Estado*. El Gran Mercado europeo realiza las precondiciones de una sociedad civil europea unificada, al tiempo que se preserva la pluralidad de los Estados-nación y no se trata, supuestamente, de un Estado europeo.<sup>27</sup>

Sin embargo, ¿debemos crisparnos ante el Estado-nación?, se pregunta Ferry, y en ese punto se diferencia de Thibaud: “Europa ubicará la identidad política de sus futuros ciudadanos como una identidad *posnacional*, pero también como una identidad *posestatal*”.<sup>28</sup> Distinguiendo la función técnica (organizar las condiciones de la reproducción social) y la función ética (fijar la identidad de sus ciudadanos por la representación de una soberanía nacional única e indivisible), ambas, según él, constitutivas de lo político, Ferry propugna la instalación, a escala europea, de un espacio público, de una esfera de discusión y de propuestas que asuma la función ética de lo político, ya que la función técnica estaría reservada a las instituciones

---

24 Jean-Marc Ferry y Paul Thibaud. *Discussion sur l'Europe*. Paris, Calmann-Lévy, 1992, p. 42.

25 *Ibid.*, p. 48.

26 *Ibid.*

27 *Ibid.*, p. 139.

28 *Ibid.*, p. 153.

comunitarias existentes. La principal debilidad de la Europa actual se debe, precisamente, a esa ausencia de espacio público, a ese déficit de publicidad.

La posición de Ferry es explícitamente voluntarista: la identidad posnacional está ligada, según él, a una elección ética. En otras palabras, la Europa política solo podrá construirse mediante la creación de un espacio público, pero la realización de ese espacio remite en sí misma a una identidad posnacional que se ha de construir sobre bases “no culturales, geográficas e históricas”, sino “jurídicas, morales y políticas”.<sup>29</sup> Ferry rechaza la idea de un Estado europeo; no se trata de reproducir el paradigma del Estado-nación, sino de superarlo. Podemos preguntarnos en qué medida el voluntarismo alcanza para cumplir esa tarea. Más profundamente, la disyunción entre ética y técnica es problemática. Ferry parece ignorar sistemáticamente la cuestión del poder, de las relaciones de fuerza y de las condiciones de producción efectivas de la democracia. Al mismo tiempo, su análisis es sintomático de una toma de conciencia más general de los problemas que hoy afectan el espacio y las prácticas políticas.

Un punto fuerte del debate sobre Europa entre Thibaud y Ferry se refiere al estatus de lo político. La posición de Thibaud, que condiciona su crítica de la dinámica europea, puede resumirse en un silogismo: el lugar de lo político es el Estado; sin embargo, la dinámica europea limita y restringe la iniciativa de los Estados; por ello, Europa, tal como se ha construido, implica una pérdida, incluso un agotamiento, de lo político. Del lado opuesto, Ferry propone una disyunción de lo político entre la acción propiamente dicha, que correspondería a los Estados, y la ciudadanía, que correspondería a lo posnacional, Europa en su calidad de espacio público. A la vez, la realización del Estado-nación y su superación en una comunidad más amplia. El debate pone en clara evidencia el problema con el que se confrontan los artesanos de Europa. Este es colocado en un movimiento llamado de *spill over* (de engranaje); se probaba el movimiento a medida que se caminaba, hasta el momento en que la cuestión de la unión europea se planteó explícitamente en el marco del proceso de integración de las economías nacionales.

La cuestión del lugar de lo político aparece así con toda su complejidad. Hasta entonces, las prácticas políticas eran dirigidas por el principio nacionalista, que Gellner definió como aquel que “afirma

---

29 *Ibid.*, p. 174.

que la unidad política y la unidad nacional deben ser congruentes”.<sup>30</sup> A todas luces, lo que hoy plantea problemas es esa congruencia. El nacionalismo concebido de ese modo hace agua por dos lados. La situación de Yugoslavia evidencia las tendencias centrífugas que provoca la implosión del Estado-nación, y se observan, más generalmente, fenómenos de fragmentación, como el auge de la Liga Lombarda, en Italia. Fragmentación por un lado, desposesión por los Estados-nación de competencias importantes en la construcción europea, por el otro. La armonización de las legislaciones condujo a un desplazamiento del poder normativo. Solo que, por intermedio del Consejo de Ministros, los Estados miembros conservan una capacidad de iniciativa muy real. La extensión del principio de mayoría calificada en la toma de decisiones en el Consejo es, de todos modos, significativa. Los Estados participan cada vez más en un proceso de negociación a gran escala, donde ya no es posible conformarse con sostener la propia posición a rajatabla. La política de la silla vacía duró bastante, como pudimos comprobar con los diversos resurgimientos del GATT<sup>31</sup> en materia agrícola.

Del lado de los espacios políticos, se plantea en primer lugar la cuestión de su recorte y su recomposición. La afirmación de las especificidades, la instauración de relaciones entre los niveles territoriales infranacionales y las instancias comunitarias no contribuyen necesariamente a debilitar el Estado, sino a integrarlo en dispositivos más complejos. Puede crear, como en Francia, competencias entre niveles de colectividades diferentes o, a la inversa, como en Alemania, reafirmar los equilibrios existentes entre el Estado federal y las regiones. En todo caso, esa evolución obliga al investigador a pensar la articulación de los niveles, sin privilegiar un centro. Abordar en el plano político la cuestión de la relación entre el lugar y el no lugar. Llegamos así, en el nivel de la ciudad, a un problema que M. Augé planteó en torno al individuo, cuando califica los espacios de la modernidad como “no lugares”: lugares donde la soledad y la similitud reemplazan la identidad y la relación; lugares que solo cobran sentido por los comentarios, los mensajes, las órdenes que dirigen a sus usuarios. “Los no lugares crean la contractualidad solitaria”,<sup>32</sup> observa

30 Ernest Gellner. *Nations et nationalisme*. Paris, Payot, 1983, p. 11 (1ª ed. Oxford, 1983). Existe traducción al español: *Naciones y nacionalismos*, trad. por Javier Setó Melis. Madrid, Alianza, 2008.

31 N. del. T.: Acuerdo general sobre aranceles aduaneros y comercio (del inglés General Agreement on Tariffs and Trade).

32 Marc Augé. *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodo-*

Augé, y podemos preguntarnos si acaso la Europa sin Estado no es la quintaesencia del no lugar.

Del lado de las prácticas, se plantean dos tipos de cuestiones: la dilución del referente Estado-nación perturba los juegos de oposiciones tradicionales e introduce una complejidad inédita en el proceso de toma de decisiones. Esa complejidad se traduce, en particular, en el culto de la negociación y el papel creciente del término medio. “Pese a su utilidad, esa cultura del regateo, esa diplomacia continua conlleva graves inconvenientes”,<sup>33</sup> escribe Thibaud, quien denuncia “el método Monnet, el contorneo o la neutralización de lo político”.<sup>34</sup> Se puede objetar el carácter excesivamente normativo de ese tipo de afirmaciones. Pero dejemos de lado el juicio para hacer hincapié en una inflexión importante de los procesos políticos. La internacionalización, es decir la interiorización de las restricciones externas por los actores políticos y, paulatinamente, por las opiniones públicas, induce nuevos comportamientos en los recintos políticos tradicionales.

En el contexto europeo, las opiniones maniqueas, la lógica binaria asociada a la idea de una pareja estable mayoría/oposición dejan lugar a actitudes políticas que tienen en cuenta un mayor número de parámetros. En el espacio político europeo, el interés nacional se conjuga con la pulsión partidaria. Al tomar en consideración la pluralidad de intereses, la toma de decisiones cobra mayor tecnificación. La pericia se convierte en un momento necesario de la acción política. Hay quienes ven allí un factor de despolitización; también es posible ver allí un enriquecimiento de la actividad política. Se ha escrito mucho sobre el *lobbyismo* en Bruselas; se ha comprobado la expansión formidable de los *lobbies*. Estos mantienen una relación orgánica con las instancias comunitarias. Pero nada de eso es nuevo. En los diferentes países europeos, el *lobbyismo* es una práctica vigente.

En realidad, lo que nos impacta es la contaminación de las prácticas políticas por el *lobbyismo*: preferir la negociación, crear grupos de presión de geometría variable. Ese modo de ejercer la política puede desconcertar a los partidos tradicionales que interpretan como versatilidad lo que no es más que flexibilidad para acercarse y una negativa a encerrarse en un juego regulado y binario. Es posible pensar que, en el futuro, ese tipo de comportamiento va a desarrollarse dentro de las

---

*demidad*, trad. por Margarita Mizraji. Barcelona, Gedisa, 1996, p. 98.

33 Jean-Marc Ferry y Paul Thibaud. *Discussion sur l'Europe*, op. cit., pp. 82-83.

34 Ibid., p. 92.

diferentes formaciones sin que por ello se borren las grandes divisiones. Estas corresponden a una flexibilización del espacio político, y a lo que podemos llamar una pérdida de referencias.

Es muy evidente que la nueva situación europea cuestiona directamente los principales referentes a partir de los cuales se ha definido y orientado la actividad política. Pero los antropólogos están bien posicionados para saber que esta última no desaparece con el pretexto de que cambia de referente o que se inscribe en nuevas estructuras. En mi opinión, uno de los aspectos importantes del trabajo antropológico es presentar un punto de vista crítico con respecto a la preeminencia de la forma Estado-nación. Que este aparezca como el lugar de lo político, en un tipo de sociedad determinado, de ningún modo implica la imposibilidad de otros desarrollos. Sin embargo, lo que hoy vivimos sin duda es una evolución de ese tipo, que afecta muy directamente nuestra manera de hacer y pensar la política. Para el antropólogo, ello significa una atención permanente a los desplazamientos de escala y, al mismo tiempo, una multiplicación de los análisis localizados.

## **ESCALA, PERTINENCIA, CONFIGURACIÓN**

Maurizio Gribaudo

En las imágenes evocadas por la oposición “micro”/“macro” y a las que se recurre en los debates para comparar ambos enfoques, o para defender uno antes que el otro, casi siempre es posible detectar la connotación de una irreductibilidad de escala. El enfoque microanalítico debería remitir inevitablemente a espacios y mecanismos sociales que se ubican en la escala de la realidad misma, como en la célebre ficción de Borges. Lo “macro” es percibido, en cambio, como el nivel de la globalidad, de la generalidad, al menos el 1:250.000 de las cartografías regionales, incluso el 1:500.000 del mapa nacional o el 1:2.000.000 del mapa del continente. En ese marco, el debate se despliega en dos frentes. Por un lado, se refiere a las capacidades de generalización o de especificación propias de uno u otro enfoque; por otro, se refiere a la naturaleza diferente de los fenómenos sociales que cada nivel de escala permitiría ver. En este mismo volumen, Bernard Lepetit se ubica dentro de ese debate y examina las implicaciones que conlleva esa oposición básica.

En las páginas siguientes, quisiera tratar de demostrar que la oposición de escala nos coloca en una pista falsa. En efecto, creo que, si existe una oposición pertinente entre lo “micro” y lo “macro” en la práctica de la investigación histórica y, más generalmente, de las ciencias sociales, esa oposición debe aprehenderse, en lo esencial, según modalidades diferentes de la formalización causal de los fenómenos sociales y las evoluciones históricas. Por un lado, se obtiene una imagen de la historia y del devenir social que remite a un sistema abierto, en perpetua transformación y determinado por dinámicas y mecanismos microsociales de tipo interaccional; por otro lado, una imagen más evolutiva, en la cual los procesos históricos se consideran determinados sobre todo por factores macrosociales y extraindividuales.

Desde ese punto de vista, ninguno de los dos enfoques implica necesariamente objetos y niveles de análisis diferentes, como la comunidad o la nación, el individuo o las instituciones y los grupos, etc. Se basan, antes bien, en justificaciones empíricas y retóricas diferentes. Voy a comenzar por examinar estos aspectos, al menos brevemente. Más que nada, el análisis permite ver, en esa óptica, que el problema de la elección de una escala pierde su centralidad. En realidad, solo es crucial en el marco de un enfoque macroanalítico. Este se basa en un modelo implícito de jerarquías causales y debe reconstruir las lógicas que vinculan a los actores individuales con los diferentes fenómenos macroestructurales que fueron previamente individualizados. El enfoque microanalítico, en cambio, integra el concepto de causalidad en los mecanismos interactivos, por lo que elimina el problema de la escala.

Más allá de la oposición de escalas, surge, antes bien, el problema de las diferentes retóricas demostrativas propias de los dos enfoques, que siguen siendo irreductibles una respecto de la otra. El enfoque macrosociológico es deductivo y especifica sus pruebas a partir de un modelo global. Desde ese punto de vista, la construcción causal está dada principalmente por las categorías expresadas por el modelo. Los datos empíricos introducidos en él tienen la función esencial de ilustración, a través de una serie de operaciones retóricas y/o estadísticas de tipologización. El enfoque microsociológico, inductivo, individualiza mecanismos y los generaliza a través de las fuentes. En este caso, la construcción causal no está dada de antemano, sino que se reconstituye a través de las fuentes que impregnan el objeto. La retórica es de tipo generativo. Los datos empíricos constituyen la materia bruta que debe permitir individualizar mecanismos y funcionamientos sociales que se hallan más allá del objeto y de las categorías historiográficas que lo informan.

En ese sentido, el enfoque microsociológico no solo parecería más elegante en su argumentación retórica, sino que también tendría más fundamentos lógicos. La utilización de datos empíricos parece estar justificada en la medida en que permiten explicitar no solo las categorías y las representaciones sociales, sino también sus usos contextuales, los diferentes grados de adhesión que estas hallan en el transcurso del tiempo. En cambio, el enfoque macrosociológico es totalmente solidario de las representaciones que marcan con su impronta los objetos sometidos al análisis. El uso de los datos empíricos, a los que paradójicamente este enfoque dirige sus mayores esfuerzos, está lógicamente subordinado a la estructura de modelos construidos *a priori*. De modo que sus categorías son rígidas y normativas. Se ubican en el mismo plano que

los fenómenos estudiados y se constituyen simultáneamente como los únicos elementos de observación y de explicación.

El estatus diferente conferido a las categorías analíticas por ambos enfoques se halla en los modelos temporales respectivos que tienden a construir. Al no postular una distancia entre categoría y fenómeno, entre forma y contenido, los procesos históricos son concebidos por los enfoques “macro” en términos de leyes inmanentes en el plano de la evolución formal. Las razones de la historia residen en las formas de su devenir. El arco trazado en el tiempo por un fenómeno nos entrega las llaves de su especificidad. Cualquiera sea su grado de refinamiento, los modelos “macro” son sustancialmente deterministas y evolucionistas. Los modelos “micro”, al subrayar la ruptura existente entre forma y contenido, insisten en cambio en la dimensión de la incertidumbre, de la posibilidad. Por ende, la continuidad histórica es legible únicamente *a posteriori*, pero no devela sus leyes de por sí. Muy por el contrario, oculta sus contingencias sucesivas detrás de las pantallas de los modelos proyectados.

### **Modelos y retóricas causales en el enfoque macroanalítico**

“La burguesía es un grupo social cuyos contornos no están definidos (...) Nuestro objetivo era caracterizar (...) el conjunto de las categorías sociales que pertenecían a la burguesía, pequeña o grande, sin excluir ningún medio, ningún grupo *a priori*”.<sup>1</sup> Con estos términos, Adeline Daumard define el objeto y el marco de su trabajo sobre la burguesía parisina de la primera mitad del siglo XIX. El objetivo explícito de la investigación, que hoy en día es un clásico de la historia social, es determinar con mayor precisión los contornos de un grupo social que existió, nos dice la autora desde las primeras páginas, en los discursos, las prácticas y las representaciones del siglo. Esa es entonces la primera, la más clara justificación del objeto y del marco de análisis. Las representaciones y las prácticas contemporáneas piensan en ese espacio categorial, se refieren a él: es decir que este existe, pero aún falta definirlo científicamente. Sin embargo, hay otra justificación que si bien es menos explícita, constituye la pieza central de la construcción retórica y causal de la investigación. Se trata del modelo de evolución histórica a través del cual la autora esboza las líneas de evolución del contexto que estudia.

---

<sup>1</sup> Adeline Daumard. *Les Bourgeois de Paris au XIXème siècle*. Paris, Flammarion, 1970, p. 7.

La autora arraiga su propia lectura en la mirada de los hombres del siglo XIX. En Francia, y en París en particular,

se enfrentan [al comienzo del siglo XIX] sino dos civilizaciones, al menos dos tendencias, una que se apega a un pasado que la Revolución no ha borrado por completo y que el Imperio y, sobre todo, la Restauración, han resucitado en parte, y otra que prepara un futuro que América debía realizar más completamente que Europa, tal como había presentado Tocqueville.<sup>2</sup>

El modelo que sustenta implícitamente toda la organización de la investigación es el de un proceso de modernización que vería el paso de una sociedad del Antiguo Régimen a una sociedad de tipo “moderno”, caracterizada por el fenómeno que A. Daumard define, retomando la expresión de un contemporáneo, como la “constitución de la sociedad civil. [La] revolución (...) volvió iguales ante la ley a los hombres que el cristianismo había hecho iguales ante Dios”.<sup>3</sup>

Volveré sobre ese modelo y los problemas lógicos planteados por la conceptualización de la temporalidad histórica y de sus dinámicas evolutivas. Por el momento, retengo que este, introducido de manera retórica por las referencias a debates contemporáneos, determina las categorías causales del análisis. En efecto, A. Daumard se ubica dentro de ese proceso; asume implícitamente la idea de una evolución histórica social global, determinada ante todo por cambios estructurales que, por orden decreciente de importancia, son político-institucionales, económicos, sociales. Dentro de esa construcción causal, se justifica realmente el objeto historiográfico. Analizar la burguesía, medir su importancia numérica, describir sus características internas implica especificar las formas de un proceso dado, pero cuyas etapas y evoluciones internas se deben aclarar.

Desde esa primera etapa, comprobamos entonces un cambio de escala: del proceso histórico global, que se concreta en un eje temporal secular a través de mutaciones estructurales mayores, pasamos al nivel más limitado y contingente de los grupos sociales confrontados. Esa operación se repite a la largo del resto de la investigación, a través de un enfoque que refleja, en cada paso, la lógica de inclusiones causales implicadas por el modelo general. El análisis y la especificación de los rasgos de la burguesía, que constituyen el eje central de la investigación, se basan en la misma lógica jerárquica que va de lo estructural a lo

---

2 Ibid., p. 13.

3 Ibid.

superestructural. El plan de trabajo, presentado en la introducción, es particularmente elocuente en ese sentido:

La descripción de las estructuras burguesas se dirige, primero, a delimitar los medios burgueses, utilizando *referencias materiales*: nivel de fortuna o de ingresos, profesión, género de vida y nivel de vida. Esta primera parte tiende, ante todo, a delimitar los grupos: es un *estudio de masas*. La segunda parte se orienta a las *familias*, clasificadas en categorías, *para precisar* los orígenes de los diferentes medios, las relaciones que se establecen entre ellos y, por último, las bases sobre las cuales se apoya la formación de los individuos.<sup>4</sup>

La jerarquía causal aplicada en el modelo se refleja claramente en el objeto mismo, ordenando el principio del análisis. Si la evolución global de los *fenómenos políticos* determina las dinámicas de los grupos, las formas materiales y la masa de los *grupos sociales* delimitan espacios más restringidos dentro de los cuales hallamos los *medios* y las *familias*, los que, por su parte, influyen en el *horizonte individual*. Con esa perspectiva, la fuente cualitativa puede servir para ilustrar la proposición general, pero no se constituye como prueba; solo puede añadir un “efecto de realidad” a un retrato que, en sus líneas de fondo, solo es definido por los datos cuantitativos:

Los testimonios de todo tipo son indispensables para conocer, ya que solo ellos aclaran las estadísticas o los datos cuantitativos que pudieron ser recogidos (...) En última instancia, el examen de las reacciones colectivas, el estudio del alma colectiva de la burguesía escapan a la medición. La documentación cualitativa recupera allí todos sus derechos, pero el valor de los testimonios aumenta por el marco estadístico preestablecido en el cual tienen lugar.<sup>5</sup>

No voy a detenerme en este ejemplo. Pero me parece interesante observar que, en ese marco, los niveles de prueba siempre remiten, en última instancia, al modelo general. Y, por lo tanto, a las representaciones de los procesos históricos que dominan en la sociedad y en sus componentes. Dada esa estructura de inclusión causal, cada nivel de escala se constituye únicamente en tanto ilustración de dinámicas que intervinieron más allá de su esfera de pertenencia propia. Ello no significa que esos modelos sean falsos —retomaré este punto en particular en la última parte de este artículo—, sino, más simplemente, que el nivel

---

4 *Ibid.*, pp. 7-8. El resaltado es mío.

5 *Ibid.*, p. 10.

de prueba del enfoque macroanalítico se basa menos en sus objetos empíricos que en los modelos de procesos que lo informan.

Lo que acabamos de afirmar parecerá más claro si analizamos, aunque sea esquemáticamente, la retórica específica de la argumentación macroanalítica. La base empírica del trabajo de A. Daumard, el centro de su argumentación, se halla en la primera parte, donde la historiadora trata de caracterizar los rasgos específicos de la burguesía parisina y de construir un modelo de estratificación interna propia del grupo. Para ello, se basa en un importante material de archivo, cuyo estudio le ha permitido reconstruir las actividades profesionales, los ingresos, las fortunas y los consumos de los individuos y las familias. Tras circunscribir las diferentes clases de burguesía a partir de las profesiones y los ingresos, la autora se aboca a detallar su modelo analizando las formas de vivienda. Dentro de cada uno de los grupos individualizados, intenta analizar las prácticas y las referencias simbólicas predominantes que permitirán especificar sus límites y sus propiedades internas. Dos suposiciones implícitas sustentan esa operación. La primera es que los elementos pertinentes que explican los lazos y las identidades sociales son efectivamente internos de los espacios categoriales definidos por el modelo global. La segunda es que cada grupo contiene un modelo coherente y ampliamente compartido que orienta en general los comportamientos de sus miembros.

Se trata de supuestos fuertes, directamente derivados del modelo teórico subyacente. En la óptica macroanalítica, la dispersión y la variedad extremas de los datos empíricos no logran objetarlos seriamente. La diferenciación de los comportamientos es percibida, en cambio, como una confirmación ulterior de la necesidad de efectuar una síntesis: “la dispersión de las cifras sería tal que toda precisión daría una falsa seguridad. Por ello, es preferible presentar algunos casos tipo, elegidos en la medida en que parezcan simbolizar *la condición más corriente en cada medio*”.<sup>6</sup>

Detengámonos brevemente en esa operación y analicemos la construcción retórica asociada a ella. En la segunda parte del cuarto capítulo, la autora se esfuerza por poner en evidencia la especificidad de los grupos medios e inferiores de la burguesía. La categoría de referencia es la de los “tenderos”. Sin embargo, en el transcurso de los capítulos anteriores, nos había demostrado cómo, al tratarse de ingresos, otras profesiones podían pertenecer también a ese grupo. Por lo tanto, el

---

6 Ibid., p. 69. El resaltado es mío.

análisis tendrá en cuenta esa posibilidad, orientando la investigación del caso ejemplar dentro del grupo profesional de referencia.

El procedimiento de la autora está orientado por una calificación de conjunto de la categoría en construcción: “*la mayoría de los tenderos habitaba en condiciones muy precarias*”.<sup>7</sup> Esa cualidad luego se precisa a través de la descripción de los rasgos modales observables: “... *muchos no tenían sino habitaciones en el entrepiso y vivían...*”.<sup>8</sup> En ese punto, no contamos con ningún nivel de prueba, pero los términos “la mayoría” y “muchos” remiten a una distribución cuantitativa que permite confirmar la existencia de la categoría. En cambio, los contenidos de la categoría son individualizados a través de un análisis basado en un doble procedimiento de observación y de generalización. El caso se vuelve representativo del conjunto: “un vendedor de sedas de la calle Montmartre que pagaba más de... vivía con su mujer y sus dos pequeños hijos en...”,<sup>9</sup> etc. El caso individual demuestra la pertinencia de la categoría y permite añadir otras especificaciones obtenidas de la distribución de los comportamientos; pero esta vez lo hace con la modalidad de un grupo abstracto. Por ello, se citan las dimensiones “*generalmente restringidas de las familias de los tenderos*” y el hecho de que, en la última fase del ciclo de vida, el tendero modal “*generalmente (...) [vivía] solo con su mujer*”.<sup>10</sup> La noción de ciclo de vida queda inserta en la demostración por medio de una generalización; se trata de demostrar la pertinencia de esa noción, vinculada a los atributos ya demostrados de la categoría, por medio de una acumulación de detalles:

*La habitación del vendedor de sedas de la calle Montmartre estaba equipada con los muebles estrictamente indispensables, no tenía siquiera un sillón; en el caso del comerciante retirado, si gozaba de ciertos medios, al armario, la cama y la cómoda (...) se añadían sillones, escritorios y, a veces, un "mueble de habitación para dormir", es decir un sofá con sillones y sillas haciendo juego, lo que permitía recibir a los íntimos. La mayoría de los tenderos tenía una doméstica, rara vez más de una, aun cuando tuvieran una fortuna bastante importante.*<sup>11</sup>

Estamos aquí en el medio de la demostración. En una sola frase, dos casos individuales y diferentes están vinculados por una conexión

---

7 *Ibíd.* El resaltado es mío.

8 *Ibíd.* El resaltado es mío.

9 *Ibíd.*, pp. 69-70.

10 *Ibíd.*, p. 70. El resaltado es mío.

11 *Ibíd.* El resaltado es mío.

de causalidad temporal, están constituidos como tipos y generalizados como modales para el conjunto de la categoría estudiada. La frase siguiente confirma la tipologización producida, a través de una generalización ulterior que opera por primera vez a partir de la etiqueta de la categoría: “*la mayoría de los tenderos...*”. De modo que la categoría queda instituida en sus formas y en sus contenidos. La burguesía media-inferior corresponderá al modelo del tendero que vive con determinadas comodidades y que varía de cierto modo a lo largo del ciclo de vida. Dentro de ese tipo, podrán ubicarse otras fisionomías profesionales y sociales según los principios de la analogía y la diferencia: “*son pocos los burgueses que...*”, “*algunos empleados*”, “*viudas sobre todo*”, “*salvo excepción, los empleados del Estado*”, etcétera.

A ese nivel también, las pruebas del enfoque macrosocial son fundamentalmente retóricas. Se basan en operaciones lógicas tan simples como eficaces, que permiten reificar un grupo a través de una serie de transformaciones semánticas entre la categoría y los datos nominativos. En un primer momento, se toma una categoría y se buscan ejemplos que le correspondan. En ese nivel, el o los casos individuales sirven para especificar el contenido de la categoría. Pero, una vez cumplida esa función, se supone que el valor del caso individual (el tendero de la calle Montmartre) califica la totalidad de la categoría (los tenderos). Todos los demás casos obedecen a ese tipo de operación. La dispersión y la variedad de los comportamientos observados se expresan en los términos del conjunto. Lo que orienta y define el contenido del objeto empírico es, en definitiva, el sistema categorial.

La retórica, que funciona aquí en una construcción narrativa y sintáctica, es la misma que la estadística cuantitativa puso en práctica desde el siglo XIX a través de las operaciones de agregación de datos nominativos en categorías, y de esas categorías, en tablas y tablas cruzadas. El análisis de los algoritmos y de las formalizaciones estadísticas conduce a los mismos resultados.<sup>12</sup> Así sea por las cifras o mediante la construcción narrativa, los enfoques cuantitativos y macroanalíticos no están en condiciones de ofrecer niveles de pruebas empíricas lógicamente aceptables. Las pruebas presentadas en esos modelos son únicamente retóricas y remiten, en última instancia, al modelo tomado como marco interpretativo global.

---

12 Ver Maurizio Gribaudi y Alain Blum. “Des catégories aux liens individuels: l’analyse statistique de l’espace social”, *Annales ESC*, Vol. 45, N° 6, 1990, pp. 1365-1402; y Alain Blum y Maurizio Gribaudi. “Les déclarations professionnelles. Pratiques, inscriptions, sources”, *Annales ESC*, Vol. 48, N° 4, 1993, pp. 987-995.

La prioridad jerárquica del modelo interpretativo global sobre todos los demás niveles del análisis y del objeto explica, entonces, la centralidad del concepto de variación de escala en el enfoque macroanalítico. En esa estructura de encastres causales, cada plano es conceptualizado y colocado en diferentes niveles de escala. La elegancia y la pertinencia de una demostración residen, en gran parte, en la capacidad de armonizar, por medio de operaciones retóricas y narrativas, esos niveles y de insertar cada espacio dentro de otro más amplio según una continuidad planteada como principio.

### **Modelos y retóricas causales en el enfoque microanalítico**

La siguiente frase de Giovanni Levi, casi oculta en las últimas páginas de la sucinta aunque densa introducción de su libro, define bien, a mi parecer, la especificidad del enfoque microanalítico:

He intentado describir la inestabilidad de las preferencias individuales, los órdenes institucionales, las jerarquías y los valores sociales: en suma, el proceso político que genera el cambio, pero también sus direcciones imprevisibles, fruto del encuentro entre protagonistas activos.<sup>13</sup>

Inestabilidad de las formas, procesos generativos, peso decisivo de las acciones individuales...: el modelo implícito al que remite este enfoque es el de un proceso histórico que se despliega a través de dinámicas que ponen en juego configuraciones sociales complejas y que son no lineales y, a cada momento, imprevisibles. Esta noción de imprevisibilidad es la que me parece aclara mejor el nivel en el que se sitúa el análisis microsocial: el de una causalidad que, a cada momento, se piensa como abierta. Si un proceso evoluciona de manera no previsible, significa que los factores que favorecieron la concreción de un asunto antes que otro son contextuales; están vinculados a la especificidad de elecciones y de dinámicas que se han actualizado en un momento y en un lugar particulares.

A menudo percibida como obsesiva, la atención que presta al contexto el enfoque microanalítico resulta, en lo esencial, del abandono del concepto de causalidad asociado a las evoluciones macroestructurales. "Así pues, he intentado estudiar un fragmento minúsculo del Piamonte

---

13 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990, p. 15.

del siglo XVII”, escribe Giovanni Levi, “reconstruyendo en detalle las vicisitudes de *cada habitante* del pueblo de Santena *que haya dejado algún resto*”.<sup>14</sup> Aquí, como en todo trabajo microanalítico, la técnica es intensiva y el ideal es el de la reconstitución total de un retazo de tejido social. Pero esa reconstitución es instrumental. Los individuos, las comunidades o los grupos no son valorizados sino en la medida en que su observación puede dar claves de acceso a mecanismos y a dinámicas de orden general. Así, paradójicamente, si ese enfoque reevalúa el contexto y la observación local, al mismo tiempo les retira el estatus privilegiado de objeto de análisis. Los verdaderos objetos son aquí los mecanismos psicológicos y sociales que rigen las formas de interacción entre los individuos y el entorno, su historia y sus representaciones:

la ambigüedad de las reglas, la necesidad de tomar decisiones conscientemente en condiciones de incertidumbre, la limitada cantidad de información que permite, sin embargo, actuar, la tendencia psicológica a simplificar los mecanismos causales que se consideran relevantes para elegir comportamientos y, por último, la consciente utilización de las incoherencias entre sistemas de reglas y de sanciones.<sup>15</sup>

Ese desplazamiento del objeto, del plano del contexto al de los mecanismos que generan las formas, también implica una reformulación global del concepto de escala. Si en el libro de Levi, como en otros trabajos basados en el enfoque microanalítico, el punto de partida está dado por itinerarios individuales, el análisis de los comportamientos y de las elecciones revela cadenas de dependencias causales que vinculan esferas, medios y dinámicas tradicionalmente concebidos como separados. Al desplazar la causalidad del fenómeno al individuo y a los mecanismos interactivos, las dinámicas reconstituidas siguen las referencias simbólicas y los espacios de relaciones que fueron pertinentes en las diversas y sucesivas perspectivas individuales. De modo que estas atraviesan los espacios de los individuos y las familias, los campesinos y los notables, los grupos y las instituciones, la comunidad y el Estado, y hacen surgir los ensambles, particulares cada vez, que pesaron no solo en las elecciones de los actores singulares, sino también en las evoluciones globales.

Si se sigue ese tipo de análisis, la discontinuidad fenomenológica entre diferentes niveles de escala, postulado por la óptica macroanalítica, efectivamente pierde pertinencia. No porque el enfoque microanalítico

<sup>14</sup> Ibid., p. 11. El resaltado es mío.

<sup>15</sup> Ibid., p. 12.

no tome en cuenta el peso del entorno y las dinámicas de poder en los comportamientos y las elecciones individuales, sino porque no concibe ese poder si no es actuando en presencia de y a través de las concretizaciones específicas del contexto. El significado de una institución o de los valores del mercado está dado en la interacción y en la negociación de los actores sociales concretos que los van encarnando. Ese es un punto importante que retomaré más adelante, pero creo útil subrayar desde ahora que la disolución de la discontinuidad de las escalas también es el producto, en última instancia, del modelo implícito de causalidad temporal aplicado. Apenas se sitúa la causalidad en el contexto y dentro de mecanismos interactivos, resulta esencial dar cuenta de la configuración de los elementos concretamente en presencia y explicarla en sus formas específicas. La trayectoria formal trazada en el tiempo por un fenómeno no nos restituye sus leyes. El proceso de formación del Estado moderno, para parafrasear a G. Levi, no se constituye como un fenómeno continuo que pesaría de manera lineal a través de sus componentes. En cada momento, y en cada contexto, este ha sido diferente en sus contenidos y en sus posibilidades de evolución:

No es solo un problema de interpretación: las explicaciones, que encuentran exclusivamente en causas externas a las pequeñas y frágiles comunidades rurales el mecanismo del cambio social que ha destruido el sistema feudal, no consiguen dar cuenta de la heterogeneidad de los resultados de este proceso, a no ser recurriendo a la hipótesis de que la forma de adaptación a las situaciones locales es diferente porque diferentes son también los puntos de partida. Pero esto posterga el problema sin resolverlo.<sup>16</sup>

De modo que el problema queda claramente planteado. Para Levi, la continuidad de los procesos históricos se juega en el presente de cada contexto. Cada forma, por definición, es diferente en cada lugar y en cada instante. En el centro de la encuesta, se halla entonces el intento de formalizar un modelo de causalidad de las evoluciones sociales que sea menos rígido y menos jerarquizado: a ese nivel, creo, se produce una ruptura radical con los enfoques de tipo macroanalítico. En efecto, una conceptualización de esa índole implica fundamentalmente elecciones metodológicas, construcciones retóricas y niveles de prueba enteramente opuestos a los utilizados en esos enfoques.

Y, primero, una construcción generativa y configuracional. A menudo, es interpretada como un préstamo tomado de la antropología de

---

<sup>16</sup> Ibid., p. 11.

Fredrik Barth y dictado por la elegancia formal de su demostración.<sup>17</sup> Sin embargo, esa elección metodológica me parece, en esa perspectiva, más profundamente justificada. Si la causalidad se certifica dentro de cada contexto particular, las formas y los comportamientos sociales *se generan* concretamente a partir de las dinámicas de *interacción* de los *individuos*: entre sus recuerdos del pasado y sus anticipaciones del futuro posible. En el estudio de Giovanni Levi, el esfuerzo más importante consistió en desplazar la mirada de los comportamientos a los marcos mentales de los individuos:

Esta sociedad, como cualquier otra, está compuesta por individuos conscientes del margen de imprevisibilidad en el que está organizado todo comportamiento; y la inseguridad no procede solo de la dificultad de prever el futuro, sino también de la continua conciencia de disponer de informaciones limitadas sobre las fuerzas operantes en el medio social en que se debe vivir. Sin embargo, no es una sociedad paralizada por la inseguridad, hostil a todo riesgo, pasiva o encerrada en valores de autoprotección. *Mejorar la previsibilidad para aumentar la seguridad* es un potente motor de innovación técnica, psicológica y social, y las *estrategias de relaciones* (...) son parte de las *técnicas de control del medio*.<sup>18</sup>

En el centro de la demostración microanalítica se halla efectivamente el individuo. Sin embargo, su centralidad, al igual que la del contexto, es instrumental. El individuo es importante, sobre todo como lugar de esa actividad intensa y específicamente humana de lectura, de interpretación y de construcción de lo "real". Para Levi, esa actividad es, al mismo tiempo, individual y social. Individual, porque está marcada por la percepción limitada y particular de cada actor social. Social, porque se desarrolla a través de la interacción y la negociación con un entorno que va del mundo de los cercanos a la imagen del soberano, pasando por la gama completa de los recursos –simbólicos y económicos– y de los protagonistas en presencia de los cuales puede ser colocado.

Por lo tanto, las construcciones lógicas y demostrativas son totalmente invertidas con respecto a las del enfoque macroanalítico. El análisis no debe individualizar aquí comportamientos típicos para ilustrar normas o modelos. Por el contrario, se propone descubrir mecanismos que permitan dar cuenta de la variación, de la diferenciación de los

---

17 Por ejemplo, en la lectura propuesta por Paul-André Rosental en esta misma obra. Ver pp. 167-188.

18 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial*, op. cit., pp. 61-62. El resaltado es mío.

comportamientos. Dos afirmaciones importantes, que implican ese cambio de perspectiva, caracterizan el enfoque microanalítico.

La primera, a la que ya he hecho referencia y que es también la más explícita, es la del carácter esencial de la diversidad de los comportamientos y las formas sociales. La noción de “excepcional normal”, formulada por Edoardo Grendi hace algunos años y que varios comentaristas han considerado oscura, expresa muy claramente esa concepción, desde mi punto de vista. Porque los comportamientos son generados a partir de evaluaciones y de restricciones diferentes en cada contexto, varían indefinidamente en su forma y en su contenido. La variación constituye, pues, la norma de una serie de comportamientos. El *continuum*, el espacio cubierto por la variación de las formas, y no la *categoría*, con sus referencias modales, se convierte en el instrumento metodológico que permite describir y clasificar las observaciones.

La segunda afirmación es la de una diferencia, de naturaleza ontológica, entre formas y contenidos. La óptica microanalítica individualiza los contenidos más allá del nivel formal de los fenómenos. El significado de los comportamientos como de las representaciones se halla en las intenciones de los actores, captadas en sus contextos. Se trata de una ruptura de la unidad entre formas y contenidos postulada por el enfoque microanalítico, que es inevitable cuando el sujeto histórico es colocado en el centro del análisis. Por lo tanto, ejerce sus efectos en todos los niveles y, en primer lugar, en el estatus de las fuentes:

Los propios documentos han cambiado de sentido, han perdido obviedad, han mostrado cómo su uso inmediato, literal, deforma las razones por las que se han producido en una cadena informativa que no puede interrumpirse arbitrariamente: la referencia de las actas notariales a una única familia nuclear esconde las estrategias contrapuestas de relaciones de parentesco no corresidentes; las compra-ventas de tierras, asumidas como expresión de un mercado impersonal, cubren las reglas de la reciprocidad que presiden las transacciones.<sup>19</sup>

La diversidad de los comportamientos como norma, de los contenidos y las intencionalidades que se ocultan detrás de las apariencias formales... A partir de esas afirmaciones, la retórica demostrativa del microanálisis se desarrolla como un juego continuo de deconstrucciones y reconstrucciones, que intenta, ubicándose en el nivel de las fuentes, individualizar las articulaciones ocultas que vinculan las intencionalidades con los comportamientos sociales.

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 13.

El trabajo de Giovanni Levi constituye, una vez más, un buen ejemplo de ese enfoque, que busca y halla sus pruebas gracias a un trabajo inductivo de interpretación y de reorganización de las fuentes. Por ejemplo, el cuarto capítulo del libro, donde el autor construye un modelo de estratificación de la comunidad que es objeto del estudio. El punto de partida de la demostración está dado por una crítica de las categorías historiográficas tradicionales –en este caso, las categorías socioeconómicas y la del grupo familiar corresidente–. A través de una reconstitución basada en tres fuentes diferentes (los registros parroquiales, las listas de impuestos, los catastros), G. Levi demuestra que la composición de las familias, las formas de propiedad y de gestión de la tierra varían considerablemente y de forma al parecer azarosa. Esa comprobación le sugiere la hipótesis de que existen lazos que se crean y solidifican, más allá del espacio de las familias y sus tierras, según mecanismos más profundos de solidaridad e intercambio.

Se trata del primer paso de la construcción analítica. En ese nivel, las fuentes no ilustran un modelo global, sino que cumplen una doble función retórica. Por un lado, permiten al investigador complejizar el objeto de estudio y evidenciar el carácter parcial de los modelos tradicionales. Por otro lado, contribuyen a justificar la elección de colocar el análisis en el plano de los mecanismos que generan los comportamientos. Si los comportamientos observados a través de las categorías tradicionales nos parecen más complejos y caóticos a la vez –esta es la hipótesis claramente expuesta– es porque deben de existir formas de interrelaciones diferentes y determinadas por lógicas menos aparentes.

El segundo paso consiste en la elaboración de un modelo teórico que defina por hipótesis los mecanismos y las lógicas capaces de dar cuenta de la complejidad de los comportamientos observados. Levi postula, por un lado, el juego de cierto número de mecanismos elementales de naturaleza psicológica:

La base psicológica de la identidad personal de un campesino en la miseria actúa sobre las seguridades emotivas –que la documentación que nos ha quedado no nos narra– mediante la solidaridad y la protección, con lazos de reciprocidad generalizada o con hilos verticales de dependencia.<sup>20</sup>

Por otro lado, plantea que esos mecanismos implican la presencia de una organización social particular que debe ser buscada

---

20 *Ibid.*, p. 54.

en la forma de solidaridad y de cooperación selectiva, adoptadas por [los actores sociales] para organizar la supervivencia o el enriquecimiento; y en el amplio frente de las prestaciones, dadas y esperadas, por las que pasan informaciones y cambios, reciprocidad y protecciones.<sup>21</sup>

Esas hipótesis constituyen el centro del trabajo analítico. Se trata entonces de un enfoque totalmente inductivo. Se observan dinámicas complejas y aparentemente irregulares. Se asume esa irregularidad colocándola en el centro del análisis, y se construye un conjunto de hipótesis sobre los mecanismos subyacentes que la han generado. A partir de esos mecanismos, se definen las formas y los lazos pertinentes en el contexto analizado. El retorno a las fuentes y al contexto es el momento que permite poner a prueba y, llegado el caso, corregir el modelo. Los pasos sucesivos lo confirman. En efecto, el análisis intenta poner a prueba las hipótesis examinando en forma detallada la historia familiar de tres genealogías de aparceros. La elección de las fuentes, de los comportamientos y de los parámetros por analizar calca fielmente el modelo:

Se hablará de familias en el sentido de *grupos no corresidentes* pero unidos por *vínculos* de parentesco consanguíneo o por *alianzas* o relaciones de *parentesco ficticio*, que aparecen, en la *nebulosa realidad* institucional del Antiguo Régimen, como bloques estructurados para afirmarse frente a la *incertidumbre* del mundo social, incluso tratándose de un pequeño pueblo.<sup>22</sup>

No es este el lugar para seguir detenidamente la demostración de Giovanni Levi. Alcanza con recordar que, a partir de ese modelo, delimita, en el tiempo y en el espacio, a través de las fuentes más diversas, las relaciones mantenidas por cada individuo y por cada familia. La reconstitución que opera permite ver cómo, en ese contexto en particular, las estrategias de supervivencia y de movilidad se basan en la capacidad individual y colectiva de establecer y activar el mayor número posible de lazos horizontales y verticales. El carácter decisivo de esas relaciones permite explicar la extrema variabilidad de las formas observadas. Los actores no evolucionan dentro de una unidad doméstica separada. Sus comportamientos y su fisonomía social se inscriben en configuraciones que cambian permanentemente y que sus lazos y sus experiencias expresan. El modelo resulta validado, entonces, a través de una demostración formalmente muy elegante y convincente. Pero me

---

21 *Ibid.*, p. 56.

22 *Ibid.*

parece interesante observar que esa validación y la generalización que resultan se basan, sobre todo, en el retorno a las fuentes.

En efecto, son estas las que orientan la reconstitución e indican los diferentes niveles de prueba. Las fuentes parroquiales, ante todo: permiten ver el marco genealógico que a su vez permite ubicar a cada individuo dentro de una red más importante de relaciones de parentesco. Esa red luego es ampliada gracias a los testamentos, las actas notariales, los contratos de aparcería, etc., hasta llegar a otros espacios, incluidos otros individuos y otras figuras sociales. Las fisionomías, las aspiraciones y las estrategias de los individuos y las familias se reconstruyen a partir de los lazos cuyos rastros conservan las diferentes fuentes. La generalización del modelo, del caso individual al contexto y al período histórico, transita así a través de esas inscripciones. A ese nivel, las pruebas son de tipo analógico y formal: lazos y formas de parentesco similares sugieren experiencias y mecanismos análogos.

## **Los enfoques micro y macroanalítico, el tiempo histórico y el fenómeno**

La lectura que acabo de proponer de los trabajos de Adeline Daumard y de Giovanni Levi es, sin lugar a dudas, esquemática. Sin embargo, me ha permitido arrojar luz sobre la oposición esencial que existe entre los dos enfoques y que se ubica, sobre todo, en el nivel de la construcción de un modelo de causalidad.

Adeline Daumard supone, en su análisis, una jerarquía de causalidades encastradas y activadas por la presión de fenómenos cuya naturaleza e importancia serían muy diferentes: un proceso histórico global, las formas estructurales e institucionales que lo caracterizan, los grupos sociales que lo habitan, las normas culturales y las actitudes psicológicas de los individuos y las familias. Giovanni Levi supone, en cambio, una causalidad contextual, concretizada y jerarquizada en el presente. En su trabajo, el fenómeno no es conceptualizado como entidad dada *a priori*, por debajo de los mecanismos de la interacción social. La naturaleza y el peso varían según la particularidad de los lazos y las dinámicas relacionales propias de cada contexto.

Ambos autores dicen practicar historia social y reivindicar la importancia de un análisis cualitativo de las actitudes y los comportamientos sociales. Lo que los separa y diferencia profundamente sus trabajos no es tanto la elección de un objeto o de una escala de

observación como su concepción de la realidad histórica y sus funcionamiento. Aun trabajando a nivel local, A. Daumard desarrolla una visión de tipo macrosociológico. Para ella, lo real es determinado ante todo por fenómenos estructurales y extraindividuales. El proceso de modernización, la estructura económica, el mercado, etc., son concebidos como agentes históricos dotados de una realidad y una autonomía propias. G. Levi ilustra, en cambio, una visión microsociológica. Las instituciones que su análisis encuentra carecen de vida autónoma. No tienen realidad sino en la medida en que son conducidas por los actores sociales que las utilizan y se refieren a ellas en sus acciones.

Por ello, lo que me parece esencial aquí, y que divide realmente el campo de la investigación histórica, es la oposición entre enfoque macro y enfoque microsociológico, y no la escala de análisis. Por otro lado, se halla aquí el modelo causal de tipo macrosociológico aplicado en numerosos trabajos a menudo considerados como micro –o meso– analíticos. De manera característica, es ese el caso de las monografías sobre poblados a propósito de las cuales Jacques Revel y Marc Abélès mostraron claramente cómo las taxonomías locales se refieren rígidamente, la mayoría de las veces, a categorías y a modelos de causalidad de tipo macrosociológico.<sup>23</sup> También es el caso de numerosos estudios de historia social que, trabajando con objetos más vastos (una provincia, una ciudad, etc.), han integrado ese modelo, al menos implícitamente: se halla su traducción en la organización misma de obras donde los capítulos iniciales están dedicados a la definición de un contexto (geográfico, histórico, económico y demográfico) comprendido como el marco determinante de los comportamientos estudiados. En cambio, el enfoque microsociológico, aun cuando se dirige a objetos ubicados en niveles diferentes del espacio social, echa luz sobre configuraciones causales en las que los protagonistas son los individuos concretos y no fenómenos estructurales: así pues, los miembros de la corte real en el gran libro de N. Elias, la multitud alzada en A. Farge y J. Revel, el mundo político provincial en M. Abélès, los colonos y los notables en G. Levi, etc., se sitúan y se determinan en presencia y dentro de configuraciones relacionales que remiten a lazos, representaciones, dinámicas colocadas contemporáneamente en niveles muy diferentes del espacio social.

---

23 Ver Jacques Revel. "L'histoire au ras du sol", préface à G. Levi. *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIème siècle*. Paris, Gallimard, 1989, pp. I-XXXIII; y "Microanálisis y construcción de lo social", en esta misma obra, pp. 19-44; también en esta obra, Marc Abélès, "El racionalismo sometido a la prueba del análisis", pp. 115-134.

Por ello, el problema de la escala no me parece pertinente sino en la perspectiva macrosociológica. La particularidad del modelo causal sobre el que esta se apoya implica la necesidad de mostrar cuáles son las articulaciones entre los fenómenos de los que se postula que son de naturaleza diferente y actúan en niveles de escala diferentes. Lo hemos verificado, a propósito del estudio de Adeline Daumard, pero podríamos generalizar la observación a los numerosos trabajos que adoptan esa visión. La retórica macrosociológica debe armonizar las observaciones locales con los datos agregados que expresarían el nivel mesocópico de las dinámicas estructurales. A su vez, los datos agregados deben armonizarse con los modelos globales que expresarían el nivel macroscópico, el del proceso. De allí la insistencia en el problema, desde ese punto de vista crucial, de la generalización de los datos empíricos. En cambio, la óptica microsociológica es totalmente ajena a ese tipo de problema. Como he subrayado en varias ocasiones, para ella, el mundo social no conlleva discontinuidades fenomenológicas. La afirmación esencial aquí es la de la continuidad que se expresa, en todos los niveles, a través de la centralidad de los mecanismos humanos.

La oposición “micro”/“macro” oculta, entonces, una ruptura entre modelos de causalidad basados en retóricas demostrativas diferentes. Como hemos visto, el enfoque macrosociológico, de tipo deductivo, busca y construye sus pruebas a partir de un modelo global. La argumentación sigue la dirección que implican las jerarquías causales presupuestas. La pieza maestra de la demostración se inscribe por completo en las categorías aplicadas en el modelo, mientras que los datos empíricos tienen una función que es fundamentalmente de ilustración. En cambio, el enfoque microsociológico, inductivo, construye el conjunto de su argumentación a partir de datos empíricos. La retórica de la demostración es de tipo generativo. Las fuentes proveen el material bruto para individualizar y analizar mecanismos y dinámicas sociales de los que se plantea que existen más allá del objeto y las categorías historiográficas.

Desde ese punto de vista, se ha de admitir que los dos enfoques no exhiben el mismo grado de solidez. Si consideramos la dimensión puramente retórica de las demostraciones, la primera me parece menos elegante y menos justificada. En efecto, la función de ilustración de los datos empíricos (cuantitativos y cualitativos) solo se cumple gracias a una reducción drástica de su complejidad, por la traducción de sus contenidos nominativos y contextuales a los de las categorías aplicadas. En ese caso, la prueba empírica es más que débil. En

cambio, la retórica del segundo enfoque me parece autorizar la prueba empírica. Lejos de rechazar la diversidad de los comportamientos observados, esta asume la variación y la dispersión, elaborando sus categorías a partir de estas últimas.

Pero me parece posible y necesario jerarquizar ambos enfoques, en cuanto a la construcción lógica. Al constituir sus pruebas y generalizarlas a partir de un modelo, el enfoque macrosociológico reifica, de hecho, las categorías que constituyen su objeto. El concepto de norma, los tipos a través de los cuales diferencia y clasifica el material empírico son, al mismo tiempo, el producto y la justificación de esas mismas categorías. Por ello, se produce un cortocircuito lógico que deja al historiador preso de las representaciones que pesan no solo sobre el objeto, sino también sobre los instrumentos metodológicos utilizados –suele ser el caso de las taxonomías estadísticas–. El enfoque microsociológico evita esos escollos. Sus categorías se constituyen en el transcurso del análisis. Se basan en la propia variabilidad de los datos empíricos, y la asumen plenamente. De ese modo, este enfoque se aleja críticamente de las categorías que informan el objeto dando cuenta de los valores y los contenidos que abarcan en momentos y en contextos diferentes.

Este último aspecto nos remite inevitablemente a la lógica general de los dos modelos y a sus diferentes conceptualizaciones del fenómeno con respecto al tiempo histórico. El estatus diferente otorgado a la categoría por ambos enfoques remite, en efecto, a modelos temporales totalmente opuestos. Como no hay distancia entre categorías y fenómenos, entre forma y contenido, los procesos históricos son concebidos por los enfoques macroanalíticos como leyes inmanentes a los planos de la evolución formal: las razones de la historia residen en las formas de su devenir. El arco trazado en el tiempo por un fenómeno nos ofrece, así, las claves de su especificidad. Los modelos microanalíticos, al subrayar la ruptura existente entre forma y contenido, insisten, en cambio, en la dimensión de la incertidumbre, de lo posible. La continuidad histórica es legible únicamente *a posteriori*, pero no devela sus leyes de por sí. Muy por el contrario, oculta sus contingencias sucesivas gracias a un espejismo óptico de proyecciones.

Se trata de un aspecto extremadamente importante y respecto del cual tal vez sea útil detenerse. Hemos visto cómo Adeline Daumard, parafraseando implícitamente a Tocqueville, enmarca su objeto dentro de un proceso de modernización que es postulado como manifestación de una afirmación progresiva de la “sociedad civil”, en general, y de la burguesía, en particular. Hemos observado también cómo, sobre la

base de ese modelo, la autora individualiza las categorías idóneas, para captar las diferentes formas que caracterizan las dinámicas estructurales y supraestructurales de ese proceso a lo largo del arco temporal supuesto por el análisis. Pero, precisamente, como hemos visto, en esa óptica, el fenómeno es identificado con la categoría, las diferentes formas evidenciadas se suponen e interpretan como la expresión inmediata de leyes estructurales que caracterizarían la evolución histórica y la determinarían como necesaria. El aumento numérico de los grupos sociales observados, el aumento y la composición diferentes de sus fortunas, la evolución de los recursos económicos, todos estos elementos formales se constituyen como los motores esenciales del proceso histórico. Aprender el fenómeno en el nivel de sus formas lleva a reificar la visión retrospectiva de la evolución histórica, introduciendo una explicación de tipo evolucionista y muy determinista. Pero, sobre todo, ello implica que los diferentes momentos formales son considerados como las expresiones inmediatas y unívocas de un fenómeno global que estaría determinado más allá de las acciones individuales y que develaría sus significados en la duración.

En el enfoque microsociológico, el desarrollo formal de los procesos sociales es visto, en cambio, como una pantalla opaca que oculta la complejidad de las contingencias siempre diferentes y que se determinan en un presente y en un contexto particulares. Los contenidos y las formas están separados porque la óptica microsociológica se concentra en el individuo. Son las intencionalidades y las situaciones de incertidumbre las que permiten comprender los contenidos específicos de los comportamientos. Aquí, por definición, se considera que cada secuencia formal está cargada de contenidos diferentes. La afirmación de una linealidad fenomenológica de los procesos se halla evacuada. Cada secuencia es concebida como un nexo donde se juegan varios desarrollos posibles. No es por azar, si Giovanni Levi insiste tanto en el concepto de incertidumbre. Sus actores se desplazan y actúan dentro de configuraciones de hechos y de relaciones sociales en las cuales la historiografía con frecuencia ha querido individualizar las fases específicas de un proceso que desembocaría en la construcción del Estado moderno. Levi demuestra, en cambio, que los proyectos y las acciones de sus personajes expresan, en cada momento, un abanico de representaciones del presente y del futuro muy diferenciado; abierto, sobre todo, a perspectivas contextualmente probables, o al menos, plausibles, que la mayoría de las veces no son realizadas a raíz de factores mínimos e imprevisibles. Desde este punto de vista, la evolución se entiende

menos como la genealogía de formas estructurales que como una seguidilla de posibles no concretizados y el producto de mecanismos que han conducido a concretizaciones no necesarias.

### **Dinámicas configuracionales y categorías historiográficas**

En el debate historiográfico actual, el enfoque microanalítico parece haber encontrado, al menos en el corto plazo, una acogida positiva, justamente a partir de su capacidad de conceptualizar lo complejo y lo contradictorio, de poner en duda la noción de regularidad evolutiva, de reintroducir lo probable, si no lo aleatorio, en las sucesiones temporales.

Sin embargo, si el estudio de los mecanismos sociales ha permitido arrojar luz sobre los límites de las categorías y los modelos macroanalíticos, una observación más atenta revela que no evita tampoco los escollos en lo que concierne a los niveles de la prueba y la pertinencia. Los mecanismos individualizados siempre son introducidos a partir de una generalización producida a través de la organización de las fuentes. Después de haber demostrado que la naturaleza y el peso de un fenómeno varían según los lazos particulares y las dinámicas relacionales propios de cada contexto, se reconstruyen los contextos a partir de un tratamiento homogéneo de las fuentes. Así pues, el historiador suele quedar preso de las inscripciones pasadas del fenómeno que estudia. Si el retorno a las fuentes y una lectura más precisa pueden permitirle salir de los límites estrechos de las categorías tradicionales, estas lo confrontan, al mismo tiempo, con la dificultad de demostrar la pertinencia de los mecanismos reconstituidos para el conjunto de sus objetos.

Es posible individualizar fácilmente esas dificultades en la mayoría de las investigaciones basadas en un enfoque microanalítico. Incluso en el trabajo, de todos modos muy atento a la construcción lógica y demostrativa, de Giovanni Levi. Por ejemplo, el análisis que propone de las prácticas de las estrategias familiares de los aparceros. Este se basa, como hemos visto, en la reconstitución meticulosa de los recorridos y las elecciones efectuados por el conjunto de las familias campesinas de Santena a lo largo de varias generaciones. La identificación y el cotejo de trayectorias individuales y familiares llevan al autor a reconstruir una gama sumamente variada de prácticas. Pero es posible pasar del examen a la explicación, justamente, al establecer esa gama. Cada recorrido individual es colocado con respecto al conjunto de los comportamientos observados, y el esfuerzo analítico se dirige a la comprensión de los mecanismos y las

condiciones que favorecieron una elección antes que otra. Por ello, las estrategias familiares de las tres familias que Levi destacó particularmente quedan evidenciadas con respecto a los comportamientos generales del pueblo: un individuo o una familia ha elegido invertir en una tierra o en una alianza, porque las restricciones específicas en las que se hallaban no permitían ninguna de las demás opciones "posibles".

El lector ya habrá comprendido. Lo que me parece que debilita la lógica de ese enfoque es, sobre todo, el deslizamiento semántico entre prácticas observadas a partir de una fuente y el establecimiento de una gama de posibles percibidos como objetivamente ofrecidos. Pues así se considera que el espacio social subyacente a esas prácticas es único y homogéneo, que las elecciones y los comportamientos de cada uno de los individuos que dejaron un rastro han sido claramente perceptibles y eran previsibles para todos los demás. Pero, si hay un logro de la óptica microanalítica respecto del cual me parece difícil retroceder, es el haber puesto en evidencia la vasta gama de contenidos e intencionalidades que las mismas formas y los mismos comportamientos pueden recubrir. De modo que, paradójicamente, el tratamiento homogéneo de una fuente y las relaciones de tipo analógico que se establecen entre las prácticas inscriptas pueden opacar un análisis, privando a los objetos de las formas de discontinuidad que les son propias.

Levi elude el problema gracias a un control permanente del tamaño de los objetos analizados y al uso cruzado de varias fuentes diferentes. Así, por un lado, los campos de las prácticas a partir de las cuales son evaluadas las racionalidades individuales nunca superan el horizonte local. Por otro lado, y sobre todo, cada nueva fuente permite matizar el retrato recientemente dibujado y aclarar mejor las zonas de discontinuidad propias del objeto analizado. Pero ese ejercicio de estilo, basado en un conocimiento profundo de las fuentes y del período, es difícilmente imitable, y es poco probable que se lo repita. En la mayoría de los casos, el análisis comienza y se detiene en una fuente principal, que al mismo tiempo ofrece el marco de las variaciones del fenómeno estudiado y la llave de sus mecanismos explicativos. Y cuando esa dependencia total con respecto a una fuente se suma a un control menos riguroso de las dimensiones de la experiencia, el investigador corre el riesgo de quedar sumergido por el gran número de variaciones que debe explicar y se ve obligado a producir tipologías cada vez más complejas y menos convincentes.

La mayoría de las críticas formuladas al enfoque microanalítico, en cuanto a su capacidad de generalización, se basan, sin saberlo, en

los resultados más aparentes de esas debilidades implícitas. La complejidad de los modelos explicativos aplicados, apenas se aumenta el tamaño de las muestras, ha sido interpretada como una prueba decisiva del alcance limitado de la óptica “micro” y de su incapacidad para captar fenómenos mayores, inscriptos en otras escalas, que caracterizarían el espacio social y determinarían las evoluciones. Esos rasgos pueden explicar algunas de las posiciones tomadas en el complejo debate que se ha entablado en torno al problema de la escala. Pero no me parece que justifiquen el retorno a una concepción rígida de los procesos históricos, porque parece evidente que la superación de esas dificultades implica menos una reevaluación del papel de las escalas de observación o la necesidad de complejizar las categorías y los modelos clásicos del análisis que la necesidad de profundizar nuestra reflexión sobre la discontinuidad de las formas de coherencia y de organización dentro del espacio social.

Al subrayar la ambigüedad de las fuentes como producto de formas diferentes de inscripción, al insistir sobre la utilidad de una lectura más atenta a la cadena de significados que determinan la crítica textual, y en particular la de las categorías, el enfoque “deconstruccionista”, si se quiere, parecía poder contribuir a aclarar el debate. Pero, por una extraña paradoja, la atención renovada que se prestó a la complejidad del hecho y de sus inscripciones no fue acompañada de un cuestionamiento concomitante del estatus de los modelos historiográficos globales. En los trabajos históricos basados en una óptica de ese tipo, el análisis de las “agendas ocultas” la mayoría de las veces adoptó la forma de una transposición mecánica de las representaciones de los individuos o de los grupos a los marcos de los modelos tradicionales. Por ello, al analizar las categorías aplicadas por los promotores de la *Estadística de la industria* parisina, se subrayó su ideología de “clase” colocándola en el marco de un conflicto social que habría estado vinculado a la “industrialización” y la “urbanización”.<sup>24</sup> O, incluso, en el análisis de un conflicto relatado por un maestro artesano, se pensó hallar la permanencia de rasgos propios de la “cultura popular” y del “oficio” recolocándolos en los procesos globales de una “proletarización del artesanado” y la “modernización de los modos de producción”.<sup>25</sup>

---

24 Ver Joan Scott. “Statistical Representations of Work. The Politics of the Chamber of Commerce's *Statistique de l'industrie à Paris, 1847-1848*”, en S. Kaplan y C. Koepp (eds.): *Work in France. Representations, Meaning, Organization and Practice*. Ithaca, Cornell University Press, 1986, pp. 335-363.

25 Ver Robert Darnton. *Le Grand Massacre des chats. Attitudes et croyances dans*

Esas diversas dificultades permiten ver que, en el fondo, los problemas principales están vinculados al hecho de que los investigadores siguen ubicándose con respecto a los modelos clásicos, sin dejar de denunciar sus debilidades. Ese es claramente el caso del enfoque “de-construccionista”. Como acabamos de ver, al tiempo que subraya la diversidad y la especificidad de las percepciones y las experiencias de lo social, ese enfoque sigue relacionándolas con el marco rígido de un proceso histórico homogéneo en su naturaleza y constante en la duración. Ese deslizamiento también podemos verlo en el enfoque microanalítico. Puesto que, en última instancia, al constituir sus objetos y al basar sus modelos por oposición a las categorías clásicas, sufre inevitablemente, como veremos, su atracción. La opacidad y la complejidad de algunos modelos microhistóricos a los cuales acabamos de referirnos se explican también —y sobre todo— a partir del posicionamiento crítico que origina dicho enfoque. En efecto, mostrar los límites de una categoría obliga al investigador a ubicarse dentro de un grupo profesional, o de un fenómeno migratorio, o de un espacio geográfico. Por ello, en esa operación también se “construye” el objeto microsocio y lo que sugiere al investigador que ha de acercarse, a través de las fuentes, experiencias a menudo diferentes y cuya proximidad está dictada, una vez más, por un juego de categorías externas a la configuración analizada.

Por consiguiente, si retomamos el debate que se generó en torno a la oposición “micro”/“macro”, vemos bien que muchas de las dudas e incomprendiones que lo caracterizan nacieron y se alimentan únicamente de la ambigüedad mantenida respecto de los modelos clásicos. Lejos de ofrecer las claves explicativas de la complejidad de los procesos históricos, estos pesan sobre la definición y la interpretación de los objetos de la investigación, así esta se refiera a fuentes cualitativas o a imponentes bancos de datos. Se puede considerar que el debate historiográfico se volvería más claro y consistente si se refiriera menos a la pertinencia de los diferentes niveles de escala que a la naturaleza de los instrumentos que han de ponerse en ejecución para trabajar más eficazmente sobre los presentes de la historia y sobre las dinámicas que sustentan sus evoluciones.

De modo que una renovación del análisis de lo social no me parece posible sino a través de un trabajo que se colocaría en la lógica de los

---

*l'ancienne France*. [New York, 1984] Paris, R. Laffont, 1985. Existe traducción al español: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. por Carlos Valdés. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006.

enfoques microanalíticos, pero que se propondría extraer todas sus consecuencias. Lo que implica, ante todo, sustraer nuestros objetos de las grillas de categorías que los restringen e intentar leerlos respetando las lógicas y las relaciones internas. A mi parecer, solo un enfoque de ese tipo permite un análisis que dé cuenta de los fenómenos que caracterizan los tiempos de la historia tal como los hemos entrevisto: la unicidad del presente; las relaciones diversas y contradictorias que mantiene con el pasado y con el futuro; los modos y los instrumentos de explicación que adopta.

Aquí se abren varios caminos. Uno de ellos fue tomado con éxito por varios investigadores y se basa en el análisis de los modos de descripción, de la “multiplicación de las historias”. Es el camino que han seguido los defensores más lúcidos del enfoque deconstruccionista, pero también un buen número de historiadores de la sociedad –y también de la ciencia–. Más allá de diferencias a menudo considerables, es posible agrupar bajo esa definición numerosas investigaciones dirigidas a reubicar los discursos y las representaciones en su presente histórico. Pensemos, en particular, en trabajos como los de Gareth Stedman Jones, quien se abocó a reconstituir las lógicas internas y contextuales de los discursos que acompañaron, en Gran Bretaña, el movimiento “cartista” a lo largo del siglo XIX.<sup>26</sup> Pero también podemos mencionar los múltiples estudios sobre la historia de los modos de representación del espacio social, de sus formas jurídicas y de sus medidas, que muestran precisamente que los discursos no evolucionan de manera lineal, sino que se reactualizan cada vez en el presente y que hallan sus contenidos en función de las referencias y los vínculos que mantienen los locutores de un momento particular.<sup>27</sup> Todos

---

26 Ver Gareth Stedman Jones. “Rethinking Chartism”, en: *Languages of Class. Studies in English. Working Class History, 1832-1982*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 90-178. Existe traducción al español: *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, trad. por Blanca Tera. Madrid, Siglo XXI, 1989.

27 Pienso, en particular, en las investigaciones de Alain Cottureau sobre las formas de justicia en el siglo XIX, en Francia: “Justice et injustice ordinaire sur les lieux de travail, d’après les audiences prud’homales, 1806-1866”, *Le Mouvement social* 141, 1987, pp. 25-59; y también, “‘Esprit public’ et capacité de juger. La stabilisation d’un espace public en France aux lendemains de la Révolution”, *Raisons pratiques* 3, 1992, pp. 239-272. Pero pienso además en los numerosos trabajos desarrollados en el ámbito de la historia de las ciencias sobre las representaciones y las formas de medición de lo social; por ejemplo, los de Éric Brian. *La Mesure de l’État. Administrateurs et géomètres au XVIIIème siècle*. Paris, A. Michel, 1994; Alain Desrosières. *La Politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique*. Paris, La Découverte, 1993 [Existe traducción al español: *La política de los grandes números*, trad. por Mónica Silvia Nasi. Barcelona, Melusina, 2004]; o incluso de Jean-Claude Perrot. *Une histoire intellectuelle de l’économie*

comparten el mismo interés en disolver los anacronismos producidos por las interpretaciones evolutivas de los discursos y las representaciones sociales. Por consiguiente, la multiplicación de las historias es el resultado de un enfoque que deconstruye sus objetos reubicándolos en su perspectiva histórica original.

Pero la historia social también puede tomar un camino más cercano a las cuestiones que debatimos. Puede interrogarse sobre la posibilidad de establecer el repertorio de las formas de discontinuidad que se desprenden de las prácticas sociales reexaminando sus fuentes con una perspectiva cualitativa y utilizando instrumentos de análisis que estén intencionalmente en ruptura con los enfoques clásicos. Solo un estudio de ese tipo puede producir una cartografía fina de las formas de organización del espacio social, de las relaciones que mantienen y de su evolución en el tiempo.

Pongamos un ejemplo. En una investigación en curso, intenté construir un análisis formal de la estratificación social de la Francia del siglo XIX, basándome en las fuentes utilizadas tradicionalmente por los enfoques clásicos, pero considerándolas solo según una óptica cualitativa y prosopográfica. Mi objetivo era llegar a tratar los objetos clásicamente “macro” con un enfoque formal y estadístico pero de tipo “micro”: ¿era posible reconstituir la topografía del espacio profesional ilustrado por un corpus importante de datos de estado civil, sin recurrir a categorías preestablecidas? En otras palabras, se trataba de individualizar las formas de coherencia y de proximidad sociales a partir de las prácticas inscriptas en una fuente haciendo una lectura interna basada en el análisis del conjunto de los datos nominativos reunidos.

No me voy a detener mucho en ese trabajo, pero quisiera recordar el enfoque metodológico escogido, así como algunos resultados que permiten ilustrar nuestros problemas con mayor claridad. Analicé entonces un corpus de 46.000 actas de matrimonio, registradas en Francia en el siglo XIX, esforzándome por reconstituir, para varios períodos, el espacio definido por el conjunto de las inscripciones individuales y por la totalidad de las relaciones existentes entre ellas.<sup>28</sup> En

---

*politique*. Paris, Éd. de l'EHESS, 1992.

28 Se trata de actas de matrimonio recogidas en el marco de la encuesta dirigida por J. Dupâquier sobre la movilidad y el devenir de 3000 familias francesas, desde 1803 a la actualidad. Para este trabajo, utilicé solamente el banco de datos que sirvió como base para la reconstitución genealógica. Dicho banco, que reúne las actas relativas al período 1803-1903, es conservado por el Laboratorio de Demografía Histórica de la EHESS y está a disposición de todos los investigadores interesados.

ruptura con las descripciones estadísticas clásicas, basadas en operaciones de agregación de los datos nominativos, me pareció útil considerar el conjunto de las declaraciones profesionales registradas en el corpus como una configuración de puntos, separados unos de otros, pero susceptibles de ser vinculados por su proximidad o su distancia. Para decirlo con claridad: a fin de construir mi objeto, consideré que dos denominaciones diferentes estaban vinculadas y presentaban un grado de proximidad cuando las declaraban simultáneamente en la misma acta un padre y un hijo.

A partir de los vínculos inscritos en la fuente –en este caso, el de filiación–, es posible construir un gráfico orientado que conecta el conjunto de las denominaciones profesionales presentes en el corpus.<sup>29</sup> Si, por ejemplo, tres padres declaran ejercer la actividad de “carpintero” y sus hijos, la de “peón”, “doméstico” y “tejedor”, las cuatro profesiones aparecerán vinculadas. La estructura de ese vínculo particular será en estrella: en el centro, un punto dado por la denominación “carpintero”, a partir del cual se dibujan tres flechas que unen los puntos formados por las declaraciones de los hijos (ver figura 1). Entre esas cuatro profesiones, se registran, entonces, formas de proximidades inscriptas a partir de la práctica concreta de seis pares de individuos, tres padres y tres hijos. Pero está claro que esas proximidades son débiles porque son unívocas, de padre a hijo. Si en un caso de ese tipo se registran prácticas que van del “carpintero” a las otras tres actividades, no se observan vínculos en sentido contrario. En cambio, serían muy diferentes las proximidades entre esas mismas denominaciones profesionales si hubiéramos registrado flujos recíprocos entre cada una de ellas y todas las demás. En ese caso, la estructura de los vínculos daría lugar a un gráfico de forma cuadrada, con puntos equidistantes y unidos por seis flechas bidireccionales (ver figura 2).

Esa operación, realizada después de probar numerosos tipos de formalización, me pareció interesante en la medida en que permitía reconstruir campos sobre la base de una óptica de tipo realmente cualitativo. En efecto, queda claro que los espacios que aparecerán compactos serán aquellos que están ocupados por denominaciones profesionales vinculadas por prácticas de circularidad y de intercambio densas. En el ejemplo sucinto que acabo de dar, la segunda configuración,

---

<sup>29</sup> Tal vez sea útil subrayar que, en ese caso, se trata de declaraciones profesionales nominativas. Todos los registros son tratados como únicos, sin sufrir ninguna codificación “simplificadora”. La declaración de “empleado”, por ejemplo, será tratada como diferente de la de “empleado de oficina”, o de la de “empleado de la Caja de Consignación”.

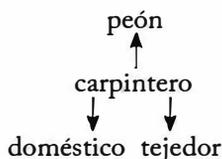


Figura 1

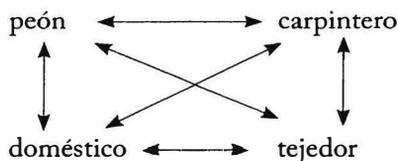


Figura 2

caracterizada por un intercambio total, estaría definida por un grado de cohesión máxima, mientras que la primera tendría una cohesión débil. Señalaría un punto de paso, de ruptura entre el punto central y los puntos marginales –los que, por otra parte, podrían estar conectados a su vez por proximidades más fuertes con otros campos–. El criterio se basa, así, por analogía, en una relación de endogamia–exogamia entre denominaciones. Los intercambios recíprocos numerosos y repetidos traducirían una suerte de endogamia. Un pasaje unidireccional entre una denominación y otra –y, sobre todo, entre un componente y otro– puede interpretarse como de tipo exogámico.

De modo que ese enfoque permite producir una óptica efectivamente inversa con respecto a la que se utiliza tradicionalmente para medir las formas de estratificación y movilidad social. Por un lado, porque evita toda clasificación previa por categoría basando su tratamiento estadístico solo en los datos nominativos. Por otro lado, y sobre todo, porque permite definir el espacio a través del conjunto de las prácticas y los movimientos individuales inscritos en una fuente. Paradójicamente, entonces, en un caso de endogamia total, un número muy importante de relaciones recíprocas entre las denominaciones profesionales pone en evidencia un ámbito estable, mientras que un solo movimiento unidireccional puede poner en evidencia las pasarelas a través de las cuales opera la movilidad social ilustrando la línea de fractura entre dos campos “endogámicos”.

No me voy a extender más sobre los aspectos técnicos de esa investigación.<sup>30</sup> Pero sí quisiera señalar que si se acepta ese enfoque, se llegan a identificar las formas de un proceso que implica una estructu-

30 Sobre los problemas específicos de la medición y la representación gráfica de las proximidades y las distancias entre las denominaciones profesionales, ver en particular Maurizio Gribaudi y Andrei Mogoutov. “Social Stratification and Complex Systems: a Model for the Analysis of Relational Data”, en K. Shurer y H. Diedericks (eds.): *The Use of Occupations in Historical Analysis*. Göttingen, Max-Planck-Institut für Geschichte, 1993, pp. 53-74.

ración del espacio y de las dinámicas de tipo configuracional, capaces de dar cuenta de manera simple y sintética de la complejidad de las dinámicas evidenciadas por los enfoques microanalíticos. En el caso que analicé, el de la sociedad francesa del siglo XIX, el espacio social aparece estructurado por varias formas de cohesiones, diferentes por la naturaleza de los vínculos que las caracterizan y por su duración, y aparecen en competencia por los recursos y las formas de desarrollo posibles. El rasgo fundamental que caracteriza la imagen producida es, pues, la discontinuidad. Una discontinuidad identificable en los ejes sincrónico y diacrónico a la vez.

Por un lado, en el eje sincrónico, en todos los períodos del siglo, las formas de proximidad que permite ver el análisis revelan muy claramente la presencia de diversas lógicas de organización de los recursos sociales. Así, en torno a las mismas actividades profesionales, es posible individualizar varias zonas delimitadas por prácticas y utilizaciones de recursos profundamente diferenciados. Se puede identificar la existencia de formas de proximidad basadas en pertenencias a cuerpos y de otras basadas en actividades sectoriales, pero se observan también vínculos caracterizados por la debilidad de la impronta profesional, o incluso movilidades que remiten a formas circulares de actividad –en particular, con la práctica indiferenciada, entre los miembros de una misma familia, de profesiones como las de molinero, techador, aperador, albañil, peón; o incluso, vendedor ambulante, doméstico-agrícola, hilador, jornalero, etc.–. El otro rasgo destacable de esas formas es que una gran parte de ellas están estructuradas verticalmente y vinculan actividades y posiciones sociales jerárquicamente diferentes –por ejemplo, las de tejedor, obrero tejedor, hilador, fabricante, mercero, propietario, etc.–. Por lo demás, este último rasgo me parece de un interés particular, en la medida en que señala la coexistencia, dentro de una misma sociedad, de varias formas contemporáneas de estratificación vertical. Esas estructuraciones, producidas por prácticas que unen diferentes espacios y actividades sociales, nos procuran una imagen muy clara de las percepciones de la jerarquía social existente en diferentes momentos históricos, al mismo tiempo que estrategias y perspectivas de desarrollo que estas podían ofrecer.

Si, por otro lado, observamos la evolución en el tiempo de esas diversas estructuraciones, vemos que la coherencia y la duración temporal de los diferentes campos varían en gran medida. En el caso estudiado, ninguno de ellos atraviesa el siglo intacto, pero algunos persisten más, aun modificándose imperceptiblemente, mientras que

otros desaparecen. En la mayoría de los casos, se producen cambios importantes que son generados por lo que podemos llamar dinámicas configuracionales: estas se definen, a la vez, a partir del conjunto de los movimientos internos dentro de cada campo específico y de las relaciones que se establecen, con el transcurso del tiempo, entre esas diferentes configuraciones locales.

La imagen que se impone, en ese nivel, es la de una evolución ciega, ya que está claro que cada forma sincrónica, cada estructuración global del espacio tal como se la puede ver en el transcurso del siglo, es el producto momentáneo de una serie de movimientos que se generan a partir de intereses, de proyectos y de perspectivas diferentes. Así vemos avanzar actividades o formas profesionales que son las que generan los modelos explicativos tradicionales. El Estado, en particular, no deja de extender su influencia a lo largo de todo el siglo. Pero, en cada momento, es “conducido” por actores diferentes que inscriben sus recursos en el contexto de su campo de pertenencia. La institución, las demandas que le son dirigidas y los funcionamientos que derivan de ella cambian varias veces durante el período analizado. Siempre según esta óptica, se observa en la producción industrial la presencia de numerosas inscripciones desarrolladas en el marco de las lógicas y los recursos propios de campos que podían proponer otros desarrollos y otros resultados. Paradójicamente, descubrimos que los actores que parecen participar más del lado de la actividad y la producción industrial durante la primera mitad del siglo XIX serán totalmente marginados en el período siguiente por otros actores, que son conducidos por la dinámica de campos alejados del mundo industrial y orientados de otra forma.

No voy a seguir ahondando en los resultados de una investigación en curso de la que he dado cuenta extensamente en otro artículo.<sup>31</sup> Solo hago esa referencia aquí, para mostrar que es posible basar un análisis cuantitativo de los objetos de la historia social en una óptica microanalítica. Sin embargo, me parece importante subrayar que la naturaleza de los procesos que hace surgir un análisis de ese tipo aclara de una forma diferente los problemas que plantean al análisis histórico y la pertinencia de sus descripciones. Se descubre así la centralidad del concepto de configuración. Cuando se renuncia a los instrumentos

---

31 Sobre los primeros resultados de este análisis, ver Maurizio Gribaudi. “Formes de stratification social et évolution temporelle. Un modèle configurationnel”, en B. Lepetit (ed.): *Les Formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*. Paris, A. Michel, 1995, pp. 187-225.

clásicos y se observan las prácticas sociales sobre la base directa de los datos nominativos, se vuelve imposible formalizarlos según un sistema único. Es necesario construir un espacio complejo y marcado por dinámicas microrrelacionales. La imagen que se impone entonces es, efectivamente, la de una configuración de puntos en evolución constante, sensible al mismo tiempo a los movimientos de cada uno de sus componentes, a sus estructuraciones locales y a las dinámicas que esas estructuraciones generan. Por lo tanto, queda claro que no podemos pensar la existencia de diferentes fenómenos sociales que se ubicarían a escalas diferentes. En cambio, importa conceptualizar más eficazmente las dinámicas sociales generadas por mecanismos únicos pero que, al inscribirse en configuraciones locales, diversas por la naturaleza de sus formas relacionales, producen diferenciaciones importantes.

Esa naturaleza configuracional es la que da cuenta en profundidad de la discontinuidad observada durante largo tiempo por las ópticas microanalíticas. Una misma práctica, un mismo comportamiento poseen, en efecto, un valor que puede ser totalmente diferente según las relaciones que pueden mantener con otras prácticas, otros comportamientos, en el marco de su entorno concreto. El enfoque microhistórico sin duda ha subvaluado las implicancias metodológicas de esos fenómenos. Pues está claro que esas discontinuidades se ubican en un espacio que, por definición, atraviesa las categorías clásicas. En efecto, dentro de las mismas categorías profesionales, incluso en los mismos lugares físicos, podemos observar prácticas que vinculan recursos y redes sociales heterogéneas.

A la luz de estos elementos, es posible apreciar mejor el estatus del sesgo lógico interno del enfoque microanalítico que antes mencionábamos. De modo que la divisa asignada a este enfoque por Jacques Revel —por qué hacerlo simple si podemos hacerlo complicado<sup>32</sup> es exacta, pero no justificable. Al igual que en el caso de los enfoques macrosociológicos, la complejidad de los modelos explicativos parece ser el producto de una inadecuación más o menos importante entre los instrumentos, los modelos y la naturaleza de los objetos del análisis. Así que ubicarse claramente fuera de los modelos y las categorías clásicos puede permitir reducir ese sesgo y “hacerlo más simple” trabajando en torno a objetos y fenómenos profundamente complejos.

---

32 Jacques Revel. “L’histoire au ras du sol”, *op. cit.*



## CONSTRUIR LO “MACRO” A TRAVÉS DE LO “MICRO”: FREDRIK BARTH Y LA MICROHISTORIA<sup>1</sup>

Paul-André Rosental

La *microstoria* italiana se ha convertido en una referencia esencial para una parte de la historia social francesa.<sup>2</sup> Pensamos, al menos, que hoy en día apunta a modificar la percepción de los objetos conocidos aplicando a los fenómenos estudiados una multiplicidad de miradas sucesivas, lo que significa presentar, desde ángulos diversos, realidades que suelen ser contradictorias.<sup>3</sup> Esas operaciones la llevan, en particular, a hacer de la escala, y más precisamente del juego entre las escalas de análisis, uno de los conceptos centrales para la práctica histórica.<sup>4</sup> Además, dan lugar a una reflexión sobre el modo de construcción del relato por parte del

---

1 Este texto es la versión final de un trabajo que tuve la ocasión de analizar con numerosos interlocutores. Agradezco especialmente a Fredrik Barth por su gran generosidad y a Libby Schweber por su ayuda a lo largo de la investigación.

2 Precisemos que, en este texto, el término *microstoria* remite, ante todo, a la historia social, y deja de lado otros aspectos de esa corriente relativos a la historia cultural, en particular.

3 Una de las formulaciones más explícitas de estas preocupaciones se halla en dos textos, tal vez más proposicionales que programáticos, publicados en los últimos años por los *Annales*: “Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?”, *Annales ESC*, Vol. 43, N° 2, 1988, pp. 291-293; y “Tentons l’expérience”, *Annales ESC*, Vol. 44, N° 6, 1989, pp. 1317-1323. En el mismo sentido, ver el prefacio de Jacques Revel a la obra de Giovanni Levi, *Le Pouvoir au village. Histoire d’un exorciste dans le Piémont du XVIIIème siècle*. [Torino, 1985] Paris, Gallimard, 1989, titulado “L’histoire au ras du sol”, pp. I-XXXIII; y el artículo de Bernard Lepetit y Jacques Revel. “L’expérimentation contre l’arbitraire”, *Annales ESC*, Vol. 47, N° 1, 1991, pp. 261-265. Por último, las obras de Arlette Farge y Jacques Revel. *Logiques de la foule. L’affaire des enlèvements d’enfants, Paris 1750*. Paris, Hachette, 1988 [Existe traducción al español: *Lógica de las multitudes. Secuestro infantil en París, 1750*, trad. por Eduardo Hourcade. Rosario, Homo Sapiens, 1998]; así como de Bernard Lepetit. *Les Villes de France à l’époque moderne, 1740-1840*. Paris, A. Michel, 1989, constituyen, en nuestra opinión, una buena ilustración de ese enfoque.

4 Ver al respecto el artículo recientemente publicado de Bernard Lepetit. “Architecture, géographie, histoire: usages de l’échelle”, *Genèses* 13, 1993, pp. 118-138.

historiador: el descubrimiento progresivo de los contornos del objeto estudiado y las discontinuidades que provocan los saltos de escala impiden, por ejemplo, atenerse a una simple narración lineal.

De ese modo, esa sensibilidad, que calificaremos por comodidad de “enfoque multiscópico”, la conduce a encontrarse naturalmente con la microhistoria social italiana. Esta aprehende sus objetos al nivel de observación más preciso posible. Produce así representaciones que, en contraste con la primacía “macrosocial” durante largo tiempo privilegiada por la historia social, también son “desfamiliarizantes”. Subrayemos que, pese a los malos entendidos posibles en cuanto a su nombre, la microhistoria no tiene nada en común con un enfoque monográfico: su pretensión es llegar a conclusiones historiográficas de alcance general, y los historiadores italianos, a partir de lo microscópico, manejan niveles de escala muy diferentes, del mismo modo que el “enfoque multiscópico”. Por último, al igual que para este último, los procedimientos de la microhistoria le impiden contentarse con las tramas narrativas tradicionales.

Pero la hipótesis que nos proponemos exponer aquí es que ese encuentro entre el “enfoque multiscópico” y la *microstoria*, lejos de indicar convergencias profundas, no es sino una circunstancia y solo puede atribuirse a semejanzas de forma. El “enfoque multiscópico” ve en el interés de la escala microscópica el caso particular de un principio cognitivo más general: el conocimiento producido por los historiadores es relativo a la elección de una escala; multiplicar los ángulos de enfoque es el recurso más fecundo para la historiografía. Desde ese punto de vista, la multiplicidad de escalas de observación, y las imágenes contradictorias que segregan, sirven no solo para producir conocimientos nuevos, sino también para mostrar su carácter limitado y parcial. Pero ninguna de las escalas de análisis posibles es en sí poseedora de un poder de análisis privilegiado. El interés particular que suscita el nivel microsocia no se debe a su superioridad intrínseca, sino al hecho de que ha sido relativamente desatendido por la historia social contemporánea y que, por ende, es desconcertante, al menos provisionalmente.

En cambio, quisiéramos intentar demostrar aquí que la *microstoria* se basa en una óptica que podríamos calificar de neorracionalista. A través de la promoción de un sujeto pensante y que actúa siguiendo modalidades básicas universales y racionales, es posible definir el proyecto microhistórico como aquel que consiste en reconstituir todas las cadenas de causalidad que, a partir de las elecciones de los individuos, producen las formas sociales que observamos. La escala ya no es aquí

un instrumento con el cual podemos jugar de manera casi indiferenciada: necesariamente debe privilegiar un plano particular, el microscópico. En última instancia, todos los fenómenos deben llevarse a ese plano, ya que en ese nivel tienen lugar los procesos causales eficientes.

En resumen, pese a algunas semejanzas aparentes, el "enfoque multiscópico" y la microhistoria social italiana son irreductibles uno respecto de la otra. A fin de desarrollar esta hipótesis, procuraremos avanzar en la exploración de la matriz teórica que subyace a la *microstoria*. En lugar de partir de los microhistoriadores italianos y de sus escritos, nos concentraremos en un autor que los ha influido profundamente, el antropólogo noruego Fredrik Barth.

Dos razones principales justifican esta elección. En primer lugar, la obra de Barth ha provisto un gran número de los componentes teóricos más importantes de la microhistoria social italiana. Luego, mientras que los italianos se mostraron reticentes a explicitar de manera sistemática los supuestos teóricos de su enfoque,<sup>5</sup> el investigador noruego, paralelamente a sus trabajos monográficos, les dedicó desde muy temprano artículos específicos. Los construyó, por lo demás, con un rigor de exposición casi matemático, marcado por la preocupación de definir y articular con precisión todos los conceptos requeridos por el razonamiento, lo que autoriza a buscar allí una verdadera teoría del análisis de lo social.<sup>6</sup>

Nuestro objetivo no será presentar exhaustivamente los razonamientos de Barth, sino utilizarlos para ubicar mejor las propuestas de la microhistoria social italiana, y mostrar su inconmensurabilidad respecto de las del "enfoque multiscópico". Por ejemplo, uno de los "clásicos" de la *microstoria*, *La herencia inmateral*, de Giovanni Levi. La obra de Barth nos permitirá hallar y explicitar el sustrato teórico de nociones tan importantes en la obra como las de racionalidad limitada, incertidumbre, incoherencia de los sistemas de normas, espacio de los posibles,

---

5 Se los halla en artículos como el de Carlo Ginzburg y Carlo Poni. "La micro-histoire", *Le Débat* 17, 1981, pp. 133-136 (trad. francesa parcial de "Il nome et il come, Mercato storico-grafico e scambio disuguale", *Quaderni storici* 40, 1979, pp. 181-190); o los de Giovanni Levi. "Sobre microhistoria", en P. Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, trad. por José Luis Gil Aristu. Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 119-144; y del mismo autor, y más bien sobre la vertiente crítica, "I pericoli del geertzismo", *Quaderni storici* 58, 1985, pp. 269-277 [Existe traducción al español: "Los peligros del geertzismo", en E. Hourcade et al.: *Luz y contraluz de una historia antropológica*. Buenos Aires, Biblos, 1995]. Pero son más bien formulaciones parciales, a menudo vinculadas a la voluntad de tomar posición en tal o cual debate historiográfico del momento.

6 Están reunidos en una obra: Fredrik Barth. *Process and Form in Social Life*. London, Routledge & Kegan Paul, 1981, p. 243.

causalidad no determinista, *continuum* de las formas sociales. Asimismo, permitirá comprender la concepción que sostiene G. Levi de la práctica histórica, su voluntad de construir la historia como una ciencia experimental, el estatus que da a las observaciones, la manera en que recurre a la estadística. En otro registro, la referencia a la obra de Barth permite dar un contenido preciso a una de las nociones más célebres, pero también más oscuras, de la *microstoria*, la de “excepcional normal”.

Nuestro razonamiento puede articularse en torno a un estudio de caso propuesto por Barth: la coherencia del pensamiento de este autor autoriza a presentarlo a partir de un ejemplo y respetar, al mismo tiempo, la importancia que asigna a las situaciones y a los datos empíricos.<sup>7</sup> El estudio que hemos elegido se refiere a una población de pescadores noruegos<sup>8</sup> y consiste en una observación fáctica: ¿de qué modos se reparten las embarcaciones de una comunidad de pobladores para ir a pescar? En particular, dos cuestiones intrigan al observador. Por un lado, mientras que la mayor parte de las embarcaciones están aglomeradas y pescan unas al lado de las otras, una pequeña minoría pesca de manera totalmente aislada. ¿Cómo explicar esos dos comportamientos radicalmente opuestos y sus frecuencias respectivas? Por otro lado, la actitud “dominante” —la de la concentración— no es la más apta para el movimiento, muy imprevisible, de los bancos de arenques, que son el objeto de la pesca:

No caben dudas de que, para una embarcación, la probabilidad de encontrar un arenque es mayor si avanza sola que si sigue a otras embarcaciones. Por ello, estrictas consideraciones de tipo técnico y económico deberían favorecer ese tipo de recorrido.<sup>9</sup>

¿Cómo dar cuenta de una elección que pareciera ir en contra del interés más inmediato de quienes la han tomado?

---

7 Nacido en 1928, Fredrik Barth, tras una formación en biología, estudió antropología en Chicago y después en Cambridge, en los años de la posguerra. Profesor de antropología social en Bergen de 1961 a 1972, luego en Oslo, de 1972 a 1982, asignó gran importancia al trabajo de campo. Optó por privilegiar estadias relativamente cortas (seis a dieciocho meses) y multiplicar así las zonas de observación. Sus investigaciones lo condujeron, en particular, al Kurdistán iraquí, a Pakistán, Irán, Sudán, Papúa Nueva Guinea, Omán, Bali y Bután, sin olvidar sus investigaciones en Noruega septentrional. De cada uno de esos trabajos surgió un libro, de los cuales el más importante es sin duda *Ethnic Groups and Boundaries* (London, George Allen & Unwin), obra colectiva sobre la identidad étnica, que dirigió en 1969 [Existe traducción al español: *Los grupos étnicos y sus fronteras*, trad. por Sergio Lugo Rendón. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1976].

8 Y constituye una de las cuestiones estudiadas en “Models of Social Organization”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., pp. 32-47.

9 Ibid.

Ya desde el inicio, el ejemplo de los pescadores permite ilustrar la sensibilidad teórica que inspira F. Barth. La preocupación por considerar las variantes comportamentales, aunque fueran muy minoritarias, invita a superar las explicaciones estructurales basadas en la influencia de un sistema normativo o cultural que se impone por sí mismo a todos los miembros de una población. Análogamente, la relativa ineficacia de la actitud mayoritaria (pescar en grupo) impide recurrir a un razonamiento de tipo funcionalista. Esa doble negativa –de la que partirán, unos quince años más tarde, los microhistoriadores italianos– es la base del procedimiento de Barth. A los enfoques funcionalistas y estructurales, el noruego reprocha la incapacidad, o la negativa, de pensar las discordancias de percepción entre las escalas y, en particular, la diferencia sistemática entre la manera en que los individuos conceptualizan el nivel macrosocial, por un lado, y su entorno concreto, por otro.<sup>10</sup>

En particular, tres diferencias separan a Barth de esos dos tipos de enfoque.

La primera se refiere a la coherencia atribuida a los sistemas de normas. Los enfoques macroestructurales se basan, entre otros factores, en la visión de un mundo integrado y regido por sistemas coherentes de normas, que pesan directamente y sin ambigüedad sobre todas las microdecisiones. Al mismo tiempo, los comportamientos modales permiten revelar una suerte de esquema teórico de la organización social, y en ellos se concentra el análisis. Barth parte del punto de vista opuesto, considerando que el mundo social no está perfectamente integrado y que todos los sistemas de normas están fracturados por incoherencias. Con esa perspectiva, un comportamiento ya no es la consecuencia mecánica de la obediencia a una norma. “Lo que se observa empíricamente no son ‘costumbres’ sino casos de comportamiento humano”.<sup>11</sup>

Una segunda diferencia, estrechamente vinculada a la primera, es que, en lugar de hacer hincapié en las formas de homogeneidad social, Barth presta atención a la heterogeneidad que prevalece en toda sociedad en materia de distribución de los recursos.<sup>12</sup> Cada individuo

---

10 “Por lo general, existe una diferencia profunda y sistemática entre la manera en que los individuos realizan generalizaciones sobre las características macroscópicas de su mundo y su sociedad, y la manera en que conceptualizan su entorno social y físico como conjunto de ocasiones para la acción” (Fredrik Barth. “Introduction”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 5).

11 Fredrik Barth. “Models of Social Organization”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 35.

12 “Los bienes y las oportunidades están distribuidos de forma desigual entre los miembros del sistema, condición que puede observarse y describirse fácilmente en toda

actúa en función de una situación que le es propia y que depende de los recursos de que dispone, recursos materiales, por supuesto, pero también cognitivos<sup>13</sup> y culturales.

La cultura de una población es distributiva, compartida por algunos pero no por otros. Por lo tanto, no se la puede definir, siguiendo a Goodenough, como aquello que necesitamos saber para ser miembro de una sociedad, ni tampoco se la puede evidenciar sistemáticamente, como hacen los etnometodólogos, a partir de un informante, por medio de marcos lingüísticos. Las estructuras más significativas de la cultura, es decir, aquellas cuyos efectos sobre las acciones y las relaciones de los individuos son más sistemáticas, pueden no residir en sus formas sino en sus distribuciones, en la manera en que *no* es compartida.<sup>14</sup>

Por consiguiente, el comportamiento social no puede depender simplemente de la obediencia mecánica a un sistema de normas: su explicación obliga a tomar en consideración la posición particular de cada miembro de la población estudiada.

Los actores están (siempre y esencialmente) *posicionados* (...) Las diferencias de posicionamiento son la principal causa de la "larga conversación" a través de la cual los individuos interpretan y comparten sus experiencias y mejoran su comprensión de su propia vida y de la de los demás.<sup>15</sup>

Por último, una tercera línea deriva de la unidad de observación que elige Barth para analizar el mundo social: la interacción entre personas. Su estatuto ha sido sobrestimado en algunas ocasiones: las "transacciones" no constituyen de ningún modo el punto focal, sino la unidad de observación del modelo barthiano.<sup>16</sup> Para el autor, su interés es doble. En primer lugar, considera que las transacciones son situaciones en las cuales los individuos se ven obligados a tomar decisiones. Pero, desde un punto de vista heurístico, el examen de los procesos de

---

sociedad" (Fredrik Barth. "Anthropological Models and Social Reality", en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 21).

13 "Algunos elementos humanos como la distracción, la tontería o el espíritu de contradicción estarán distribuidos, por lo que respecta al antropólogo, de manera imprevisible en la población" (Ibid., p. 34).

14 Fredrik Barth. "The Analysis of Culture in Complex Societies", *Ethnos*, Vol. 54, N° III-IV, 1989, p. 134.

15 Ibid.

16 Por lo demás, este último refuta esa lectura de su obra. "He tenido la desagradable sorpresa de ver que, pese a la diversidad de cuestiones planteadas, mi concepto de 'transacción' ha acaparado la atención de la mayor parte de los lectores" (Fredrik Barth. "'Models' Reconsidered" en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 76).

toma de decisiones le parece uno de los más idóneos para comprender los mecanismos que actúan en las sociedades estudiadas. Una vez más, Barth está lejos de postular que su modelo de análisis sea válido para la totalidad de los comportamientos humanos. Por el contrario, se centra en un tipo de situaciones: aquellas en las que prevalece la competencia o el cuestionamiento (*contest*), excluyendo todas las demás formas de la vida social. Sería imprudente extenderlo indebidamente a otros campos de observación:

Los ensayos siguientes procuran analizar sistemáticamente las cuestiones de finalidad y utilidad en situaciones en las que se puede observar que personas o grupos toman decisiones, y descartarlas rigurosamente en los casos en que solo ofrecen una metáfora inadecuada o un teleologismo insoportable.<sup>17</sup>

El otro interés que presentan las transacciones para el autor es que ponen en evidencia la incertidumbre que prevalece en toda relación social: esta es una razón suplementaria para descartar un enfoque estrictamente culturalista, ideal, de la sociedad. En efecto, para él, una de las características principales de la acción social es que su resultado depende de las acciones paralelas, o de la reacción, de las demás personas. De allí resulta una incertidumbre en cuanto a las consecuencias de todo comportamiento, que es tomada en consideración por los individuos: les impide contar abstractamente con un sistema de normas que les ayude a prever sin ambigüedades los efectos de sus actos. Estos nunca reflejan solo "las restricciones de conocimiento y de valor", sino también "la pragmática de la cooperación y la competencia".<sup>18</sup>

Estas tres grandes líneas teóricas, en conjunto, no desplazan solo los supuestos, sino también el objeto de estudio. En los enfoques macroestructurales, un comportamiento normalmente es aceptado como la traducción inmediata e inequívoca de un conjunto de normas, a las cuales, se supone, permite remitirse. Y un conjunto de comportamientos idénticos se concibe como la consecuencia idéntica de una serie de causas idénticas.

Si, por el contrario, se parte de la idea de una falta de coherencia de los sistemas de normas y del carácter no automático de sus efectos, un comportamiento dado no es más que la respuesta particular que un individuo determinado ha brindado a una situación determinada. Dos comportamientos formalmente idénticos pueden haber sido

---

17 Fredrik Barth. "Introduction", en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 7.

18 *Ibid.*

concebidos en circunstancias heterogéneas, y dos comportamientos formalmente diferentes, en circunstancias idénticas. Una vez más, lo determinante aquí es el uso que el individuo hace de la situación, lo que equivale a decir que ya no nos detenemos en comportamientos formales, sino en los *procesos* de los que no son sino el producto.

Se puede considerar que Barth, en el fragmento que citamos a continuación, resume la visión del mundo social que sostiene ese enfoque:

Pienso que los hechos constitutivos de la vida social son esencialmente [*characteristically*] micro, realizados por los actores (individuos y grupos). Esos hechos o actos están condicionados por el nivel agregado, y a su vez lo constituyen. La idea de proceso proporciona la conceptualización fundamental para describir cómo se producen las agregaciones, y para explicar las formas agregadas. El nivel agregado tiene, naturalmente, propiedades emergentes, que deben ser reconocidas y descritas en sus propios términos, pero sin caer en una reificación inadecuada de sus estructuras. El hecho de que los actores mismos adopten esas reificaciones debe integrarse en nuestros modelos cuando sea pertinente, pero ello no nos da vía libre para proceder de la misma manera.<sup>19</sup>

Al ritmo de las “puestas a prueba” que le ofrecía su trabajo de campo, Barth fue elaborando un programa de investigación adaptado a esa visión y concibiendo las herramientas analíticas para acompañarlo. Varios modelos lo ayudaron, algunos de los cuales fueron tomados fuera de las ciencias sociales.<sup>20</sup> Al igual que otros investigadores atraídos por ese enfoque nuevo en ese entonces,<sup>21</sup> halló una fuente de inspiración, y formas de razonamiento, en la teoría de los juegos. Esta le permitió conciliar varios objetivos cruciales para su enfoque: poner en escena un individuo activo y racional que efectúa sus propias elecciones; dar cuenta de las restricciones y las limitaciones que pesan sobre él; llevar esas limitaciones a una escala microscópica; mostrar que la incertidumbre al nivel del intercambio interindividual no es incompatible, al nivel agregado, con regularidades comportamentales.

En efecto, la teoría de los juegos formaliza y traduce directamente los principios teóricos expuestos más arriba. Hace del individuo un

---

19 Fredrik Barth. “‘Models’ Reconsidered”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 80.

20 En particular, el autor alude a la genética evolucionista en “Models of Social Organization I” (p. 33) y a la paleontología en su “Introduction” (p. 7).

21 La obra fundante, debida a J. von Neumann y O. Morgenstern, data de 1944. Una introducción a la teoría de los juegos figura en Georges T. Guilbaud. *Éléments de la théorie mathématique des jeux*. Paris, Dunod, 1968.

actor o, más precisamente, lo capta en el momento en que hace una elección, toma una decisión. Esta depende no solo de sus recursos y de sus limitaciones, sino también de su anticipación –en estado de incertidumbre– de las acciones o de las reacciones paralelas de los demás actores. Los comportamientos individuales no están determinados mecánicamente: reflejan el uso que cada uno hace del margen de maniobra de que dispone, en una situación dada, de su universo de posibilidades.

Pero ese enfoque no se basa en la utopía de la omnipotencia de un individuo “libre” y demiúrgico. La noción de “gama de posibles” lleva la marca de la dialéctica que la funda: indica, a la vez, el rechazo de los determinismos y la idea de un margen de maniobra preciso y controlado, ya que los posibles propuestos al actor siempre son de un número finito, lo que también los vuelve accesibles al investigador. No solo el espacio de maniobra posible es generalmente muy restringido, sino que no siempre está dotado de eficacia: los individuos pueden no percibirlo o evaluarlo de modo incorrecto o, simplemente, no utilizarlo. Por último, la incertidumbre al nivel interindividual no impide la aparición de regularidades al nivel agregado: precisamente, una de las principales ambiciones de la teoría de los juegos consiste en determinar “soluciones” óptimas para situaciones inciertas.

Surge una suerte de orden, en el sentido de formas regulares de comportamiento, que no puede ser descrito adecuadamente ni en términos de reglas acompañadas de sanciones, ni como la expresión directa de un sistema cognitivo.<sup>22</sup>

A partir de esta base teórica general, tomada de la teoría de los juegos, Barth construyó su modelo de análisis de lo social. El elemento que da la clave, y sobre el cual el autor basa la relación entre escala microscópica y escala macroscópica, es la noción de *valores*. Para definirlos trivialmente, se podría decir que son los valores los que definen el contenido de lo que para los agentes representa ganancias o pérdidas. Constituyen los parámetros en función de los cuales se determinan las reglas estratégicas formales derivadas de la teoría de los juegos. “Las reglas de la estrategia permiten generar las formas, una vez que se han dado los parámetros de valor”.<sup>23</sup> Son los

---

22 Fredrik Barth. “Anthropological Models and Social Reality”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 22.

23 Fredrik Barth. “Models of Social Organization I”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 39.

valores los que permiten pasar de una concepción teórica del ser humano, abstracto, universal y racional, a formas concretas, particulares y contingentes, que varían infinitamente según el campo del investigador. En efecto, Barth no propugna una teoría general de lo social, así como tampoco busca describir una suerte de *homo economicus*, universal y abstracto. Por el contrario, su objetivo, en vista del cual ha elaborado su enfoque, es estudiar de la forma más pertinente posible y apoyándose en situaciones particularmente reveladoras la infinita diversidad de las formas de la vida social.<sup>24</sup>

Barth construye su noción de valores como indisociablemente ligada a la acción. Los “juicios que las personas efectúan acerca de las cosas y los actos son hechos empíricos que podemos descubrir, no una construcción del investigador, sino puntos de vista de los actores mismos”.<sup>25</sup> Según un proceder típico de su constante preocupación metodológica, el autor adopta una definición muy instrumental de ese concepto: las acciones y los valores que las motivan son las dos caras de un mismo conjunto. Están unidos intrincadamente y se inscriben en una relación de necesidad lógica: los valores y las acciones se fundan recíprocamente, y a través de estas aquellos se revelan al observador.

Como el modelo pretende describir procesos empíricos reales, todos sus componentes y todos sus mecanismos, sus interfaces, sus parámetros de valor, etc., pueden ser cuestionados y controlados.<sup>26</sup>

Una vez planteada la cuestión de los valores, es posible comprender el plan de investigación propuesto por Barth. En esas situaciones pertinentes de *contest*, la primera tarea del observador debe ser examinar las elecciones efectuadas por los actores. Luego, debe relacionarlas con las configuraciones particulares en las que están insertas, determinando en particular los recursos de los actores y las limitaciones que pesan sobre

---

24 “Deberíamos centrar nuestras observaciones en individuos reales en situaciones de vida reales, ser curiosos de lo que el examen de su situación puede aportar, en lugar de interesarnos en temas de estudio muy abstractos y bien delimitados, siguiendo métodos de investigación predeterminados. En efecto, aunque esta última manera de proceder se adapta bien a las solicitudes de subvenciones para efectuar investigaciones, no permite realizar un recorrido científico innovador. Se debe permitir que el tema y el método se desarrollen en función de las situaciones concretas de campo, y de los hallazgos que allí se logren” (Fredrik Barth. “Introduction”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 11).

25 Fredrik Barth. “Models of Social Organization I”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 49.

26 *Ibid.*, p. 39.

ellos. Al relacionarlas, se debe poder descubrir los valores, concebidos como los parámetros que habrán sido tomados en consideración en las decisiones individuales.

• De modo que el investigador está en condiciones de dar un contenido preciso y contingente a las reglas estratégicas abstractas derivadas de la teoría de los juegos y dar cuenta, de manera causal, de las situaciones empíricas que haya consignado. Así llegamos al objetivo principal que Barth asigna a los investigadores: poner en evidencia *modelos generativos* en lugar de atenerse a modelos homotéticos, trabajar en la identificación de procesos y no en la simple descripción de formas. Allí reside la verdadera preocupación del autor, al servicio de la cual puso su proceder.<sup>27</sup>



Tras haber recordado brevemente estos elementos metodológicos, tal vez sea conveniente, para tener una visión más concreta, retomar el ejemplo de las prácticas de pesca de esa pequeña flota noruega que antes mencionamos. Ahora podemos redefinir los términos, en función de los puntos relativos al método que abordamos:

- el objeto de estudio es analizar la *distribución observada*;
- el análisis debe tener un contenido causal; se trata de explicitar cuáles son los *procesos* que provocan la *forma* observada;
- el investigador debe dar cuenta de la *totalidad* de las variantes comprobadas: desde un punto de vista lógico, los comportamientos estadísticamente minoritarios tienen el mismo estatus que los mayoritarios;
- por añadidura, y cualquiera sea su frecuencia, esos hechos diversos deben ser explicados a partir de los *mismos* procesos: una gama *única* de cadenas causales debe servir para comprender el conjunto del fenómeno, en toda su heterogeneidad;
- por último, la frecuencia de los hechos sirve como restricción del modelo explicativo, y tiene ante todo una función de *validación* de los procesos evidenciados por el investigador: estos tienen que coincidir con la distribución observada.

---

27 Así pues, “lo importante para el antropólogo es menos el formalismo propio de la teoría de los juegos que el carácter fundamentalmente generativo del modelo que propone [y que] puede servir como prototipo para un modelo procesual de interacción” (Ibid.).

Sobre esta base, la explicación comienza por la presentación de los elementos “ecológicos”, “esta combinación de elementos ambientales y técnicos pertinentes que determinan la escena para el comportamiento”.<sup>28</sup> El autor hace hincapié en la imprevisibilidad—con las herramientas de detección disponibles, nunca se sabe adónde llegan los bancos de arenques a lo largo de las costas noruegas, ni en qué momento se acercan a la superficie y pueden ser capturados— y en la variabilidad de la ganancia que de ello se desprende: si las pescas rendidoras puedan dejar hasta 5000 libras, también se puede volver con las manos vacías e, incluso, en el peor de los casos, perder la red, que cuesta 6000 libras.

Barth estudia, luego, a los actores que participan en la pesca. Los contratos los jerarquizan, al mismo tiempo que definen sus derechos y sus deberes: el capitán tiene la responsabilidad principal, es decir, decidir los lugares de pesca. El responsable de la red dirige las operaciones de pesca propiamente dicha, debe velar por “maximizar” la captura una vez que se ha lanzado la red. Los pescadores, seis en total, son ejecutores que están sujetos a la autoridad del capitán. Su tiempo de trabajo no está limitado—en la práctica, no es raro que lleguen a trabajar setenta y dos horas consecutivas—. Reciben una parte del producto de la pesca.

Pero estas disposiciones formales no pueden dar cuenta de todos los comportamientos que acompañan la búsqueda de los peces. Para Barth, es el examen de las interdependencias entre esas tres situaciones formales lo que permite explicar, en el marco preciso de las condiciones “ecológicas”, la marcha de las embarcaciones. “La relación entre el capitán y la tripulación cobra la forma de una negociación incesante”.<sup>29</sup> En efecto, pese a las disposiciones contractuales, los hombres de la tripulación no están desprovistos de capacidad de acción. Dada la dureza del trabajo, el capitán necesita que estén de su lado, sin reservas. Una de las maneras de lograrlo es darles el privilegio, excepcional, de tener acceso al puente. De modo que los tripulantes están juntos todo el tiempo, a la espera de los bancos de arenques. Cada uno de sus miembros se esfuerza por dar pruebas de sus competencias, manifestando los signos que se supone traducen las cualidades requeridas para la tarea. La incertidumbre en cuanto al resultado de la pesca es tan grande que los intercambios entre los hombres

---

28 Fredrik Barth. “Models of Social Organization I”, en: *Process and Form in Social Life*, *op. cit.*, p. 40.

29 *Ibid.*, p. 42.

constituyen verdaderas transacciones sobre la capacidad supuesta de cada uno de aumentar la posible ganancia.

De allí deriva una serie de regularidades comportamentales, una de las cuales se refiere a la distribución espacial de la flotilla. El capitán, en el fondo, está obligado a tomar decisiones en forma permanente en cuanto a la ubicación de su barco. Por un lado, sabe que tiene buenas probabilidades de aumentar su ganancia si pesca solo y no en grupo. Pero elegir su propia dirección exige que pueda asegurarse la confianza de toda la tripulación, confianza que no es fácil obtener. Además, sabe que el éxito de su salida no puede ser apreciado sino desde un punto de vista relativo. El fracaso eventual de un barco aislado se juzgará con mayor severidad que el fracaso colectivo de un grupo. Pero la medición del éxito es más importante aún que la cantidad de pescados efectivamente lograda: de ella depende, de contrato en contrato —cada uno dura dos meses—, la capacidad del capitán de conseguir una tripulación de calidad. No es que esa selección garantice, por su mera virtud, una serie de pescas abundantes: antes bien, permite de manera indirecta una mayor audacia en cuanto a la marcha del barco, y esa condición-enlace es la que aumenta las posibilidades de obtener ganancias. Dada la gran incertidumbre que pesa sobre el trayecto de los arenques y la importancia de los retos vinculados a la confianza, la mayor parte de los capitanes eligen la solución más prudente: en lugar de intentar identificar la posición de sus presas, pasan la mayor parte del tiempo siguiéndose unos a otros, lo que crea una aglomeración espectacular en medio del océano. Pescar la confianza antes que pescar los arenques: solo se apartan de esa lógica los capitanes más apreciados.

Esta aplicación del enfoque barthiano a la resolución de un problema particular permite ilustrar los principios mencionados hasta ahora. Por ello, podemos retomar nuestros argumentos generales y enunciar algunos puntos de encuentro entre el enfoque de F. Barth y la práctica de la *microstoria*.



Ambas presentan, ante todo, características muy similares en cuanto al estatus que otorgan a las observaciones empíricas, y en cuanto al objetivo que asignan al observador. El estudio que dedica G. Levi a las relaciones de parentesco<sup>30</sup> es un buen ejemplo, reforzado por el pro-

---

30 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo*

cedimiento narrativo adoptado por el autor. Como si intentara hacer sentir al lector la dificultad de los problemas que surgieron durante la lectura de las fuentes, el estudio comienza con la historia de tres linajes de colonos. Los elementos particulares, incluso anecdóticos, propios de cada uno constituyen desde el inicio una prueba implícita del carácter reductor de toda tipología de las formas de familias. Pero el autor se niega a caer por ello en otra técnica de descripción, la de la idiografía que, en nombre del respeto de la complejidad de lo real, se conformaría con una simple enumeración de formas.

Por el contrario, la amplitud y la plasticidad de las redes de parentesco movilizadas en torno a las grandes decisiones o a los grandes hechos lo invitan a construir una caracterización de las familias que, en lugar de basarse en un criterio unívoco (la coresidencia, por ejemplo), permitiría dar cuenta de fenómenos dinámicos y complejos. Así, G. Levi se aboca a construir un modelo procesual, apto para dar sentido a las observaciones recogidas. Desde ese punto de vista, las tres familias cuya historia presenta no son elegidas en absoluto por su carácter "representativo": simplemente, la trayectoria de cada una, detrás de su especificidad, permite exponer concretamente las cuestiones que el historiador debe esforzarse por resolver. Esas "historias de familia (...) reconstruidas casi exclusivamente a partir de actas notariales, no pretenden ser la reconstrucción de situaciones típicas, sino sacar a la luz los elementos constitutivos de un modelo".<sup>31</sup>

Para ello, y al igual que en Barth, el estudio se asigna la tarea de identificar la gama de formas por explicar, luego reúne las observaciones recogidas para llegar al objetivo final: recopilar la diversidad de las observaciones en una serie concentrada de mecanismos que las generan. El método seguido para lograrlo es comparable, con la diferencia, por supuesto, de que Levi, que trabaja en torno al siglo XVII piemontés, se ve obligado a hallar su documentación en los archivos: se basa en una observación intensiva que parte del examen de un tejido estrecho de correspondencias entre las informaciones disponibles.

Como el antropólogo noruego, Levi presta igual atención a todos los componentes de su muestra: *todas* las formas deben recibir *a priori* el mismo peso lógico, más allá de su frecuencia. No porque el autor se proponga quedarse en el nivel idiográfico de la descripción pura.

---

XVII, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990, cap. 2, pp. 47-83.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 56.

Simplemente, como Barth, desconfía de las categorizaciones *a priori*, de las tipologías, por ejemplo, que dominan en materia de caracterizaciones de las formas familiares. Ese escepticismo tiene dos fundamentos, que comparte con la sensibilidad barthiana.

El primero es una desconfianza instintiva respecto de los grandes esquemas abstractos de la explicación histórica. Al igual que los demás microhistoriadores, prefiere los enfoques “a medida” de su objeto, más conformes a una verdadera contextualización histórica... y más aptos para dar al investigador la posibilidad de ejercer su reflexión. La voluntad de no aferrarse a los datos empíricos aquí es determinante y responde a la profesión de fe de Fredrik Barth:

Se lo logra mejor estableciendo los hechos del pasado cada vez que es posible, y no mediante interpretaciones coyunturales basadas en esquemas preestablecidos ni recurriendo, incluso con aptitud, a recetas historiográficas ya hechas. Los datos del pasado son útiles analíticamente cuando pueden sorprendernos y falsear nuestras hipótesis; de otro modo, no veo ninguna razón para prestarles una atención particular.<sup>32</sup>

La negativa a partir de tipologías de las formas de familias se basa, por lo demás, en una posición más teórica. La adopción de todo recorte previo —es decir, una categorización *a priori* del mundo— conlleva la dependencia de la simple observación de las formas sociales. Esa es una aplicación directa de la negativa barthiana a adoptar una explicación mecánica de los comportamientos:

Los lazos entre los factores que determinan una situación y las formas que de ello derivan no siguen una lógica de necesidad pura o mecánica; esa conexión depende de las disposiciones humanas por evaluar y anticipar.<sup>33</sup>

En el caso presente, la adopción de una tipología *a priori* no permitiría discernir los mecanismos que afectan la evolución de las familias.

---

32 Fredrik Barth. “Introduction”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., pp. 6-7. Tomamos este paralelismo para reafirmar la condición de nuestro enfoque. Nuestro único objetivo es basarnos en los escritos teóricos de F. Barth para aclarar el procedimiento que siguió la microhistoria italiana. No intentamos establecer la genealogía intelectual de esta última, sino detallar analíticamente algunos aspectos. No nos proponemos ir más lejos; intentar, por ejemplo, distinguir entre influencia directa y sensibilidad común. En el caso presente, por ejemplo, el análisis de la “empiría” microhistórica y de su trabajo fino sobre las categorías del pasado, exigiría una referencia a la obra de E. P. Thompson, que también resuena estrechamente en la de los historiadores transalpinos.

33 Fredrik Barth. “Models of Social Organization I”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 34.

Se puede subrayar que, al igual que en Barth, la cuestión de la incertidumbre, omnipresente en *La herencia inmaterial*, es una de las razones que impiden la adopción, por el autor, de una causalidad mecanicista.

La única solución que le queda al observador, según la más pura lógica barthiana, consiste en identificar la gama de mecanismos generativos capaces de dar cuenta de la totalidad de las formas observadas. De hecho, los resultados del análisis de G. Levi sobre las formas de familias consisten en el enunciado de ocho principios de funcionamiento, que dirige la forma particular de su conclusión.<sup>34</sup> Esos principios caracterizan todos los grupos familiares, pero se descomponen infinitamente según la posición social y las situaciones específicas.

Las estructuras que soportan la comunidad son por consiguiente definibles en una serie de relaciones no rígidas: toda situación individual puede ser descrita como un caso dentro de una serie muy extensa de relaciones entre parámetros, según un modelo de interacción –que lleva a ciertas ampliaciones de combinaciones de factores–, en torno a [un] tipo modal.<sup>35</sup>

En resumen, cada forma de familia concretamente observada constituye una combinación particular, surgida de la gama de mecanismos identificados. Contrariamente al enfoque tipológico, las formas de familias aquí son potencialmente continuas unas respecto de las otras; son el fruto de procesos comunes, en lugar de estar separadas *a priori* en categorías discretas. En teoría, se podría trazar un arco continuo poniendo al lado, por grado de proximidad, todas las formas posibles, a la manera de una simulación –en efecto, no todas las formas potenciales estarán necesariamente presentes en la muestra observada–.<sup>36</sup>

Los casos “extraños”, “excepcionales”, no escapan a este principio: también deben formar parte del *continuum* de posibles, y tienen grandes probabilidades de aparecer en una de esas extremidades polares. La famosa noción de “excepcional normal”,<sup>37</sup> lejos de reflejar alguna místi-

---

34 De alguna manera corresponden a los principales tipos de arbitraje que las familias deben efectuar a lo largo de su vida, y cuyo resultado, siempre incierto, condiciona su destino: la alianza con las familias corresidentes, la diferenciación de las actividades, la distribución de las dotes entre las mujeres del grupo, etc. La lista exhaustiva, con su explicación, figura en Giovanni Levi. *La herencia inmaterial*, *op. cit.*, cap. 2, pp. 78-82.

35 *Ibid.*, p. 81.

36 Por lo demás, nada impide, y para favorecer la claridad de la exposición, condensar el conocimiento producido en una forma tipológica. En efecto, esa categorización no se efectuaría *a priori*, sino en función de los resultados del estudio y de los procedimientos de constitución claramente explicitados.

37 Edoardo Grendi. “Micro-analisi e storia sociale”, *Quaderni storici* 35, 1977, pp.

ca del margen, o de la marginalidad, no es nada más que la expresión de ese principio. Concretamente, esas formas extremas suelen ser muy valiosas metodológicamente: ayudan a definir los dos polos del *continuum*, es decir, a hacerse una idea más concreta de la gama que pueden recorrer las formas estudiadas.

Es posible efectuar otras comparaciones entre el proceder de Barth y el enfoque microhistórico. La obra de Maurizio Gribaudi, que intenta comprender cómo, en el primer cuarto del siglo XX, un barrio obrero de Turín pudo pasar en el lapso de unos pocos años del comunismo al fascismo,<sup>38</sup> puede servirnos aquí como hilo de Ariadna. Organizada también en torno a la preocupación de identificar mecanismos generativos, la obra hace surgir progresivamente varias cadenas causales a medida que va avanzando.

La observación de los habitantes del barrio lleva a caracterizar el comienzo de siglo por la ausencia de infraestructura social, la confusión de los roles ligada a la pluriactividad y la nivelación de las diferencias de tipo individual, debido al peso de la situación de migrante en un barrio nuevo. Análogamente, en el nivel microscópico es posible efectuar el seguimiento de la manera en que las familias responden aplicando solidaridades de barrio y desarrollando un discurso igualitario basado en el socialismo. Por comparación, se explica el estallido que caracteriza el período siguiente. El fascismo es responsable, en parte, de ello. Las instituciones de asistencia que instaura vuelven menos necesaria la ayuda mutua obrera, mientras que el control policial que pone en práctica impide la regulación de los sistemas de roles a través de un discurso ideológico. Pero otros factores inciden: la diversidad de los orígenes familiares, difuminada en el caso de los obreros recientemente inmigrados, vuelve a surgir en sus hijos, cuyas trayectorias divergen. En total, al negarse a detenerse en las formas inmediatas de la descripción, como las que sugiere el discurso socialista en torno a la armonía obrera, la búsqueda de los procesos causales reconfigura las categorías iniciales de la percepción e impone nuevos contenidos.

El trabajo de M. Gribaudi permite ilustrar, ante todo, la importancia analítica, antes mencionada, de la heterogeneidad en la distribución social de los recursos. En efecto, el autor combina dos operaciones sucesivas. En un primer momento, reconstituye los recorridos

---

506-520. Grendi habla en realidad de "documento excepcionalmente normal".

38 Maurizio Gribaudi. *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXème siècle*. Paris, Éd. de l'EHESS, 1987.

genealógicos y biográficos de cada uno de los miembros de su muestra, así como las redes en las que están insertos. Mientras que los enfoques tradicionales tratan a los obreros de manera muy indistinta, M. Gribaudi, con precisión, se esfuerza por individualizarlos, situarlos en un espacio de influencias y de intercambios interindividuales, que da a cada uno un punto de vista sobre el mundo, así como principios de acción social, que le son específicos. Una vez realizado ese trabajo, el autor está en condiciones de explicar por qué, en una generación, los habitantes del barrio se comportan de manera diferenciada frente a las posibilidades que les da un entorno que, por lo demás, se ha transformado en parte.

Esas dos operaciones sucesivas permiten aclarar dos paralelismos esenciales entre la microhistoria y el enfoque de Barth. El primero se refiere a la cuestión del cambio social. Al igual que para otras tendencias en historia social, uno de los puntos de partida de la microhistoria es un sentimiento de insatisfacción respecto de la dimensión demasiado estática de los enfoques macroestructurales.<sup>39</sup> Al mismo tiempo, en lugar de apoyarse en esquemas lineales mecánicos y abstractos para explicar las grandes transformaciones sociales, los microhistoriadores dan prioridad al estudio de los mecanismos concretos del cambio. La palabra clave que aquí se impone es “modalidades”. G. Levi, y otros autores, no creen que el modelo de la “modernización” alcance para dar cuenta de las transformaciones del Estado desde el siglo XVI. M. Gribaudi intenta ir más allá de una lectura ideológica, internalista, de la adhesión de Turín al fascismo. Su interés se dirige a los procedimientos efectivos que posibilitaron esas evoluciones.

Barth también se interesó por ese problema, y su obra propone varias herramientas analíticas para encararlo. Todas derivan de su negativa a tratar el mundo social como un todo homogéneo y coherente. A la inversa, como hemos visto, desde el punto de vista funcionalista, el autor considera que el universo de los valores nunca está integrado.<sup>40</sup> En otras palabras, existen valores que son irreductibles unos con respecto a otros, que no pueden medirse con la misma vara. Esa integración siempre imperfecta confiere potencialmente a todo sistema social una dimensión procesual y dinámica. De modo que al ofrecer, por primera

---

39 Un análisis de este último punto, junto con una bibliografía, se halla en Jacques Revel. “L’histoire au ras du sol”, *op. cit.*

40 Este punto se aborda, en particular, en Fredrik Barth. “Models of Social Organization II”, en: *Process and Form in Social Life*, *op. cit.*

vez en la región, la posibilidad de un empleo remunerado y regular durante todo el año, la introducción de técnicas modernas de pesca con redes de arrastre en el norte de Noruega hizo surgir cuestiones nuevas.

¿Qué constituye una remuneración justa por pescar, cuáles son las equivalencias monetarias de las diferencias de competencias, cuál es el valor del tiempo libre, de la autonomía, de la vida en casa? Se trata de magnitudes que las personas en general no conceptualizan ni comparan, a menos que tengan que hacer el balance entre las ganancias y las pérdidas previsibles de una transacción.<sup>41</sup>

Una vez propuesta esa transacción inédita, se relacionan dos registros de valores hasta entonces separados. El resultado de esa comparación puede ser una transformación social de conjunto.

En efecto, los individuos disponen, como hemos visto, de recursos heterogéneos y son propensos a reaccionar de forma diferente frente al riesgo y a la incertidumbre. La mayoría son susceptibles de rechazar la nueva transacción propuesta, pero si algunos pioneros la aceptan, y si obtienen una ganancia que les parece satisfactoria a ellos y a otros actores, es alta la probabilidad de que su decisión sea generalizada, e incluso institucionalizada. Lo cual conduce a la redefinición de los valores, según un mecanismo que el autor califica como *feedback*. Si los valores son datos estables que pesan sobre los actores, entonces estos tienen la capacidad de adoptar, en todo momento, procesos que los llevarán a redefinirlos:

Los códigos, los valores y los conocimientos (...) no constituyen solo las premisas y las condiciones previas de las acciones particulares: en efecto, estas acciones repercuten por incremento en los códigos, los valores y los conocimientos y, de ese modo, pueden afectar y modificar sus propias precondiciones.<sup>42</sup>

Retomamos así las premisas de nuestro análisis. La razón por la cual Barth ve en la dimensión microscópica la fuente del cambio social se vincula a la importancia que asigna, según su propia expresión, a la *diversidad*. Diversidad de los valores, diversidad de las posiciones individuales, a las cuales se añade la conciencia, en los actores, de la incertidumbre que pesa sobre las consecuencias de sus actos. Lejos de ser un todo coherente, la vida social está hecha de elementos diferenciales, cada uno de los cuales ofrece una

---

41 *Ibid.*, p. 57.

42 Fredrik Barth. "Introduction", en: *Process and Form in Social Life*, *op. cit.*, p. 3.

posibilidad de cambio. Son estos los que permiten que una innovación, en principio menor y poco expandida, pueda generalizarse y, con el tiempo, institucionalizarse. A través de ese mecanismo esencial se produce el paso de lo microscópico a lo macroscópico, o más exactamente, la construcción constante de este a través de aquel. Observemos que, por todos estos aspectos –la individualización de cada ser dentro de la población y el acento puesto en la diversidad, la constante “puesta en juego” potencial de todos los elementos de un sistema, la manera en que una variación microscópica puede conllevar un cambio social–, el enfoque barthiano está en estrecha continuidad con el esquema darwiniano sobre cuya base se formó el autor al comienzo de sus estudios.<sup>43</sup>

La segunda cuestión que permite plantear el trabajo de M. Gribaudi es la de la generalización y la validación a través de procedimientos cuantitativos, de los mecanismos generativos identificados por el investigador. El autor sigue un enfoque “experimental”. Las hipótesis que define –la que se refiere, por ejemplo, a la influencia de la posición social de los tíos en la movilidad social de los sobrinos– surgen “cualitativamente” de la observación intensiva de un número restringido de casos. Para validarlas, somete cada hipótesis a una prueba estadística, construyendo en cada caso los indicadores apropiados.

Llegamos así a una última gran similitud entre los trabajos de Barth y los de la *microstoria*. Una vez construidos los modelos generativos, el autor noruego considera que el investigador debe asegurarse de su validez.

En la manera de relacionar la teoría con la realidad que intenta describir, es posible esperar crear la posibilidad de falseamiento y de corrección de las hipótesis sobre esa realidad. Tal vez donde más me diferencie de muchos de mis colegas sea en mis ideales, y espero en mi práctica, relativos a esa cuestión: me he propuesto trabajar en una disciplina en la cual la teoría y los datos empíricos se confronten en niveles múltiples.<sup>44</sup>

---

43 En cuanto al carácter “microscópico” del modelo de Darwin, escogiendo en una bibliografía abundante, podemos referirnos a la obra de Ernst Mayr. *One Long Argument. Charles Darwin and the Genesis of Modern Evolutionary Thought*. Cambridge, Harvard University Press, 1991, en particular sus capítulos 4 y 6. Precisemos que Fredrik Barth, que como hemos visto, declara tener una formación en “biología evolucionista”, realizó sus estudios en la segunda mitad de los años 1940, en un periodo en que la “síntesis evolucionista” reciente había dado nuevo impulso al pensamiento darwiniano (ver al respecto Antonello La Vergata. “Images of Darwin: a Historiographic Overview”, en D. Kohn (ed.): *The Darwinian Heritage*. Princeton, Princeton University Press, 1985, pp. 901-902).

44 Fredrik Barth. “Introduction”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 8.

La posición de Barth puede calificarse de popperiana: el autor habla en varias ocasiones<sup>45</sup> de la necesidad de poder someter los modelos propuestos –pues en todos los casos no se trata sino de modelos–<sup>46</sup> a intentos de *falseamiento*. La microhistoria no necesariamente coincide con él en este punto, y se refiere menos a falsación que a *validación*. Sin embargo, la importancia considerable que asigna a esta última lo lleva a tratar la historia como una verdadera ciencia experimental,<sup>47</sup> ubicada cerca de la explicación.

Para comprender con mayor precisión el carácter de esta validación cuantitativa, se puede comparar la forma en que utilizan la estadística los enfoques “generativos” y los enfoques macroestructurales, respectivamente. La manera en que estos últimos piensan el objeto es homogénea respecto del funcionamiento de la estadística clásica. Ambas construyen categorías separadas,<sup>48</sup> entre las cuales es posible identificar correspondencias directas. Las unidades de observación se tratan como átomos, recortados unos de otros y agrupados en categorías monotéticas definidas *ex ante*: al mismo tiempo, la pertenencia a tal o cual categoría puede definirse *a priori* y sin ambigüedad, en función de la posesión de tal o cual carácter intrínseco. Pero, en ambos casos, se considera que el comportamiento puede deducirse directamente de la pertenencia a una categoría: la estadística, al igual que los enfoques macroestructurales, desatiende relativamente los casos minoritarios; la primera, porque los hace “representar” por los casos típicos, mayoritarios; los segundos, porque hacen hincapié en la coherencia de los sistemas sociales. Así, los enfoques macroestructurales pueden conferir simultáneamente a la estadística clásica una función de descripción, de explicación y de validación.

La estadística clásica no puede cumplir un papel de esa naturaleza en los enfoques “procesuales”. Estos últimos parten del principio según el cual la mera observación de las formas sociales no puede indicar por

---

45 Ver, por ejemplo, Fredrik Barth. “Anthropological Models and Social Reality” (pp. 24, 26, 29) y “Models of Social Organization I” (p. 33, etc.), en: *Process and Form in Social Life*, *op. cit.*

46 “Los modelos, en un sentido amplio, son *representaciones* de un entrelazado de factores que supuestamente determinan o ‘explican’ los fenómenos observados” (Fredrik Barth. “Anthropological Models and Social Reality”, en: *Process and Form in Social Life*, *op. cit.*, p. 15).

47 En este concepto se basa una de las principales críticas dirigidas por G. Levi a Clifford Geertz. Ver, por ejemplo, Giovanni Levi. “Sobre microhistoria”, en P. Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, *op. cit.*, pp. 126-127.

48 Ver al respecto la contribución de Maurizio Gribaudi a esta obra, pp. 135-165.

sí sola algún elemento de los mecanismos que las generan.<sup>49</sup> Además, y en consecuencia, en lugar de interesarse por los agregados más masivos, esos enfoques procuran tomar en cuenta todos los casos, incluso los menos frecuentes y hasta únicos. Y consideran que la observación de los casos modales no es suficiente, en sí misma, para establecer un conjunto de normas que rijan todo un sistema. Por lo tanto, no pueden seguir confiando a la estadística una función de *explicación*. En cambio, a condición de construir indicadores adaptados a los hechos recogidos por la observación microscópica, la estadística puede conservar su función de *validación* de los enfoques procesuales. Esta dimensión es fundamental en la medida en que permite pasar de una observación “cualitativa” sobre un número restringido de casos a la posibilidad de una generalización, que constituye el objetivo final del análisis.



Por consiguiente, el retorno a la obra de Barth es muy valioso para descifrar las características y los objetivos de la *microstoria*. Permite precisar las divergencias de fondo existentes entre lo que hemos llamado el “enfoque multiscópico” y el de los microhistoriadores italianos. La adopción sistemática de la escala de análisis más fina no corresponde, para ellos, a una experimentación particular entre otras posibles, y tampoco traduce una simple voluntad de producir un efecto de *distanciamento*. Su concepción, en cambio, resulta necesariamente del deseo de dar cuenta, con la mayor exhaustividad posible, de los mecanismos de producción de lo real.

La *microstoria* se basa entonces en un proyecto positivista acerca de la creencia en la posibilidad efectiva de reconstituir las cadenas causales, que considera centrales. Más exactamente, al referirnos a la *microstoria*, deberíamos hablar de “neopositivismo”, por el desplazamiento que impone a los objetivos del historiador. Este ya no debe proponerse reconstituir “lo que realmente ha sucedido”, sino “todo aquello que ha dado lugar a lo sucedido o a lo que habría podido suceder”.

---

49 “Las estadísticas sobre el comportamiento de las poblaciones no ofrecen fácilmente elementos para la explicación” (Fredrik Barth. “Anthropological Models and Social Reality”, en: *Process and Form in Social Life*, op. cit., p. 16).

# PROCESO Y EXPERIENCIA: INDIVIDUOS, GRUPOS E IDENTIDADES EN TURÍN, EN EL SIGLO XVII

Simona Cerutti

1. En 1963, cuando redactaba la introducción de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Edward P. Thompson consideraba que debía justificar un título *clumsy*, tosco. El gerundio *making* (“formación”) no era elegante, pero le parecía que expresaba el significado de su trabajo. En efecto, se trataba de reconstruir

un proceso activo, que debe tanto a la acción [*agency*], como al condicionamiento [*conditioning*] (...) Por clase, entiendo un fenómeno *histórico* que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una “estructura”, ni siquiera como una “categoría”, sino como algo que tiene lugar de hecho –y se puede demostrar que ha ocurrido– en las relaciones humanas.<sup>1</sup>

Estudiar un proceso en lugar de un objeto –“la clase es una relación y no una cosa”–<sup>2</sup> eso es lo que debía ser justificado. Nada menos evidente, en efecto, en la práctica historiográfica cuyas especializaciones suelen basarse en la individualización de objetos de contornos bien definidos y que remiten a ámbitos distintos de la vida social (económico, cultural, político, etc.). El análisis procesual implicaba un cambio de perspectiva decisivo, del que el autor era bien consciente y del que hoy en día le somos deudores.

Unos veinte años más tarde, me hallé frente a un problema similar. Estaba estudiando un proceso –la formación de grupos profesionales–,

---

<sup>1</sup> Edward P. Thompson. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. por Elena Grau [New York, 1963] Barcelona, Crítica, 1989, pp. XIII-XVIII.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. XIV.

y esa opción impuso, a su vez, toda una serie de elecciones en cuanto a la manera de abordar las fuentes e interrogarlas. Quisiera mencionarlas aquí.<sup>3</sup> Mi deuda respecto de la reflexión de E. P. Thompson parecerá evidente; pero también es evidente lo que separa ambas investigaciones, ya que los procedimientos de análisis fueron diferentes. El enfoque de Thompson era macrohistórico. Yo quise llevar a su término lo que me parecían ser las implicaciones del análisis “procesual” y que considero los mayores logros del microanálisis; intenté seguir a los protagonistas de ese proceso en sus trayectorias individuales, para reconstituir la variedad de su experiencia en los diferentes ámbitos de la vida social. En definitiva, quise definir sus intereses a partir de las posibilidades y las limitaciones que podían ofrecérseles o pesar sobre ellos, en lugar de partir de la posición que ocupaban, formalmente, en la jerarquía social. De ese modo, el análisis procesual fue entrelazándose con un análisis de los itinerarios individuales de los protagonistas de esa historia. De allí resultó una relación muy diferente entre los comportamientos individuales y lo que Thompson llama el *conditioning*, y la propia interpretación general del proceso también resultó influida por ello.

2. Para mi trabajo, fue central el proceso social a través del cual, en una ciudad del Antiguo Régimen, el hecho de practicar un oficio se convirtió en un criterio de estratificación social; un instrumento por medio del cual fue posible designar a los individuos; y, desde el punto de vista de estos, un lenguaje que les permitía ubicarse en la jerarquía social de la ciudad. En Turín, capital del Estado saboyano, la centralidad del oficio de pronto apareció en mi investigación como un fenómeno que estaba lejos de ser natural o atemporal: por el contrario, me hallaba ante un proceso delimitado por fechas, que debía ser reconstituido. Una serie profusa de evidencias iba en la misma dirección. La primera, a la que quise dar todo su peso: las representaciones que los habitantes de la ciudad eligieron, o aceptaron, dar de sí mismos a lo largo de un período relativamente largo.

A través de los siglos XVI y XVII, en ocasión de rituales y ceremonias, en todos los momentos en que la ciudad debe mostrarse y dar una imagen de sí misma, no utiliza el lenguaje de los oficios y las

---

3 Las páginas se refieren a mi trabajo *La Ville et les Métiers. Naissance d'un langage corporatif (Turin, 17ème-18ème siècle)*. Paris, Éd. de l'EHESS, 1990. Retomo aquí varias consideraciones abordadas en la introducción.

profesiones. Turín ofrece una estratificación social simplificada, donde solo se destacan algunos grandes grupos. El ejército, la magistratura y la alta nobleza encarnan la élite urbana, mientras que la población de los turineses, el pueblo, parece estar representada por un solo cuerpo: la municipalidad. En esas imágenes de la ciudad, no hay lugar para las profesiones y los oficios. Las corporaciones, en particular, están ausentes; al lado de la municipalidad, solo las mujeres y los jóvenes tienen un lugar activo en las ceremonias urbanas.

Esa representación unitaria de la población resistió durante largo tiempo: no fue cuestionada por los cambios que conoció la ciudad a lo largo del siglo XVII, desde el crecimiento de su población hasta el desarrollo de las manufacturas y las industrias. Solo más tarde, y de manera bastante brutal, conoce importantes modificaciones. A comienzos del siglo XVIII, y sobre todo en los años treinta de ese siglo, todo parece transformado. Los rituales y las ceremonias se abren entonces a numerosos oficios; las corporaciones ocupan un lugar especial, los barrios de la ciudad enarbolan las insignias de las corporaciones, de los maestros, pero también de las asociaciones de compañeros y aprendices. La presencia del lenguaje del trabajo se vuelve constante, y las designaciones de los contemporáneos se enriquecen con las calificaciones profesionales. Paralelamente, el papel de la municipalidad se atenúa; ya no es más que una entre muchas otras instituciones urbanas. La imagen unitaria de la ciudad es sustituida entonces por una representación fragmentada de su tejido social.

La evolución de los rituales urbanos está en estrecha relación con la de la fortuna de las corporaciones. Luego de su reintroducción en el Piamonte a finales del siglo XVI,<sup>4</sup> estas últimas se desarrollaron lenta y difícilmente; en realidad no parecen funcionar ni poder desarrollarse a lo largo del siglo siguiente. Pero, de pronto, durante los primeros decenios del siglo XVIII, conocen un nuevo éxito: se multiplican y comienzan a cumplir un verdadero papel. Insensibles a las presiones del gobierno central y a los impulsos mercantilistas de los años 1670, su dinamismo obedece entonces a ritmos que no están vinculados al desarrollo económico y productivo de la ciudad.

Ante esa cronología, había que renunciar a encontrar una coincidencia total e inmediata entre la esfera técnica y productiva y la de los

---

4 La cronología de las corporaciones de Turín y del Piamonte en la época moderna sigue de cerca la que propone el Estado francés: las disposiciones de 1582 se refieren, por lo demás, a las de Enrique IV, formuladas unos meses antes.

comportamientos y las relaciones sociales. En definitiva, era necesario renunciar a una concepción “naturalista” de las relaciones entre esos dos planos e interrogarse, en cambio, sobre las elecciones que habían determinado esa representación de la ciudad, sobre las resistencias frente al lenguaje del trabajo y sus organizaciones, y sobre su éxito inesperado. No se trata, obviamente, de negar la relación entre divisiones técnicas y divisiones sociales,<sup>5</sup> sino de reconocer que entre ellas las relaciones son menos directas que lo que nos deja pensar nuestra *obsolete market mentality*.<sup>6</sup> En Turín, las divisiones técnicas sin duda no cumplieron durante largo tiempo más que un papel limitado en su designación de la identidad y el estatus de los habitantes. Solo en un momento preciso de la historia de la ciudad se impusieron como un “idioma de la estratificación”, es decir, como “una construcción social que encarna la realidad de la diferenciación material y la transforma en guía para la acción social”.<sup>7</sup>

La comprensión de ese proceso ocupa un lugar central en este trabajo: ¿qué factor impidió durante tanto tiempo que el oficio cumpliera el papel de criterio de estratificación? ¿Qué lo transformó después en uno de los principios constitutivos de esa estratificación?

3. Plantear estos interrogantes equivalía a cuestionar una actitud difusa y casi irreflexiva por la que se caracteriza buena parte de los estudios de historia urbana. El uso de las clasificaciones profesionales como elementos descriptivos precede, en estos, al análisis detallado de los diferentes aspectos de la vida de la ciudad que se intenta abordar. Esa descripción previa a menudo se ha considerado como eficaz y necesaria a la vez, ya que permitía dar cuenta, sintéticamente, de los rasgos fundamentales del espacio urbano. La distribución de los habitantes en los diferentes sectores de la producción restituiría una imagen de

---

5 Ver al respecto las reflexiones de Luc Boltanski en su libro *Les Cadres. La formation d'un groupe social*. Paris, Éd. de Minuit, 1982, en particular, p. 50 y ss.

6 Karl Polanyi. “Our Obsolete Market Mentality”, *Commentary* III, 1947, retomado en *Primitive, Archaic and Modern Economics: Essays of Karl Polanyi*, ed. por G. Dalton. Garden City, Anchor Books, 1968. Existe traducción al español: “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado”, *Cuadernos de Economía*, Vol. 14, N° 20, 1994, pp. 249-266 [en línea]. Disponible en <http://www.bdigital.unal.edu.co/18476/#sthash.C477vaZJ.dpuf>. Fecha de consulta: junio de 2015.

7 Esta formulación, que considero muy eficaz, es de John Davis. *People of the Mediterranean. An Essay in Comparative Social Anthropology*. London-Henley-Boston, Routledge & Kegan Paul, 1977, p. 22.

las vocaciones económicas de la ciudad (la industria, las manufacturas, los servicios) y remitiría, al mismo tiempo, a su estratificación social, ya que, implícitamente, la clasificación profesional trazaría la escala de las jerarquías sociales.

Ese procedimiento, en apariencia neutro, fue objeto de críticas explícitas a lo largo de estos últimos años. Fue cuestionado también por otros análisis de las clasificaciones sociales que enriquecieron nuestra imagen de la vida urbana durante el Antiguo Régimen. Tal vez no sea inútil retomar brevemente esos itinerarios.

Las etapas del debate que se abrió en torno a los criterios de clasificación son bien conocidas. Basados primero en los meros aspectos profesionales, esos criterios se enriquecieron poco a poco con variables socioeconómicas; la consideración de los sectores de actividad, niveles de riqueza o ingresos, relaciones de dependencia y utilidad de los oficios, contribuyó a producir escalas cada vez más precisas.<sup>8</sup> Sin embargo, las clasificaciones profesionales revelaron debilidades difíciles de superar, sobre todo en un campo donde realmente podrían haber hecho avanzar la investigación: el de la comparación. Las críticas más puntuales que les fueron dirigidas se referían a la incapacidad de las categorías socioprofesionales de reflejar realidades locales que resultaban irreducibles en su singularidad. La imposición de un mismo código socio-profesional a contextos diversos a menudo se vio como una operación forzada y de escasa utilidad. Las figuras profesionales registradas en las mismas categorías correspondían a París, a Grenoble, a Lyon, a individuos cuyos estatus sociales podían ser muy diferentes, al igual que las funciones y las relaciones de producción. Así, los maestros parisinos, artesanos calificados, no tenían nada en común con los maestros lioneses que se dedicaban al negocio; en Lyon también, muchas categorías intermedias entre los maestros y los jornaleros desaparecían cuando se adoptaba una clasificación por sectores de actividad.<sup>9</sup> Los mismos problemas surgían cuando la preocupación comparativa era central para la investigación, es decir, cuando la adopción de las clasificaciones provenía directamente de la voluntad de cotejar diferentes realidades

---

8 El lector podrá hallar una rica reflexión sobre este problema de las clasificaciones socioprofesionales, al mismo tiempo que una reseña de los trabajos clásicos, desde E. Esmonins hasta A. Daumard y J. Dupâquier, en Maurice Garden. "Ouvriers et artisans au XVIIIème siècle. L'exemple lyonnais et les problèmes de classification", *Revue d'histoire économique et sociale* 1, 1970, pp. 28-54.

9 *Ibid.*, pp. 37-38.

urbanas.<sup>10</sup> Importantes trabajos de historia cuantitativa, numerosas y ricas monografías regionales o urbanas, resultaron incapaces de escapar de su particularidad y no pudieron cumplir sus promesas.

Con toda legitimidad podríamos preguntarnos si esa inadecuación de las categorías profesionales para dar cuenta de realidades plurales debe verse como una suerte de revancha de lo local frente a lo global o, mejor, si expresa una resistencia del análisis histórico a la formalización de sus objetos de investigación.<sup>11</sup> Creo que, en realidad, no reside allí la cuestión, sobre todo porque las críticas más reflexivas de los códigos socioprofesionales —por ejemplo, las que acabamos de mencionar de M. Garden— fueron formuladas cuando el entusiasmo cuantitativo estaba en su punto álgido y prácticamente todos estaban de acuerdo en que la historia social no era sino cuantitativa.

Al mirar con más detenimiento, es posible ver que lo que se cuestionaba no era la formalización en sí, sino una formalización completamente extraña a la experiencia de los actores sociales. Las primeras intervenciones en el debate sobre el estatus social atribuido a las diferentes profesiones y a los diferentes grupos sociales, debate que se ha mantenido a lo largo de los últimos veinte años, ya pensaban en la necesidad de individualizar criterios de descripción de la realidad cercanos a la experiencia de los contemporáneos. Interrogarse sobre las funciones y el estatus social de los maestros, o sobre la utilidad social de cada oficio, o incluso sobre la estima social de la que eran objeto, equivalía a interrogarse, de maneras diversas y no siempre explícitas, sobre la imagen que los actores históricos podían tener de su propio universo social. Comenzaba a surgir, entonces, la posibilidad de reconstituir la estratificación social tomando en consideración el lenguaje de los contemporáneos.

En el transcurso de los años 1970-1980, algunas etapas decisivas enriquecieron esa reflexión y varias de las investigaciones que la alimentaron fueron esenciales para mi propio trabajo. Conviene dedicar

---

10 Ver, por ejemplo, Adeline Daumard (ed.), *Les Fortunes françaises au XIXème siècle. Enquête sur la répartition de la composition des capitaux privés à Paris, Lyon, Lille, Bordeaux et Toulouse d'après l'enregistrement des déclarations de succession*. Paris-La Haye, Mouton, 1973. Sobre este libro, ver la reseña crítica de Edoardo Grendi. "Il 'daumardismo', una via senza uscita?", *Quaderni storici* 29-30, 1975, pp. 729-737.

11 Estas cuestiones se hallan en los trabajos de Maurice Garden, "Ouvriers et artisans"; de Jacques Dupâquier, "Problèmes de la codification socioprofessionnelle", en: *L'Histoire sociale: sources et méthodes. Colloque de l'ENS de Saint-Cloud (15-16 mai 1965)*. Paris, PUF, 1967, pp. 157-167; de Roland Mousnier, "Recherches sur les structures sociales parisiennes en 1634, 1635, 1636", *Revue historique* 249, 1973, pp. 35-58.

aquí un espacio especial a la monografía de Jean-Claude Perrot sobre Caen en el siglo XVIII.<sup>12</sup> Por primera vez, se trataba explícitamente de restituir la interpretación de los contemporáneos sobre la estratificación y la clasificación social de su propia ciudad. La taxonomía de los oficios se construía a partir del vocabulario utilizado por los habitantes de Caen en los siglos XVII y XVIII. La puesta en relación de los lenguajes y los atributos vinculados a los oficios, en momentos y épocas diferentes, evidenciaba deslizamientos de sentido y deslizamientos en la jerarquía social. A su vez, estos últimos suscitaban nuevos interrogantes sobre las transformaciones del tejido social y sobre los cambios en la percepción que de ello habían tenido los actores.

Hacia el mismo momento, aunque en otro ámbito y sin recurrir a lo cuantitativo, Natalie Zemon Davis elaboraba importantes reflexiones sobre la estratificación social de una ciudad del Antiguo Régimen.<sup>13</sup> En ese caso, una lectura profunda de las fuentes tenía el efecto de multiplicar los actores sociales. La edad, el sexo, ya no eran simples variables dentro de una escala definida por las actividades productivas; en la ciudad de Lyon, en el siglo XVI, esas categorías identificaban grupos sociales a los que se les reconocía un lugar específico dentro de la estratificación urbana. Algunos años más tarde, el historiador italiano Edoardo Grendi retomaba esos temas.<sup>14</sup> Los objetos de su investigación eran mujeres y jóvenes, es decir, categorías sociales que estaban muy presentes en los estatus de la baja Edad Media. Y no solo era cuestión de funciones y órdenes. Jurídicamente, las distinciones de sexo y edad eran fundamentales: los archivos judiciales se referían tanto a mujeres y jóvenes como a la nobleza y el pueblo llano. Los estatutos civiles o criminales se leían entonces como “una cartografía cultural de las relaciones sociales, un documento particularmente revelador de la imbricación entre valor social y realidad de los hechos”.<sup>15</sup>

La representación y el análisis de las estratificaciones sociales urbanas a través del lenguaje de los actores sociales mismos, y no a través

---

12 Jean-Claude Perrot. *Genèse d'une ville moderne. Caen au XVIIIème siècle*. Paris-La Haye, Mouton, 1975, vol. 2.

13 Natalie Zemon Davis. *Les Cultures du peuple. Rituels, savoirs et résistances au XVIème siècle*. [Stanford, 1975] Paris, Aubier-Montaigne, 1979.

14 Edoardo Grendi. "Ideologia della carità et società indisciplinata: la costruzione del sistema assistenziale genovese (1470-1670)", en G. Politi; M. Rosa y F. Della Peruta (eds.): *Timore e carità. I poveri nell'Italia moderna. Atti del convegno. Pauperismo e assistenza negli antichi stati italiani (Cremona, 28-30 marzo 1980)*. Crémone, Biblioteca statale e libreria civica, 1982, pp. 59-75.

15 *Ibid.*, p. 63.

de la adopción de grillas de lectura exógenas, se hallaban, entonces, con diferentes modalidades, en el centro de todos esos trabajos. No se trataba de reemplazar simplemente una clasificación creada por el historiador por la de los contemporáneos, sino más bien de repensar globalmente los criterios de construcción de esos dos tipos de enfoque. A propósito de Caen, el análisis del vocabulario, lejos de bastar por sí solo, abría el camino a una investigación sobre los sistemas de sentido inherentes a la clasificación –“El estudio de los vocablos solo tiene importancia en la medida en que ellos mismos interroguen la realidad”–.<sup>16</sup> Así pues, el cruce de varios niveles de análisis evidenciaba la diferencia entre “el vocabulario y la división técnica”; entre el trabajo de las clasificaciones y los objetos clasificados. Perrot demostraba, en particular, cómo “los segmentos de actividad productiva cercanos en la mentalidad de los contemporáneos son imantados en forma continua por la jerarquía social de los agentes”.<sup>17</sup> Por otro lado, las categorías de sexo y edad, actualizadas por Natalie Z. Davis y Edoardo Grendi, no se superponían simplemente a las órdenes y los oficios; ellas coincidían en parte, dibujando configuraciones específicas de relaciones, creando grupos que escapaban al entramado de las clasificaciones habituales, las de los contemporáneos y las de los historiadores.

De modo que partir del vocabulario de los actores sociales implicaba reformular los fundamentos del trabajo de clasificación y repensar los criterios de análisis del historiador, como las categorías que habían orientado a los habitantes de la ciudad en su presentación de las jerarquías profesionales y los estatus sociales. La distribución de los individuos entre los sectores de producción surgía, en consecuencia, como *una* de las representaciones posibles de la ciudad y ya no como *la* representación necesaria. De la clasificación, la atención se desplazaba hacia las relaciones que la habían producido; esa nueva mirada hacía reaparecer toda la variedad de los sistemas de representación simultáneamente expresados por los contemporáneos. La apropiación del lenguaje de los protagonistas marcaba el inicio de la investigación, y no su conclusión.<sup>18</sup>

16 Jean-Claude Perrot. *Genèse d'une ville moderne*, op. cit., vol. 1, p. 246.

17 *Ibid.*, p. 248.

18 Al respecto, remito a la manera en que se emplean las observaciones de los contemporáneos en los trabajos de Jean-Claude Perrot. “Rapports sociaux et villes au XVIIIème siècle”, *Annales ESC*, Vol. 23, N° 2, 1968, pp. 241-267, y de Daniel Roche. *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIIIème siècle*. Paris, Aubier-Montaigne, 1981, en particular, el cap. 2.

Desde ese punto de vista, los trabajos mencionados se distinguen de una corriente de investigación más reciente que, sin embargo, privilegia la consideración de las categorías de los actores sociales. Pienso, en particular, en los trabajos de historiadores –numerosos en estos últimos años– que se refieren a la antropología cultural norteamericana y, más específicamente, a los trabajos de Clifford Geertz. Uno de los postulados de la antropología interpretativa es, como sabemos, la alteridad radical del objeto de estudio; alteridad que puede ser “capturada” por el historiador a través del desciframiento de los sistemas de significación arraigados en los comportamientos, en los textos, en cada forma de experiencia social.<sup>19</sup> En muchas de esas obras, la atención se centra, obviamente, en los lenguajes y en los modos de designación de los contemporáneos. Sin embargo, aunque los puntos de convergencia teórica entre las investigaciones de los historiadores sociales y esos trabajos son numerosos, es difícil afirmar que estén directamente emparentados. En realidad, las metodologías empleadas divergen, lo que conlleva importantes diferencias teóricas.

Los análisis de las “representaciones” tienden a encerrarse en sí mismos. El postulado según el cual cada expresión de lo social da acceso, por sí sola, a un universo cultural cuya coherencia se ha de reconstruir se traduce, de hecho, en una lectura estrecha de las fuentes. Más precisamente, esas fuentes son analizadas, aunque de forma intensiva, sin referencia a los procesos que las han generado, con la convicción de que, de todas maneras, pueden remitir directamente a la experiencia de los protagonistas. Por ejemplo: la descripción de Montpellier en 1768, restituida por Robert Darnton utilizando el léxico de un burgués de la ciudad,<sup>20</sup> es un texto presentado como autónomo y aislado. Por cierto, se advierte al lector contra la parcialidad del relato: este no expresa ni la realidad de Montpellier ni la interpretación de todos los individuos o de todos los grupos sociales; pero, al mismo tiempo, esa descripción no se coteja con ninguna otra fuente, con ninguna otra lectura contemporánea. Por ende, el autor no ha considerado necesario interrogarse sobre los modos de producción de esa imagen, sobre las

---

19 Entre los trabajos de C. Geertz, esta reflexión se halla particularmente elaborada en *Savoir local, savoir global. Les lieux du savoir*. [New York, 1983] Paris, PUF, 1986.

20 Robert Darnton. “Culture bourgeoise: la ville comme Texte”, en: *Le Grand Massacre des chats. Attitudes et croyances dans l’Ancienne France*. [New York, 1984] Paris, R. Laffont, 1985. Existe traducción al español: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, trad. por Carlos Valdés. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2006.

relaciones con el espacio o los individuos que le han dado forma. En suma, no se ha interrogado sobre la relación entre la realidad y la interpretación, relación en la cual el primero de ambos términos remite a la imbricación de las versiones conflictivas o consensuadas que se enfrentaron en Montpellier en 1768. El procedimiento no es diferente del que adoptaron muchos historiadores que se inspiraron en la antropología interpretativa.<sup>21</sup> Hay algo paradójico en el hecho de que el concepto de representación, que subyace a la construcción social y cultural de cada realidad y que en consecuencia requiere análisis exhaustivos y multidimensionales,<sup>22</sup> termina legitimando una actitud de pasividad respecto de las fuentes: de instrumento de deconstrucción de la realidad, ese concepto a menudo ha pasado a ser un medio de reificación de los “discursos”. En todos los trabajos mencionados, el lenguaje es central, pero si en los estudios de historia social que he citado es el revelador de relaciones, conflictos, alianzas, en el texto de Darnton sobre Montpellier las relaciones, los conflictos y las alianzas están tan solo sugeridos por una voz fuera de campo. Lo que le queda al lector es, en definitiva, una impresión de amplio consenso.

De modo que la adopción del lenguaje de los actores sociales no permite, por sí sola, acercarse a la sociedad observada. Las categorías utilizadas por los contemporáneos son, al igual que las empleadas por los historiadores, el resultado de una interpretación del mundo circundante que, en un momento dado, se impuso por sobre otras lecturas, probablemente diferentes. Renunciar a reconstruir el trabajo que ha originado la clasificación social<sup>23</sup> contribuye a perpetuar una imagen

21 Para reflexiones críticas elaboradas a partir del libro de Robert Darnton hasta englobar los trabajos históricos inspirados por la antropología interpretativa, ver Giovanni Levi. “I pericoli del geertzismo”, *Quaderni storici* 58, 1985, pp. 269-277 [Existe traducción al español: “Los peligros del geertzismo”, en E. Hourcade et al.: *Luz y contraluz de una historia antropológica*. Buenos Aires, Biblos, 1995]; Roger Chartier. “Text, Symbols and Frenchness”, *Journal of Modern History* LVII, 1985, pp. 682-695. También, remito al lector a mis reseñas de la obra de Steven L. Kaplan y Cynthia J. Koepp (eds.) (*Work in France*) y de William H. Sewell Jr. (*Work and Revolution in France*): “Ricerche sul lavoro in Francia: rappresentazioni e consenso”, *Quaderni storici* 64, pp. 255-274.

22 Para esta acepción del término “representación”, ver Roger Chartier. “Introduction”, en: *La Rappresentazione del sociale*. Torino, Bollati Boringhieri, 1989.

23 Sobre estos temas, la reflexión historiográfica se ha mostrado reticente, hasta ahora, a las sugerencias metodológicas nacidas de las investigaciones sociológicas. Entre estas, remito en particular a los trabajos de Alain Desrosières “Éléments pour l'histoire des nomenclatures socio-professionnelles”, en: *Pour une histoire de la statistique*. Paris, INSEE/Economica, 1987, pp. 155-231; “Histoire des formes: statistiques et sciences sociales avant 1940”, *Revue Française de sociologie*, Vol. 26, N° 2, 1985, pp. 277-310; en colaboración con Laurent Thévenot: *Les Catégories socioprofessionnelles*. Paris, La Découverte, 1988; a los trabajos de L. Thévenot y de L. Boltanski sobre las clases medias

rígida de la sociedad urbana. Sobre todo, esa actitud reproduce lo que a mi juicio constituye la principal limitación de las clasificaciones socioprofesionales exógenas: el supuesto de que los grupos profesionales y los grupos sociales pueden ser descriptos incluso antes de haber analizado el entramado de relaciones que los engendró. Lo que está en juego es la definición del contexto urbano, problema que no puede resolverse simplemente por la adopción de las clasificaciones de los contemporáneos. En realidad, se trata de aprehender la ciudad como un escenario en el que se inscriben los comportamientos o, más bien, como una parte integrante e indisoluble de ese comportamiento: como un actor social.<sup>24</sup> La alternativa es, a la vez, de orden metodológico y teórico. Aceptaciones diferentes del contexto urbano producen orientaciones diferentes de la investigación: la primera llevará a un cruce permanente de las fuentes; la segunda sugerirá un desarrollo del análisis en dos tiempos, para comprender primero el contexto y luego los comportamientos.

Pensar la ciudad como un actor social consiste, entonces, en interrogarse sobre la construcción de las categorías de los actores sociales que la habitaban y sobre las categorías actuales. En lugar de considerar evidente la pertenencia de los individuos a grupos sociales —y analizar las relaciones entre sujetos definidos *a priori*—, se trata de invertir la perspectiva de análisis e interrogarse sobre la manera en que las

---

y, más particularmente, a los de este último, *Les Cadres*. Se halla una serie de reflexiones estimulantes para una crítica de las clasificaciones profesionales adoptadas por los historiadores en William H. Sewell Jr. "Occupational Status in Nineteenth-Century French Urban Society", en R. M. Hauser et al.: *Social Structure and Behavior. Essays in Honour of William H. Sewell*. New York, Academic Press, 1982, pp. 124-201; A. P. M. Coxon y P. M. Davies. *Images of Social Stratification, Occupational Structures and Class*. London-Beverly Hills, Sage, 1986.

24 Se halla una reflexión profunda sobre esta alternativa metodológica en Bernard Lepetit. "La storia urbana in Francia. Scenografia di uno spazio di ricerca", *Società e storia* 25, 1984, pp. 639-666. El autor subraya el momento del pasaje de la ciudad-contexto a la ciudad-actor como un hito importante entre las primeras monografías urbanas (las de Pierre Goubert. *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730. Contribution à l'histoire sociale de la France du XVIIIème siècle*. Paris, SEVPEN, 1960, o de Pierre Deyon. *Amiens capitale provinciale. Étude sur la société urbaine au XVIIIème siècle*. Paris-La Haye, Mouton, 1967, por ejemplo) y los trabajos más recientes, en particular los de Jean-Claude Perrot, *Genèse d'une ville moderne*, y de Jean-Pierre Bardet, *Rouen aux XVIIIème et XIXème siècles. Les mutations d'un espace social*. Paris, Société d'édition d'enseignement supérieur, 1983. Algunos estudios de historia y antropología urbanas, si bien son distintos en cuanto al tiempo y al espacio, han encarado este problema de manera lúcida. Ver, en particular, Charles Phytian-Adams. *Desolation of a City. Coventry and the Urban Crisis of the Late Middle Ages*. Cambridge, Cambridge University Press, 1979; D. Fraser y A. Sutcliffe (eds.). *The Pursuit of Urban History*. London, E. Arnold, 1983; J. Clyde Mitchell. *Cities, Society and Social Perception. A Central African Perspective*. Oxford, Oxford University Press, 1987.

relaciones crean solidaridades y alianzas y, con el tiempo, grupos sociales también. En ese sentido, lo importante no es negar la utilidad de todas las categorías socioprofesionales, exógenas o contextuales, sino impregnarlas de las relaciones sociales que, hoy como entonces, contribuyen a su nacimiento.

4. Reconstituir grupos sociales a partir de las relaciones que vinculan a los individuos era una vía que me parecía importante seguir. Formulada en esos términos, no se trata de una perspectiva nueva. La propuesta de reconstituir alianzas entre los grupos sociales, y en particular las alianzas matrimoniales, ya era central en las primeras críticas que se dirigían a las clasificaciones basadas en los niveles de riqueza o de ingresos. Alcanzará con recordar los trabajos de Roland Mousnier, inspirados por la intención sistemática de definir la estratificación social a partir de los mapas trazados por esos vínculos.<sup>25</sup>

Sin embargo, no creo que esa operación sea suficiente. Por el contrario, me parece necesario reflexionar sobre el significado que se desea dar a las relaciones sociales: o bien se postula que su consideración no puede más que permitir señalar “compatibilidades” entre algunos grupos, o bien se está, en realidad, ante instrumentos de análisis para interrogarse sobre la experiencia de los individuos y, por ende, sobre las modalidades de construcción de la identidad social.<sup>26</sup> En este último caso, el análisis de las redes de relaciones puede ser una vía para dibujar, finalmente de manera contextual, el horizonte social de los actores, para definir sus intereses más allá de su profesión o de su estatus social. En resumen, ese análisis puede ayudarnos a evitar el deslizamiento entre el individuo y el grupo que se realiza a través del recurso a las categorías socioprofesionales; al mismo tiempo, es una vía para poner en discusión lo que permite ese deslizamiento: la noción de interés, inscrita en las clasificaciones basadas en el oficio. En efecto, esa noción es la que legitima la idea de una continuidad entre el individuo y el grupo y que, por consiguiente, vuelve plausible la clasificación como instrumento de representación de la sociedad.

---

25 Me refiero, en particular, a “Recherches sur les structures sociales parisiennes”, *op. cit.*, pp. 37-39.

26 Observaciones interesantes en Victor W. Turner y Edward M. Bruner (eds.). *The Anthropology of Experience*. Urbana, University of Illinois Press, 1986, particularmente la introducción, pp. 3-30.

En un libro célebre, Albert Hirschman reconstituyó el proceso por el cual, entre los siglos XVII y XVIII, la noción de interés, que remitía a una amplia gama de significados, fue reducida a la mera ventaja material y económica.<sup>27</sup> Ese deslizamiento semántico permitió que el dinero adquiriera una nueva legitimidad:

Apenas se lo bautizó “interés” al atesoramiento de dinero, que a menudo entró con ese nombre en competencia con las otras pasiones, se vio cubierto de flores y fue incluso convocado a combatir inclinaciones durante largo tiempo consideradas mucho menos culpables.<sup>28</sup>

Pero el entusiasmo suscitado por el interés como instrumento de interpretación de las acciones humanas se apoyaba, sobre todo, en el efecto extraordinariamente tranquilizador que se le confirió: “Se piensa haber descubierto, por fin, lo que se llama un orden social viable: un fundamento realista”.<sup>29</sup> Ese orden se basaba en la previsibilidad de los actores, anclada, a su vez, en una supuesta constancia de sus comportamientos. Contra el desorden de las pasiones por el que los individuos se vuelven ingobernables —“Si un pueblo se volviera totalmente desinteresado, sería imposible gobernarlo”, escribía James Steuart—,<sup>30</sup> la idea de que eran los intereses los que dirigían las acciones estaba destinada a convertirse en un paradigma exitoso. Los hombres parecían finalmente coherentes y metódicos en la prosecución de sus propios intereses. Nada más eficaz, ya que “el enemigo por excelencia al que se trata de desarmar es la incertidumbre en general y, más particularmente, la inconstancia humana”.<sup>31</sup>

Las ideas de constancia y previsibilidad de los comportamientos fueron claves para la fortuna que conoció la noción de interés entre los siglos XVII y XVIII. Esos mismos conceptos explican, en mi opinión, el éxito de las clasificaciones socioprofesionales ante los historiadores, en el caso, al menos, en que son objeto de un uso amplio y poco reflexivo. La clasificación profesional me parece ser un buen ejemplo de la reificación del interés y, por ende, de ese deslizamiento de los

---

27 Albert O. Hirschman. *Les Passions et les Intérêts. Justifications politiques du capitalisme avant son apogée*. [Princeton, 1977] Paris, Presses Universitaires de France, 1980. Existe traducción en español: *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, trad. de Joan Solé. Barcelona, Península, 1999.

28 *Ibid.*, p. 42.

29 *Ibid.*, p. 48.

30 Citado en *ibid.*, p. 49.

31 *Ibid.*, p. 53.

individuos a los grupos sociales que acabamos de mencionar. El grupo es un objeto de análisis mucho más manejable que el individuo; en ese sentido, no sorprende que muchas operaciones analíticas terminen en la producción de grupos para el uso de historiadores o sociólogos –La noción de media, según A. Desrosières, cumple exactamente esa tarea: como expresa un valor que no es propio de ningún elemento en particular, nos confirma la idea de la existencia del grupo como realidad supraindividual–.<sup>32</sup> Bajo una misma etiqueta se hallan varios individuos. El hecho de compartir un oficio o un estatus social constituye un denominador común, porque remite a una experiencia social que se supone común; y, por esa vía, a los intereses desarrollados por los protagonistas. El lugar ocupado en la jerarquía social, de la que la organización profesional es una expresión, presuntamente determina la experiencia individual y la reflexión sobre esa experiencia. La fuerza de ese postulado reside en el hecho de que presenta sólidas unidades de análisis listas para ser usadas. Si, en ese momento, el vocablo “interés” desaparece de los textos, y efectivamente su uso se vuelve cada vez menos frecuente, es precisamente porque se ha vuelto implícito en la clasificación: abogado, funcionario, comerciante, son categorías que remiten por sí solas a las experiencias que pueden haber acercado a los individuos y, por ende, a sus propios intereses. Es evidente que esa asimilación entre experiencia profesional, experiencia vivida, intereses, es la expresión de una interpretación bien precisa de la vida social y de la relación entre normas y comportamientos. Postula la existencia de estructuras normativas (los grupos profesionales o los estatus sociales) en los que se inscriben los individuos y por los cuales luego son determinados. Para decirlo brevemente, la experiencia individual se convierte en la traducción subjetiva de la condición objetivamente vivida y compartida por los miembros del mismo grupo.

5. Esa es la imagen elaborada, podría decirse, por los estudios que tienden a asumir como dada la existencia objetiva de los grupos sociales. E incluso un enfoque “procesual” como el que propone E. P. Thompson sigue estando profundamente influido por ella.

---

32 “Masses, individus et moyennes: la statistique social au XIXème siècle”, *Hermes* 2, pp. 41-65, citado por Luc Boltanski en *L'Amour et la Justice comme compétences. Trois essais de sociologie de l'action*. Paris, A.-M. Métailié, 1990, p. 41, n. 4. Existe traducción al español: *El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*, trad. por Inés María Pousada. Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

William Sewell, en un muy rico artículo, demostró hasta qué punto, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, el desarrollo de la investigación desmiente algunos de los supuestos fundamentales de la introducción. A lo largo del texto, la clase reaparece como una “cosa”:

La clase está de hecho presente en la estructura económica independientemente de la conciencia o de la ausencia de conciencia de clase de los trabajadores. Si la experiencia de los trabajadores genera una conciencia de clase antes que cualquier otro tipo de conciencia, es porque su experiencia es una experiencia de clase.<sup>33</sup>

Sin duda, Thompson dedica al *agency*, es decir, a los comportamientos de los actores, una parte importante de su análisis; el actor social que dibuja es un sujeto activo, que puede interpretar el mundo circundante y que está en condiciones de articular una conciencia de grupo. Pero la que parece reductora es la concepción de lo que forma la experiencia. Como subraya Sewell, no se introduce ningún elemento de orden extraeconómico para dar cuenta del nacimiento de una conciencia de clase. La experiencia vivida por los individuos es única y está dictada por las relaciones de producción que inevitablemente hayan conocido. Por ende, la clase existe en sí misma; está presente en la estructura económica y está latente en los individuos, porque estos últimos no conocen más que una forma de relaciones. El determinismo económico contra el cual luchó Thompson resulta apenas un poco menos rígido; sin duda, no es superado en su análisis. La posición en la jerarquía social y económica; la experiencia, los intereses, están, una vez más, estrechamente asociados unos a otros. La estructura se ubica en un plano distinto con respecto a los comportamientos individuales; es, a la vez, externa y preexistente, y la racionalidad de los actores no consiste en interactuar con ella, sino solamente en reaccionar en contra de ella, transformándose en conciencia de clase.

No se trata de un marco conceptual propio del gran libro de Thompson. Se lo halla también en los trabajos más tardíos dedicados a la sociedad del Antiguo Régimen, allí donde el problema central consistía en estudiar los mecanismos que regulan una sociedad dominada por relaciones paternalistas. Pienso, en particular, en uno de los

---

33 William H. Sewell Jr. "How classes are made: critical reflections on E. P. Thompson's theory of working class formation", en H. J. Kaye y K. McClelland (eds.): *E. P. Thompson. Critical Perspectives*. Philadelphia, Temple University Press, 1990, p. 56. Existe traducción al español: "Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera", *Historia Social* 18, 1994, pp. 77-102.

artículos más conocidos del historiador inglés, “The Moral Economy of the English Crowd in the 18th Century”.<sup>34</sup> Apoyándose en la idea de una sola experiencia compartida, Thompson postula la existencia de una cultura moral específica y propia de las clases populares. El pueblo reacciona ante los precios determinados por los grandes comerciantes, oponiéndoles una cultura moral del “precio justo” cuya existencia da prueba de una experiencia difusa de la subordinación. Una vez más, estructura y comportamientos se ubican en planos diferentes. La primera, al ser preexistente, puede determinar lo segundo. Más allá de las propuestas teóricas que Thompson expresó en la introducción de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* –pero no solo en esa ocasión–, el modelo estructura/superestructura sigue estando rígidamente predeterminado. Y ello se debe a que no se sigue el análisis procesual hasta el final, es decir que no se llega a una consideración de la noción de experiencia. Ese enfoque solo hubiera sido posible al precio de un análisis de las interrelaciones cuyos protagonistas son los individuos. Por ende, un análisis que debería haberse centrado en la *articulación de la experiencia* en los diferentes campos de la vida social y en la influencia de ese entramado de experiencias en la formación de las propias estructuras.

Se puede hallar un ejemplo de los más dicientes de ese procedimiento de análisis en un trabajo que aborda un tema cercano a la economía moral de Thompson. Se trata de un estudio que se propone explícitamente poner a prueba el modelo de relaciones establecido por ese autor, aunque en un contexto diferente. Renata Ago analizó el funcionamiento del mercado de granos en la Roma del siglo XVIII, a partir de un interrogante específico: ¿la política anonaria practicada por la autoridad pontificia se atenía al modelo de la economía moral de las clases populares? Y, a la inversa, ¿el liberalismo comercial promovido por el Estado pontificio a partir del siglo XIX remitía a la adopción

---

34 Edward P. Thompson. “The Moral Economy of the English Crowd in the 18th Century”, *Past and Present* 50, 1971, pp. 76-136. Este ensayo dio lugar, con el paso de los años, a un acalorado debate. Entre los comentarios más interesantes, ver E. Fox Genovese. “The Many Faces of Moral Economy. A contribution to a Debate”, *Past and Present* 58, 1973, pp. 161-168; John Stevenson. “The ‘Moral Economy’ and the English Crowd: Myth and Reality”, en A. Fletcher y J. Stevenson (eds.): *Order and Disorder in Early Modern England*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985. Poco antes de su temprano deceso, Thompson creyó necesario retomar el tema en “The Moral Economy Reviewed”, en: *Customs in Common*. New York, The New York Press, 1991. Sin embargo, no aborda el problema de la experiencia del que nos ocupamos en estas páginas.

de un modelo capitalista<sup>35</sup> Para abordar particularmente el primero de estos dos problemas, R. Ago decidió seguir a los protagonistas de esos intercambios comerciales; reconstituyó la fisonomía social y la actividad de los mercaderes y los compradores; y, finalmente, relacionó los comportamientos en el mercado de esos actores sociales con los intereses y las relaciones sociales entabladas en el campo y en los feudos. En resumen, reconstituyó la experiencia de los protagonistas en los diversos planos de la vida social. Los resultados de ese análisis son muy interesantes. R. Ago pudo ver que, en la situación analizada,

la mayor parte de la población podía encontrarse, en momentos diferentes, en el papel de vendedor, de autoconsumidor o de comprador; y ese papel contingente es el que, precisamente, sugería a cada actor una conducta frente al mercado. Como no existían roles predeterminados, reconocidos de una vez y para siempre por todo el mundo, no es posible hablar de una adhesión a un sistema ideológico preciso; el papel de comprador o de vendedor induce una reivindicación de un control sobre la definición del "precio justo" o bien la reivindicación de un derecho a las ganancias. La misma mezcla de posiciones se halla tanto en el granjero del estado de Castro como en el pobre campesino de Monte Romano.<sup>36</sup>

En el caso romano, la economía moral no es, pues, la expresión de la experiencia vivida por un grupo social, sino más bien una forma de reivindicación legitimada por la posición ocupada, de manera contingente, en el mercado. La diferencia, con respecto a la interpretación de Thompson, es a todas luces importante: en el ejemplo inglés, el discurso moral es revelador de la cohesión y de la conciencia de un grupo; en el ejemplo romano, evidencia la existencia de *prácticas* cumplidas por personas variadas a lo largo de toda su vida, o incluso, llegado el caso, a lo largo de su jornada. Además, el estudio de Renata Ago propone una perspectiva profundamente diferente sobre la relación existente entre estructura y comportamientos. Las "leyes del mercado" no existen más allá de la experiencia del mercado. Están determinadas por las relaciones, móviles e inestables, entre compradores y vendedores, aunque los efectos de esas relaciones no siempre sean buscados ni previstos.

Es legítimo preguntarse si interpretaciones tan diferentes no hacen más que señalar la existencia de realidades sociales verdaderamente

---

35 Renata Ago. "Popolo e papi. La crisi del sistema annonario", en AA.VV.: *Subalterni in tempo di modernizzazione. Nove studi sulla società romana nell'Ottocento*. Milano, Angeli, 1985, pp. 17-47.

36 *Ibid.*, p. 30.

irreductibles unas a otras. Pienso más bien que los métodos de análisis pudieron incidir considerablemente en los resultados. Los procedimientos de análisis seguidos por R. Ago son de tipo “procesual”; el objeto, el mercado de granos, es analizado en sus componentes y sus relaciones recíprocas. El procedimiento sigue, en lo esencial, dos vías: por un lado, la individualización de los sujetos que actúan en el campo social; por el otro, la reconstitución, lo más precisa posible, de su propia experiencia en los diferentes contextos. El resultado, como acabamos de ver, es una reformulación de la relación entre *conditioning* y *agency*. El primero de estos dos términos no es externo ni preexistente a la actividad de los actores; las limitaciones, o para decirlo con mayor precisión, las reglas del juego están definidas por las relaciones sociales mismas, aunque los efectos de esas limitaciones a menudo superen la voluntad o la conciencia de cada individuo.

Es justamente esa evidencia fundamental la que constituye el logro más importante de los análisis procesuales; y es precisamente sobre ese punto que el “paradigma interpretativo” se opuso al “paradigma normativo” en el debate sociológico y antropológico a partir de los años 1950. R. Dahrendorf y A. Giddens sugirieron incluso que la confrontación entre ambos modelos incidió, en Occidente, en la teoría social en su conjunto.<sup>37</sup> A una imagen de la vida social regida por normas externas —y, por ende, a una visión del comportamiento individual como expresión de una adhesión o de una negativa a esas normas—, se opuso una concepción mucho menos lineal, pero mucho más rica de la relación existente entre los individuos y el mundo circundante. El individuo puede ser visto como un ser racional y social que persigue objetivos; las restricciones y las limitaciones impuestas a sus propias capacidades de elección se inscriben sobre todo en las relaciones sociales que mantiene. Se ubican entonces en la red de obligaciones, expectativas, reciprocidades, que caracteriza la vida social. Con esa perspectiva, la parte central del análisis está ocupada por el proceso social mismo, y por lo tanto por las interacciones individuales en los diferentes contextos sociales, más que en las meras instituciones. De las estructuras y las instituciones la atención se desplaza hacia los procesos y las interacciones.<sup>38</sup>

---

37 Ralf Dahrendorf. *Classes et conflits de classes dans la société industrielle*. [Stanford, 1959] Paris-La Haye, Mouton, 1972 [Existe traducción al español: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid, Rialp, 1979]; Anthony Giddens. *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1979.

38 Para una buena síntesis de los análisis procesuales, ver John L. Comaroff y Simon

De ese modo se disuelve lo que Gregory Bateson consideraba como el principal equívoco de la ciencia occidental, es decir, su tendencia a individualizar falsas unidades de análisis: unidades individuales, más que sistemas de interacciones que interesan a los individuos; o incluso agregados humanos más que sistemas de relaciones entre sus componentes y entre estos y el mundo circundante.<sup>39</sup>

Esta perspectiva relacional permite reformular la relación existente entre las normas y los comportamientos. En primer lugar, enriquece nuestra concepción de las normas, ya que estas no están definidas de una vez y para siempre a partir de la posición formal ocupada por los individuos en la escala social, sino que son producidas y negociadas en sus relaciones. Permite, además, definir la noción de experiencia. El hecho de reconstituir las interrelaciones implica que no se pueda delimitar *a priori* los planes de la encuesta (a las relaciones de producción o a las relaciones de mercado, etc.); el contexto del análisis será definido por las trayectorias individuales en las diferentes esferas de la vida social (el trabajo, el mercado, pero también la familia o la sociabilidad...).

En ese sentido, para retomar las consideraciones del comienzo de este apartado, la intención de reconstituir los grupos sociales a partir de las relaciones realmente entabladas entre los individuos no puede reducirse a la comprobación de compatibilidades sociales. Prestar atención a las relaciones supone una ambición mucho más amplia: se trata de reformular las nociones de norma y experiencia y, en definitiva, de contextualizar la noción de interés.

6. ¿Por qué, durante largo tiempo, los habitantes de Turín no reconocieron en la práctica de un oficio un criterio de la organización social? ¿Por qué los intereses vinculados al trabajo se tradujeron muy tardíamente –en un momento preciso, fechado– en inversiones en instituciones?

Para responder a estos interrogantes, opté por seguir la historia de las corporaciones de oficios turinesas que, como hemos dicho, se

---

Roberts. *Rules and Processes*. Chicago-London, University of Chicago, 1981, pp. 4-21. La aplicación más convincente de ese procedimiento, como las observaciones teóricas más profundas, se hallan en Fredrik Barth. *Process and Form in Social Life*. London, Routledge & Kegan Paul, 1981, en particular, en el cap. "Models of Social Organization I", pp. 32-47.

39 Gregory Bateson. *Vers une écologie de l'esprit*. [New York, 1972] Paris, Éd. du Seuil, 1977-1980. Existe traducción al español: *Pasos hacia una ecología de la mente*, trad. por Ramón Alcalde. Buenos Aires, Lohlé-Lumen, 1985.

caracterizó sucesivamente por un largo silencio y, luego, por un éxito repentino. De modo que el problema de la agregación social en torno al oficio fue central para mi análisis.

En el caso turinés, las corporaciones aparecen como un objeto huidizo, que no pueden emerger sino por acercamiento o por oposición respecto de las demás formas de organización social e instituciones urbanas. El largo silencio de las corporaciones a lo largo del siglo XVII suscita interrogantes sobre sus prerrogativas; sobre sus relaciones con las demás instituciones urbanas; sobre la existencia, por último, de lugares donde los comerciantes y los artesanos podían ser representados. Elegir ese procedimiento comparativo, que hace hincapié en el aspecto asociativo de los grupos de oficios, implica alejarse de la tradición historiográfica propia de las corporaciones. En su calidad de instituciones económicas y productivas por excelencia, en general se espera de ellas que encarnen el carácter “natural” del vínculo entre las divisiones técnicas y las divisiones sociales. Por ello, las corporaciones se cuentan entre las instituciones cuyo proceso de formación fue, sin lugar dudas, el menos analizado. Su presencia, su función social, parecían obvias. Incluso se ha afirmado recientemente que, en el París del siglo XVIII, las clasificaciones corporativas y las clasificaciones sociales se superponían en la percepción de los actores sociales; que la ideología corporativa era la expresión de “la totalidad de las aspiraciones sociales de los miembros de los *jurandes*”. El orden corporativo sería, según esa interpretación, una “taxonomía social” y, por ende, una traducción subjetiva de la estratificación.<sup>40</sup> Con esa perspectiva, el análisis de las motivaciones que impulsaron a determinados individuos a formar un cuerpo no se considera necesario aunque, a todas luces, el trabajo regido por los *jurandes* no fue más que un fenómeno limitado, las corporaciones solo afectaron una pequeña parte de la población de los oficios y, además, no todos los oficios tuvieron una organización corporativa.

Pero, sin postular una relación tan directa entre divisiones técnicas y divisiones sociales, con frecuencia nos negamos a someter las corporaciones a análisis más articulados. Suelen quedar confinados a la esfera de las relaciones económicas y productivas. Una vez aisladas las amplias cronologías sugeridas por la historia política y consideradas

---

40 Steven L. Kaplan. “Social Classification and Representation in the Corporate World of Eighteenth-Century France: Turgot’s ‘Carnival’”, en S. Kaplan y C. Koeppe (eds.): *Work in France: Representation, Meaning, Organization and Practice*. New York, Cornell University Press, 1986, pp. 244 y 177

como responsables de la fisionomía de los cuerpos y las comunidades (la época de oro de la Edad Media, la decadencia de la época moderna), se las lleva, o incluso se las fuerza, a un marco de análisis específico, el de las relaciones de producción. Ese procedimiento suele chocar con las características posibles de una corporación. El acceso más o menos fácil al cuerpo, el monopolio o, por el contrario, la circulación de los cargos, etc., remiten, más allá de la especificidad del oficio, a las posibilidades de movimiento y de movilidad social abiertas en las otras instituciones urbanas a los mismos grupos sociales. A veces, la relación es sugerida e introducida; pero el análisis se detiene en las fronteras de las corporaciones, en el universo técnico y productivo al que estas se refieren sin tener que explorar con mayor detenimiento las relaciones con las demás instituciones urbanas.<sup>41</sup>

Las características del caso turinés me sugirieron otro modo de proceder. La evolución irregular de las asociaciones de oficios –fenómeno de conjunto que atañe a todos los cuerpos y que parece relativamente indiferente a los ritmos del desarrollo productivo– da lugar a una serie de interrogantes sobre las elecciones que podían efectuar los comerciantes y los artesanos de Turín en los siglos XVII y XVIII. Era necesario reconstruir las posibilidades institucionales e informales de agregación, de gobierno económico, de representación social, que la ciudad había ofrecido a esos grupos sociales. Desde ese punto de vista, las corporaciones debían ser reintegradas en la geografía de los cuerpos urbanos, y sus prerrogativas debían ser relacionadas con las de los otros grupos que se habían formado en la ciudad, más allá del estatus funcional que se asignaban. Ese proceder conllevó una reformulación de las cuestiones relativas a las semejanzas y las diferencias entre los objetos de análisis y la manera de compararlos. El resultado es una reflexión sobre los contenidos presentes en el lenguaje del trabajo y, al mismo tiempo, una reflexión sobre los contextos de análisis que es necesario introducir para seguir la historia de esas organizaciones.

---

41 Este procedimiento se emplea, por ejemplo, en las investigaciones, muy interesantes por lo demás, de Edward J. Shephard. "Social and Geographical Mobility of the Eighteenth-Century Guild Artisans: an Analysis of Guild Receptions in Dijon, 1700-1790", en S. Kaplan y C. Koeppe (eds.): *Work in France, op. cit.*, pp. 97-130; o de Cynthia M. Truant. "Independent and Insolent: Journeymen and their 'Rites' in the Old Regime Workplace", en S. Kaplan y C. Koeppe (eds.): *Work in France, op. cit.*, pp. 131-175. El libro de Michael Sonenscher, *Work and Wages: Natural Law, Politics and the Eighteenth-Century French Trades*. Cambridge, Cambridge University Press, 1989, constituye, según lo que conozco, una de las pocas excepciones a este procedimiento. El hecho de contextualizar el idioma corporativo en el universo jurídico de la Francia del Antiguo Régimen es un enfoque absolutamente innovador.

Recurrí a una perspectiva biográfica, en particular en la primera parte de mi investigación. Intenté reconstituir, con la mayor precisión posible, una serie de trayectorias individuales en la ciudad. El lenguaje del trabajo estaba ausente en las representaciones de la ciudad, del mismo modo que lo estuvieron las corporaciones del escenario urbano durante la mayor parte del siglo XVII, por lo tanto el problema residía en comprender el lugar que el oficio podía ocupar en la definición de la identidad de los individuos y en la construcción de las alianzas y de los grupos. De allí la decisión de observar de cerca los comportamientos de una pequeña parte de la población urbana, los habitantes de dos barrios de Turín entre finales del siglo XVI y los primeros decenios del siglo XVII. Seguí su llegada a la ciudad desde su lugar de origen; presté atención al lugar de residencia que eligieron y a las alianzas que establecieron por matrimonio o por padrinzago; a las redes de deudas y créditos y a las inversiones económicas; intenté cotejar sus propios comportamientos con los de sus hijos. Las fuentes notariales, muy ricas en Turín y aptas para realizar análisis biográficos,<sup>42</sup> así como los registros parroquiales, fueron tratados de manera intensiva; sin embargo, la investigación tuvo que restringirse a un número limitado de personas, cerca de un centenar.

En esa primera etapa del trabajo, se dibujó una imagen particular de la estratificación urbana. Las alianzas y la comunicación entre los individuos no seguían lógicas vinculadas a la homogeneidad profesional, sino que más bien reflejaban una lectura de los recursos ofrecidos por la ciudad en un momento preciso de su historia. En esa muestra de la población urbana, el ideal perseguido era el de una diferenciación profesional dentro de cada familia; más aún, la construcción de configuraciones familiares donde coexistían orientaciones profesionales no solo diferentes, sino antagónicas a escala de la ciudad. Ante el grave conflicto que durante esos años marca las relaciones entre el gobierno central y las instituciones locales, los grupos familiares que examiné se esforzaban por reunir en su seno oficios que estaban formalmente protegidos por los privilegios ducales, emanados de la autoridad soberana, y los que gozaban de privilegios municipales. Esos habitantes de Turín ilustraban así la configuración de los poderes urbanos. Su búsqueda de mediación entre los dos sistemas de privilegios tenía como objetivo,

---

42 A partir de 1610, el Estado saboyano impuso el registro centralizado de toda acta notarial (*l'Insinuazione*); la existencia de una clasificación alfabética permite seguir las trayectorias biográficas.

probablemente, obtener una protección ideal y dar acceso a campos de recursos diversificados. Así surgían grupos específicos, invisibles, si adoptamos las categorías socioprofesionales como marco de análisis, grupos específicamente urbanos, creados por una lectura común de los recursos de la ciudad.

Esa nueva variable que surgía de la investigación, es decir, la posibilidad y la capacidad de tener acceso a los recursos, me pareció muy importante: constituye una clave de lectura de la estratificación social que está mucho más cerca de la experiencia de los contemporáneos que categorías como las de riqueza o profesión.<sup>43</sup> Mejor aún: al acercarla a esas categorías, está en condiciones de dar, concretamente, un significado a lo que llamamos el “estatus social”, ya que deja lugar a los elementos de poder que moldean la estratificación social y que son responsables de su variación, incluso en tiempos muy breves. A su vez, esa variable hacía surgir la relación estrecha existente entre el nivel de los comportamientos sociales y el de las dinámicas institucionales. No solo los primeros eran una expresión, indirecta, de estas últimas, sino que estábamos ante una verdadera interrelación. Para comprender las características del conflicto que, en la primera mitad del siglo XVII opuso la municipalidad a la corte, era necesario tomar en consideración la difusión de los comportamientos observados. La mediación entre los diferentes grupos de privilegios realizada por las familias no era solo el espejo pasivo de una configuración de poder distante y extranjera, sino que también contribuía a determinar sus rasgos. Tuvo que actuar activamente y constituir una suerte de regulación, de limitación de los conflictos de jurisdicciones y de competencias. En efecto, esos conflictos estallarían décadas más tarde, cuando la peste destruyó las configuraciones familiares híbridas que yo había identificado.

Esa estratificación social específicamente urbana daba cuenta de la debilidad de las corporaciones: en efecto, una diferenciación profesional tan difusa volvía improbables inversiones sostenidas en instituciones dedicadas a los oficios. Pero dibujaba también un nuevo campo de pertinencia en el análisis e indicaba un nuevo camino por seguir: el estudio de los sistemas de privilegios a los que estaba vinculada y, en particular, el estudio de la municipalidad que, al

---

43 Para una propuesta análoga de lectura de las estratificaciones sociales, ver Shmuel N. Eisenstadt. “The Structuring of Social Hierarchies in Comparative Perspective”, en S. N. Eisenstadt, L. Roniger y A. Seligman (eds.): *Centre Formation, Protest Movements and Class Structures in Europe and the United States*. New York, New York University Press, 1987, pp. 121-134.

oponerse vigorosamente al desarrollo de las corporaciones, se exhibía como defensor oficial de los intereses y de la identidad social de los comerciantes y los artesanos. Intenté captar las motivaciones de esa incompatibilidad entre asociaciones de oficios y gobierno urbano, así como las propuestas formuladas por este último a la población turinésa. En resumen, ¿por qué la institución municipal y las asociaciones de oficios parecían irreductibles? ¿Qué tipo de clasificación urbana se dibujaba en los rituales urbanos donde esas dos organizaciones sociales se sucedían en el tiempo?

Traté de comprender, ante todo, cuál podía ser el significado de la ideología de la “unidad urbana” propuesta por la municipalidad, sobre la que se basaba su pretensión de representar a toda la población de la ciudad. Analicé los discursos de los miembros de esa élite, pero también reconstituí sus trayectorias biográficas identificando las alianzas y los intereses económicos para percibir cómo individuos, a menudo muy diferentes entre sí, podían vivir juntos dentro de la misma institución. En efecto, la cuestión que me planteé no se refería solo a *lo que* reivindicaban los miembros de la municipalidad, sino también a *cómo* les era posible efectuar reivindicaciones a veces contradictorias con su propia experiencia. El cruce continuo entre biografías e ideología de la institución fue útil, a mi parecer, para aclarar algunos de los problemas planteados.

Ese discurso de la “unidad urbana” cobraba sentido una vez considerada la cohesión dentro del consejo municipal, entre los consejeros. Se podía medir simultáneamente la gravedad de las amenazas inscriptas en la introducción del sistema corporativo propuestos por el gobierno central: los cambios que habría introducido dentro de una élite sin duda heterogénea —que reunía a abogados, funcionarios y comerciantes—, pero estrechamente unida por lazos de parentesco y por compartir intereses económicos. La introducción de las corporaciones de oficios habría dado lugar a nuevas jerarquías en el cuerpo de los consejeros; habría creado nuevas divisiones internas, nuevas pertenencias jurídicas e institucionales. En resumen, habría fragmentado un cuerpo que se pensaba, y debía presentarse, como un cuerpo unitario. Ese análisis me permitió reflexionar sobre la existencia de formas de solidaridad cuya base no era una homogeneidad, sino una cohesión producida por las interacciones sociales. Luego, quise recorrer todos los niveles que fueron alcanzados por esa competencia en torno a la clasificación social. Analicé las prerrogativas y los privilegios a los que daban acceso los derechos de ciudadanía de los que era depositaria la municipalidad; luego, las consecuencias de orden fiscal, económico y estatutario, que la nueva

clasificación basada en el oficio implicaba para los comerciantes y los artesanos de la ciudad.

A partir de ese análisis, me fue posible inscribir las vicisitudes de las corporaciones del siglo XVII en un proyecto más amplio, formulado por un gobierno central relativamente reciente. Se trató de un proyecto de fragmentación del cuerpo social urbano que, a través de la atribución de privilegios a sectores de la población, procuraba crear lazos de fidelidad particulares y, al mismo tiempo, debilitar el frente de las instituciones urbanas restándole poder y autoridad. Así, el nacimiento de las corporaciones parece vinculado al surgimiento, contemporáneo, de otros grupos sociales aparentemente disímiles: los soldados del duque de Saboya y el cuerpo de proveedores de su corte, que fueron dotados de privilegios análogos. El análisis del proceso de formación de esos grupos sugiere entonces una nueva definición de los “campos de pertinencia” de la comparación. Si no nos limitamos a comprobar las diferencias existentes entre el estatus funcional de cada objeto –que remite a campos y a disciplinas específicos: la historia económica, la historia militar, etc.–, y en cambio analizamos las modalidades de su nacimiento, surgen compatibilidades y parentescos que me parecen muy explicativos.<sup>44</sup>

Las prerrogativas ofrecidas a la población turinesa a través de los derechos de ciudadanía, así como la composición de la élite urbana, ofrecieron el campo para interpretar las razones del consenso del que se había beneficiado la municipalidad durante una larga parte del siglo XVII, para comprender también el fracaso del proyecto ducal de creación de las asociaciones. Pero el cambio de esas mismas condiciones y, en particular, importantes modificaciones en la composición del gobierno municipal pueden explicar el éxito súbito de las asociaciones en los decenios posteriores. A la paulatina exclusión de la élite de comerciantes y artesanos de los centros de poder urbanos correspondió, de manera casi simultánea, una nueva participación de esos grupos sociales en las corporaciones. El análisis de ese proceso de exclusión ocupa una parte importante de mi trabajo. A través del estudio de una corporación, la de los sastres, que fue una de las primeras en conocer un verdadero renacimiento a finales del siglo XVII, intenté medir su peso en la determinación de las características de las nuevas organizaciones. Cotejé los comportamientos sociales del conjunto de la

---

44 Algunas observaciones fundamentales sobre este aspecto de la comparación se hallan en Fredrik Barth. *Process and Form in Social Life*, op. cit.

población que, a comienzos del siglo XVIII, se dedicaba al oficio con la identidad social de la élite de la corporación. La superposición entre oficio y corporación, el carácter “natural” de la asociación, quedaron, en el caso de los sastres turineses, claramente desmentidos. Durante un largo período de su historia, la corporación pudo acoger en su seno a individuos que no estaban directamente vinculados al oficio y cuya decisión de asociarse se apoyaba en motivaciones que no eran exclusivamente económicas. Por el contrario, fueron exactamente prerrogativas de orden político las que pudieron llevar a los grandes comerciantes a la corporación; en efecto, esta les ofrecía la posibilidad de sustraerse a los nuevos organismos de control económico y político instaurados por el gobierno central.

Una vez más, el nivel de los comportamientos sociales y el de los desarrollos institucionales están estrechamente vinculados. No eran exactamente simétricos, pero sin embargo correspondían a las diferentes facetas de un mismo objeto. Son las diferentes relaciones de escala las que generan desfases de información entre individuos que ocupan posiciones diferentes en la jerarquía social, así como entre individuos y grupos, o instituciones. Por ello, la diferencia de escala no solo es el resultado de un proceso de construcción del objeto por el historiador (la elección de objetos de dimensiones diferentes); es también una “prerrogativa del propio objeto”.<sup>45</sup> Escalas diferentes implican informaciones diferentes, posibilidades diversas de interpretación y de acción. Esa lectura estratificada de la realidad social contribuye a restituir la pluralidad de las voces que la componen. Pero tiene también otra consecuencia que se ha revelado importante. La adopción de una pluralidad de niveles de análisis pone en evidencia lazos entre procesos que pertenecen a ámbitos de naturaleza diferente: lo político y lo económico, por ejemplo. La nueva vitalidad de las asociaciones de oficios, que no se calca exactamente de la cronología de las relaciones de producción, parece estar estrictamente vinculada a procesos que podríamos calificar de políticos. Se manifiesta en el momento en que se convierten, para los comerciantes y los artesanos, en importantes sedes de gobierno político y económico, frente a un encogimiento efectivo de las demás posibilidades institucionales.

La experiencia vivida en una pluralidad de campos sociales da cuenta, entonces, de esas elecciones de asociación que habríamos

---

45 Fredrik Barth (ed.). *Scale and Social Organization*. Oslo-Bergen, Universitetsforlaget, 1978, p. 11 y ss.

definido, de otro modo, como expresiones naturales de la división del trabajo social.

Finalmente, una vez individualizados los ámbitos en los cuales se tradujo el “rebajamiento social” sufrido por los comerciantes y los artesanos a partir de finales del siglo XVII, intenté medir su peso y sus consecuencias en sus trayectorias individuales. Una vez más, adopté un enfoque biográfico; y, una vez más, las elecciones efectuadas por los diferentes personajes –en este caso, una muestra de un centenar de comerciantes pertenecientes a una confraternidad turinesa– aclararon el significado del contexto institucional. Un problema en particular fue central para mi análisis: la naturaleza y los rasgos de la nueva solidaridad que, a partir de los años 1730, se manifiesta entre los miembros de ese grupo social.

Se trata del tema a propósito del cual los análisis interaccionistas, que fueron esenciales para mi investigación, muestran sus limitaciones. Se centraron en el momento de la formación de los grupos sociales,<sup>46</sup> mucho menos en el proceso de su fijación y en las solidaridades que pueden nacer en su interior.<sup>47</sup> En relación con estos temas, las interpretaciones con que contamos son polarizadas e insuficientes. Por un lado, se ofrecen respuestas de tipo normativo, de impronta durkheimiana, donde la solidaridad es función de una profunda comunidad de pensamiento entre los miembros del grupo y de una interiorización de sus normas; por otro lado, se nos proponen respuestas individualistas que hacen hincapié en el carácter instrumental de las estrategias personales y, por consiguiente, en el aspecto efímero de los compromisos colectivos. Desde este último punto de vista, la formación de solidaridades y de identidades colectivas es un proceso que aún debe ser analizado.<sup>48</sup> Esa insuficiencia en el análisis es la prueba, en mi opinión, de que los análisis de las redes sociales, como los análisis interaccionistas de inspiración goffmaniana, han quedado presos del objetivo fundamental,

---

46 La bibliografía sociológica y antropológica norteamericana, al menos desde finales de los años 1950, se ha interesado particularmente por este tema, al analizar las *voluntary associations* y su papel en el medio urbano. Para una reseña de los trabajos más clásicos, ver Donald E. Brown. “Corporations and Social Classification”, *Current Anthropology*, Vol. 15, N° 1, 1974, pp. 29-52.

47 Los trabajos de Shmuel N. Eisenstadt, si bien están muy marcados por las concepciones funcionalistas, se cuentan entre los que han abordado estos problemas de forma más directa. En una abundante producción, ver *Essays on Comparative Institutions*. New York-London, J. Wiley, 1965.

48 Para una crítica de ambos enfoques, donde se subrayan las limitaciones respectivas, ver las observaciones de Michael Hechter. *Principles of Group Solidarity*. Berkeley, University of California Press, 1987, pp. 1-58.

pero al mismo tiempo limitado, que se habían asignado. Contribuyeron a cuestionar el concepto de "rol social" en cuanto definición atribuida al individuo y dictada por su posición en la jerarquía social y productiva. Para E. Goffman, el hombre pertenece a situaciones más que a grupos sociales.<sup>49</sup> Pero el proceso por el cual los individuos con historias y estrategias diferentes pueden formar un grupo social y compartir lealtades no es analizado. El carácter instrumental de las estrategias personales, que sostiene la ausencia de toda cohesión real de grupo, se opone a la hipótesis de una verdadera coherencia de sus miembros, pero no abre nuevas perspectivas de lectura.

En esa inadecuación de los análisis de las redes sociales y de los análisis interaccionistas se basa, al menos en parte, en mi opinión, el éxito de la antropología cultural ante muchos historiadores. Frente a la dispersión de las estrategias y los comportamientos individuales, el enfoque de la antropología interpretativa les parece dar instrumentos teóricos de recomposición de las diferencias dentro de un mismo universo cultural. Esa idea de coherencia y cohesión, interpretada en una acepción que considero en realidad reductora con respecto a la propuesta de C. Geertz, explica el resurgimiento del tema del consenso entre los actores sociales en torno de la estratificación social. La idea de un universo cultural en el cual se inscribe toda forma de expresión (los comportamientos, las ideologías...) sofocó, en los análisis, el papel de los conflictos y las disonancias. Una vez más, estos son mencionados por el historiador, pero nunca son analizados como partes integrantes de ese discurso común. Con el tiempo, lo que se produce es la imagen de una participación unánime en el universo cultural; ya no estamos lejos, en el fondo, de la imagen consensual de las jerarquías sociales previamente propuesta por R. Mousnier.<sup>50</sup>

Me parece que el verdadero problema reside, por el contrario, en comprender cómo individuos cuyas historias y experiencias son diferentes pueden decidir reunirse y, más aún, reconocerse a través de una identidad social común. En resumen, se trata de interrogarse sobre la relación entre la racionalidad individual y la identidad colectiva. El análisis de los testamentos de los colegas, y por ende de su relación con

---

49 Erving Goffman. *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction*. Indianapolis, Bobbs-Merrill 1961, p. 41. *Encounters* también es la obra en la que Goffman critica de forma más explícita el concepto de "rol social" (p. 81 y ss.).

50 En relación con las implicaciones en términos de consenso presentes en el enfoque culturalista, remito una vez más a mi reseña, "Ricerche sul lavoro". Una crítica feroz pero muy sugestiva de la teoría de la estratificación social de R. Mousnier se halla en Armand Arriaza. "Mousnier and Barber: The Theoretical Underpinning of the 'Society of Orders' in Early Modern Europe", *Past and Present* 89, 1980, pp. 39-57.

la familia, el parentesco y la comunidad de oficio, me introdujo a ese entrelazamiento de solidaridad y de jerarquía social.

7. De modo que los niveles de análisis fueron múltiples: a medida que avanzaba, la investigación fue orientándose a problemas diversos, objetos y escalas diferentes. Se podría objetar que la multiplicidad de niveles da prueba de la originalidad del caso turinés con respecto a contextos en los que el lenguaje del trabajo y sus organizaciones tuvieron una historia más lineal. Me inclino, más bien, por otra interpretación. La variedad de los objetos, los temas, las escalas de observación, remite, ante todo, a una reflexión sobre los diferentes contextos que es necesario explorar para captar las razones de un fenómeno social. Durante largo tiempo, las divisiones disciplinarias parecieron dispensarnos de esa tarea. Pero la diferenciación de las realidades históricas a partir de las funciones que se asignaron, o que les fueron atribuidas, comienza a vacilar apenas se las mira con mayor detenimiento, y sobre todo, apenas se afronta el problema de su formación. Creo que esas son las potencialidades inscriptas en los análisis procesuales.

Al comenzar, hice referencia a mi deuda para con los trabajos de E. P. Thompson, así como a las distancias que luego se establecieron con estos. Puede ser útil retomar esas cuestiones. Para analizar la formación del grupo social de los comerciantes y los artesanos turineses, me esforcé por seguir a los protagonistas en sus elecciones dentro de la ciudad; reconstituir, en última instancia, su experiencia, en lugar de postularla a partir de la posición que ocupaban en la jerarquía económica y social. Sus itinerarios, las relaciones que entablaron, se convirtieron en signos de la amplitud y de las características de sus horizontes sociales, así como de las limitaciones que podían influir en sus elecciones. En ese sentido, las relaciones sociales se convirtieron en un contexto en el cual inscribir las biografías.

En el caso de los comerciantes turineses, la experiencia de las relaciones económicas y productivas no fue una condición suficiente para el surgimiento de una conciencia de grupo. Su experiencia social era mucho más amplia y más contradictoria. Ya habían compartido, durante una larga parte del siglo XVII, cierta debilidad con respecto a otros grupos mejor ubicados en la escala social (los funcionarios del Estado piemontés, los nobles); sin embargo, gozaban de un prestigio y de una condición de preeminencia en diversas instituciones, en particular las instituciones políticas. La conciencia de grupo solo se manifestó ante el

retramiento, contemporáneo, de varios frentes. Por lo tanto, no fue solicitada por la experiencia compartida de una condición estructural, sino por la comprobación de un empobrecimiento contingente de las posibilidades de acción en una pluralidad de campos sociales. La estratificación urbana no aparece como una escala cuya estructura estaría definida de una vez y para siempre, sino como una competencia incesante para negociar su forma y su composición. Por otro lado, los procesos sociales que dieron lugar al empobrecimiento de los espacios institucionales no fueron el producto de fuerzas externas a los protagonistas; fueron el resultado, ni totalmente previsto ni totalmente buscado, de la competencia de esos mismos individuos que luego fueron sus víctimas.

La interdependencia existente entre el nivel de los comportamientos individuales y el de las relaciones institucionales aparece claramente a lo largo de este estudio. Sobre todo, lo que ahora me parece evidente e importante es la comprobación de que los instrumentos de análisis para acercarse a esos dos niveles no pueden ser diferentes. En el caso de las corporaciones turinesas, el conflicto institucional no podía comprenderse sino a través del empleo de las mismas categorías que se habían identificado en el análisis de los comportamientos sociales. Sobre ese campo específico, existe entonces una marcada continuidad; no hay una división de las escalas de análisis. Pero esa continuidad está circunscripta a los instrumentos de análisis; no concierne a los objetos mismos. Quiero decir que existe, en cambio, una discontinuidad evidente entre las formas de conciencia, las motivaciones y las intenciones que se hallan en el origen de las acciones individuales, por un lado, y las consecuencias “acumulativas” de esas mismas acciones, por otro. Evidentemente, entre esos dos niveles las distancias pueden ser muy amplias. Pero hay que prestar atención a las confusiones. Para F. Barth,<sup>51</sup> la comprobación de esa discontinuidad a menudo legítima, ante los investigadores, el uso de categorías y de instrumentos de análisis distintos, unos serían propios a objetos “micro”, mientras que otros lo serían a objetos “macro”. Esa separación oculta, en realidad, las relaciones que existen entre los dos momentos: transforma en propiedad del objeto las etapas de su formación.

Quisiera proponer un ejemplo concreto de lo que acabamos de decir, tomado una vez más de mi investigación. Se refiere al análisis de la formación de una identidad de grupo entre los comerciantes turineses en la primera mitad del siglo XVIII. El empobrecimiento de los

---

51 Fredrik Barth. *Process and Form in Social Life*, op. cit., pp. 79-81.

espacios institucionales accesibles a esos actores creó una nueva homogeneidad dentro de las familias; entonces, fue poco frecuente encontrar miembros de las familias que no estuvieran vinculados al comercio. Las carreras en las instituciones estatales, en particular, se volvieron cada vez menos frecuentes con respecto a la generación anterior. A esa homogeneidad, que uniformizaba los recorridos de las familias y los individuos, se opusieron estrategias de distinción social. Estrategias que, desde el punto de vista de cada individuo, apuntaban a distinguir su propio linaje —en general más prestigioso— de las ramas menos honorables de parientes, sin embargo vinculados en el mismo momento por la práctica del mismo oficio. Esa voluntad de distinción se manifestó, en varias familias, a través de una “verticalización” de la sucesión —es decir, la decisión de restringir las líneas de sucesión—; la aplicación de sistemas de patronazgo dirigidos a los miembros más frágiles de las familias y del oficio; inversiones de prestigio masivas en las instituciones de caridad de la ciudad.

Sin embargo, todos esos comportamientos debían asumir significados muy diferentes y casi contradictorios: vistos desde el exterior, su presencia en muchas familias de comerciantes debía confirmar la existencia de un grupo social unido, cuyos miembros exhibían una fuerte coherencia. Pero, vividos desde el interior, esos mismos comportamientos de distinción expresaban, en cambio, la intención de los individuos de no ser identificados con ese grupo social.

De modo que la discontinuidad entre las intenciones de los actores y los efectos acumulativos de sus comportamientos puede ser muy fuerte. Paralelamente, ese ejemplo muestra, en mi opinión, que solo la adopción de los mismos instrumentos de análisis puede permitir explicar los dos momentos. Una vez más, lo que nos puede introducir a las características de las agregaciones sociales es la decodificación de la experiencia<sup>52</sup> individual. En definitiva, individuos e instituciones están hechos de la misma materia.

---

52 En el momento de entregar esta contribución para su impresión, tomo conocimiento, con culpable demora, del artículo de Joan W. Scott, “The Evidence of Experience”, *Critical Enquiry* 17, 1991, pp. 773-797. Algunas de sus consideraciones críticas sobre el empleo de la noción de experiencia en E. P. Thompson son bastante similares a las que he desarrollado más arriba. Sin embargo, a partir de su perspectiva discursiva, J. W. Scott llega a conclusiones totalmente alejadas de las mías. Lamentablemente, no puedo debatirlas aquí. El lector tendrá a bien evaluar por sí mismo las diferencias entre ambos enfoques.



## **COMPORTAMIENTOS, RECURSOS, PROCESOS: ANTES DE LA “REVOLUCIÓN” DEL CONSUMO<sup>1</sup>**

Giovanni Levi

1. No creo que sea beneficioso abordar todo problema histórico a un nivel microanalítico. Pero el debate que desde hace algunos años confronta a los investigadores en torno a la microhistoria ha contribuido a concientizarlos acerca del hecho de que la elección de una escala de observación implica optar por un instrumento analítico que no es neutro y que la escala de los fenómenos no está inscrita en la realidad. Esta no es un dato preestablecido, sino que resulta de haber elegido una estrategia que afecta el significado mismo de la investigación: lo que vemos es lo que hemos decidido hacer ver. Obtener –y buscar– la visión global de un problema conlleva necesariamente simplificaciones que pueden dar lugar a verdaderas ilusiones de óptica y a interpretaciones que son inconscientemente erróneas, o incluso conscientemente, en los casos menos defendibles.

El trabajo del historiador presenta dos características, que rara vez son objeto de una conceptualización específica y que, sin embargo, plantean graves problemas. En primer lugar, se refiere a hechos pasados cuyas consecuencias supuestamente conocemos. De ello resulta que los encadenamientos causales elegidos en la descripción y en la explicación de los fenómenos no resultan invalidados –como ocurriría en el caso de una experimentación en laboratorio– por la relación causas/consecuencias cuando a determinadas causas no corresponden las consecuencias lógicamente esperadas. Lo que sucede después puede considerarse fácilmente como una consecuencia de lo anterior, siempre y cuando el encadenamiento no parezca demasiado descabellado. El

---

1 Agradezco a Albert O. Hirschman, Jacques Revel y Nicola Rossi su lectura crítica de este texto, traducido del italiano por J. Revel.

vínculo construido de un hecho a otro es, si se quiere, de tipo voluntarista: es creado por el historiador según las reglas del sentido común y de la plausibilidad, y no a partir de una verificación susceptible de ser invalidada. Más allá de la causa elegida, las consecuencias no cambian. Estamos en la situación de una investigación policial sobre un crimen cuyo autor se conocería desde el inicio.

La segunda característica se vincula con la relación equívoca que existe entre la comunicación de los resultados de la investigación, que exige una exposición clara y simple, y la complejidad de la realidad estudiada. El trabajo del historiador está compuesto de etapas sucesivas y vinculadas entre ellas, pero que obedecen a técnicas y a lógicas cuya coherencia no es obvia: la investigación y la escritura de los resultados tienen tiempos de realización y modos operativos diferentes, y también persiguen objetivos diferentes. Existe entonces una contradicción entre la sempiterna obediencia a una descripción que deseamos sea lo más realista posible —ella explica la costumbre que tienen los historiadores de volver a los mismos temas de los que siempre es posible dar una interpretación nueva, porque esta sería más compleja y más realista, más cercana a los hechos— y la relación que un autor mantiene con su lector que, por definición, debe recurrir a una retórica que facilite su comprensión y que por lo tanto debe simplificar, eliminar los detalles superfluos, sintetizar el largo trabajo de la investigación en unos centenares de páginas.

Al insistir en este aspecto, no es mi propósito privilegiar exclusivamente el papel de la retórica en las formas de comunicación de los resultados, ya que la escala de observación está definida desde el nivel de la investigación. Sin embargo, se trata de un aspecto importante: el lector puede adquirir la información a través de síntesis que amplían la perspectiva temporal y espacial, pero con el riesgo de simplificación que puede falsear las cosas; también puede hacerse sensible, en cambio, a la complejidad de un problema a través de procedimientos de generalización basados en observaciones minuciosas, en las cuales el agrandamiento bajo el microscopio permite subrayar la multiplicidad de los elementos en juego. Pienso que buena parte del debate “micro”/“macro” se comprende desde esa perspectiva. Mi propia elección de un análisis minucioso de la complejidad resulta también de la comprobación de que los procedimientos de generalización adoptados en historia y en las ciencias sociales no solo han demostrado su debilidad —lo que, en definitiva, no sería tan grave—, sino que también son responsables de simplificaciones cargadas de consecuencias ideológicas, incluso

políticas. Las falsas analogías propuestas en nombre del comparativismo por la historiografía revisionista en Alemania ofrecen un buen ejemplo en ese sentido. No insisto más sobre este aspecto. Quisiera detenerme en un ejemplo de generalización mucho más neutro y que, sin embargo, ha contribuido a simplificar, de manera tan arbitraria como equívoca, un problema esencial de la historia social: el del consumo.

2. Fernand Braudel construyó sobre bases sólidas una imagen global del mundo mediterráneo en la época moderna, al mismo tiempo que proponía una serie de puntos fundamentales a partir de los cuales se podía intentar construir una comparación a escala mundial.<sup>2</sup> Y, sin embargo, más allá de *El Mediterráneo*, algunas de las síntesis a las que valientemente se arriesgó proponen una versión muy funcionalista de los procesos evolutivos. La difusión y la transmisión de los elementos de la cultura material, por ejemplo, son analizadas, en su lenta transformación, como fenómenos demasiado poco conflictivos y, por consiguiente, las modificaciones que inducen a largo plazo son comprendidas en términos exageradamente mecánicos. Los tres volúmenes de *Civilización material, economía y capitalismo*<sup>3</sup> disimulan, en particular, detrás de una impresionante acumulación de lecturas e informaciones, una visión que me parece demasiado simplificada del mundo social –al recurrir, por ejemplo, a la oposición entre ricos y pobres– y una concepción demasiado mecánica de los fenómenos de difusión cultural entre países como entre estratos o grupos sociales.

Esos volúmenes, dirigidos a un público ampliado que abarca a los no especialistas, sugieren que la complejidad social finalmente no influye en las transformaciones lentas del mundo. En el fondo, esa era la filosofía de Braudel y la razón de su gusto por la historia: “Sí, abandonarse al placer de salir del tiempo estrecho, de malla apretada, a través del cual el historiador capta más las apariencias que las realidades del

---

2 Fernand Braudel. *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Paris, A. Colin, 1949. Existe traducción en español: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, trad. por Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón. Madrid, Fondo de Cultura Económica, [1976] 2001.

3 Fernand Braudel. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVème-XVIIIème siècle*, T. I. *Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*. Paris, A. Colin, 1979. Existe traducción al español: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, T. I. *Las estructuras de lo cotidiano*, trad. por Isabel Pérez-Villanueva Tovar. Madrid, Alianza, 1984, ver en particular, los caps. 2, 3 y 4.

pasado”.<sup>4</sup> Sin embargo, pese a que el mundo evocado de esa manera es bien real, pese a que la lentitud de las transformaciones de la cultura material es tal que “el tiempo, a decir verdad, queda abolido”,<sup>5</sup> a través de diferencias mínimas en los comportamientos cotidianos se construyen la complejidad social, las diferenciaciones locales en las cuales se arraigan las historias que son irreductiblemente diferentes y en las que se expresan las capacidades inventivas de los hombres. No opongo aquí, término por término, la macrohistoria a la microhistoria, pero considero que la variación de escala de observación de los fenómenos constituye un instrumento heurístico esencial y, por ejemplo, en el análisis de la cultura material que aquí nos ocupa, lo es de tal forma que podemos apprehenderlo a través de una historia de los consumos.

La lectura de Braudel me parece menos convincente, sobre todo en *Las estructuras de lo cotidiano*: en lugar de intentar definir las configuraciones cambiantes de las transformaciones sociales y las transformaciones culturales, el autor opta aquí por privilegiar la transmisión y la difusión, la innovación y la evolución. Ese es uno de los ámbitos en los que, tal como intentaré demostrar, las ciencias sociales tienen más dificultad en analizar conjuntamente los datos agregados, los comportamientos individuales, las transformaciones objetivamente mensurables y las estrategias o los deseos de los individuos. Sugeriré que una modificación de la escala de observación posibilita una lectura más densa y más rica que la que propicia un enfoque globalizador de larga duración y un comparativismo a escala del mundo, oscilante entre la comprobación de permanencias monótonas y la identificación de cuestionamientos radicales.

3. Opto aquí por interesarme en el consumo en la sociedad del Antiguo Régimen. Se trata de un tema profusamente documentado, pero que ha sido objeto de un tratamiento ambiguo e incierto de parte no solo de los historiadores, sino también de los economistas, los sociólogos y los antropólogos.

Son numerosas las razones para estudiar el consumo, el comportamiento de los consumidores y lo que se llama la “revolución” del

---

4 Fernand Braudel. “Alimentation et catégories de l’histoire”, Introduction à J.-J. Hemardinquer (ed.): *Pour une histoire de l’alimentation*. Paris, A. Colin, 1970, p. 18 (*Cahiers des Annales* 28).

5 *Ibid.*, p. 19.

consumo. Los historiadores se han ocupado cada vez más de ese tema desde comienzos de los años 1970. Los economistas se interesan por la temática desde hace mucho más tiempo, desde que Keynes colocó en el centro de su análisis el difícil problema del rol de la función de consumo. Hechas estas aclaraciones, conviene preguntarse por qué el tema ha tenido tanto éxito sin que se hayan conseguido resultados sistemáticos convincentes; por qué sigue teniendo una pesada carga ideológica y política, en contraste, sobre todo, con el acento que tradicionalmente ponen los historiadores marxistas en la producción.

Tres problemas han de abordarse en forma prioritaria: 1) la relación entre producción, distribución y consumo; 2) la afirmación según la cual el consumo no se convierte en una realidad económica dinámica sino con el comienzo de la revolución industrial, así se la entienda como una causa o como un efecto; 3) el hecho de que, al hablar de una “revolución” del consumo –o de consumismo, o de materialismo moderno–, aceptamos implícitamente la visión de una sociedad integrada. Al abordar estas tres cuestiones, me esforzaré por destacar su ambigüedad fundamental, su ambivalencia que da lugar a una lectura muy ideológica de las sociedades consideradas. Por último, voy a intentar efectuar una lectura diferente de esos fenómenos a partir de los resultados actuales de un trabajo en curso sobre los presupuestos familiares en Venecia entre los siglos XVI y XVIII.

4. Comencemos, entonces, con la relación entre producción, distribución y consumo. La convicción de que la sociedad se estructura en función de las relaciones de producción en su dimensión económica, pero también a nivel político, ha llevado a subordinar la distribución de los ingresos y el consumo a la producción. En mi opinión, tal convicción no constituye un requisito previo obligatorio del análisis marxista en términos de clases y, por lo demás, ha sido compartida ampliamente por las teorías funcionalistas. De todos modos, ha sido lo suficientemente fuerte como para que los historiadores se desinteresaran, durante largo tiempo, por el comportamiento de los consumidores que era considerado *de facto* como una consecuencia económica y psicológica de las variaciones de la producción. Este esquema simplista fue cuestionado en ocasión de la crisis de las economías “comunistas”, y los historiadores comenzaron entonces a interesarse por los problemas de distribución. Lo hicieron, sobre todo, de dos formas. La primera consistió en estudiar la distribución de los ingresos desde una perspectiva

histórica. Se inició entonces un debate importante y fructífero en torno a la llamada ley de Kuznets y la curva homónima:<sup>6</sup> durante la fase moderna del crecimiento económico, la curva de las desigualdades de los ingresos adoptaría la forma de una U invertida; la desigualdad habría aumentado de forma espectacular durante la primera fase de la industrialización, luego se habría reducido considerablemente durante la primera mitad del siglo XX.

Debemos comenzar por reconocer que no contamos con mediciones para el período anterior al siglo XVIII. El nivel requerido de agregación de datos, el carácter incompleto de nuestra información sobre el nivel de las fortunas y los ingresos en la época moderna tuvieron como consecuencia una limitación del análisis a los siglos XIX y XX, con algunos pocos intentos de medición solo para los siglos XVII y XVIII –como las estimaciones que intentó Gregory King–. La insistencia en la Europa industrial y sus transformaciones deformó nuestro punto de vista. Junto con una perspectiva de larga duración, contribuyó a evacuar el papel de las organizaciones y los conflictos del trabajo como la importancia de las decisiones políticas y fiscales. En un esquema de ese tipo, solo cuentan las fuerzas económicas que son responsables del pasaje de un sistema dominado por la agricultura a otro en que la industria se vuelve predominante, o incluso la transición de un régimen demográfico “antiguo” a otro que es calificado de “nuevo”. Esas fuerzas también estarían detrás de las políticas o de las acciones inscriptas en el corto plazo. Pero ni Kuznets ni los historiadores a los que inspiró pudieron demostrar el carácter inevitable de esa evolución. Además, la documentación demasiado incierta sobre la que se basa la hipótesis económica de larga duración desalentó el estudio de los cambios inducidos en el corto plazo por la acción política, al igual que la medición comparada de las diferencias nacionales en materia de desigualdad de los ingresos, salvo para la época más reciente. Sin embargo, los comportamientos de los consumidores son afectados por esas variaciones de corto plazo de una manera diferente respecto de las evoluciones de largo plazo.<sup>7</sup>

---

6 Simon Kuznets. “Economic Growth and Income Inequality”, *American Economic Review* 45, 1955, pp. 1-28. Ver Y. S. Brenner, H. Kaelbe y M. Thomas (eds.). *Income Distribution in Historical Perspective*. Paris, Ed. de la MSH/Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

7 Keynes había subrayado los fundamentos psicológicos e individuales de la relación entre consumo e ingresos, y Kuznets observaba, ya en 1942, que esa relación era más evidente en el largo plazo que para el período inmediatamente anterior a la guerra (“Uses of National Income in Peace and War”, *Occasional Paper* 6, National Bureau of Economic

El debate histórico sobre la distribución de los ingresos se centró, entonces, en el período de la Revolución Industrial, e incluso los pocos intentos de remontar más atrás en el tiempo se inscribieron claramente en esa perspectiva teleológica. Como veremos, esa será la referencia esencial para la concepción común del consumo que produjeron los historiadores: el consumo de masas también fue una revolución cuyo inicio habría estado vinculado a la intensificación de la comercialización. Es decir: ¿no hubo consumo de masas antes de la Revolución Industrial? Creo, por el contrario, que la manera en que varió la desigualdad de los ingresos es una realidad determinante para quien desee comprender la dinámica social de las sociedades medievales y modernas. Por lo tanto, necesitamos indicadores que permitan una medición de esa desigualdad, no solo a través de una oposición estática entre ricos y pobres, sino a través de una perspectiva dinámica: la de la distancia relativa y cambiante de los niveles de ingresos, tal como fue percibida por los actores sociales.

5. El segundo enfoque se basa en el consumo más que en la distribución de los ingresos, sino en la medida en que esa distribución tiene efectos identificables en las formas económicas, sociales y culturales de consumo. Llegamos aquí al nodo de nuestro problema. Si partimos de la idea de una generalización de la emulación social en una sociedad diferenciada según los niveles de fortuna o en clases, pero que compartiría la misma cultura del consumo, los resultados no pueden ser sino paradójicos. La generalización de los modos de consumo de una élite a grupos progresivamente más numerosos dentro de una población es un fenómeno relativamente reciente, pero sería falaz pretender asignarle un comienzo preciso, por ejemplo el siglo XVIII. Más vale considerar el período largo que preparó esa transformación y tomarlo como objeto de nuestro estudio. También conviene explicitar claramente que las estrategias de consumo –incluso las de las clases populares– son producto de una cultura compleja que no podría reducirse a una lógica de la subsistencia, de la necesidad sin elección; si no, se corre el riesgo de aprehender las formas pasadas de consumo fuera de todo contexto.

---

Research, New York, 1942). En el debate que luego se entabló entre los economistas, se insistió en la relativa inercia de los consumos durante las fases de decrecimiento de los ingresos y se intentó explicarla mediante una mayor movilidad del ahorro, orientada de manera más estratégica y más vinculada al largo plazo frente al carácter tendencialmente irreversible del nivel adquirido del consumo.

En realidad, dos ideas dominan la lectura común que hacen los historiadores de la historia del consumo en sus diversas interpretaciones. La primera plantea que, antes del siglo XVIII, el consumo de las clases populares habría estado sujeto, de manera casi exclusiva, a la condición de las subsistencias y, por lo tanto, las posibilidades de elección no tendrían mucho sentido, del mismo modo que los significados simbólicos asignados a las estrategias de consumo o los efectos de jerarquización y de prestigio vinculados a las decisiones en cuanto a la gestión de los ingresos familiares, que siguen siendo poco visibles para nosotros. De allí resulta que toda la atención se dirija a la necesidad de garantizar un nivel mínimo de subsistencia a las clases populares, mientras que, en cambio, se multiplican los estudios dedicados a las formas opulentas de consumo de las aristocracias. La segunda idea corriente sostiene que la estricta jerarquía de las fortunas y los ingresos era la única que frenaba, e incluso bloqueaba, la imitación entre los diferentes grupos sociales. Se supone así una continuidad entre modelos de comportamientos, como si la sociedad toda hubiese deseado —suponiendo que tal cosa fuera posible— alinearse al consumo de prestigio de las clases superiores. Las leyes suntuarias mismas fueron comprendidas como obstáculos destinados a proteger las barreras sociales, sin considerar que también tenían la función de controlar el consumo, el lujo y el derroche de las aristocracias.<sup>8</sup>

El resultado de esa lectura es una visión demasiado vulgarmente materialista de los fenómenos de consumo, que a veces se halla incluso en análisis menos elaborados de realidades contemporáneas. Una visión de ese tipo sería tan superficial como errónea. En su introducción a la recopilación *Consumption and the World of Goods*,<sup>9</sup> Brewer y Porter afirman que, como han demostrado los hechos recientes en Europa central y oriental, la prueba decisiva para la viabilidad de un régimen en el mundo contemporáneo es su capacidad, en el sentido más literal, de “distribuir bienes”.<sup>10</sup> Esa afirmación es el producto, en mi opinión, de una sorprendente ceguera historiográfica. El fracaso de los regímenes comunistas sin duda no ha de explicarse por su incapacidad de

---

8 Ver Diane Owen Hughes. “Sumptuary Law and Social Relations in Renaissance Italy”, en J. Bossy (ed.): *Disputes and Settlements. Law and Human Relations in the West*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983; también, “La Moda prohibita. La legislazione suntuaria nell’Italia rinascimentale”, *Memoria* 11-12, 1984, pp. 92-111.

9 John Brewer y Roy Porter (eds.). *Consumption and the World of Goods*. London-New York, Routledge & Kegan Paul, 1994, p. 1.

10 *Ibid.*, p. 2.

ofrecer un nivel cuantitativo de consumo dado, sino por no poder garantizar la calidad del consumo, una mayor igualdad en la distribución de los ingresos, un control social de los medios de producción. Una vez más, vemos cómo un sesgo ideológico lleva a confundir las causas y los efectos a partir de una lectura neoclásica de los comportamientos y de la relación entre producción, distribución y consumo, basada en la hipótesis de una maximización cuantitativa. A partir de esas hipótesis, el análisis histórico parece moverse en la ciencia ficción: en un momento dado, la época de la Revolución Industrial, los hombres de pronto habrían caído presa de la pasión de adquirir al mismo tiempo que se liberaron de las restricciones tecnológicas del pasado.

La misma matriz interpretativa propone un segundo argumento que hace del consumo una revolución a la cual es posible asignar un momento originario: es un "*happy event*". La expresión es, una vez más, de Brewer y Porter, pero otros historiadores la han utilizado. N. McKendrick habla de un "nacimiento" de la sociedad de consumo, que asocia a la intensificación de los intercambios comerciales en la Inglaterra del siglo XVIII.<sup>11</sup> En cambio, por mi parte, creo necesario identificar el proceso que preparó ese giro cuantitativo. Se podría hablar, por analogía, de una larga fase de acumulación, o de un protoconsumismo, durante la cual las fuerzas productivas no fueron las únicas que evolucionaron, la que propulsó un crecimiento de los intercambios, pero también de las formas culturales en relación con el consumo y las representaciones sociales del uso de los recursos.<sup>12</sup> Un modelo estrictamente cuantitativo debe ser reemplazado por un modelo cualitativo, sobre la base de la hipótesis de que la cultura del consumo es inseparable de la realidad cuyas transformaciones en el tiempo se intenta comprender. No es cierto que haya existido un solo modelo de consumo, común a las élites y a las masas, cuya homogeneización habría sido determinada solo por el progreso económico y tecnológico. En cambio, es necesario comprender cómo ese modo fue unificándose poco a poco.

Un ejemplo. Para comprender el fin de la actitud revolucionaria de la clase obrera en Europa —pero la observación sería válida también

---

11 Neil McKendrick. "Introduction", en N. McKendrick, J. Brewer y J. H. Plumb: *The Birth of a Consumer Society. The Commercialization of Eighteenth-Century England*. London, Europa Publications, 1982, pp. 1-8; ver también Joan Thirsk. *Economic Policy and Projects. The Development of a Consumer Society in Early Modern England*. Oxford, Clarendon Press, 1978.

12 Ver, por ejemplo, Maria Antonietta Visceglia. "I consumi in Italia in età moderna", en R. Romano (ed.): *Storia dell'economia italiana II. L'età moderna: verso la crisi*. Torino, Einaudi, 1991, pp. 211-241.

para la burguesía en su competencia con la aristocracia—, un momento decisivo es, en mi opinión, aquel en que renuncia a imponer su propio modelo de consumo y se asigna como proyecto la reivindicación de poder lograr y compartir el modelo burgués de consumo. Ese momento puede ubicarse, según Vittorio Foa, entre la Revolución Rusa de 1917, el *biennio rosso* italiano y el fracaso de la huelga general en Inglaterra en 1926.<sup>13</sup> En el mundo capitalista, el consumo comenzó a obedecer a un modelo unificado en el período de entreguerras. Así pues, repitémoslo: la imagen de la revolución del consumo como un hecho afortunado impide comprender el proceso cultural subyacente a los comportamientos de los consumidores.

6. El tercer punto que debemos retener es la hipótesis difusionista: esta consiste en imaginar un descenso social del consumo, de arriba hacia abajo de la escala social. Es inseparable de la convicción de que una sociedad está lista para consumir apenas estén reunidas las condiciones materiales —del mismo modo que durante largo tiempo se consideró que todo actor estaba listo para iniciar una relación salarial, o para intervenir en el mercado, apenas se le hiciera la debida oferta—.<sup>14</sup>

Pero esa uniformidad de comportamientos no es obvia, de la misma manera que no lo es la regla de la imitación social. Es preciso que los actores tengan razones para imitar. Las sociedades medievales y modernas no solo estaban estratificadas en función de los niveles de fortuna o de las barreras jurídicas que definían estatus. Su segmentación se basaba también en la existencia de culturas, estrategias de supervivencia, formas de consumo diferentes. No debemos imaginar a la burguesía en búsqueda del modelo aristocrático, a los trabajadores en búsqueda del modelo burgués, a los mendigos en búsqueda del modelo del asalariado, etc., salvo que no deseemos comprender los fenómenos de movilidad social.

7. El interés principal de un estudio del consumo es, a mi parecer, que nos obliga a tomar en cuenta elementos culturales que

---

13 Vittorio Foa. *La Gerusalemme rimandata. Domande di oggi agli Inglesi del primo Novecento*. Torino, Rosenberg & Sellier, 1985.

14 Esta simplificación ha suscitado un acalorado debate. Ver, por ejemplo, Witold Kula. *Problemi e metodi di storia economica*. Milano, Cisalpino, 1972, pp. 224-261; Giovanni Arrighi. *Sviluppo economico e sovrastrutture in Africa*. Torino, Einaudi, 1969, pp. 89-161.

complican nuestra imagen de la estratificación social. La fragmentación contemporánea del mundo social tiene el mérito, al menos, de obligarnos a reflexionar sobre la manera en que se forman las solidaridades sociales. Los mecanismos de la distribución rompen la uniformidad social generada por la producción. Las relaciones entre generaciones, los estilos de vida, las pertenencias étnicas y culturales, las tradiciones familiares, dan lugar a formas de solidaridad que no se superponen a las que se basan en las relaciones de producción. Con esa perspectiva, el estudio de los modelos de consumo es decisivo: puede permitirnos comprender en qué escenarios sociales intervienen la envidia, la imitación, la solidaridad y el conflicto. En una sociedad segmentada en cuerpos, los conflictos y las solidaridades se producían con frecuencia entre iguales; estos competían dentro de un segmento dado, que se caracterizaba por la existencia de formas de consumo organizadas, jerarquizadas y fuertemente cargadas de valores simbólicos y que constituía también un lazo de solidaridad frente a los demás cuerpos o estados. Se pensaba y se actuaba muy rara vez en los términos de una transformación de la estructura social en su conjunto. Las modificaciones eran lentas y resultaban, con frecuencia, sin que se tuviese conciencia de ello, de una multitud de microcambios dentro de esa sociedad fragmentada. Para recurrir a una imagen, un mendigo aspiraba a llegar a ser el rey de los mendigos, más que un tendero pobre.

De modo que el estudio del consumo no se propone como una alternativa al de las relaciones de producción para quien desee caracterizar formas de estratificación social. Lo que cuenta aquí no es la introducción de nuevos bienes de consumo, y no creo en los enfoques que, como el de Weatherill,<sup>15</sup> se proponen seguir la difusión progresiva de productos como el té o el azúcar; lo importante es la coexistencia de esferas separadas de consumo en las cuales la presencia de nuevas especias solo pudo tener una influencia absolutamente limitada: el té azucarado que bebían los trabajadores manuales para completar su régimen alimentario sin duda no tenía el mismo significado que el que bebían en el mismo momento los aristócratas en sus salones.

---

15 Lorna Weatherill. *Consumer Behaviour and Material Culture in Britain, 1660-1760*. London-New York, Routledge & Kegan Paul, 1988. Ver también la muy importante obra de Carole Shammas. *The Pre-industrial Consumer in England and America*. Oxford, Clarendon Press, 1990, que de todos modos conserva algunos vestigios de la hipótesis difusionista.

8. Es un enfoque positivista y neoclásico el que nos sugiere la imagen errónea de una sociedad en la que el consumo estaría unificado. Pensemos en la ley de Engel, que fue propuesta a partir de una reflexión sobre una sociedad particular, la de finales del siglo XIX, pero que luego fue aplicada de manera mucho más general a diversos momentos de la historia del mundo moderno: con el crecimiento de los ingresos, la parte relativa de los gastos para alimentos y vivienda disminuye, la de vestimenta y equipamiento doméstico permanecería estable, mientras que aumentaría la de los gastos en educación, salud y ocio.<sup>16</sup> Investigaciones posteriores demostraron que, en realidad, solo las conclusiones relativas al primer rubro, alimentos y vivienda, son ciertas, incluso en los períodos más recientes.<sup>17</sup> Pero los historiadores no se interesaron más por el problema. No intentaron precisar la cronología de esa evolución, ni tampoco precisar si era válida tanto para una sociedad segmentada jurídicamente en órdenes sociales distintos como para una sociedad donde las barreras sociales existen de hecho sin estar explícitamente instituidas. Mis datos venecianos sugieren reformular la cuestión en estos términos: ¿de qué modo varían los gastos de consumo, en función de los ingresos, dentro de segmentos culturalmente homogéneos de la sociedad? ¿De qué modo esa estructura fue deformándose con el tiempo? Consideremos las investigaciones realizadas sobre los presupuestos familiares. Esos estudios, que comenzaron en el siglo XIX y se multiplicaron en el siglo XX, en relación con la ley de Engel, fueron ampliamente difundidos y recibidos como verificaciones empíricas de la formulación keynesiana: la idea central era que el consumo es función de los ingresos y que la propensión marginal a consumir es positiva pero inferior a 1; y que la propensión marginal a consumir es inferior a la propensión media —en realidad, si el valor marginal es inferior al valor medio, este último es decreciente, lo que significa que la propensión media a consumir tiende a bajar cuando los ingresos aumentan—. De manera que las familias de ingresos más bajos tienden a gastar una parte más importante, mientras que las que tienen ingresos más elevados gastan relativamente menos. O, para decirlo de otra manera: el consumo medio aumenta con el crecimiento de los

16 George J. Stigler. "The Early History of Empirical Studies of Consumer Behavior", *The Journal of Political Economy* 62, 1954, pp. 95-113. Ver también Gian S. Sahota. "Theories of Personal Income Distribution. A Survey", *Journal of Economic Literature* 16, 1978, pp. 1-55.

17 Hendrik S. Houthakker. "An International Comparison of Household Expenditure Patterns. Commemorating the Centenary of Engel's Law", *Econometrica* 25, 1957, pp. 532-551.

ingresos, pero en una proporción inferior a ese crecimiento; la propensión marginal a consumir es positiva, inferior a la unidad y decreciente con respecto al crecimiento de los ingresos.

¿Cómo medir la validez de esta hipótesis? Hallamos aquí dos dificultades. La primera es que la hipótesis puede ser válida en términos de media, pero no cuando se trata de presupuestos familiares particulares: existe una gran dispersión de comportamientos en torno a la media. La segunda dificultad se debe a que el análisis de Keynes se refiere a la función global de consumo, pero también a las variaciones de los ingresos globales —es decir, a valores agregados— y no a comportamientos de consumo individuales. Sin embargo, los presupuestos familiares registran la manera en que el consumo varía en función de diferentes tipos de ingresos, no de la evolución de los ingresos globales.

Para el historiador, me parece necesario tomar en cuenta la variación relativa de los ingresos familiares con respecto a otros ingresos familiares. Como ha sugerido Duesenberry,<sup>18</sup> esa variación contribuye a determinar los comportamientos de los consumidores: la variación de los comportamientos de consumo no es consecuencia de la variación de los ingresos absolutos, sino más bien de la variación de los ingresos relativos, es decir, de la relación con los ingresos de otras familias. Esta estrategia de investigación no es importante solo porque nos invita a reintroducir factores sociológicos y psicológicos en el análisis de los comportamientos, sino también porque nos obliga a interrogarnos sobre la magnitud y la naturaleza de la esfera social dentro de la cual interviene esa comparación entre ingresos. ¿Se trata de la sociedad en su conjunto o solo de un segmento de esa sociedad, definido por la existencia de un modelo cultural singular, compartido, que puede llevar a los actores a entablar relaciones de solidaridad y de competencia?

9. En realidad, esos modelos sofisticados suelen construirse a partir de una comprobación empírica: los datos relativos al comportamiento de los consumidores no son fáciles de interpretar en el marco de las teorías económicas. La relación entre consumo e ingresos es mucho más compleja de lo que pensaban los keynesianos.<sup>19</sup> El

---

18 James S. Duesenberry. *Income, Saving and the Theory of Consumer Behavior*. Cambridge, Harvard University Press, 1949. Existe traducción al español: *Renta ahorro y teoría del comportamiento del consumidor*. Madrid, Alianza, 1972.

19 Gardner Ackley. *Macroeconomic Theory*. New York, Macmillan, 1961, p. 313 [Existe traducción al español: *Teoría Macroeconómica*, trad. por Manuel Fernández Cepero.

crecimiento del consumo en el siglo XX planteó problemas complejos, que en general remiten a una ley psicológica fundamental que menciona Keynes. El problema central fue observado por Kuznets: la relación entre ingresos y consumo es más fuerte en el largo plazo que en el corto plazo, o incluso la propensión marginal al consumo es más débil en el segundo caso que en el primero. Esa diferencia de comportamiento entre ingresos, más elásticos, y consumo, más inerte, plantea problemas importantes que sería deseable retomar en relación con una sociedad del Antiguo Régimen, sobre todo si aceptamos, conforme a mi hipótesis, la existencia de esferas de consumo separadas. Para cada una de ellas, se podría probar las diferentes explicaciones propuestas para dar cuenta de esos fenómenos. En 1949, Modigliani observaba que, con el aumento de los ingresos, el consumo crece y el nivel alcanzado tiende a volverse irreversible; en caso de la disminución de los ingresos, el consumo permanece estable o solo decrece en una proporción mucho más limitada.<sup>20</sup> En cambio, Duesenberry<sup>21</sup> sostuvo la hipótesis de que las preferencias de los consumidores son interdependientes y, en consecuencia, las variaciones del consumo global dependen de los ingresos relativos y no absolutos: según el autor, por ese motivo el crecimiento del consumo sería irreversible, ya que interviene el efecto de imitación, aunque aumenten los ingresos de un solo grupo, y no los de todos. En 1954, Modigliani propuso, con Brumberg,<sup>22</sup> un nuevo elemento explicativo: los individuos son propensos a mantener el mismo nivel de consumo a lo largo de su vida, aunque sus ingresos tiendan a aumentar durante la parte central del ciclo de vida para disminuir más tarde. La propensión media a consumir será entonces relativamente más baja —e inferior a los ingresos— en el primer caso, y más fuerte —hasta llegar a ser superior a los ingresos— en el segundo. Ese fenómeno daría cuenta de la inercia

---

México, UTEHA, 1970]; Albert. O. Hirschman. *Shifting Involvements, Private Interest and Public Action*. Princeton, Princeton University Press, pp. 25-44 [Existe traducción al español: *Interés privado y acción pública*, trad. por Eduardo L. Suárez. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986].

20 Franco Modigliani. *The Collected Papers of Franco Modigliani*, ed. por A. Abel. S. Johnson. Cambridge, MIT Press, 1980-1989.

21 James S. Duesenberry. *Income, Saving and the Theory of Consumer Behavior*, op. cit.

22 Franco Modigliani y Richard Brumberg. "Utility Analysis and the Consumption Function: an Interpretation of Cross-Section Data", en K. Kurihara (ed.): *Post-Keynesian Economics*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1954. Existe traducción al español: "El análisis de la utilidad y la función de consumo, una interpretación de las muestras cruzadas", en K. Kurihara (ed.): *Economía poskeynesiana*. Madrid, Aguilar, 1964.

relativa, tanto al alza como a la baja, del consumo frente a las variaciones de los ingresos. Friedman,<sup>23</sup> por último, en 1957, distinguió una parte permanente de los ingresos que regiría el consumo y una parte aleatoria: las bajas de los ingresos en general serían consideradas transitorias y no afectarían inmediatamente el nivel de consumo.

De más está decir que no es fácil poner a prueba estas diversas hipótesis en relación con una sociedad del Antiguo Régimen, así como tampoco lo es medir el nivel de ingresos, sus variaciones, la evolución del consumo en el tiempo y en el transcurso del ciclo de vida, a partir de una documentación fragmentaria. Sin embargo, estas cuestiones no han sido siquiera planteadas y son esenciales tanto para los historiadores sociales como para los economistas.

10. Si nos colocamos en el cruce de estos dos puntos de vista, el del historiador y el del economista, llegamos a cierta coherencia después de una larga serie de simplificaciones decepcionantes. Para ambos, el consumo, cuando se intenta comprenderlo en su evolución histórica, plantea problemas difíciles y contradictorios, en la medida en que se pretenda abordarlo como una realidad uniforme y homogénea. Por ello, conviene reubicarlo en la pluralidad compleja de los modelos culturales y de las prácticas sociales. Además, cumple un papel determinante en la afirmación de las fronteras entre órdenes y grupos sociales.

En mi opinión, ello debe invitarnos a desplazar nuestro lugar de observación y renunciar a la hipótesis de una dicotomía entre dos fases claramente separadas por una revolución del consumo. Es preferible apegarse al largo proceso, aún inacabado –si es que algún día ha de acabar–, de uniformización progresiva de las prácticas de consumo y de los modos de administración de los ingresos familiares, así como de las relaciones con los bienes y las mercancías. Por ello, es importante definir la relación entre las formas de consumo y la segmentación de la estructura social: las lógicas que guían los comportamientos tienen valencias diferentes no solo en contextos diferentes, sino también en medios sociales diferentes dentro de la misma sociedad. Las cosas están cargadas de significados múltiples,<sup>24</sup> y los elementos subjetivos que

---

23 Milton Friedman. *A Theory of the Consumption Function*. Princeton, Princeton University Press, 1957. Existe traducción al español: *Una teoría de la función de consumo*, trad. por Lorenzo Betancor Curbelo. Madrid, Alianza Universidad, 1985.

24 Ver Mary Douglas y Baron Isherwood. *The World of Goods. Toward an Anthropology of Consumption*. New York, Basic Books, 1979. Existe traducción al español: *El mundo*

rigen las elecciones, las oportunidades y las expectativas contribuyen a diferenciar la valoración social de los bienes de las diversas esferas sociales y culturales.<sup>25</sup>

Para ilustrar estos problemas, voy a recurrir a algunos de los resultados de una investigación que estoy realizando sobre los presupuestos familiares en Venecia entre los siglos XV y XVIII. Se trata más de intuiciones y de hipótesis que de conclusiones firmes. Sin embargo, me parece que son suficientemente concluyentes como para presentarlas aquí. La base documental es una fuente poco usual. Es habitual hallar balances familiares pertenecientes, en su mayoría, a familias aristocráticas que conservan sus libros contables en sus archivos. En cambio, en Venecia, se cuenta con una serie original, extraordinariamente rica y coherente: unos centenares de balances, bastante diferenciados desde el punto de vista social, que fueron reunidos y verificados por un magistrado (el *giudice di petizion*). Entre otras tareas, este se ocupaba de controlar las rendiciones de cuentas de los tutores que administraban los patrimonios de pupilos, personas jurídicamente inhabilitadas —los dementes, por ejemplo— o ausentes. Los libros contables ofrecen información cotidiana, en general, sobre los gastos en alimentos, vestimenta, la adquisición de bienes durables, el alquiler o la administración de viviendas, los gastos vinculados a la instrucción o a la calificación profesional, al ocio, sin olvidar las inversiones y la gestión de los negocios, la tienda y, más generalmente, la actividad económica.

Hallamos una primera distinción entre consumo y gastos. En la época moderna, numerosos bienes de consumo no eran adquiridos por medio de una transacción comercial, sino por autoabastecimiento, a través del pago de salario en especie, por caridad o incluso mediante formas de cooperación recíproca. Cuanto más importantes eran estos factores, más amplia es la brecha que se comprueba en nuestras fuentes entre los gastos que registran y el consumo real; cabe señalar que esto es válido tanto para la ciudad como para el campo. Lo que tiene importantes consecuencias en una sociedad en que los intercambios comerciales se volvían cada vez más intensos. Pero el aumento de la parte correspondiente a los bienes comerciales no tiene un efecto

---

de los bienes. *Hacia una antropología del consumo*, trad. por Enrique Mercado. México, Grijalbo, 1990.

25 Amartya Sen. *Commodities and Capabilities*. Amsterdam-New York, North-Holland, 1985; y, también, *The Standard of Living*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987. Ver, además, Albert O. Hirschman. *Shifting Involvements, Private Interest and Public Action*, *op. cit.*

unívoco en el sentido de una mejora global: en general, traduce la puesta a disposición de una gama más amplia de bienes para elegir; se acompaña también de la aparición de bienes de menor calidad que pueden reemplazar a otros de mejor calidad y que antes se obtenían a través de prácticas no comerciales. Una vez más, es importante no extraer una conclusión mecánicamente positiva de la multiplicación y la diversificación de los recursos disponibles, ya que lo determinante son las formas de la apropiación en los diferentes medios sociales.

Un ejemplo significativo está dado por la difusión del maíz en la alimentación popular en Venecia.<sup>26</sup> La introducción masiva del nuevo cultivo sin dudas dio lugar a un crecimiento cuantitativo de la disponibilidad de alimentos para los campesinos; pero, a la inversa, a causa de una transformación progresiva de los contratos de arrendamiento, estos se vieron privados de una parte de sus recursos en granos que entonces iba a aumentar la del propietario y, en consecuencia, las cantidades circulantes en el mercado. El régimen alimentario de una gran parte de la población se basaba entonces en un cereal que carecía de varias vitaminas esenciales —con la propagación consecutiva de la pelagra—. Otro ejemplo podría ser el de la difusión, en Inglaterra, del consumo de té y azúcar, en detrimento del pan: señala una mejora de la calidad de vida caracterizada por el progreso rápido de nuevos productos; pero sucede también que, en el siglo XVIII, el régimen alimentario de varios grupos ubicados en la parte inferior de la escala social se fue degradando, en Inglaterra y en Venecia, tanto en variedad como en calidad, si bien la proporción de los gastos en alimentación era relativamente más limitada en el presupuesto familiar: los nuevos productos eran menos caros y equivalentes en calorías, pero más pobres en vitaminas que el pan de trigo y de centeno.

Cabe señalar, asimismo, que la importancia de la caridad, con frecuencia a través de alimentos o de alojamiento, en la economía doméstica de los más pobres introducía en la estructura de los gastos un elemento de irregularidad que no se considera en su progresión según la ley de Engel. Esta solo se aplica a la parte de la población que podía contar con un ingreso del que disponía de manera relativamente autónoma. En el caso de los más desfavorecidos, constantemente confrontados al subempleo o al desempleo, llegaban a tener techo y comida

---

26 Michele Fassina. “L'introduzione della cultura del mais nelle campagne venete”, *Società e storia* 15, 1982, pp. 31-59; Giovanni Levi. “Innovazione tecnica e resistenza contadina: il mais nel Piemonte del '600””, *Quaderni storici* 14, 1979, pp. 1092-1100.

a través de instituciones de caridad, como los hospitales o las *Scuole grandi* (las poderosas confraternidades venecianas). Los que mendigaban en las calles también podrían disponer de ingresos ocasionales que daban lugar a gastos ocasionales, respecto de los cuales sería difícil establecer una ley. Lo que queremos decir es que la estructura de los presupuestos familiares en una sociedad del Antiguo Régimen, en su nivel más bajo, probablemente tenga un carácter aleatorio muy diferente de la estructura del consumo en una sociedad más mercantil y homogénea.

Por último, la predominancia de un sistema difuso de crédito informal y de pequeña escala, basado en la capacidad de pedir dinero prestado a cambio de una prenda o de alguna otra garantía, sugiere que pudieron existir, en la franja relativamente pobre de la población veneciana, razones para adquirir bienes durables de buena calidad, no para consumo propio, sino para conservarlos y entregarlos en garantía en tiempos difíciles. Ello explica que, en los inventarios o en los libros contables de venecianos pobres, se hallen telas de calidad, paños, joyas de valor en cantidades que parecen escasas en relación con lo que constituye su estilo de vida para el resto. Es posible imaginar que las dotes se utilizaban en parte con los mismos fines. El crédito a pequeña escala es uno de los aspectos menos estudiados de la economía de los siglos modernos,<sup>27</sup> pero contamos con testimonios abundantes, ofrecidos por fuentes muy diversas, de la existencia de una densa red de micropréstamos contra fianza, y también se conocen ejemplos impresionantes de trabajadores pobres que, en el siglo XIX, utilizaban objetos de valor con suma habilidad para procurarse crédito. Cuando los campesinos de la región de Biella, en el Piamonte, se convirtieron en obreros de fábrica en ese centro industrial precoz, conservaron la propiedad de parcelas de tierra en sus poblados de origen, con la intención de ponerlas como fianza para obtener crédito.<sup>28</sup> Análogamente, la investigación de Bill Williams sobre los obreros judíos de Manchester demuestra cómo, a comienzos del siglo XIX, las lavanderas llevaban las sábanas que habían recibido para lavar al prestamista durante algunos días antes de devolverlas a sus propietarios, a fin de aumentar su liquidez.<sup>29</sup> En resumen, eran sociedades en las que el arte

27 Ver los artículos de V. Pfister, P. Spufford, L. Fontaine, P. Servais, G. Béaur y G. Delille reunidos bajo el tema "Les réseaux de crédit en Europe, XVIème-XVIIIème siècles", *Annales HSS*, Vol. 49, Nº 6, 1994, pp. 1335-1442.

28 Franco Ramella. *Terra e Tela. Sistemi di parentela e manifattura nel Biellese dell'Ottocento*. Torino, Einaudi, 1984, pp. 92-124.

29 Bill Williams. *The Making of Manchester Jewry, 1740-1875*. Manchester, Manchester University Press, 1976, pp. 172-193.

de la supervivencia se basaba, sobre todo, en la capacidad para protegerse contra la amenaza permanente de las fluctuaciones coyunturales o de los riesgos vinculados al ciclo de vida. De allí esos extraños descubrimientos en los inventarios de bienes de los pobres.

Los ejemplos dados se refieren solo a grupos que se ubican en la parte inferior de la jerarquía social. Su finalidad es demostrar que es difícil estudiar el sistema de consumo, la organización de los patrimonios y la lógica de los gastos, tal como aparecen en los balances familiares en ausencia de una contextualización precisa en una sociedad dada, dentro de un grupo y en una situación particular.

De modo que no es posible aplicar a rajatabla la ley de Engel a una sociedad global. Lo cual no significa que haya que rechazarla en bloque: se la debe probar para cada segmento social, y los segmentos se definen como los grupos que, dentro de un conjunto social, tienen en común un mismo estilo de vida y una misma estrategia de consumo. No se trata sino de una hipótesis de trabajo, pero puede ayudarnos, creo, a realizar análisis más pertinentes.

11. Pasemos al estudio de un caso concreto a partir de dos balances familiares que fueron establecidos alrededor de 1620. Los libros contables que resumen, simplificando los datos, abarcan ambos más de diez años de administración cotidiana de los gastos incurridos para cada uno de los hijos. En ambas familias, el padre falleció cuando los niños eran pequeños. Las cuentas fueron llevadas por los tutores legales encargados de velar por la educación y administrar de la mejor manera posible el patrimonio familiar. En el cuadro a, que resume esos datos, se lee horizontalmente el total de gastos por cada hijo; leída verticalmente, la última columna recapitula la parte que corresponde a cada uno de ellos en el gasto total o, si se quiere, la inversión realizada por cada hijo con miras a asegurar su destino profesional.

El primer caso se refiere a dos niños y una niña. El primer hijo está destinado a una carrera de comerciante y a retomar las actividades comerciales que mantenía su padre en Alejandria, Egipto, adonde irá a establecerse a los 20 años de edad. El segundo hijo se dedicará a las finanzas: llegará a ser experto en materia de cambios entre Venecia y la feria de Bolzano. La hija está probablemente prometida en matrimonio —pero su dote no figura en el balance, porque el matrimonio debió haber sido posterior al período de observación—.

De los datos recapitulados en el cuadro, es posible extraer las

Cuadro a. Porcentaje de cada tipo de gastos\*

	Alimentos y vivienda	Vestimenta	Educación	Otros	Total	%**
<i>Familia A</i>	1 <sup>er</sup> hijo	270 (52%)	130 (25%)	70 (14%)	50 (9%)	520 39
	2 <sup>do</sup> hijo	270 (60%)	60 (13%)	90 (20%)	30 (7%)	450 33
	Hija	230 (60%)	90 (23%)	40 (11%)	20 (6%)	380 28
	Total	770 (57%)	280 (21%)	200 (15%)	100 (7%)	1350
<i>Familia B</i>	1 <sup>er</sup> hijo	140 (54%)	35 (13%)	70 (27%)	15 (6%)	260 27
	2 <sup>do</sup> hijo	120 (60%)	30 (15%)	40 (20%)	10 (5%)	200 21
	3 <sup>er</sup> hijo	115 (64%)	30 (17%)	30 (17%)	5 (2%)	180 19
	4 <sup>to</sup> hijo	180 (56%)	80 (25%)	40 (13%)	20 (6%)	320 33
	Total	555 (58%)	175 (18%)	180 (19%)	50 (5%)	960

\* Los datos redondeados están en ducados. \*\* Porcentaje del gasto familiar total dedicado a este hijo.

siguientes conclusiones:

a) Existe una diferencia considerable entre los gastos destinados a los hijos varones, incluso en Venecia, donde la herencia se dividía en partes iguales entre los herederos varones. Los gastos en alimentos –que son posibles calcular en forma separada, ya que los dos hijos fueron colocados en pensión en dos conventos diferentes– son

comparables. Pero no sucede lo mismo en cuanto a la vestimenta –mucho más costosa en el caso del futuro comerciante– ni a la educación –más onerosa en el caso del cambista, que debe cursar estudios de matemática mucho más exhaustivos y para el cual es necesario comprar más libros, ábacos, entre otros–. El gasto en ocio y el “dinero de bolsillo” también son desiguales.

b) Se gasta menos en la alimentación de la hija; el rubro vestimenta presenta un valor intermedio; la inversión en educación y el dinero del que puede disponer libremente se ubican en un nivel muy inferior al de sus hermanos.

Partamos de la hipótesis que nos sugiere el sentido común hoy en día, es decir, una tendencia a la igualación de las condiciones de los hijos: en la sociedad actual, se puede postular que los padres tienden a darles oportunidades y posibilidades comparables y que, por consiguiente, los gastos y la inversión en capital humano que les dedican también lo son. Sin embargo, sabemos que la cuestión ha sido recientemente objeto de un debate de fondo, el del “20%-80%”. La formación del patrimonio del que provienen los ingresos destinados al consumo o al gasto tiene dos fuentes principales: la acumulación conseguida a lo largo de toda una vida y la transmisión de un conjunto de bienes de generación en generación. Durante largo tiempo, la teoría de la distribución consideró que la riqueza heredada no representaba más que una parte limitada del patrimonio. Por lo tanto, según el modelo propuesto por Modigliani en 1954, el ahorro y los recursos creados durante el ciclo de vida era lo que supuestamente formaba la mayor parte del patrimonio: digamos, el 80% contra el 20%. En 1981, Kotlikoff y Summer<sup>30</sup> invirtieron esa relación y sostuvieron que el ahorro constituido durante el ciclo de vida solo representaba una quinta parte de la riqueza existente. Se plantea así, sin lugar a dudas, un problema central, en la época moderna también. Mi sensación es que la mayor rigidez del sistema económico y de las estructuras sociales probablemente aumentó aún más la importancia relativa de la parte transmitida entre

---

30 Laurence J. Kotlikoff y Lawrence H. Summer. “The Role of Intergenerational Transfers in Aggregate Capital Accumulation”, *Journal of Political Economy* 89, 1981, pp. 706-732; la respuesta de Modigliani se titula “Life Cycle, Individual Thrift and the Wealth of Nations”, *American Economic Review* 76, 1986, pp. 297-313; el debate continúa en el volumen editado por Denis Kessler y Andre Masson, *Modelling the Accumulation and Distribution of Wealth* (Oxford, Clarendon Press, 1988), con contribuciones de Franco Modigliani, “Measuring the Contribution of Intergenerational Transfers to Total Wealth: Conceptual Issues and Empirical Findings” (pp. 21-52) y L. J. Kotlikoff y L. H. Summer, “The Contribution of Intergenerational Transfers to Total Wealth: a Reply” (pp. 53-67).

generaciones sucesivas –pero ¿en qué medida? Es difícil evaluarlo porque, incluso en relación con los datos contemporáneos, no se logra definir hipótesis más precisas–. No se explica solo por razones documentales el hecho de que los historiadores hayan prestado más atención a los sistemas de herencia<sup>31</sup> que a la acumulación conseguida durante el ciclo de vida. Sin embargo, el problema sigue abierto, y podemos esperar hallar algunos elementos de respuesta a partir del estudio de los balances familiares venecianos.

Conviene que nos detengamos, una vez más, en un aspecto particular que surgió en el transcurso de este análisis. La diferencia de recursos entre los hijos está estrechamente vinculada a la naturaleza de las reglas de transmisiones de bienes: los sistemas de herencia indivisible, que benefician más a un hijo por la primogenitura, inducen una mayor desigualdad entre los hijos frente al conjunto del patrimonio. Pero esa hipótesis en general no toma en cuenta toda la complejidad de la estructura de los patrimonios. Algunos indicios muestran que la administración personal del patrimonio no siempre coincide, para el hijo que es su heredero principal, con una preeminencia efectiva sobre ese patrimonio. Tampoco es seguro que la exclusión de las hijas de la herencia por medio de la dote signifique siempre que esta sea de menor valor con respecto a la parte reservada a los herederos varones.

Un aspecto del debate me parece particularmente importante. Según Becker y Tomes,<sup>32</sup> los padres intervienen a lo largo de toda su vida para igualar el consumo y los ingresos de sus hijos; al fallecer, se recurre a la herencia para atenuar las diferencias existentes entre ellos en cuanto a su capacidad de procurarse recursos; ese sería el efecto, o al menos la intención, de las partes desiguales de herencia. Esa igualación de las oportunidades hoy sería la práctica más difundida. Sin pretender profundizar el análisis de esa cuestión, llego a la siguiente conclusión: en la larga duración, parece que se ha pasado de una estrategia de diferenciación de los gastos entre los herederos varones de una misma familia a una tendencia igualitaria –o a una diferenciación compensatoria–, con la voluntad de dar a los hijos condiciones de partida comparables en la vida –los padres consideran esas condiciones desiguales y,

31 Un ejemplo puede servir para resumirlos: Jack Goody, Joan Thirsk y Edward P. Thompson (eds.). *Family and Inheritance. Rural Society in Western Europe, 1200-1800*. Cambridge, Cambridge University Press, 1976. Observaciones muy interesantes en Henry Phelps Brown. *Egalitarianism and the Generation of Inequality*. Oxford, Clarendon Press, 1988.

32 Gary S. Becker y Nigel Tomes. "Child Endowments and the Quantity and Quality of Children", *Journal of Political Economy* 84, 1976, pp. 143-162.

por ende, tratan de corregirlas—.

Segunda conclusión: la igualación de las condiciones y las posibilidades ofrecidas a los hijos y a las hijas es un proceso de más larga duración aún. No se trata solo de una realidad jurídica, y no se debe imaginar que remite a la generalización de un sistema de herencia que trata en forma igualitaria a ambos sexos. En realidad, el problema es doble: por un lado, se ha de tener en cuenta la diferencia de los consumos para cada sector (de la alimentación a la educación), que será muy marcada hasta un período muy contemporáneo; por otro lado, se ha de considerar la transformación muy lenta —y todavía lejos de haber concluido— de la sociedad y del sistema de valores, transformación que trasciende en gran medida la estricta igualdad monetaria de las transferencias de riquezas en beneficio de cada uno de los hijos durante el ciclo de vida o a través de la herencia. Estamos, una vez más, ante una evolución lenta y prolongada que conduce de una estrategia desigual, que afecta a hombres y mujeres, a un modelo igualitario.

La segunda familia que figura en el cuadro es más pobre y tiene un número mayor de hijos varones. Confirma lo que hemos dicho más arriba: una diferencia marcada entre los hijos. Los tres primeros serán sacerdotes y el tercero dispondrá de un cargo público —que probablemente no ejercerá en persona—. En este caso, el cuarto hijo está destinado a ser el único heredero, y a él se destinarán los gastos más elevados en alimentos y vestimenta —aunque no en educación— durante su adolescencia. Es interesante observar la diferencia entre sus tres hermanos mayores: están prometidos a órdenes religiosas diferentes, lo que implica una diferenciación marcada de las relaciones y las tradiciones dentro de una estrategia familiar de diversificación, aunque parecen compartir el mismo destino. Implican también costos y consumos diferentes, según se trate de un elegante convento de agustinos, una casa dominica algo menos prestigiosa o un monasterio franciscano; los gastos para libros y clases también son muy diversos.

Nos hallamos aquí en presencia de una herencia indivisa y de una estrategia rigurosamente desigual. Todos los rubros de consumo están estrictamente jerarquizados dentro del grupo familiar en función de una estrategia común, como lo estaban para la primera familia, pero en este caso la herencia seguirá quedando indivisa gracias a la exclusión de los que ingresarán a la Iglesia. En este caso también estamos en un momento intermedio de una larga trayectoria que, a través de la obligación de dividir la herencia entre los derechohabientes, que instituirá

el código Napoleón, pero también al precio de una profunda y lenta mutación de las mentalidades, conducirá a una relativa igualación de los destinos individuales.

En suma, se trata de procesos largos y culturalmente complejos que no conocen ruptura definitiva, pero sí períodos de estancamiento. Las elecciones se mezclan con las preocupaciones patrimoniales y el prestigio familiar, aspectos psicológicos, como la preocupación de proteger a los hijos con menos recursos, y rasgos culturales y sociales que remiten a una concepción del mundo o que determinan el estatus de los hombres y las mujeres. En este punto, se vuelve difícil abordar un tercer aspecto que hemos mencionado en varias ocasiones en las páginas anteriores: si bien existió un proceso de igualación entre los varones y otro, más lento, entre varones y mujeres en el marco familiar, se comprueba al mismo tiempo una estandarización tendencial de la cultura del consumo entre segmentos sociales que durante largo tiempo estuvieron claramente separados. Los estilos de vida, pero también los objetivos y las expectativas, están bastante diferenciados dentro de una misma sociedad. Por ello, siguiendo a Mary Douglas, he hablado en varias ocasiones de esferas de consumo separadas. Sin embargo, no vamos a imaginar una unificación acabada: los rasgos distintivos cambiaron de naturaleza con respecto a las sociedades del Antiguo Régimen, pero conservan su importancia.<sup>33</sup> De todos modos, los consumos tienden a igualarse y las barreras jurídicas entre los grupos sociales fueron desapareciendo paulatinamente. Para comprender esta última transformación, habrá que abocarse al estudio de las modalidades de consumo, así como de la evolución de los estilos de vida y los valores sociales. ¿Acaso realmente existió un “momento feliz” que sería el de la revolución del consumo?

---

33 Tuve la oportunidad de analizar estas cuestiones con J.-C. Passeron. Espero haber sabido dar cuenta aquí de las críticas que me formuló respecto de mi visión de la sociedad contemporánea, que en su opinión pecaba de un exceso de indistinción. Ver Pierre Bourdieu. *La Distinction. Critique sociale du jugement*. Paris, Minuit, 1979 [Existe traducción al español: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, trad. por Ma. del Carmen Ruiz de Elvira. Madrid, Taurus, 1988]; Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron. *La Reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*. Paris, Minuit, 1970 [Existe traducción al español: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona, Laia, 1977].

# LA BIOGRAFÍA COMO PROBLEMA

Sabina Loriga

*En una verdadera tragedia, quien muere en realidad no es el héroe, sino el coro.*<sup>1</sup>

## 1. La apuesta biográfica

La frontera que separa la biografía de la historia siempre ha sido bastante difusa. Recientemente hemos sido testigos de una inversión radical de las cosas. Tras un largo período de desgracia, durante el cual los historiadores se interesaron por los destinos colectivos, el individuo ha vuelto a ocupar un lugar central en sus preocupaciones.

El redescubrimiento de la biografía remite, principalmente, a experiencias históricas atentas a lo “cotidiano” y a las “demás subjetividades”, como la historia oral, los estudios de la cultura popular y la historia de las mujeres. El deseo de ampliar el ámbito de la historia, de llevar al primer plano a los excluidos de la memoria, ha reabierto el debate sobre el valor del método biográfico. En el transcurso de los años anteriores, la mayoría de los historiadores pensaban que las clases populares no podían ser objeto de la historia sino a través de un enfoque cuantitativo: como escribía François Furet en 1963, la noción de clases subalternas remitía, ante todo, a una idea de cantidad y de anonimato.<sup>2</sup> Sin embargo, entre finales de 1970 y comienzos de 1980, la atención fue desplazándose poco a poco de la actividad económica y política del campesino o del obrero hacia su subjetividad y su vivencia.

Vinculada a las investigaciones sobre las culturas subalternas o dominadas, la reflexión sobre la subjetividad pronto se extendió a toda la disciplina histórica. Y ello se debió a motivaciones profundas. Como

---

1 Iosif Brodskij. *Dall'esilio*. 1987.

2 François Furet. “Pour une définition des classes inférieures à l'époque moderne”, *Annales ESC*, Vol. 18, N° 3, 1963, pp. 459-474.

sugirió Lawrence Stone, se ha de ver allí una consecuencia de la crisis de la “historia científica”, basada en los conceptos *totalizadores* de clase social o de mentalidad, que tendían a reducir el sentido de las acciones humanas para convertirlas en un mero subproducto de fuerzas productivas y de medios culturales.<sup>3</sup> La crisis, de gravedad e importancia dispares, de la interpretación marxista, del modelo estructural y del análisis cliométrico instó a ampliar y profundizar la noción histórica de individuo. Decepcionados e insatisfechos por el uso de categorías interpretativas predeterminadas, los propios historiadores sociales, en general más atentos a la dimensión colectiva de la experiencia histórica, comenzaron a reflexionar sobre los destinos individuales.<sup>4</sup>

Pese a estas motivaciones profundas, el redescubrimiento reciente de la biografía a veces ha sido considerado como una rendición. Algunos historiadores han señalado que se corría el riesgo de abandonar la “historia-problema” para volver a una historia cronológica, basada en una conceptualización frágil e implícita —una conceptualización disimulada, por lo demás, en la finalidad temporal que estructura el relato—. <sup>5</sup> Probablemente sea por estas razones que Jacques Le Goff recientemente expresó su perplejidad, cuando él mismo estaba trabajando en torno a una vida de san Luis, por el entusiasmo biográfico:

Lo que me disgusta de la actual proliferación de biografías —escribe— es que muchas son meros retornos a la biografía tradicional, superficial, anecdótica, lisa y llanamente cronológica, y se apegan a una psicología anticuada, incapaz de demostrar el significado histórico general de una vida individual.<sup>6</sup>

Pero las críticas más severas se formularon desde el ámbito sociológico. Pierre Bourdieu reprochó duramente a las ciencias sociales el hecho de que quedaran prisioneras de una ilusión característica del sentido común, que “describe la vida como un camino, una ruta, una carrera, con sus encrucijadas —Hércules entre el vicio y la virtud—, sus emboscadas (...) con un comienzo —‘un comienzo en la vida’—, etapas, y

---

3 Lawrence Stone. “The Revival of Narrative. Reflections on a New Old History”, *Past and Present* 85, 1979, pp. 3-24.

4 Editorial de la redacción, “Tentons l'expérience”, *Annales ESC*, Vol. 44, N° 6, 1989, pp. 1317-1323.

5 Ver la definición de *histoire-récit* (historia-relato) de François Furet. “De l'histoire-récit à l'histoire-problème”, *Diogenes* 89, 1975, retomado en *L'Atelier de l'histoire*. Paris, Flammarion, 1982, pp. 75-76.

6 Jacques Le Goff. “Comment écrire une biographie historique aujourd'hui?”, *Le Débat*, 1989, pp. 49-50.

un fin, en el doble sentido, de término y de objetivo”.<sup>7</sup> Y, en un artículo en el que se percibe cierta amargura, Jean-Claude Passeron subrayó los peligros metodológicos que conlleva la reciente conversión biográfica:

La superación (...) de las formas más mecánicas o más abstractas de un naturalismo determinista constituye, sin lugar a dudas, un avance teórico; pero con la condición de que se ofrezca algo mejor que aquello que se supera, es decir, que se añadan restricciones a la interpretación; no que se retroceda, es decir, que se sustraigan algunas de ellas.<sup>8</sup>

Se trata de objeciones complejas, que retomaré más adelante. Sin embargo, me parece importante señalar desde ahora que con frecuencia se han alimentado de las argumentaciones utilizadas a favor de la biografía. Salvo unas pocas excepciones, las razones profundas –más o menos conscientes– que recientemente han vuelto a poner en primer plano los destinos individuales se han olvidado en beneficio de una retórica apegada únicamente a lo vivido.<sup>9</sup> “La historia sin la biografía sería algo así como un descanso sin relajación, como una comida sin gusto y casi como una historia de amor sin amor”, escribía Victor Alberg en 1947.<sup>10</sup> Unos cuarenta años más tarde, en ocasión de un congreso en La Sorbonne, la biografía fue presentada como un último recurso, el signo de un hastío, y se la definió como “una herramienta modesta, que ayuda a observar mejor o a ilustrar las tendencias largas, las estructuras, la pesadez; en ningún caso podría pretender convertirse en un motor intelectual”.<sup>11</sup> Desde ese punto de vista, la historia de vida tendría simplemente una función sugestiva –de exploración preliminar del problema– o ilustrativa –en este caso, las hipótesis se establecen

---

7 Pierre Bourdieu. “L’illusion biographique”, *Actes de la recherche en sciences sociales* 62-63, 1986, p. 69. Existe traducción al español: “La ilusión biográfica”, en: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, trad. por Thomas Kauf. Barcelona, Anagrama, 1997.

8 Jean-Claude Passeron. “Biographies, flux, itinéraires, trajectoires”, *Revue française de sociologie*, Vol. 31, N° 1, 1990, p. 4 (retomado en *Le Raisonnement sociologique*. Paris, Nathan, 1991 [Existe traducción al español: *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*, trad. por José Luis Moreno Pestaña. Madrid, Siglo XXI, 2011]).

9 Ver Miles F. Shore. “Biography in the 1980s”, *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 12, N° 1, 1981, pp. 89-113.

10 Victor L. Alberg. “History Through Biographical Lenses”, *The Social Studies*, Vol. 38, N° 6, 1947, pp. 243-246.

11 Hubert Bonin. “La biographie peut-elle jouer un rôle en histoire économique contemporaine?”, en: *Problèmes et méthodes de la biographie*, Actes du colloque, La Sorbonne, 3-4 de mayo de 1985, número especial de *Sources. Travaux historiques* 3-4, 1985, p. 173; en la misma obra, ver también Felix Torres. “Du champ des *Annales* à la biographie: réflexions sur le retour d’un genre”, pp. 141-148. Esta convicción está muy bien descripta por Alcego Riosa (ed.). *Biografía et storiografía*. Milano, Franco Angeli, 1983, pp. 9-14.

gracias a otros procedimientos de investigación, y la anécdota personal sería de alguna manera un adorno que corona el conjunto—.

De modo que, en el transcurso de las últimas décadas, entre los defensores de la biografía, prevaleció una óptica resignada, *minimalista*, basada en la extraña convicción de que es menos complejo y difícil estudiar el personaje-hombre que las estructuras sociales. Pero no siempre ha sido así. En el último siglo, con frecuencia se ha atribuido a la biografía una función heurística importante. Por ello, puede ser útil retroceder un poco. En las páginas siguientes, recordaré brevemente a algunos predecesores antiguos y me centraré en tres proyectos biográficos *fuertes*, elaborados hace unos ciento cincuenta años: el héroe de Thomas Carlyle, el hombre patológico de Jacob Burckhardt y el hombre-partícula de Hippolyte Taine. Sus observaciones, aunque nos parezcan por demás incompletas, nos ayudan a plantear nuevas cuestiones y aclarar algunos equívocos.

## 2. Algunos predecesores antiguos

Como se observó en 1968, el debate sobre las relaciones entre la historia y la biografía es muy antiguo. Antes de cuestionar la teoría formulada a comienzos del siglo por Friedrich Leo, y generalmente aceptada por los historiadores, según la cual la biografía griega habría sido un producto de la escuela aristotélica, Arnaldo Momigliano hacía referencia a los altibajos del género biográfico.<sup>12</sup> En la época ática, Tucídides no ocultaba su desprecio aristocrático por lo que él consideraba un género demasiado popular.<sup>13</sup> Dos siglos más tarde, Polibio insistía en la necesidad de distinguir entre biografía e historia. Como estaba convencido de que el objetivo de la historia no se reducía a la monografía, sino que apuntaba a la síntesis general, consideraba que los historiadores debían evitar la dramatización del relato (procedimiento propio del teatro trágico) y abocarse a establecer y transmitir lo verdadero.<sup>14</sup> En

---

12 Arnaldo Momigliano. *The Development of Greek Biography*. Cambridge, Cambridge University Press, 1971. Existe traducción al español: *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, trad. por Ma. Teresa Galaz. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986.

13 Tucídides. *La Guerre du Péloponèse*. Paris, Les Belles-Lettres, 1953. Existe traducción al español: *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad. y notas de Antonio Guzmán Guerra. Madrid, Alianza, 2008.

14 Polibio. *Histoires*. Paris, Les Belles-Lettres, libro XII. Existe traducción al español: *Historias. Libros V-XV*, T. 2., trad. por M. Balasch Recort y rev. por J. M. Guzmán Hermida. Madrid, Gredos, 1997, libro XII.

ese sentido, la antonimia marcada por la historiografía griega trascendía la cuestión del género biográfico y se insertaba en un debate más amplio, en el que los valores estilísticos de simpleza y claridad defendidos por Polibio se oponían al ideal poético que perseguían el sofista Gorgias y otros autores. Por otra parte, la distinción entre historia y biografía se había confirmado en algunas ocasiones del otro lado de la barrera, en el campo biográfico. Plutarco mostraba poco interés por los determinantes estructurales y reivindicaba con vigor la superioridad de los signos del alma por sobre la etiología política.<sup>15</sup>

Las frases de Plutarco tuvieron diversa acogida entre los historiadores modernos. El desprecio por la biografía fue retomado y subrayado en 1599 por John Hayward quien, en su obra *Life and Reigne of King Henrie III*, recomendaba no confundir “el gobierno de las grandes potencias” con “la vida y los hechos de los hombres ilustres”.<sup>16</sup> Un siglo más tarde, un platónico de Cambridge, Thomas Burnet, no asignaba más que un valor accesorio, ilustrativo, a la reflexión biográfica en historia:

La vida de los filósofos, el nacimiento, la muerte, la apología, los viajes, las buenas o las malas acciones pueden completar y embellecer el material histórico, pero revisten una importancia secundaria, porque se debe buscar el origen y el progreso del conocimiento humano y la acción de la Providencia.<sup>17</sup>

Sin embargo, la separación entre la biografía y la historia reivindicada por Polibio no siempre fue aceptada. En el siglo VIII, Beda el Venerable consideraba que la biografía “no era más que la historia observada más de cerca”, mientras que en la época moderna, los principales tratados de paleografía, diplomática e historiografía –de Jean Bodin a Agostino Mascardi y Gabriel Mably– la consideraron como una forma absolutamente legítima de escritura histórica. En el siglo XVII, Thomas Stanley, el célebre filólogo admirado por su edición crítica de las tragedias de Esquilo, definía la biografía de los legisladores, de grandes figuras militares y de sabios como la expresión más

---

15 Plutarco. *Vies parallèles*, trad. por R. Flacelière, E. Chambry y M. Jumeaux. Paris, Les Belles-Lettres, 1960-1983. Existe traducción al español: *Vidas paralelas*. Buenos Aires, Losada, 2010.

16 El texto de John Hayward se encuentra en John Garraty. *The Nature of Biography*. Oxford, Alden Press, 1958, p. 70.

17 Para el texto de Thomas Burnet, ver Mario Longo. *Historiae philosophiae philosophica. Teorie e metodi della storia della filosofia tra Seicento e Settecento*. Milano, Istituto di Propaganda Libreria, p. 39.

acabada de la historia.<sup>18</sup> Que el destino individual de los hombres ilustres permitiese comprender las elecciones de una nación era una opinión ampliamente compartida incluso en el siglo XVIII. David Hume estaba convencido de que la personalidad de Carlos I había sido fatal para la causa absolutista en Inglaterra. Y, unas décadas más tarde, Voltaire centraba su relato histórico en las figuras de Luis XIV, de Carlos XII de Suecia, “excesivamente alto, desdichado y loco”, y en su glorioso adversario de Poltava, Pedro el Grande. A diferencia de Carlyle, Voltaire nunca celebró los héroes, sino que pensaba que las grandes mentalidades permitían reconocer las sorpresas de la historia, hechos imprevisibles y esenciales en un “ámbito adonde no necesariamente llega lo que es verosímil”. Como se vería un poco más tarde en los cuadros de David o de Géricault, solo el rostro del héroe, emergiendo de la multitud anónima que ocupaba el fondo, expresaba el *Zeitgeist*, el espíritu de la época.<sup>19</sup>

La brecha entre biografía e historia se profundizó en el transcurso del siglo XIX entre los filósofos, cuando se comenzó a buscar el sentido de la historia empírica en la historia filosófica. Cierta reducción del lugar del individuo ya estaba presente en un breve estudio sobre la finalidad de la historia, escrito en 1784 por Immanuel Kant, que representaba al hombre como un medio, para la naturaleza, de realizar sus propios fines: la historia debía cambiar de escala para trascender el caso individual, porque lo que resultaba confuso e irregular en individuos singulares surgía en la totalidad de la especie como una sucesión homogénea y coherente de hechos.<sup>20</sup> La dimensión biográfica perdió aún más interés con la preferencia por una visión providencial de la historia. Cuando los hechos del mundo, desde los más diversos hasta los más aberrantes, fueron integrados dialécticamente en una perspectiva escatológica (la de un desarrollo infinito y necesario del género

---

18 Sobre la historiografía de la Edad Media y la época clásica, ver Donald R. Kelley, *Foundation of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the French Renaissance*. New York-London, Columbia University Press, 1970; Denis Day, *Annals and Historians, Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Centuries*. London, Methuen, 1977.

19 Ver Friedrich Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, ed. por Carl Hinrichs. München, R. Oldenbourg, 1965, cap. 2, “Voltaire” y cap. 5, §1, “Hume” (citado según la trad. italiana, pp. 71-115, 177-178).

20 Immanuel Kant. “Idee zu einer allgemeinen Geschichte in welt-bürgerlicher Absicht” (1784), en: *Kleinere Schriften Geschichtsphilosophie, Ethik und Politik*, ed. por K. Vorländer. Hamburg, Felix Meiner, 1973, pp. 3-20. Existe traducción al español: “Idea de una Historia Universal en sentido cosmopolita” en: *Filosofía de la Historia*, trad. por Eugenio Imaz. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1999.

humano), los individuos se vieron como instrumentos de la razón, que realizan aquello que ni siquiera pueden comprender.<sup>21</sup>

En una concepción teleológica del devenir, en la que la humanidad realizaba sus fines superiores en un laborioso parto, el individuo era aplastado por la ley. Una ley dramática e implacable, porque estaba exenta de toda contingencia. El olvido de la persona coincidía casi siempre con la negación del azar o, al menos, con su parcial depreciación: el resultado de la batalla de Waterloo sin duda fue condicionado por la lluvia que cayó durante la noche del 17 al 18 de junio de 1815, pero esas gotas de agua habían sido enviadas por la providencia histórica... Las palabras de Victor Hugo, unos años más tarde, recuerdan ese punto de vista: "Dios mantiene la calma y realiza su obra", incluso gracias al azar, "a través del ruido de la palabra humana que habla a la vez todas las lenguas a través de todas las bocas".<sup>22</sup>

Para sumarse a los *Welt-plan*, tan mencionados por los filósofos, algunos historiadores también abandonaron los destinos individuales. Los historiadores positivistas resultaron ser los más dispuestos a sacrificar el carácter finito y personal de la vida humana en nombre de la continuidad de la historia. Con la intención de establecer las leyes del desarrollo universal, Henry Buckle declaraba, en 1857, que deseaba arrancar la historia de las manos de los "biógrafos, genealogistas y coleccionistas de anécdotas, cronistas de corte, parlanchines de las mundanidades".<sup>23</sup> Treinta años más tarde, Louis Bourdeau y John Fiske adoptaban la misma opinión. El primero amenazaba con alejar de la escena a "los aristócratas de la gloria", mientras que el segundo escribía, en una polémica con William James, que la historia era "algo más que la biografía": por más importante que sea el hombre, "sus pensamientos y sus acciones individuales no revisten interés alguno". La definición de la historia como ciencia de los hechos sociales relegaba al segundo plano "la observación de las conciencias individuales". El reproche sociológico alcanzaba incluso a Plutarco: el gran maestro de la biografía, tan admirado por Montaigne, Pascal, Rousseau y Goethe, era acusado de no haber comprendido "las

---

21 Ver Karl Löwith. *Meaning in History. The Theological Implications of the Philosophy of History*. Chicago, The University of Chicago Press, 1949, cap. 3. Existe traducción al español: *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la Filosofía de la Historia*, trad. por Justo Fernández. Madrid, Aguilar, 1973.

22 Victor Hugo. "Sur Mirabeau" (1834), en A. R. W. James (ed.): *Littérature et philosophie mêlées*. Paris, Klincksieck, 1976, vol. 2, p. 331.

23 Henry T. Buckle. *History of Civilization in England*. London, 1857-1861, T. I, p. 16.

razones que habían impedido a los griegos constituir un conjunto político coherente".<sup>24</sup>

El sacrificio de la dimensión individual se convirtió así en una *conditio sine qua non*, el prelude de una "gran revolución historiográfica" comparable a la revolución darwiniana. Para los historiadores positivistas, las cualidades personales, incluidas las de los grandes hombres, no alcanzan para *explicar* el curso de los acontecimientos y se debe tomar en consideración las instituciones y el medio (la raza, la nación, la generación, etc.). Sin embargo, su proceder tuvo otra consecuencia conceptual importante que consistió en purificar el pasado. Como observaba Henry Buckle, en una visión evolucionista era indispensable renunciar a las diferencias, a las variaciones, a los cortes morfológicos: el historiador debe elegir solo las acciones que han mejorado la organización social y las iniciativas que han ayudado a la humanidad —o a la especie— a avanzar hacia su *verdadero fin*. Y ese trabajo de limpieza no terminaba allí. Incluso las diferencias individuales quedaban borradas. Por un curioso deslizamiento del vocabulario, los signos del alma de Plutarco, ya reducidos por Hegel a "pequeñeces", se convertían en "idiosincrasias personales" que primero había que nivelar y, después, eliminar.<sup>25</sup>

Pero la mayoría de los historiadores del siglo XIX no aceptaba privilegiar las uniformidades en detrimento de las particularidades del pasado, sobre todo las especificidades nacionales. Leopold von Ranke recordaba "la acción enérgica de los pueblos y los Estados debida a su especificidad", y Barthold Niebuhr afirmaba: "Cada pueblo ha recibido de Dios su propia vocación y su marca particular, vinculada a su destino".<sup>26</sup> De este lado del Rhin, Michelet exaltaba el elemento egotista, "el poderoso *trabajo de uno sobre uno*" realizado por las naciones, y declaraba que "el hombre es su propio Prometeo".<sup>27</sup> Con esa perspectiva se afirmaron las particularidades personales, las que Hegel había calificado con desdén de "pequeñeces": el hombre era

24 Louis Bourdeau. *L'Histoire et les Historiens. Essai critique sur l'histoire considérée comme science positive*. Paris, F. Alcan, 1888, p. 109; John Fiske. "Sociology and Hero-Worship", *Atlantic Monthly* 47, 1881, pp. 75-84.

25 John Fiske. "Sociology and Hero-Worship", *op. cit.*, p. 81.

26 Leopold von Ranke. *Aus Werk und Nachlass. IV. Vorlesungseinleitungen*, ed. por Volker Dotterweich y W. P. Fuchs. Munich-Vienna, R. Oldenbourg, 1975, p. 287; para el texto de Barthold G. Niebuhr, ver Fulvio Tessitore. *Introduzione allo storicismo*. Roma-Bari, Laterza, 1991, p. 63.

27 Jules Michelet. "Préface de 1869", en P. Vialleneix (ed.): *Œuvres Complètes*. Paris, Flammarion, 1974, vol. 4, p. 13.

un creador dinámico, una potencia animadora, una fuerza viva de la historia. Para Thomas Babington Macaulay y para muchos otros menos conocidos –como James Gairdner o John Morley–, el espíritu de una época o de una civilización no podía comprenderse sino a través de la realización personal de los grandes protagonistas.<sup>28</sup> Sin dejar de referirse a Macaulay como un “joven muy refinado, desesperadamente convencional”,<sup>29</sup> Thomas Carlyle compartía su punto de vista y, en 1830, observaba que “la vida social es el resultado de todas las vidas individuales que componen la sociedad”.<sup>30</sup> Para él, “la historia es la esencia de incontables biografías”: la única manera de penetrar en la intimidad del pasado consistía en interesarse por los hombres; en los campos de batalla, en el parlamento o en las antecámaras reales solo tenían lugar hechos fortuitos o superficiales.<sup>31</sup>

Las acciones individuales constituían el pilar de la historia, principalmente en el mundo anglosajón, poblado por los héroes de Percy Shelley, Matthew Arnold y Alfred Tennyson, pero siguieron siendo celebradas también en los demás países de Europa. En una célebre página de *Historik*, Johan Gustav Droysen insistía en “el peso desmesurado de la *x* minúscula”:

Si designamos con la letra *A* todo lo que un hombre es, posee y hace, esa *A* está formada por  $a + x$ , donde *a* representa todo lo que le llega de los elementos externos, a saber: de su país, de su pueblo, de su época, etc., y la *x* minúscula constituye su aporte personal, la obra de su libre voluntad. Por más pequeña que sea esa *x*, tiene un valor infinito (...). Si bien las estadísticas demuestran que, en un país dado, hay tantos hijos ilegítimos, si bien en esa fórmula,  $A = a + x$ , la *a* contiene todos los momentos que explican cómo, de mil madres, veinte, treinta o más, tendrán hijos fuera del matrimonio, cada caso tiene su historia, emocionante y trágica, y entre esas veinte o treinta madres desdichadas, será difícil intentar explicar el caso, aunque sea para una sola de ellas, a través de las leyes de la estadística. En los remordimientos y en las lágrimas de sus noches, cada una de ellas estará profundamente convencida de que, en la fórmula  $A = a + x$ , la *x* minúscula tiene un valor desmesurado, que contiene todo el valor moral de la persona.<sup>32</sup>

---

28 Ver Thomas Babington Macaulay. *Critical and Historical Essays*. London, Longmans, 1843, *passim*.

29 Hugh Trevor-Roper. “Thomas Carlyle’s Historical Philosophy”, *Times Literary Supplement*, 26 de junio de 1981, pp. 731-734.

30 Thomas Carlyle. “On History”, en: *Critical and Miscellaneous Essays*. London, Chapman & Hall, 1869, vol. 2, p. 255.

31 *Ibid.*, pp. 255, 260.

32 Johann Gustav Droysen. *Historik. Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*, ed. por R. Hüner. München, R. Oldenbourg, 1937, pp. 406-407.

A comienzos del siglo XX, los herederos de Leopold von Ranke, reunidos en torno a la *Historische Zeitschrift* –y a la *Revue historique en France*–, subrayaban la importancia de los hechos específicos y de las hazañas de los hombres célebres. La periodización, casi siempre articulada alrededor de los reinados, era una de las muchas formas de personalizar la historia nacional: los dieciocho volúmenes de la *Historia general de Francia*, publicados bajo la dirección de Ernest Lavisse entre 1903 y 1911, están encabezados por las imponentes figuras de Sully, Richelieu o Colbert.

### 3. El héroe

Las tonalidades heroicas, incluso titanescas, se volvieron particularmente vívidas a mediados del siglo XIX. Por oposición a una concepción positivista de la historia basada en el principio de la necesidad, la mayoría de los historiadores se obstinaron en resaltar las capacidades creadoras y la fuerza de actuar del hombre. Sin embargo, se limitaron a reivindicar los derechos de los que hacen la historia (Mahoma, Dante o Lutero); los demás, el común de los mortales, debían conformarse con un tratamiento colectivo. El principio de la individualidad podía aplicarse a todos los pueblos y a todas las naciones del mundo occidental, pero no a todas las personas. Para Ranke, la biografía se vuelve significativa solo en la medida en que “la existencia personal alcanza una dimensión histórica universal”.<sup>33</sup> Pero el intérprete más apasionado de la biografía heroica fue Carlyle. Oponiéndose a quienes “toman las medidas del hombre” y hacen de él “el producto de su época” –Helvecio a la cabeza–, afirmó que solo el gran hombre, expresión del libre albedrío, era capaz de afrontar a la multitud pasiva, presa de la necesidad: “Todo lo que vemos firmemente establecido (...) no es más que la encarnación de los pensamientos surgidos en la mente de los grandes hombres”.<sup>34</sup>

Hoy en día, luego de la polémica contra “la historia historizante” que hizo de la biografía un emblema de la historia tradicional y

---

33 Ver Friedrich Meinecke. “Leopold von Ranke”, en: *Die Entstehung des Historismus...* (discurso pronunciado el 23 de enero de 1936, reproducido en anexo; citado según la trad. italiana, pp. 499-513).

34 Thomas Carlyle. *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*. London, Oxford University Press, [1841] 1974, p. 1.

*evenemential*,<sup>35</sup> nos puede parecer extraño que algunos historiadores del siglo XIX hayan podido ver en la biografía un instrumento para escapar de la fascinación de los hechos. Pero así es. Carlyle desconfiaba de los que pretendían comprender el pasado “recogiendo los hechos, como si se tratara de las perlas de un collar”,<sup>36</sup> y apuntaba al caos subyacente, profundo y oscuro del devenir:

El hombre más dotado no puede sino organizar en serie sus propias impresiones, por ello su observación tiende a ser *cronológica* (...), mientras que lo que tuvo lugar en general ocurrió en forma *simultánea*: los hechos no se encadenan en una serie, sino que se agrupan. En la historia escrita, las cosas no suceden como en la historia vivida: los hechos reales no se vinculan simplemente unos con otros como los padres con los hijos; cada hecho es el fruto no de un suceso en particular, sino de todos los sucesos anteriores o contemporáneos, y a su vez se combinará con todos los demás para dar origen a un hecho nuevo. Un Caos del Ser, perpetuamente activo (...) se reproduce a partir de incontables elementos.<sup>37</sup>

Consideraba el orden cronológico como una simple apariencia. Su objetivo era dar cuenta del volumen de la historia. De allí surgen algunas consideraciones interesantes sobre la narración histórica como escritura tridimensional, que serían retomadas algunas décadas más tarde en el ámbito literario —por ejemplo, por André Gide en *Los falsificadores de monedas*—:

Un historiador debe escribir, por así decirlo, en *líneas*; pero cada hecho es una *superficie*; y si buscamos sus causas, es un *volumen*; de allí un defecto fundamental e incurable en el arte de la Narración que el mejor de nosotros solo podría remediar más o menos bien.<sup>38</sup>

Negándose a dejarse atrapar por la historia cronológica, el “vidente puritano” —como lo llamaban sus contemporáneos— creía que la primera cualidad de un historiador era la compasión. Tomaba como modelo el centauro Quirón: el historiador debía “llorar, reír, amar, desesperar”, al mismo tiempo que sus personajes.<sup>39</sup> Sobre este

---

35 Ver Josef Konwitz. “Biography: the Missing Form in French Historical Studies”, *European Studies Review* 6, 1976, pp. 9-20.

36 Thomas Carlyle. *Sartor Resartus: la philosophie du vêtement*, trad. por Louis Cazamian. Paris, Aubier, [1893] 1973, pp. 324-325.

37 Thomas Carlyle. “On History”, *op. cit.*, p. 257.

38 Thomas Carlyle. *Two Note-Books*. New York, C. E. Norton, 1898, p. 124.

39 Ver Jacques Cabau. *Thomas Carlyle ou le Prométhée enchaîné. Essai sur la genèse de l'œuvre de 1795 à 1834*. Paris, PUF, 1967, p. 163.

punto al menos, coincidía con Michelet quien, unos años más tarde, declararía con altisonancia que había exhumado “a muchos muertos, olvidados con demasiada premura”. Los hombres del pasado ofrecían una ocasión privilegiada de intervenir sobre la historia y de ser modelados por ella: “La historia –escribía– el historiador se mezclan en esa mirada (...). Porque la historia, con el transcurso del tiempo, hace al historiador más que lo que él la hace a ella. Mi libro me ha creado. Yo soy su obra”.<sup>40</sup> Semejante actitud, en las antípodas de la comprensión objetiva sostenida en el mismo período por Ranke, en Alemania, llevaría a Michelet a definir la historia como una poderosa química moral, “donde mis pasiones individuales se convierten en generalidades, donde mis generalidades se convierten en pasiones, donde mis pueblos se convierten en mí; donde mi yo vuelve a animar a los pueblos”.<sup>41</sup> Menos propenso que el historiador francés a admitir los inevitables intercambios de identidad en todo trabajo histórico, Carlyle recomendaba, pese a todo, que “no se debe solamente juzgar al héroe, sino transfundir en él su propio ser”.<sup>42</sup> En efecto, la simpatía le parecía la única manera de no confundir la meta de una vida con “lo que fue su curso y su punto de partida”.<sup>43</sup> Carlyle hacía mención permanentemente al riesgo de la linealidad: tal como observaba en 1841, podía parecer que Oliver Cromwell había decidido convertirse en lord protector de Inglaterra cuando comenzó a labrar las tierras pantanosas de la provincia de Cambridge; pero se trataba de una alteración radical de los hechos, realizada *ex post facto* por un historiador de opereta deseoso de borrar del pasado las esperanzas, las conjeturas y las incertidumbres.<sup>44</sup>

El flujo caótico y aleatorio de la vida, develado por sus reflexiones sobre las biografías, llevaba a Carlyle a limitar el principio de necesidad: sin duda, respecto de ese punto, su héroe se alejaba al máximo del hombre providencial de los filósofos. El historiador inglés no se preguntaba cómo el espíritu universal podía utilizar a los individuos, sino cómo el hombre singular podía trascender el mundo y desempeñar un papel cósmico. Mientras que el gran individuo histórico-universal

40 Jules Michelet. “Préface de 1869”. *op. cit.*, p. 14.

41 Jules Michelet. *Journal*. Paris, Gallimard, 1959, vol. 1, p. 362.

42 Thomas Carlyle. “Metrical Legends of Exalted Characters, by Baillie”, *New Edinburgh Review*, p. 402. Sobre la concepción simbiótica de la biografía en Carlyle, ver Jacques Cabau. *Thomas Carlyle ou le Prométhée enchaîné*, *op. cit.*, pp. 131, 135, 162.

43 Thomas Carlyle. *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, *op. cit.*, p. 290.

44 *Ibid.*, pp. 290-291.

de Hegel (César o Napoleón, inmortalizado en el campo de batalla de Jena) realizaba inconscientemente un objetivo general,<sup>45</sup> todos los personajes de Carlyle se distinguían por una intensa facultad de discernimiento: no eran los simples mensajeros de una idea universal, sino los profetas de la realidad, seres conscientes de las relaciones de fuerza y de su culpabilidad –como en las tragedias de Esquilo–. “¡Qué catarsis para un pueblo de pigmeos!”, comentaba Ralph Waldo Emerson<sup>46</sup> en el transcurso de su segundo viaje a Inglaterra, en 1847...

Las argumentaciones de este tipo a favor de la biografía, en apariencia intransigentes, en realidad eran bastante ambiguas. Los pocos personajes del pasado que gozaban de una dignidad personal tenían bastante poca humanidad: más que hombres, parecían ser almas, verdaderas apariciones divinas. Carlyle lo explicitó concretamente: los grandes hombres encarnaban “la esencia enorme, desmesurada, del pensamiento”.<sup>47</sup> Para él, el verdadero arte de la biografía trascendía lo que es particular de la persona para iluminar la relación existente entre la imaginación individual y el universo.<sup>48</sup> Por lo demás, aunque la vida humana le pareciera “una suerte de bestia endiosada”, los aspectos corporales podrían o, mejor aún, debían ser apartados para exaltar el tema arquetípico del héroe (Napoleón en Santa Elena, caracterizado como un Prometeo encadenado).<sup>49</sup>

A través de un meticuloso trabajo de purificación, de eliminación de todo rastro corporal, Carlyle deseaba alcanzar ese universo esencial del espíritu donde “los pensamientos y los sentimientos no pueden encerrarse en el campo cercado de la personalidad”.<sup>50</sup> Su objetivo era superar la ley de la persona, hacer de la biografía “un colirio para limpiar los ojos del egotismo”.<sup>51</sup> El culto del héroe se basaba en la renuncia a sí mismo, en el olvido de la persona, y apuntaba a la universalidad, a esa parte del espejo que refracta el infinito.<sup>52</sup> La paradoja, solo aparente,

---

45 Ver Karl Löwith. *Meaning in History*, op. cit., cap. 3.

46 Ralph Waldo Emerson. *English Traits, Representative Men and Other Essays*. London, J. M. Dent, s.d (1908), pp. 162-163, 169, 172.

47 Thomas Carlyle. *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History*, op. cit., p. 216.

48 Ver Jacques Cabau. *Thomas Carlyle ou le Prométhée enchaîné*, op. cit.

49 Ibid., pp. 137, 144.

50 Ver Ralph Waldo Emerson. *English Traits, Representative Men and Other Essays*, op. cit., p. 172.

51 Ibid., p. 168.

52 Sobre la teoría del espejo en Carlyle, ver Jacques Cabau. *Thomas Carlyle ou le Prométhée enchaîné*, op. cit., pp. 95-106, 142-143, 159.

fue expresada claramente por Emerson cuando confesó admirar por encima de todo al héroe “capaz de aniquilarse”.<sup>53</sup>

Despersonalizado y desencarnado, el héroe no se oponía al espíritu de la filosofía clásica alemana. Proponía más bien una versión nueva: Carlyle reunía en el heroísmo los elementos dispersos que Hegel había sometido a la ley.<sup>54</sup> En historia, se trata de una tentación recurrente. La biografía prometeica aspira a la totalidad; e incluso cuando no se apoya en el principio de necesidad y cuando admite el flujo caótico y aleatorio de la vida, presupone la unidad indivisible de la civilización.

#### 4. El hombre patológico

Esas celebraciones históricas del pasado contrastaban con lo que sucedía, casi al mismo tiempo, en el ámbito de la literatura. Como escribía Lorenzo Da Ponte, para los grandes novelistas europeos, el relato de un anciano desafortunado no era “menos interesante que el de la derrota de un gran general, y la suerte de la tripulación en un naufragio no es menos importante que la de su almirante”.<sup>55</sup> Mientras que la historia esperaba poder llevar una doble contabilidad de los hombres, la literatura seguía poblándose de figuras comunes, tal vez incluso más inestables y menos vinculadas a un único objeto metafísico (del Frédéric Moreau, de Flaubert, al hombre subterráneo, de Dostoievski). El retraso de Clío fue importante: el heroísmo sigue influenciando hoy en día, de manera más o menos consciente, el trabajo de los historiadores. Pero no todos han sido tan conservadores. En algunos lugares, hallamos signos interesantes, que merecen atención.

Pienso, en primer lugar, en las reflexiones de Jacob Burckhardt. El historiador de Basilea ironizaba sobre la pretensión de muchos de sus contemporáneos de superar el heroísmo y confirmaba que los

---

53 Ralph Waldo Emerson. *English Traits, Representative Men and Other Essays*, op. cit., pp. 164-170.

54 Ver Hippolyte Taine. *L'idéalisme anglais. Étude sur Carlyle*. Paris, Germer Baillière, 1864, pp. 93-110. Existe traducción al español: *Idealismo y positivismo inglés*, trad. por Héctor del Valle. Madrid, Atlas, 1944.

55 Sobre el texto de Lorenzo Da Ponte. *Memorie e altri scritti*. Milano, Longanesi, 1971; ver Andrea Battistini. *Lo Specchio di Dedalo. Autobiografia e biografia*. Bologna, Il Mulino, 1990, p. 105. Sobre el proceso de democratización de la autobiografía, ver Jean Starobinski. *Jean-Jacques Rousseau, la transparence de l'obstacle*. Paris, Gallimard, 1971, p. 461 [Existe traducción al español: *Jean-Jacques Rousseau: la transparencia y el obstáculo*, trad. por Santiago González Noriega. Madrid, Taurus, 1983].

grandes hombres son indispensables para que “el movimiento de la historia pueda liberarse periódicamente de las formas de vida puramente externas y muertas, así como de la cháchara elucubradora”.<sup>56</sup> Al igual que Carlyle, definía la grandeza histórica como “un enfrentamiento final entre el hombre y el tiempo”, lo suficientemente misterioso como para evocar el *ieros gamos* (el matrimonio sagrado), y reconocía en el héroe una fuerza vital, una tensión capaz de recrear el mundo circundante, antes que la expresión o la encarnación de una época.<sup>57</sup> Sin embargo, su defensa de la grandeza seguía siendo incierta y aparente. La figura del héroe le parecía inactual —la cultura moderna no podía producir más que “una mediocridad inflada”—<sup>58</sup> y a veces incluso una impostura cuyos límites humanos dramáticos se silenciaban: era una coartada para tratar “los sufrimientos de incontables individuos (...) con una fría indiferencia, considerados como una ‘desdicha pasajera’”.<sup>59</sup>

Con la noción de excepción, tentación mortal de la decadencia, lo que se acusaba era la idea de progreso. Uno de los rasgos salientes de la reflexión de Burckhardt, que detestaba “el orgulloso fruncimiento de nariz de los filósofos”,<sup>60</sup> era su negativa de las teodiceas —en particular la de Hegel—, a las que oponía su método patológico, basado en el sufrimiento de los hombres. Las existencias individuales demostraban en qué medida “la teoría de la perfectibilidad creciente”, que asimilaba el presente al progreso, era ridícula y pretenciosa:

El espíritu humano no esperó años para conocer la plenitud. En cuanto a la encuesta sobre los “*moral progresses*”, se la dejamos a Buckle, que se sorprende con ingenuidad de no comprobar ninguno, ya que el progreso moral no puede aplicarse a un período, sino solo a la vida de un individuo. Ya en la Antigüedad sucedía que un hombre se sacrificara por otro; no hemos logrado hacer algo mejor en nuestros días.<sup>61</sup>

---

56 Jacob Burckhardt. *Considérations sur l'histoire universelle*, trad. por Sven Stelling-Michaud. Paris, Payot, [1906] 1971, p. 275.

57 *Ibid.*, pp. 235-275.

58 Ver Karl Löwith. *Sämtliche Schriften*. VII. *Jacob Burckhardt. Der Mensch inmitten der Geschichte*. Stuttgart, J. B. Metzlersche, [1936] 1984, cap. 2, citado de la trad. italiana Laterza, 1991, p. 55). Sobre el profetismo pesimista de Burckhardt, ver Gennaro Sasso. *Tramonto di un mito. L'idea di "progresso" fra Ottocento e Novecento*. Bologna, Il Mulino, 1984, pp. 71-84; Felix Gilbert. *History: Politics or Culture. Reflections on Ranke and Burckhardt*. Princeton, Princeton University Press, 1990, caps. 4 y 5.

59 Jacob Burckhardt. *Considérations sur l'histoire universelle*, *op cit.*, p. 285.

60 Ver Karl Löwith. *Jacob Burckhardt. Der Mensch inmitten der Geschichte*, *op. cit.*, cap. 3 (citado de la trad. italiana, p. 87).

61 Jacob Burckhardt. *Considérations sur l'histoire universelle*, *op cit.*, pp. 34-35, 279,

Entonces, a la historia del espíritu –y de la libertad–, que desplegaba programas optimistas de la evolución del mundo, se oponía, para él, la historia del hombre, una historia concreta, arraigada en la existencia, cargada de contradicciones, de aporías y de paradojas: “nuestra propia vida”. Las vicisitudes del mundo, inexplicables a la luz de los proyectos metafísicos, se comprendían a través de los proyectos individuales, marcados por la angustia de la libertad y la culpabilidad. Esa es la intuición fundamental del método patológico. Para Burckhardt, como para Søren Kierkegaard, el centro permanente de la historia era el hombre mortal, normalmente sufriente, “el hombre con sus penas, sus ambiciones y sus obras, tal como ha sido, es y será siempre”.<sup>62</sup> No el hombre de la provi-dencia de los filósofos y tampoco esa impostura romántica que es el hé-roe, sino más bien el individuo independiente, libre en su ser limitado, que conoce y admite su dependencia con respecto a los hechos genera-les del mundo. A través de él, Burckhardt esperaba superar los hechos consumados y descubrir los aspectos emocionales de los hechos. En un momento de su vida, le sucedió “un fenómeno muy extraño”: había tomado conciencia de la súbita disolución de todos los puros y simples datos históricos y había comprendido cuán importante era trabajar en torno a los deseos y la imaginación de los hombres.<sup>63</sup>

Se trataba entonces de una etapa decisiva, incluso desde el punto de vista narrativo: el hombre patológico podría ser un obstáculo para la retórica e introducir al menos algunos elementos de sensaciones concretas. No existe ninguna indicación explícita a esta cuestión, pero las observaciones de Burckhardt sobre la pintura italiana del siglo XVI son esclarecedoras en lo que respecta al método de investigación histó-rica.<sup>64</sup> Me refiero, en particular, a las páginas dedicadas a la limitación del uso de la metáfora en el arte del Renacimiento, donde la esponta-neidad de la *Cámara de la Signatura* se opone a los excesos alegóricos del paisaje de *La Gioconda* y a los efectos sublimes de la *Capilla Sixtina*. Según Burckhardt, Leonardo estaba aún profundamente impregnado

---

282-283. Ver también Jacob Burckhardt. *Fragments historiques*. Genève, Droz, 1965, fragmento n° 84.

62 Jacob Burckhardt. *Considérations sur l'histoire universelle*, op cit., pp. 35, 275.

63 Ver Karl Löwith. *Jacob Burckhardt. Der Mensch inmitten der Geschichte*, op. cit., cap. 4 (citado de la trad. italiana, p. 166).

64 Ver Hayden White. *Metahistory*. Baltimore-London, Johns Hopkins University Press, 1973, cap. 4. Existe traducción al español: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. por Stella Mastrangelo. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1992.

del espíritu alegórico y Miguel Ángel, “el hombre del destino”, daba demasiado lugar a lo simbólico: el *Juicio Final* era un tema demasiado prometeico para ser deseable, pero el otro “gran defecto” se refería sobre todo a la ausencia de diferencia visible entre las individualidades de los santos, los bienaventurados o los condenados. Inversamente, Rafael había inventado un punto de equilibrio perfecto entre simbolismo e historia; pintaba con un realismo excepcional, en las antípodas de la vulgaridad, que consistía en “volver real todo lo que existe y todo lo que sucede”, porque separaba justamente los temas clásicos con miras a un enfoque individual. Mediante ese procedimiento, “el detalle adquiere tal fuerza que aparece como la parte esencial; sin embargo, el encanto del conjunto reside en su cualidad infinitamente más característica”.<sup>65</sup>

La hostilidad hacia los excesos alegóricos y simbólicos impregna toda la reflexión de Burckhardt y es posible que, incluso en el ámbito histórico, asignara a las figuras individuales la capacidad de diluir o, al menos, contener las caracterizaciones metafóricas del mundo.<sup>66</sup> Como en el arte del Renacimiento, en la reconstitución del pasado las formas humanas permitirían no abordar los hechos históricos como si se tratara de manifestaciones de fuerzas morales que dirigen el universo. Separar e individualizar la materia histórica no significaba necesariamente sumirse en lo efímero. En una época que se caracterizaba por el “ser-devenido-provisorio”; donde triunfaban los “*aggiornamentos*”, Burckhardt buscaba las “eternizaciones”: en aquello que los hombres, como individuos y como pueblos, habían pensado, deseado y sufrido, buscaba lo que dura y se repite,<sup>67</sup> es decir “el ideal de persona oculto en lo más profundo de cada uno”.<sup>68</sup> Unos años más tarde, hallaremos la misma ambición en la obra de Marcel Schwob, atento a aprehender el individuo en un principio unificador y a fijarlo en un telón de fondo ideal.<sup>69</sup> Apoyándose

---

65 Jacob Burckhardt. *Der Cicerone. Eine Einleitung, zum Genuß der Kunstwerke Italiens*, en: *Gesamtausgabe*. Stuttgart, Deutsche Verlagsanstalt, [1855] 1929-1934, vol. 3-4; citado de la trad. italiana Libri & Grandi Opere, 1994, p. 979).

66 Ver las observaciones interesantes sobre el lenguaje de Burckhardt, su desapego completo respecto de la retórica y su predilección por las expresiones de la vida práctica, en Karl Löwith. *Jacob Burckhardt. Der Mensch inmitten der Geschichte*, op. cit., cap. 2 (citado de la trad. italiana, pp. 51-84).

67 *Ibid.*, cap. 3 (citado de la trad. italiana, pp. 122-123).

68 *Ibid.*, cap. 4 (citado de la trad. italiana, pp. 173-174).

69 Marcel Schwob. “L’art de la biographie”, prefacio de *Vies imaginaires*. Paris, G. Charpentier & E. Fasquelle, 1896. Sobre la tendencia de Burckhardt a elaborar “cuadros” y no “relatos” históricos, ver Benedetto Croce. *La Storia come pensiero e come azione*. Bari, Laterza, 1943, p. 97.

siempre sobre sus consideraciones respecto de la pintura, como ejemplo de su concepción historiográfica, es posible imaginar que el propósito de Burckhardt era la capacidad de sublimación de Rafael –una sublimación existencial y no moral, diferencia fundamental con respecto a Miguel Ángel–: “lo que presenta en sus Madonas y en sus Niños Jesús es *la* mujer y *el* hijo, porque sabe descubrir el rasgo característico de lo que es accidental y eterno en lo efímero”.<sup>70</sup>

## 5. El hombre-partícula

Asimismo, se hallan algunas consideraciones interesantes sobre la biografía histórica en la obra de Hippolyte Taine que, entre sus proyectos de estudios, incluía, en 1878, Alejandría de Egipto en el siglo III d.C., la República de Venecia entre 1520 y 1576, el Siglo de Oro español y un retrato crítico de Voltaire –del siglo XVIII este era el único tema que le interesaba por sus “aptitudes desconocidas y profundas”–.<sup>71</sup> Como se había subrayado ya unos años antes, los sentimientos y las ideas debían ser observados en su variedad “en los individuos, a través de las épocas y las razas diferentes, tomando como ejemplo al verdadero zoólogo o al botánico, que se pasan la vida elaborando monografías”. Para Taine, la única historia válida debía apoyarse en la psicología y no había contradicción entre lo particular y lo general. Su punto de partida, decía el 19 de diciembre de 1891, no era una idea *a priori* o una hipótesis sobre la naturaleza, sino la observación experimental: toda noción abstracta debía delimitarse y analizarse a partir de una situación particular o de un individuo concreto.<sup>72</sup>

El historiador “científico” admirado por Stefan Zweig no buscaba un héroe, menos aún un Prometeo. Por el contrario, lo que le interesaba era el individuo concreto. Detestaba el hábito que tenían muchos historiadores de transformar una persona en misionero de la providencia o en símbolo de una civilización, y estaba muy decidido a buscar a

---

70 Karl Löwith. *Jacob Burckhardt. Der Mensch inmitten der Geschichte*, op. cit., cap. 2 (citado de la trad. italiana, p. 59-60). Ver Jacob Burckhardt. *Griechischen Kulturgeschichte*, en *Gesamtausgabe*. Stuttgart-Berlin, Deutsche Verlagsanstalt, 1929-34, vol. 8 (citado de la trad. italiana, La Nuova Italia, 1955, vol. 1, pp. 4-9), donde declara explícitamente que desea conocer “lo griego eterno”, precisando que se trata de “una figura interior y no de un simple factor”.

71 Hippolyte Taine. *Pages choisies*, ed. por Victor Giraud. Paris, Hachette, 1909, p. 42.

72 Hippolyte Taine. *Sa vie et sa correspondance*. Paris, Hachette, 1902-1907, vol. 4.

los hombres en sus talleres, en sus oficinas, al aire libre o bajo la luz del sol, en sus tierras, en sus casas. Convencido de que la historia era un campo privilegiado para analizar a la persona, intentaba descifrar allí al hombre que vive y actúa, con sus pasiones, sus hábitos, su voz y su fisionomía, sus gestos y sus costumbres, como el individuo que acabamos de cruzarnos en el camino.<sup>73</sup>

La dimensión antianecdótica de la investigación biográfica, ya reivindicada por Carlyle y por Burckhardt –que imaginaba una gigantesca estratigrafía del espíritu– era compartida por Taine que, en 1878, en un banquete en el liceo Condorcet, declaraba “adivinar la verdadera historia, la de las almas, la profunda alteración que sufren los corazones y los espíritus según los cambios del medio físico y moral donde se sumerjan”.<sup>74</sup> Así, la noción de hecho quedaba transformada –para él, un sueño o una fantasía eran datos objetivos y concretos– y lo importante no era el análisis de la acción en sí, sino de todo lo que la había precedido. Como escribía en una carta dirigida a Alexandre Dumas, más allá de las intrigas de palacio y los debates ideológicos, procuraba reunir los movimientos de la emoción:

En este momento, tratamos de hacer en historia algo similar a lo que ustedes hacen en teatro, quiero decir psicología aplicada. Es mucho más difícil que la antigua historia, mucho más difícil para el autor y mucho más difícil de comprender para el público. Pero, en definitiva, los mecanismos de ideas y sentimientos son la verdadera causa de las acciones humanas, las manifestaciones políticas son absolutamente secundarias. Por ejemplo, en este momento, si deseo construir satisfactoriamente el estado mental de un jacobino, puedo escribir todo un volumen, pero es un trabajo diabólico.<sup>75</sup>

Influenciado por las investigaciones de Cabanis y de Esquirol sobre las relaciones de lo físico y lo moral, Taine estaba particularmente interesado por las condiciones materiales de la psicología individual y deseaba aplicar a la historia moral los métodos de la historia natural. En su opinión, el proceso de comprensión biográfica recordaba la disección de los cuerpos. Al “yo” sublime e infinito evocado por los románticos se oponía una pequeña parcela, un producto, un resultado, un afloramiento:

---

73 Hippolyte Taine. *Histoire de la littérature anglaise*. Paris, Hachette, 1863, vol. 1, pp. V-VII.

74 Hippolyte Taine. *Pages choisies, op. cit.*, p. 6.

75 *Ibid.*, p. 40.

Acabo de releer a Hugo, Vigny, Lamartine, Musset, Gautier, Sainte-Beuve, como tipos de la pléyade poética de 1830. ¡Qué errados estuvieron todos ellos! ¡Qué idea equivocada tienen del hombre y de la vida! (...) ¡Cómo cambia el punto de vista según la educación científica e histórica! Material y moralmente, soy un átomo en un infinito de extensión y de tiempo, una yema en un baobab, una punta florecida en un polípero prodigioso que ocupa el Océano entero, que emerge generación por generación, dejando sus incontables soportes y ramificaciones debajo de la ola; lo que soy me ha llegado y me llega por el tronco, la gran rama, el ramo, el tallo cuya extremidad soy; soy por un momento el resultado, el afloramiento de un mundo paleontológico engullido, de la humanidad inferior fósil, de todas las sociedades superpuestas que han servido de soporte a la sociedad moderna, de la Francia de todos los siglos, del siglo XIX, de mi grupo, de mi familia.<sup>76</sup>

Con esa perspectiva, Taine insistía en la importancia conceptual de todas las pequeñeces individuales desdeñadas por Hegel y, en lugar de basar el análisis histórico en datos uniformes y medios, prefería buscar los hechos minúsculos y las anécdotas, “las *praerogative sententiarum*, como decía Bacon, auténticos fragmentos de vida, buscados en la misma realidad”.<sup>77</sup>

A comienzos del siglo XX, algunas de sus intuiciones fueron retomadas y estudiadas por los historiadores prosopográficos. El primero de ellos, Sir Lewis Namier, intentó descubrir la verdad objetiva a través de una suerte de *puntillismo*. Como observó Isaiah Berlin, el historiador anglo-polaco torturaba la historia, “dividía y reducía verdaderamente sus datos en pequeños fragmentos, luego los recomponía con una extraña capacidad de imaginación y de síntesis”.<sup>78</sup> Su empirismo tenía algo profundamente innovador: de acuerdo con las ideas revolucionarias de los filósofos del Círculo de Viena, que habían establecido el principio de verificación como medio de luchar contra la indeterminación y la metafísica, Namier deseaba “eliminar el elemento espiritual de la historia”.<sup>79</sup> Desconfiaba de la filosofía de la historia e incluso de la historia de las ideas, y estaba convencido de que, para explicar los hechos sociales, se debía explorar en detalle las raíces del

---

76 *Ibid.*, pp. 34-36.

77 Hippolyte Taine. *Sa vie et sa correspondance*, op. cit., vol. 4, carta a Franz Brentano, 13 de marzo de 1891.

78 Isaiah Berlin. *Personal Impressions*, ed. por Henry Hardy. London, The Hogarth Press, 1982, p. 82. Existe traducción al español: *Impresiones personales*, trad. por Juan José Utrilla y Audón Coría Méndez. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992.

79 *Ibid.*, p. 81. Sobre Namier, ver también Linda Colley. *Lewis Namier*. London, Weidenfeld & Nicolson, 1989.

comportamiento individual, razón por la cual construía la historia a partir de la psicología y no de la sociología. Su método de análisis puntilloso preveía la separación de los fenómenos sociales en una miríada de existencias particulares que había que recomponer sucesivamente en conjuntos más amplios: el objetivo era “conocer bien la vida de miles de individuos, un hormiguero en su totalidad, ver las columnas de hormigas estirarse en diferentes direcciones, comprender sus articulaciones y sus correlaciones, observar cada hormiga, sin olvidar por ello el conjunto del hormiguero”.<sup>80</sup>

Pero la idea de fragmentar lo real, estudiar sus divisiones, sería profundizada fuera del ámbito histórico. El psicoanálisis adoptó, antes que cualquier otra disciplina, un enfoque *en detalle* y no *en masa*: al reducir a migajas el desorden de los sueños, Freud concebía lo infinitamente pequeño no solo como un índice indispensable, un rastro que permite recuperar el sentido general, sino como un punto nodal, “sobredeterminado”, donde convergen muchas motivaciones y pulsiones.<sup>81</sup> En el mismo momento, la realidad interior fue tratada por algunos novelistas como un cuerpo para anatomizar o como una estructura molecular: André Gide relata la vida no “en longitud”, en el sentido cronológico, sino “en anchura y en profundidad”, mientras que Robert Musil inventa para sí mismo “un bello y fuerte nombre de *señor vivisector*”.<sup>82</sup> Toda la literatura contemporánea afirma la ausencia de sentido unitario de la vida, de valor al cual ligar la multiplicidad de la experiencia, y descubre así que el hombre es un archipiélago. Un choque psíquico introduce en la escena, sin miramientos, las unidades mínimas: el personaje-hombre, que desde largo tiempo llevaba una existencia miserable, es obligado a ceder lugar al personaje-partícula.<sup>83</sup>

---

80 Lewis B. Namier. “The Biography of Ordinary Men”, en: *Skycrapers and Other Essays*. New York, MacMillan, [1931] 1968, pp. 46-47.

81 Sigmund Freud. “Die Traumdeutung”, en Anna Freud *et al.* (eds.): *Gesammelte Werke*. Frankfurt am Main, Fischer, [1899] 1961, vol. 2-3, pp. 272-273, 451-452. Sobre el principio de autodeterminación, ver también Sigmund Freud. “Bruchstück einer Hysterie-Analyse”, en Anna Freud *et al.* (eds.): *Gesammelte Werke, op. cit.*, vol. 5. Al respecto, ver también Mario Lavagetto. *Freud, la letteratura e altro*. Torino, Einaudi, 1985, pp. 155-162, 215, 251, 383-387.

82 André Gide. *Les Faux-Monnayeurs*. Paris, Gallimard, [1925] 1984, p. 184 [Existe traducción al español: *Los falsificadores de moneda*, trad. por Ma. Teresa Gallego Urrutia. Barcelona, Alba, 2009]; Robert Musil. *Journaux*, trad. por Philippe Jaccottet. Paris, Éd. du Seuil, 1981, T. I, cuaderno 4, p. 24.

83 Ver Giacomo Debenedetti. *Il Personaggio uomo*. Milano, Garzanti, 1970, p. 23; Claudio Magris. *L'Anello di Clarisse. Grande stile e nichilismo nella letteratura moderna*. Torino, Einaudi, 1984, pp. 3-31.

## 6. Norma y posibilidad

La crisis del heroísmo, anunciada por Carlyle, ahora ha alcanzado un punto extremo. Los *Menschen die Geschichte machen*, los hombres que hacen la historia, ya no son convincentes, y tal vez ni siquiera creíbles. Pero la muerte del héroe no ha eliminado la exigencia de estudiar los individuos. Hoy en día, la apuesta no se refiere al gran hombre —concepto desterrado y a veces menospreciado—, sino al hombre común. Constituye el objetivo principal de los estudios sobre la cultura popular, los trabajos de historia oral o de historia de las mujeres. El camino fue abierto, en los años 1960, por Edward P. Thompson que, en oposición al marxismo ortodoxo como al estructuralismo, devolvió la dignidad personal a los vencidos de la historia, a las víctimas del pasado. Desde entonces, la noción de experiencia comenzó a erosionar la de estructura. En 1976, Carlo Ginzburg mencionaba la célebre pregunta de Bertolt Brecht (“¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?”) para dar la palabra a un molinero friulano del siglo XVI; en los años siguientes, algunos historiadores elevaron la apuesta: si Menocchio contiene a veces algunos rasgos heroicos, Martin Guerre, Giambattista Chiesa o Jacques Louis Ménétra son hombres verdaderamente comunes.<sup>84</sup>

Esa transformación *democrática* resultó, y sigue resultando, laboriosa. La biografía coral debería abocarse a expresar la multiplicidad de la experiencia reivindicada por Virginia Woolf, cuando se mofaba de la costumbre de los biógrafos de “dar cuenta de seis o siete ‘yo’, mientras que una sola persona puede poseer miles”.<sup>85</sup> El doble pasaje (al hombre cualquiera y al hombre múltiple) fue enunciado claramente, hace ya unos cuarenta años, por Lewis Mumford:

El nuevo sujeto —escribía— posee a la vez superficie y profundidad: el individuo tal como se lo concebía antes, ser razonable, riguroso, reflexivo, era como el

84 Me refiero aquí a los individuos estudiados por Carlo Ginzburg. *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, trad. del italiano por Francisco Martín y trad. de las citas en latín por Francisco Cuartera. Barcelona, Muchnik, 1999; Natalie Zemon Davis. *Le Retour de Martin Guerre*. Paris, Laffont, 1982 [Existe traducción al español: *El regreso de Martin Guerre*, trad. por Helena Rotés. Madrid, Akal, 2013]; Giovanni Levi. *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. Madrid, Nerea, 1990; Jacques-Louis Ménétra. *Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétra compagnon vitrier au 18ème siècle*, ed. por Daniel Roche. Paris, Montalba, 1982.

85 Virginia Woolf. *Orlando*. Paris, Gallimard-Flammarion, [1928] 1982. Existe versión traducida al español por Jorge Luis Borges (Alianza, 2003).

universo newtoniano; el nuevo (...), en algunas relaciones, se comporta como un corpúsculo en movimiento, y en otras, como una onda.<sup>86</sup>

En el transcurso de ese siglo, numerosos historiadores subrayaron la importancia de ese pasaje. Sin embargo, sus propuestas muchas veces quedaron como letra muerta: aceptar las incertidumbres del pasado y renunciar al simulacro de la integridad individual es una empresa al menos complicada. Para Havelock Ellis, los artículos del *Dictionary of National Biography* estaban poblados de personajes “lisos, decorativos, convencionales, bien peinados y, sobre todo, cuidadosamente amputados a partir de la cintura”.<sup>87</sup> Lamentablemente, se puede retomar la misma crítica a los escritos biográficos de André Maurois, Francis Hackett o Emil Ludwig –que Benedetto Croce comparaba con Guido da Verona, “el d’Annunzio de las costureritas”,<sup>88</sup> de moda en Italia en los años 1920–. El propio Namier, gran admirador de Freud, nos ha dejado páginas muy ingenuas sobre el orgullo, la elegancia y el individualismo de sus pares ingleses.<sup>89</sup>

Me parece que el estudio del pasado sigue privilegiando una concepción aritmética del individuo, prepsicoanalítica e incluso pre-dostoievskiana, que no ofrece al personaje-hombre más que una alternativa: desempeñar el papel de un ser consciente y coherente o bien el de un peón en el ajedrez de la necesidad.<sup>90</sup> Los seres que habitan tantos libros de historia de este siglo parecen menos fuertes y menos ilustres que sus ancestros del siglo XIX –Emerson los trataría de pigmeos–, pero también son ellos prisioneros de una unidad de sentido ficticia. Comparten el mismo destino aritmético: pensar con frases que terminan con un punto final; la diferencia se halla en su grado de normalidad. Mientras que los personajes celebrados por Carlyle eran

---

86 Lewis Mumford. “The Task of Modern Biography”, *English Journal* 23, 1934, pp. 1-9.

87 Havelock Ellis. “An Open Letter to Biographers” (1896), en: *Views and Reviews. A Selection of Uncollected Articles*. London, Desmond Harmsworth, 1932, p. 98.

88 Ver Benedetto Croce. *Storia della storiografia italiana nel secolo XIX*. Bari, Laterza, 1947, p. 282. Ver también Wallace Notestein. “Retrospective Reviews: Recent British Biographies and Memoirs”, *American Historical Review* 32, 1926, pp. 22-33; Lionel M. Gelber. “History and the New Biography”, *Queen’s Quarterly* 37, 1930.

89 Ver las críticas de Herbert Butterfield. *George III and the Historians*. London, Collins, 1957; y las de John Harold Plumb. “The Atomic Historian”, *New Statesman* 78, 1969, pp. 141-143.

90 Sobre los límites de la mentalidad euclidiana, ver Fiódor M. Dostoievski. *Mémoires écrits dans un souterrain* (1864). Paris, Gallimard, 1977. Existe traducción al español: *Memorias del subsuelo* (1864), trad. por Bela Martinova. Madrid, Cátedra, 2003.

expresiones puras de la voluntad, hoy aparecen como ordinarios, pasivos, previsibles. Su integridad personal ya no tiene nada excepcional, no es más que un producto de serie.

En ese sentido, las consideraciones de Bourdieu sobre la ilusión biográfica son extremadamente pertinentes. Fragmentar la existencia —como suelen hacer los historiadores— en búsqueda de una improbable unidad de sentido revela una ingenuidad imperdonable, sobre todo porque, en este siglo, la literatura no ha dejado de develar el carácter discontinuo y provisional de lo real —“Me repugna hacer el recuento de mis impresiones”, escribía André Gide—. <sup>91</sup> Sin embargo, me parece que, aun siendo fundamental, esa objeción puede hacernos caer en una trampa. Por dos motivos. El primero, el peligro de caer en la historia cronológica, *evenemential* y poco problemática, no se inscribe en el género biográfico: como he insistido en las páginas precedentes, las ciencias sociales no han producido una sola y única figura de individuo, y el enunciado biográfico no tiende siempre, automáticamente, hacia la forma tradicional de la biografía. <sup>92</sup> Por otro lado, la referencia a la literatura tal como se nos la presenta me parece poco pertinente, pues el caso personal no cumple la misma función en literatura y en historia y, de todas formas, el campo crítico de Bourdieu es profundamente diferente del de los grandes novelistas de comienzos del siglo XX. A través de su reproche, el sociólogo tiende a homologar las conductas individuales y a reforzar los lazos normativos, la fuerza del *habitus*. <sup>93</sup> En cambio, Gide, Musil o Valéry —por citar solo los más representativos— criticaban la biografía con la intención de profundizar las variaciones del yo: admitida la fragmentación del ser y la división de la mirada individual, trataban de descubrir lo virtual y lo hipotético. En tal sentido, es posible extraer de sus obras una enseñanza muy diferente de la que propone Bourdieu: a saber, utilizar el yo para romper con el exceso de coherencia del discurso histórico, es decir, para interrogarse no solo sobre lo que ha sido, sobre lo que se ha producido, sino también sobre las incertidumbres del pasado y las posibilidades que se han desperdiciado.

91 André Gide. “Cahiers de la Petite Dame”, *Cahiers André Gide* 4, 1973, p. 75 (16 de abril de 1921).

92 Ver Olivier Schwartz. “Le baroque des biographies”, *Les Cahiers de philosophie* 10, 1990, pp. 173-183.

93 Por otro lado, me parece que Bourdieu da aquí una connotación particularmente restrictiva al *habitus*, por ejemplo con respecto a ciertas páginas de *Sens pratique* (París, Éd. de Minuit, 1980 [Existe traducción al español: *El sentido práctico*, trad. por Ariel Dillon. Madrid, Taurus, 1993]) donde se analiza la manera en que se manipula el *habitus* en el plano individual.

Probablemente debemos buscar en otra parte las razones por las cuales los historiadores tienen dificultades para elaborar la multiplicidad individual. Los pequeños hombres coherentes, inmersos en una norma sólida y sin fallas, pueden inscribirse a veces en un juicio crítico sobre la evolución histórica —como en la célebre “biografía” de *Pierre Rivière* ofrecida por M. Foucault—, pero la mayoría de las veces son el simple resultado de una antigua regla del oficio que obliga a arraigar a la persona en su entorno. A diferencia de la biografía, género literario serenamente basado en la unicidad de una existencia, la historia debe reconstituir un tejido social y cultural más amplio. Se trata de un principio fundamental, que sin embargo ha sido confundido en muchas ocasiones con el de representatividad: el trabajo de contextualización se parece entonces, de manera inquietante, a la homologación de una muestra estadística. La razón profunda de esa obsesión de la representatividad —definida por Jean-Claude Passeron como “excelencia dóxica”—<sup>94</sup> se manifiesta claramente en un texto célebre de Max Weber, en el que analiza la distinción entre personajes “operantes”, como “elementos causales de una cadena real”, e “individuos indiferentes”, considerados solo como un *locus* de conocimiento, que permite identificar las características de un grupo social.<sup>95</sup> Privados de su facultad de actuar, de su fuerza dramática para ser históricamente interesantes, los “pigmeos” no pueden ser sino hombres típicos y cercanos de la media estadística.<sup>96</sup>

Todo aquel que haya trabajado con fuentes biográficas (diarios íntimos, correspondencia, memorias, etc.) sabe cuán frustrante es esa búsqueda de normalidad. Tal vez por ello sea tan tentador atenuar la especificidad de los destinos personales: de manera aparentemente inofensiva, en la práctica histórica se intenta limitar, incluso corregir, los elementos egotistas de la biografía, proceder que recuerda a la eliminación de las idiosincrasias individuales propulsada por los positivistas. En todo caso, los testimonios personales se retienen en la búsqueda documentaria y se aceptan como elementos ilustrativos —a modo de

94 Ver Jean-Claude Passeron. “Biographies, flux, itinéraires, trajectoires”, *op. cit.*, p. 14.

95 Max Weber. “Kritische Studien auf dem Gebiet der kultur wissen schaftlichen Logik”, en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*. Tübingen, J. C. B. Mohr, 1954, pp. 215-290.

96 Ver John Dollard. *Criteria for the Life History*. New Haven, Yale University Press, 1932 [Existe traducción al español: “Criterios para una historia de vida”, en G. Macgrassi *et al.*: *La Historia de Vida*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980]; Jacques Le Goff. “Comment écrire une biographie historique aujourd’hui?”, *op. cit.*; la intervención de Rosario Romeo, en Alceo Riosa (ed.). *Biografía e storiografía*, *op. cit.*, p. 38.

ejemplo de una argumentación general—. Pero rara vez se los utiliza para aprehender los actos sociales. Es la paradoja del “sandwich” —tal como lo designaba Charles Firth, el historiador de la guerra civil inglesa—: un poco de contexto, un poco de existencia individual y otra capa de contexto.<sup>97</sup> El resultado de ese trabajo cotidiano de censura es melancólico: el tiempo histórico aparece como un fondo de escena fijo, sin huellas digitales. Al respecto, se halla un ejemplo particularmente significativo en la experiencia francesa de la *egohistoria*, que destierra abiertamente el yo de la reflexión sobre el pasado. La discreción respecto de la vida personal, adoptada por los historiadores reunidos en torno a Pierre Nora, claramente expresada por Georges Duby cuando declara de entrada que ese “yo” no soy “yo”,<sup>98</sup> es en ciertos aspectos digna de destacar, pero reduce la existencia individual a un *curriculum vitae*, “la potencia de un espíritu en un resultado”, escribía Paul Valéry.<sup>99</sup>

Se trata de una mutilación violenta, que conlleva no solo la muerte del héroe, sino también la del hombre patológico —descubierto por Burckhardt— que, esporádicamente, transforma su sufrimiento en acción. Con el hombre patológico desaparece el sentido más profundo de la biografía coral: el hecho de repensar los vínculos entre las partes, así como entre las partes y el todo. Ese tipo de biografía no tiene —no debería tener— más que un valor *democrático*: su verdadero objetivo es reflexionar sobre todo lo que la generalización no puede captar. Wilhelm von Humboldt hacía alusión a ello cuando declaraba que se sentía “atraído no hacia lo Uno, que sería un todo, nuevo concepto erróneo, sino hacia una unidad en la cual se imbricarían los diferentes aportes humanos”.<sup>100</sup> Sus palabras anuncian un conflicto recurrente en la historiografía moderna que opone la multiplicidad de la experiencia a la totalidad. Contrariamente a Carlyle, que apuntaba al todo, una minoría heterogénea de historiadores del siglo XIX intentó, y muchos siguen haciéndolo hoy en día, desmenuzar la realidad histórica para examinar sus vínculos y sus aspectos particulares. Desean superar la

---

97 Ver Godfrey Davies. “Biography and History”, *Modern Language Quarterly* 1, 1940, pp. 79-94. Ver también Oscar Handlin. “The History in Men’s Lives”, *Virginia Quarterly Review* 30, 1954, pp. 534-541.

98 Pierre Nora (ed.). *Essais d’ego-histoire*. Paris, Gallimard, 1987, pp. 109-110.

99 Paul Valéry. *Cahiers* (1894). Paris, Gallimard, 1973, vol. 1, p. 323. Existe traducción al español: *Cuadernos* (1894-1945), trad. por Maryse Privat, Fátima Sainz y Andrés Sánchez Robayna. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007.

100 Wilhelm von Humboldt. *Briefe*, ed. por W. Rössle, p. 243 y ss. Ver también Wilhelm Dilthey. “Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie”, en: *Gesammelte Schriften*. Leipzig-Berlin, B. G. Teubner, 1924. vol. 5, pp. 226-240.

continuidad aparente del devenir para identificar los desvíos, las fisuras y los accidentes, pero también las potencialidades del pasado.

Con esa perspectiva, elaborada en los últimos años por la microhistoria, no es necesario que el individuo represente un caso típico; por el contrario, las vidas que se alejan de la media tal vez permitan reflexionar mejor sobre el equilibrio entre la especificidad del destino personal y el conjunto del sistema social.<sup>101</sup> Más que el tipo, lo que importa es la variedad. Solo una multitud de experiencias permite tomar en consideración dos dimensiones fundamentales de la historia: los conflictos y las potencialidades.

Mientras que la biografía heroica plantea como obvia una armonía entre lo particular y lo general –y, podría decirse, una simple extensión, como en la sinécdoque–, la biografía coral concibe lo singular como un elemento de tensión: el individuo no tiene la misión de revelar la esencia de la humanidad; por el contrario, debe ser particular y fragmentado. Solo de esa forma, a través de diferentes movimientos individuales, se puede romper con las homogeneidades aparentes –por ejemplo, la institución, la comunidad o el grupo social– y revelar los conflictos que rigieron la formación y la edificación de las prácticas culturales: pienso en la ineficacia y las inercias normativas, pero también en las incoherencias que existen entre las diferentes normas, y en la manera en que los individuos, así “hagan” o no la historia, moldean y modifican las relaciones de poder.<sup>102</sup>

Las voces de los hombres patológicos no siempre son concordantes y no siempre tienen una estructura melódica uniforme.<sup>103</sup> Con frecuencia, su contrapunto contribuye a develar los actos evocados por Tolstói, que el epílogo de la historia quisiera relegar para siempre.<sup>104</sup> A veces, es posible ir más allá de los hechos consumados –el rostro explorado, consumado, del destino histórico– e interrogarse sobre lo que ha sido posible o, al menos, sobre la tensión entre lo que ha permanecido y

---

101 Ver Giovanni Levi. “Les usages de la biographie”, *Annales ESC*, Vol. 44, N° 6, 1989, pp. 1325-1336.

102 Sobre este problema, ver Sabina Loriga. *Soldats. Un laboratoire disciplinaire: l'armée piémontaise au XVIIIème siècle*. Paris, Mentha, 1991, pp. 219-229.

103 Ver Mikhail Bakhtine. *Problèmes de la poétique de Dostoïevsky*, trad. por G. Verret. Lausanne, L'Âge de l'homme, 1970; Iurii Lotman. “The Poetics of Everyday Behavior in 18th-Century Russian Culture”, en Iurii Lotman, Lidia Ia. Ginsburg y Boris A. Uspenskii: *The Semiotics of Russian Cultural History. Essays*, ed. por A. D. Nakhimovsky y A. Stone Nakhimovsky. Ithaca-London, Cornell University Press, 1985, pp. 67-94.

104 Sobre Tolstói, ver Nicola Chiaromonte. *Credere e non credere*. Bologna, Il Mulino, 1993, pp. 43-82.

lo que ha sido imaginado. Se trata de un paso esencial, incluso en el plano narrativo. Hace más de veinte años, el discurso histórico fue comparado con el discurso psicótico<sup>105</sup> –¡ambos olvidan las negaciones!–. Los pensamientos provisorios, nebulosos, inciertos, propios de los hombres patológicos, pueden obstaculizar la tentación afirmativa que acecha nuestra disciplina, la banalidad de la ley que quiere que solo tenga lugar aquel que se ha realizado, lo que restituye al pasado, al menos como reminiscencia o como motivo de nostalgia, un tiempo complejo, en absoluto lineal.

---

105 Roland Barthes. "Le discours de l'histoire" (1967), en: *Essais critiques IV. Le Bruissement de la langue*. Paris, Éd. du Seuil, 1984. Existe traducción al español: "El discurso de la historia", en: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, trad. por C. Fernández Medrano. Madrid, Paidós, 1994.

## ¿REPENSAR LA MICROHISTORIA?<sup>1</sup>

Edoardo Grendi

El carácter colectivo de la propuesta microanalítica dentro de la historiografía italiana se basó, primero, en una comunidad de estilo: la historia como práctica, basada en una exigencia teórica fuerte y preocupada, en lo esencial, por los resultados analíticos. Se opone a una concepción retórica de la profesión tal como existía en un país que durante largo tiempo estuvo sometido al reinado de las ideologías vinculadas a la herencia del idealismo y a un dualismo político sólidamente arraigado, con una evidente inclinación por la historia-síntesis. En ese sentido, esta propuesta halló su lugar en una evolución más amplia de la historiografía europea, y el resultado, llamado “la historia en migajas”,<sup>2</sup> se ubicaba de manera explícita en ruptura con lo que se espera de una síntesis. Esta última sirvió como paradigma unificador, en perfecta coherencia con la definición retórica del historiador como intérprete autorizado de las evoluciones seculares de las sociedades humanas –incluidas las dinámicas contemporáneas–, excluyendo así a los especialistas de las ciencias sociales y a los *maîtres à penser*, “maestros del pensamiento”, presentes en otros contextos nacionales. El nuevo “estilo” se plasmó en la propuesta de una escala de análisis –“micro”, es decir, a escala muy grande– que, de por sí y de manera casi provocadora, ratificaba la disolución de la historia-síntesis y provocaba, al mismo

---

1 Este artículo, publicado en la revista italiana *Quaderni storici* 86, 1994, pp. 539-549, nos pareció un punto de vista importante sobre el estado actual de la microhistoria tal como la concibe uno de sus primeros y principales protagonistas. Fue redactado para la recopilación colectiva de Hans Medick (ed.). *Mikro-Historie. Neue Pfade in die Sozialgeschichte*. Frankfurt, Fischer, 1994. El autor y el editor agradecen a H. Medick, quien gentilmente autorizó a publicar aquí la versión francesa. Traducido del italiano por J. Revel.

2 Recuerdo aquí que las intervenciones de B. Farolfi en la revista *Quaderni piacentini* hicieron desde muy temprano este diagnóstico de la situación italiana.

tiempo, una suerte de escándalo en la corporación. En consecuencia, hasta su propia división institucional y tal vez incluso después, los “microhistoriadores” formaron a su pesar una suerte de cenáculo. Este rasgo es, en parte, paradójico, si se observa que les faltaba, sin dudas, el conjunto de los puntos de acuerdo (bases teóricas, proyecto global, etc.) que habría podido darles el sentimiento de constituir una escuela que, de hecho, es imposible identificar detrás de esa etiqueta. Por ello, es difícil hallar los “textos fundantes” de la microhistoria, así se trate de textos teóricos o de investigaciones ejemplares. El “discurso microhistórico” que comenzó a circular de manera informal a mediados de los años 1970 se inscribía conscientemente en una evolución temática propia de la historiografía italiana con respecto a la cual se ubicaba; profundizaba el diagnóstico formulado sobre la evolución en curso con la propuesta, innovadora, de un cambio radical de la escala de observación. Más que cualquier otro procedimiento, este resultaba capaz de hacer operativa, en el trabajo del historiador, la lección de la antropología social; es decir, tomar de esta última los instrumentos que permiten salir de la lógica esencialista de las categorías habituales del discurso histórico general, como el Estado, el mercado, la estratificación social, la familia. La elección, muy general, de las relaciones interpersonales como el verdadero objeto del análisis histórico implicaba, precisamente, ese cambio deliberado de escala.

Tal vez no se sepa que el *local historian* inglés W. G. Hoskins ya había pensado en el término de *microhistory*, antes de descartarlo, a raíz de una resuelta hostilidad a las fórmulas; pero desde su punto de vista, el objeto perseguido era la comunidad, inscrita en la determinación topográfica y económica que constituye el carácter original de la *local history* inglesa.<sup>3</sup> La centralidad de las relaciones sociales, comprendida como una prioridad imprescriptible, corresponde a lo que C. Phytian-Adams define, en ocasión de una reflexión sobre la historia local inglesa, como el “punto de vista de la sociedad”, el que debía abrir una perspectiva nueva que debía suceder a la fase clásica de esa importante experiencia historiográfica.<sup>4</sup> De más está decir que el aspecto más conforme al gusto actual de la propuesta microanalítica iba al encuentro de una “historia vista desde abajo”: historia con frecuencia mencionada

---

3 William G. Hoskins. *English Local History: the Past and the Future. An Inaugural Lecture Delivered in the University of Leicester, 3 March 1966*. Leicester, Leicester University Press, 1966.

4 Charles Phytian-Adams. *Re-thinking English Local History*. Leicester, Leicester University Press, 1987.

en esos años, que partiría a la búsqueda del nombre propio en la mañana de las fuentes y que se abocaría a “la reconstrucción de lo vivido”.<sup>5</sup> El episodio, el caso –más rico porque se disponía de la crónica (judicial o de otro tipo) que permitía reconstruirlo– se proyectaba en un contexto de tipo histórico-cultural. Y, al respecto, su pertinencia era por lo menos doble: por un lado, servía para ilustrar un problema historiográfico particular –por ejemplo, las relaciones entre cultura alta y baja– y, por otro, la cultura de una época –más que la de un grupo social específico–. Obviamente, hago alusión aquí al trabajo de Carlo Ginzburg (*El queso y los gusanos* se publicó en 1976), que elaboraba entonces su propia trayectoria de investigación. Huelga decir que el análisis de casos históricos podía proceder de otro modo, por ejemplo relacionando segmentos de vida y de experiencia con miras a reconstruir la existencia histórico-institucional de un grupo social dado.<sup>6</sup> En la otra vertiente del microanálisis histórico –el de la contextualización social, para distinguirlo de la contextualización cultural de Ginzburg–, serían otros procedimientos analíticos los que se mostrarían operativos; ellos concernían a la reconstrucción de redes de relaciones y a la identificación de elecciones específicas (individuales o colectivas); de allí la suerte ambigua del término “estrategia”, que sin dudas es portador de un contenido hiperracionalista pero que, por otro lado, introduce un tipo de situación que la historiografía clásica reservaba solo a las élites. En todo caso, se trataba de una inferencia lógica basada en el reconocimiento de la primacía de las relaciones interpersonales. Y en relación con esa vertiente era posible poner a prueba de forma más rigurosa los procedimientos analíticos de la antropología social. Por lo demás, lo que caracterizaba de manera más contundente a la investigación microhistórica era la elección de un “medio” social particular que ofrecía, al mismo tiempo, una crítica significativa expresada por la historia-síntesis, la que cuestionaba la representatividad del caso estudiado.

De modo que resultó evidente que las propuestas microhistóricas eran por lo menos dos, una “social” y otra “cultural” –aunque la línea divisoria fuera huidiza e imprecisa–. No por azar en la introducción

---

5 Carlo Ginzburg y Carlo Poni, “Il nome e il come. Mercato storiografico e scambio disuguale”, *Quaderni storici* 40, 1979, pp. 181-190, retomado en Edward Muir y Guido Ruggiero (eds.), *Microhistory and the Lost People of Europe*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991 (trad. parcial “La micro-histoire”, *Le Débat* 17, 1981, pp. 133-136).

6 Ver Gianna Pomata, “Madri illegittime fra Ottocento e Novecento: storie cliniche e storie di vita”, *Quaderni storici* 44, 1980, pp. 497-542.

del número especial de los *Quaderni storici*<sup>7</sup> dedicado a “familia y comunidad” se lee esta observación: “La sociabilidad en la que participa Menocchio [el molinero de *El queso y los gusanos*], la decena de amigos y conocidos que cita en sus declaraciones, remiten a una red social que sería necesario conocer mejor para evaluar su aventura individual” (p. 891). Y, más generalmente, se cuestionaba la elección de casos excepcionales ya que, al mantener apartado al “individuo cotidiano”, quedaba limitado “el espacio de conocimiento del historiador”.

Cabe observar que la oposición elemental que acabamos de formular entre lo “social” y lo “cultural” evolucionó en formas autónomas, debido a la influencia mayor que tuvo la antropología cultural: entendida como antropología simbólica e interpretativa, esta terminó invadiendo una buena parte de la historiografía reciente. Se ha de reconocer, además, que el proyecto microanalítico que, por su parte, adquirió forma en función de las propuestas y las tentativas de la antropología social, dio lugar a desarrollos bastante diversificados. ¿Cuáles fueron las repercusiones, en el plano analítico, de la intuición ya antigua de Karl Polanyi, de su sustantivismo económico que, no obstante, constituyó un punto de referencia importante del proyecto microanalítico? Sin duda, podemos citar los trabajos sobre el mercado de la tierra de G. Levi, quien explícitamente se propuso verificar la imbricación social del intercambio económico, aunque debemos reconocer que quedaron un poco aislados.<sup>8</sup> Algunos temas historiográficos, como el lugar del mercado, la existencia de circuitos de intercambio distintos, de la “moneda con función específica”, etc., no dieron lugar a prolongaciones dignas de señalar. Sin duda, mientras tanto, la historia económica experimentó un reflujó, pero es cierto que estas temáticas le fueron ajenas, si dejamos de lado una orientación más institucionalista de esta producción.<sup>9</sup>

Ese deslizamiento de una problemática de la producción y del intercambio a la del lenguaje y la representación probablemente sea un elemento decisivo de la experiencia historiográfica de la última década. Y, en ese sentido, es significativo que la inspiración microanalítica haya sido más fecunda, en cambio, en el ámbito de la historia política. En este caso en particular, el factor favorable procedía también de una confrontación continua con la historiografía italiana y de un debate

7 G. Delille, E. Grendi y G. Levi (eds.). *Famiglia e comunità*, número especial de *Quaderni storici* 33, 1976, cuya presentación es de mi autoría (pp. 881-891).

8 Giovanni Levi. *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, trad. por Javier Gómez Rea. [Torino, 1985] Madrid, Nerea, 1990, cap. 2.

9 Remito, en particular, a los trabajos de historia anónima de Revel, Macry, etcétera.

muy antiguo sobre la formación del Estado. Por otra parte, las referencias antropológicas –en términos de clientelas, de *faide*, de mediadores, etc.– eran de un uso más laxo y apelaban a un procedimiento demostrativo menos riguroso, mientras que la opción microhistórica se expresaba naturalmente en el privilegio conferido al estudio de la “comunidad”. Numerosos microhistoriadores jóvenes podían utilizar el modelo influyente –y muy a la moda– de los fenómenos de comunicación, dándose como objeto la reconstrucción de “los idiomas políticos”, entendidos como el resultado de una interacción entre culturas locales e instancias de legitimación.<sup>10</sup> La microconflictividad local y las intervenciones consecutivas de las autoridades centrales originaron una acumulación considerable de fuentes. Esta permite reconstruir los dispositivos locales, los frentes de conflictos y sus desplazamientos, superponiéndose además con otros testimonios, sin mencionar la crónica pura y simple que, en ese contexto, puede cobrar inmediatamente valores simbólicos.

Como hemos dicho, la investigación se elaboró a partir de la oposición deliberada respecto de la visión etnocéntrica de una construcción progresiva del Estado, tal como la concebía la historia-síntesis. Pero, en el fascículo de los *Quaderni storici* dedicado a los “idiomas políticos”, figura una fórmula que merece un comentario: la de “prácticas sociales”. Existen prácticas sociales y políticas, utilizadas por las comunidades, que son de tipo ritual y que, por eso mismo, participan plenamente de la cultura local y constituyen una forma de comunicación: son las formas de un lenguaje general.<sup>11</sup>

Me voy a detener aquí en la difusión acelerada de esta fórmula, su generalización y, por último, su eventual coherencia con la propuesta microanalítica. Para comenzar, el término de “prácticas” probablemente esté asociado a la historia de las técnicas, en el marco de una historia del trabajo que procuraba reconstruir los usos efectivos, es decir, precisamente las “prácticas”. No por azar el término apareció primero bajo la pluma de historiadores que desarrollaron, a la vez, una capacidad considerable de observación y un lenguaje que convenía a ese tipo de investigación en historia social. Es evidente que la observación de un surco o de una fórmula cultural constituye, ante todo, el rastro, puntual

---

10 Sandro Lombardini, Osvaldo Raggio y Angelo Torre (eds.). *Conflitti locali e idiomi politici*, número especial de *Quaderni storici* 63, 1986.

11 Ver mi propia contribución a ese mismo número, “La pratica dei confini: Mioglia contro Sasello, 1715-1745”, pp. 811-845.

y particularizado, de un trabajo. Para hacer de ello un objeto histórico, sin dudas se debe proceder a la inserción de esas realidades en marcos más generales, de tipo clasificatorios; pero también pueden ser objeto de contextualizaciones locales, particulares, es decir, microanalíticas. Esto es válido tanto para la experiencia campesina como para las prácticas de los artesanos. En todo caso, se hace referencia a un grupo o a una comunidad: el procedimiento se ubica claramente en el plano contrario al de algunos supuestos de la historia agraria o de la geografía del paisaje, y la reconstrucción topográfica se convierte en un medio para refinar su dimensión crítica.<sup>12</sup> Se puede observar, además, que una investigación de ese tipo, con frecuencia asociada al estudio arqueológico –se trata entonces de una investigación puntual, en un “sitio”– y a las prácticas de reconstrucción histórica que supone, implica dar prioridad al análisis de las relaciones sociales en la restitución de un contexto. Hablar, al respecto, de “saberes campesinos” es, sin duda, demasiado alusivo, si bien es una manera de reivindicar la existencia de una cultura irreductible a la ortodoxia agronómica.

Subrayaba antes la generalización del término, significativamente colectivo, de “prácticas sociales”. En el desorden de una crónica (policial, judicial), casi siempre muy alusiva, es posible identificar los vestigios o las lógicas de prácticas colectivas cuya notable pertinencia simbólica permite caracterizar el significado cultural. Al respecto, el término de “costumbres” se refiere espontáneamente a las prácticas jurídicas más canónicas –en la medida en que han sido anotadas y transcriptas– y también a los valores culturales del ceremonial, tan vinculados a la expresión política –y no solo a esta–. Es evidente que la perspectiva que aquí se esboza es muy diferente de aquella en la que se inscribe el individualismo metodológico, que parte de las relaciones interpersonales (redes, frentes, mediaciones, etc.). En todo caso, seguimos estando en un terreno “antropológico”: la reconstrucción de una cultura a través del inventario de las prácticas sociales. De ese modo, es posible aprehender, por ejemplo, las formas expresivas de la competencia territorial –a través de la lucha por los límites–; las formas diversas de la posesión de bienes; aquellas a través de las cuales se expresan a la vez la “pertenencia” y la microconflictividad territoriales, etc. Y cabe observar hasta qué punto todas esas formas de acción explícitas, que postulan

---

12 Diego Moreno. “Storia e archeologia forestale. Una premessa”, en D. Moreno, P. Piuissi y O. Rackham (eds.): *Boschi: storia e archeologia*, número especial de *Quaderni storici* 49, 1982, pp. 7-15. Pero ver también Carlo Poni. *Fossi e cavedagne benedicon le campagne*. Bologna, Il Mulino, 1982, en particular, el capítulo 1.

esquemas y valores socialmente compartidos –de allí la importancia de no reducir lo “cultural” a lo “mental”– están estrechamente asociadas al espacio, al lugar, al territorio, es decir, a realidades con frecuencia desatendidas por la tradición historiográfica. Me parece evidente que ese tipo de análisis es inseparable de una percepción de la alteridad de la experiencia histórica, de un enfoque del pasado como “país extranjero”, que puede ser garante de una práctica exegética correcta.

De modo que me parece útil destacar la existencia de perspectivas diferentes. La reconstrucción de las prácticas de trabajo, con frecuencia realizada a partir de los objetos, se presenta como una operación típicamente realista, sin que una lectura simbólica, por más a la moda que esté, añada gran cosa; la reconstrucción de otras prácticas sociales, a menudo efectuada a partir de testimonios, supone, en cambio, una lectura simbólica que es necesaria para la interpretación de las conductas reales. Compruebo que esta puede ser una de las significaciones del oxímoron excepcional/normal: el testimonio–documento puede ser excepcional porque da cuenta de una normalidad, una realidad tan normal que por lo general permanece callada.<sup>13</sup> Pero hallamos también, y con frecuencia, prácticas archidocumentadas. Además, el procedimiento no es tan diferente de aquel que consiste en retomar el material folclórico en una perspectiva histórica, despojándolo de su exotismo para reubicarlo en su contexto relacional y social. Si bien esa operación supone una historia vista “desde abajo” –pensemos en E. P. Thompson y en el tema de la *wife sale*–,<sup>14</sup> no podemos negar que la consideración de esas prácticas pueda ser presentada como un resultado específico del enfoque microanalítico. Pero se admitirá sin dificultades que si uno se concentra en un tema o en los testimonios literarios producidos por un grupo social dado, podrá llegar a resultados comparables. Para dar un ejemplo: C. Walker Bynum no encontró tesoros documentales en su investigación; vuelve a interrogar, con una agudeza singular, fuentes bien conocidas.<sup>15</sup>

Lo que acabamos de decir puede servir para esclarecer mi propia posición sobre el fondo de la cuestión: el microanálisis ha representado

---

13 Este oxímoron, que formulé en mi artículo “Micro-analise e storia sociale”. *Quaderni storici* 35, 1977, pp. 506-520, sin duda ha sido sobrevaluado.

14 Edward P. Thompson. *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*. London, Merlin Press, 1991. Existe traducción al español: *Costumbres en común*, trad. por Jordi Beltran y Eva Rodríguez. Barcelona, Crítica, 2000.

15 Caroline W. Bynum. *Holy Feast and Holy Fast. The Religious Significance of Food to Medieval Women*. Berkeley, University of California Press, 1987.

una suerte de “vía italiana” hacia una historia social más elaborada –y mejor fundada teóricamente– en un contexto particular, cerrado a las ciencias sociales y dominado por una ortodoxia historiográfica que jerarquizaba de manera rígida la importancia de los objetos.

En un texto reciente, Carlo Ginzburg me parece confirmar el análisis que he hecho de su “vocación” por la microhistoria:<sup>16</sup> para él, se trató de una simple indicación de trabajo, de una fórmula que encontró en el camino, que le agradó y que estuvo en armonía con su propia dirección de investigación, pero a la que después de todo no había que darle, tal vez, una importancia decisiva. La versión que de ella propuso Giovanni Levi es muy diferente y mucho más idiosincrática, cuando menciona su propia “biografía científica”:<sup>17</sup> es la de un historiador experimentador de vocación, que no está obligado por la vinculación a una larga trayectoria en un tema de investigación. El propio Carlo Poni, cuyos intereses se cruzaban –y se siguen cruzando– con las temáticas que acabo de mencionar –como la reflexión sobre las prácticas sociales–, prefirió extender analógicamente el enfoque a temas característicos de la historia económica, como las empresas agrícolas señoriales o la protoindustria.<sup>18</sup> Allí se hallará otra confirmación de la heterogeneidad y del carácter profundamente informal del grupo de los “microhistoriadores”. De manera más general, se puede ver la influencia de la microhistoria en las páginas de la revista *Quaderni storici*, en particular en sus años radiantes, digamos entre 1976 y 1983. Se podría postular que ha servido para reinterpretar los sistemas asistenciales de la Europa preindustrial en términos políticos, es decir, como una relación en dos sentidos entre benefactores y beneficiarios de la caridad: “Esos casos pueden comprenderse como ejemplos de una práctica interpersonal de la caridad que fue el soporte indispensable y la realidad misma de la caridad institucional”.<sup>19</sup> ¿La interrogación microhistórica sirvió para cuestionar la noción ambigua de “religión popular” e interesarse en una serie de casos y situaciones particulares (“las religiones populares”) que hacen surgir la “extraordinaria variedad de las relaciones existentes, en la Europa del Antiguo Régimen, entre clases dominantes y clases

16 Carlo Ginzburg. “Microstoria: due e tre cosa che so di lei”, *Quaderni storici* 86, 1994, pp. 511-539.

17 Giovanni Levi. “Sobre microhistoria”, en P. Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, trad. por José Luis Gil Aristu. Madrid, Alianza Universidad, 1993, pp. 119-143.

18 Carlo Poni. “Aziende agrarie e microstoria”, *Quaderni storici* 39, 1978, pp. 801-805.

19 Edoardo Grendi (ed.). *Sistemi di carità. Esposti e internati nelle società di antico regime*, número especial de *Quaderni storici* 53, 1983.

subalternas en el ámbito religioso”, así como la “muy rica gama de posibilidades” asociadas a esas relaciones<sup>20</sup> ¿Inspiró también la propuesta de un grupo de historiadoras, que deliberadamente permanecieron al margen de la revista, de estudiar “momentos históricos de la biografía femenina” y dar lugar así a una serie de estudios de casos dedicados a la seducción-iniciación, el embarazo y el parto, la primera infancia y el amamantamiento, es decir, los momentos más significativos de una tensión política y simbólica en torno al control de la sexualidad y la “peligrosidad” femeninas?<sup>21</sup> Podríamos multiplicar los ejemplos. Sin embargo, ello no tendría demasiado sentido, precisamente porque se intentaba postular en vano, detrás de esas propuestas, una inspiración unívoca y, sobre todo, como hemos dicho, en ausencia de un paradigma explícito e incluso de investigaciones modelo.

En cambio, conviene insistir en el carácter doble de la propuesta microhistórica desde el inicio. Por un lado, traduce una atención sostenida a las condiciones teóricas de los procedimientos de la investigación en historia, por analogía con los esquemas operatorios de la antropología social; presta entonces una atención particular a las modalidades de la demostración. Por otro lado, está asociada a enfoques y técnicas que fueron elaborados en otros contextos y están menos vinculados a la “especificidad microanalítica”; de allí la atención que se presta a los “episodios ilustrativos”, a los “estudios de caso”, cuya importancia analítica es innegable, pero remite a otras matrices, a otros paradigmas historiográficos. Esa dualidad sin duda no impidió que exista toda una dialéctica de préstamos e intercambios recíprocos.<sup>22</sup> Y, como hemos visto, la alternativa originaria entre contextualización social y contextualización cultural siguió siendo relativamente abstracta y luego dio lugar a una superación, al menos parcial. De esa doble dimensión de la propuesta, se halla el efecto, progresivamente ampliado —y de ello debemos regocijarnos—, en la segunda iniciativa de los microhistoriadores: la colección “Microstorie” publicada en la editorial

---

20 Carlo Ginzburg (ed.). *Religioni delle classi popolari*, número especial de *Quaderni storici* 41, 1979.

21 Luisa Accati, Vanessa Maher y Gianna Pomata (eds.). *Parto e maternità. Momenti della biografia femminile*, número especial de *Quaderni storici* 44, 1980. Diversos artículos fueron retomados en el volumen recopilado por Edward Muir y Guido Ruggiero (eds.). *Sex and Gender in Historical Perspective*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990.

22 Así, Giovanni Levi con su concepto de “biografía modal” es un ejemplo del uso de un tema vinculado a la ilustración y al estudio de caso en un discurso demostrativo (*La herencia inmaterial, op cit.*).

Einaudi.<sup>23</sup> Esa bella empresa, que hoy cuenta con veintidós títulos, es un ejemplo inusual, tal vez único, en la edición italiana; una operación dirigida enteramente en el plano científico por tres historiadores de oficio y que logró proponer casi siempre itinerarios de investigación originales. Se trata, en general, de trabajos breves o de mediana amplitud, centrados cada vez en un tema particular: la biografía de una monja o la de un joven pintor; las transformaciones industriales o las dinámicas sociopolíticas de un valle; un asunto criminal; la historia de un exorcista; una fiesta política carnavalesca, etc. Lo importante allí fue la invitación implícita a una percepción más abierta de la historia, basada en ejemplos con valor ilustrativo y capaz de alcanzar un público más amplio, fuera del grupo de especialistas, apartado de las temáticas tradicionales y de la vieja jerarquía de la importancia. Una idea de la historia ciertamente nueva para Italia y que sostuvo la convicción, entre los historiadores de este país, de que la opción microanalítica era ardua, exigente y de ningún modo constituía un atajo anacrónico hacia la reconstrucción de lo “vívido”.

Como he dicho, esa opción se adoptaba en una coyuntura historiográfica europea. Con demasiada frecuencia se había tomado la costumbre de diagnosticar los retrasos de la historiografía italiana en tal sector de estudios o en tal otro que había sido portador de innovaciones en otros contextos. Y entonces, con esta opción, se podía poner fin al lamento. Las operaciones y las estrategias de investigación ahora se definían libremente a partir de opciones analíticas específicas. Esa superación con respecto a los rituales académicos e ideológicos confirió a la experiencia italiana de la microhistoria su significado particular.

Comprendemos por qué no habría tenido demasiado sentido esperar que se trazaran trayectorias de investigación homogéneas: el título de “Microstorie” desempeñó una función catalizadora, al recurrir a temáticas circunstanciadas, a configuraciones episódicas –las mismas a las que aludía la propuesta de una escala particular de observación–. Ese diagnóstico puede ser reduccionista, pero me parece que da cuenta de la definición mínima que he dado, desde el comienzo de mi análisis, a esta “escuela” que nunca fue una escuela, que no produjo ningún manifiesto ni estableció ningún programa de investigación. No obstante, no se puede reducir todo a un desplazamiento masivo de los objetos de investigación: la renovación de los procedimientos analíticos

---

<sup>23</sup> En un primer momento, la colección perdió autonomía al fundirse en la serie de los “Paperbacks Einaudi”; luego fue suprimida.

reviste, cuando menos, la misma importancia. En la introducción a la antología de trabajos microhistóricos que publicó con G. Ruggiero, el historiador estadounidense Edward Muir nos propone una suerte de celebración de Carlo Ginzburg, historiador y teórico del oficio de historiador, individualizando, a mi parecer, una “microhistoria cultural” cuyas características serían específicas.<sup>24</sup> Las propuestas teóricas y metodológicas de Ginzburg, con su tensión característica y su formulación sugestivamente alternativa, siempre me han parecido estar estrechamente vinculadas a su propio trabajo, que se inscribe por completo en el problema histórico e historiográfico de las “formas culturales”. Se puede percibir allí la afirmación contundente de una rigurosa honestidad exegética: la coherencia consigo mismo y la experiencia de la “autorrevelación”. En cambio, no creo que Ginzburg haya estado personalmente interesado en un enfoque analítico de las mediaciones con lo “social”, con “las relaciones interpersonales”: su discurso es interno a las formas expresivas, a la relación compleja entre cultura alta y baja, al análisis y a la reconstrucción de las articulaciones entre esas formas y las que generan. Una de las tendencias más visibles de la historiografía actual es el interés que demuestra por la expresividad y por las representaciones: la versión extrema es la aprehensión de la fuente como “texto” y la visión de la realidad histórica como ilusión.<sup>25</sup> Es imposible protegerse contra ese relativismo ambiente ignorando las formas expresivas y los problemas de interpretación histórica que plantean. Sin embargo, creo que la mejor defensa analítica de la realidad histórica podría apelar a la integración de esas formas en el análisis de procesos sociales cuyas acciones y expresiones son aspectos esenciales: una imagen no es solo el producto de otra imagen; está asociada también a una situación que expresa y organiza a la vez. El historiador puede imaginar útilmente y luego poner a prueba esquemas interpretativos a través de los cuales se esfuerza por volver inteligibles esos procesos. Lo hará mejor si puede apoyarse en la tradición de las ciencias sociales: se trata de modificar, adaptar, inventar procedimientos de análisis, y no necesariamente de construir todo un itinerario de investigación unívoco y

---

24 Ver nota 5. Esa antología está compuesta, en lo esencial, de textos de Ginzburg. Causa cierta gracia el ejemplo que allí se incluye de un procedimiento totalmente indiciario: con el pretexto de que los autores italianos más conocidos en Estados Unidos, Umberto Eco y Carlo Ginzburg, vienen de la Universidad de Bolonia, se deduce que ¡la microhistoria se originó en Bolonia!

25 Ver el debate sobre el posmodernismo en historia en las recientes entregas de *Past and Present*, 131 y 133, 1991.

cerrado. Esa confrontación no ha tenido lugar entre los microhistoriadores; habría sido importante, no para definir una ortodoxia, sino para iniciar una verdadera dialéctica. En última instancia es paradójico que la doble inspiración de este movimiento historiográfico, evidente desde el inicio, no haya dado lugar a un esclarecimiento y, menos aún, a un debate. Como suele suceder, el hecho de haber renunciado a un compromiso exigente tal vez pueda explicar por qué ha llegado a su fin una experiencia colectiva.

Pero, afortunadamente, no se trata de “repensar” ni de relanzar nada. “Repensar la microhistoria” hoy significa trazar su historia y, al respecto, me parece insuficiente ligarla solo al movimiento de la historiografía general sin tomar en cuenta el contexto italiano, la historia de los microhistoriadores. Por lo demás, me parece evidente que la práctica microhistórica hoy es una de las más vívidas y fecundas desde el punto de vista analítico: la elección esencial de una escala de observación se basa en la convicción central de que ofrece la posibilidad de enriquecer los significados de los procesos históricos a través de una renovación radical de las categorías interpretativas y su verificación experimental. Es más que probable que, en ese aspecto, los microhistoriadores tengan muchos hermanos en todo el mundo, aún desconocidos. El pasaje determinante, en la experiencia italiana, habrá sido el pasaje de la historiografía a una práctica historiográfica acompañada de una fuerte exigencia teórica. El debate puede continuar en ese ámbito: la historia es una ciencia social que se construye en el tiempo y en el espacio.

